

**Entre balas, flores**  
*Marianas*  
**guerrilleras**

**Norberto Escalona Rodríguez**

**Cuidado de la edición:**

Belkys Duménigo García

**Edición:**

Hildelisa Díaz Gil

**Diseño:**

Aida Soto-Navarro González

**Emplane y realización:**

José Ramón Lozano Fundora

**Corrección:**

Catalina Díaz Martínez

**Ilustraciones:**

Norberto Carlos Escalona Carrillo

ISBN 978-959-7262-36-7

© Norberto Escalona Rodríguez, 2024

© Sobre la presente edición

Oficina de Asuntos Históricos

República de Cuba, 2024

Ediciones Celia

Calle 8, no. 210, entre Línea y 11, Plaza de la Revolución,

La Habana, CP 10400, Cuba.

Telf.: (537) 836 8846 / 836 5234

Correo: bel@cubarte.cult.cu

## *Índice*

Al lector /	8
En busca de un sueño /	12
Nació un pelotón de mujeres /	122
De la Sierra al llano /	171
Marcha junto a Fidel /	194
¡Triunfamos! /	226
Marianas en Revolución /	243
Anexos /	293
Fotografías /	295
Otras fuentes consultadas /	349
Datos del autor /	351

*«Vi en la tierra esmeraldas, donde hay mariposas azules,  
vi palmas donde hay tristezas; vi diamantes, para lección del mundo,  
allí donde es mucho el carbón; pero nunca vi maravilla tan grande  
como la mujer cubana».<sup>1</sup>*

*Al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz,  
inspirador y creador del pelotón de las Marianas.*

*A mis hijos Norberto Carlos y David, a Zoilet  
y a mis nietos Harí, Camila y Fabio,  
para que con estas páginas se adentren  
en un pasaje memorable de nuestra historia.*

Sin la valiosa colaboración de familiares, compañeros, amigos e instituciones en distintos lugares de la Isla, este proyecto no se hubiera materializado.

Conocer a heroínas reales, las Marianas de la Sierra, y su cooperación durante las entrevistas, fue un apreciable estímulo y una experiencia única. A ellas el primer agradecimiento.

Al colectivo de la Oficina de Asuntos Históricos de la República de Cuba; a su exdirector, el doctor Eugenio Suárez Pérez (fallecido); al actual director Jorge L. Aneiros Alonso; a Belkys Duménigo García, Aida Soto-Navarro González y Elsa Montero Maldonado, por la seguridad en la publicación de este libro.

En los centros de documentación de los periódicos: *Granma* a Delfín Xiqués, *Juventud Rebelde* a Silvia Triana Chang y *La Demajagua* a Gisel García González, por la amabilidad.

En las bibliotecas: Nacional José Martí a Tomás Rodríguez Ramírez; Haydée Santamaría, de Casa de las Américas, a Williams Mendoza García; Tina Modotti, de Alamar, a Omaira Depestre Corcho y Teresa Alejo Leyva, y en la Julio Antonio Mella, de Amancio Rodríguez, a Virgen Ailyn Ávila. A los periodistas Rafael Aparicio y Vivian Cabrera, de Radio Maboas, todos identificados con la historia prestaron una esmerada atención.

A Inés María Toledo Fernández, en Sevilla Arriba, que me entregó valiosos documentos y material fotográfico sobre Olga Guevara Pérez; al museólogo holguinero Rafael Suárez Ruiz, por las imágenes del Cuarto Frente Simón Bolívar; a Martha Cruz Benítez, quien facilitó las imprescindibles llamadas telefónicas y a Eminentado L. Viltres García, por ofrecerme las instantáneas de los niños de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, del Caney de las Mercedes, y a Ángel Fernández quien también me facilitó fotos de gran valor histórico.

Al combatiente del Ejército Rebelde Pedro Aníbal Reyes Reyes, al historiador Pedro Manuel Viltres Ramírez y a los compañeros de los museos de Guisa, Las Mercedes y Bartolomé Masó, por la gentileza de facilitarme cuanto necesité.

A Idania del Castillo, Rafael A. Peña Peña y a Lidilia Reyes Corona, porque sin el apoyo en la utilización de medios de computación hubiera sido imposible; a Rosa Nieves Álvarez, que me confió algunas fotografías de las Marianas; a Ydarmes Carrillo Cardoso, por las comunicaciones a través del correo electrónico; a Eugenio Medina Muñoz,

Elda Leyva Amaya, Ramón Arias Arévalo y Mariela Martínez Sánchez, quienes me acogieron en sus casas de la Sierra Maestra, mientras desarrollaba parte de esta investigación.

## *Al lector*

Hace unos años, al leer el poema *Marcha triunfal del Ejército Rebelde* de la autoría de Jesús Orta Ruíz, *el Indio Naborí*, además de quedar cautivado con todo el contenido, me llamó la atención uno de sus fragmentos:

*Pasan las Marianas, sin otras coronas  
que sus sacrificios: cubanas marciales,  
gardenias que un día se hicieron leonas  
al beso de doña Mariana Grajales...*

A partir de ese momento me propuse indagar en la impronta del significativo grupo de compañeras. Conocí entonces que habían marchado a la Sierra Maestra para abrazar la causa de Fidel, quien las armó con fusiles, las entrenó y fueron a los combates en primera línea, a pesar de la incomprensión en un inicio de algunos guerrilleros.

En este propósito me favoreció un trabajo anterior, donde tuve la oportunidad de entrevistar a la general de brigada Delsa Esther Puebla Viltres, *Teté*, y de esa conversación surgió la idea de llevar aquellas vivencias al papel.



Posteriormente, en encuentros con las integrantes del histórico pelotón femenino Mariana Grajales, quienes me hablaron desde el corazón, capté estos testimonios que comparto con ustedes, siempre con el temor de no transmitir con suficiente fuerza y pasión los relatos de las protagonistas y verdaderas autoras de estas páginas. También pusieron a mi disposición imágenes de los inolvidables días vividos y que con tanto celo y orgullo guardaban.

Con una mochila al hombro partí hacia la Sierra y sus estribaciones, donde recibí el apoyo de muchos compatriotas. A pie, a caballo, en mulos, camión, botes y hasta en alguna carreta halada por bueyes recorrí el teatro de operaciones, en busca de otras fuentes de información para apreciar bajo mis pies y percibir con mis ojos, los sitios donde la bravura de las Marianas representaron con dignidad la firmeza de la mujer cubana en una etapa decisiva de la historia de Cuba. Allí sentí la energía de aquellas lomas y senderos, allí quedaron grabadas para la eternidad las huellas de nuestro invicto Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

NORBERTO ESCALONA RODRÍGUEZ  
Alamar, 3 de septiembre de 2020

*Desde la indómita Sierra  
la vibración llega al llano;  
se yerguen jóvenes manos  
para defender la tierra.  
El miedo no las aterra,  
muchachas de la campiña,  
como sueño que germina,  
escalan el lomerío,  
con un corazón bravío  
que la patria ilumina.<sup>2</sup>*



## *En busca de un sueño*

La heroica gesta liberadora de la Sierra Maestra se enriqueció con la actuación destacada de la mujer cubana. Ya la serranía estaba engalanada de verde olivo, cuando un grupo de decididas muchachas escaló el lomerío en diferentes momentos de los años 1957 y 1958. Fueron al encuentro de una historia que también escribieron con patriotismo, al incorporarse a la tropa del Comandante Fidel, quien las recibió con entusiasmo.

Al marchar, resueltas a lidiar con las balas enemigas, en plena flor de la vida, llevaban el signo de los sacrificios pasados.

Rindieron honor con su proceder al espíritu rebelde de Carlota, la esclava de origen lucumí (término dado a los esclavos procedentes de la zona yoruba de África), que encabezó el 5 de noviembre de 1843, en el ingenio Triunvirato, actual provincia de Matanzas, una sublevación que desafió el poder esclavista español.

Se consideraron sucesoras de las mambisas de las contiendas de 1868 y 1895, quienes dejaron páginas vibrantes para la posteridad.

Estuvo presente el ejemplo de la insigne Mariana Grajales Cuello,<sup>3</sup> que ante el repique de las campanas en La Demajagua, el 10 de octubre de 1868, hizo jurar a toda su descendencia, frente a una imagen de Cristo, que lucharían hasta liberar la tierra amada o

morirían en el intento. Ella transitó por el monte, campamentos, combates y curó a los heridos con sentimiento maternal. Esta patriota, en uno de los tantos momentos gloriosos que protagonizó en la manigua redentora, mandó a su hijo más pequeño a empinarse para pelear por la independencia. De esta manera inició su entrada en la historia de Cuba, y colocó al servicio de su país a toda la «tribu heroica», como denominara a la familia Maceo-Grajales el coronel del Ejército Libertador, Lino Dou Ayllión. Mariana es un paradigma de voluntad y resistencia.

Del mismo modo, hicieron suyo el reclamo de la camagüeyana Ana Betancourt,<sup>4</sup> que en uno de los días de la Asamblea Constituyente de Guáimaro, efectuada entre el 10 y el 12 de abril de 1869 por los jefes principales de la Guerra de los Diez Años, se pronunció por la emancipación de la mujer.

Al respecto, nuestro Héroe Nacional José Martí expresó: «(...) la elocuencia es arenga: y en el noble tumulto, una mujer de oratoria vibrante, Ana Betancourt, anuncia que el fuego de la libertad y el ansia del martirio no calientan con más viveza el alma del hombre que la de la mujer cubana».<sup>5</sup>

En la Isla, las féminas estaban sometidas a una cruel discriminación; era necesario romper con los prejuicios, las leyes y costumbres que las limitaban a la servidumbre y les impedían convertirse en baluarte de la sociedad y la familia.

Entonces, nada mejor que patentizar su aspiración en la serrañía, donde se definía el destino de una nación encadenada. Estas jóvenes demostraron en situaciones complejas, cómo a la par de los hombres podían empuñar un fusil y ubicarse en la línea de fuego para combatir al enemigo con el mismo valor.

Sabían con horror cómo, sin ninguna contemplación, se segaba la vida de excelentes compañeros que se manifestaban contra la

<sup>4</sup> Ana María de la Soledad Betancourt Agramonte (1832-1901). Nació en Puerto Príncipe, Camagüey. Las tropas revolucionarias siempre contaron con su apoyo. Sufrió la cárcel y el exilio. Murió en Madrid, el 7 de febrero.

<sup>5</sup> José Martí: Ob. cit., «10 de Abril», periódico *Patria*, 10 de abril de 1892, t. 4, p. 387.

ignominia de una dictadura sostenida a punta de bayonetas, pues no veían un futuro seguro. La población humilde estaba olvidada.

Por todas estas causas comprendieron la necesidad del cambio. Esas fueron sus motivaciones, sumadas a la simpatía sentida hacia los rebeldes que se batían en las montañas.

En aquel sitio encontraron a la destacada luchadora manzanillera Celia Sánchez Manduley,<sup>6</sup> probada guerrera que con su mochila a cuestas colmaba con sus huellas toda la cordillera. Aunque no integró el pelotón femenino por sus responsabilidades, fue considerada como una más, pues siempre brindó consejos, ayuda y aliento.

Celia se incorporó al Ejército Rebelde el 23 de abril de 1957 y de inmediato se ganó un lugar en la guerrilla. Ella fue el antecedente más directo para la creación del pelotón de combate Mariana Grajales por iniciativa de Fidel, al ser la primera mujer que empuñó un fusil en la lucha cuando con un M-1 batió al enemigo junto al Comandante, en el combate de Uvero, el 28 de mayo del propio año.

De su integridad como ser humano y combatiente, Pedro Álvarez Tabío,<sup>7</sup> en un libro que le dedicara, escribió:

No pocos combatientes pensaron que Celia no podría soportar las penalidades de la vida guerrillera en la montaña, o que su presencia venía a significar un estorbo para la movilidad y el desenvolvimiento general de la tropa. Y no fueron pocos los que, muy pronto, se dieron cuenta con asombro de que se había incorporado un combatiente más, capaz de resistir con tanta o mayor entereza que muchos de los hom-

<sup>6</sup> Celia Sánchez Manduley (1920-1980). Heroína y combatiente de la clandestinidad y el Movimiento Revolucionario 26 de Julio (MR 26-7). Fiel colaboradora de Fidel. Preparó el recibimiento a los expedicionarios del yate *Granma*. Fue la primera mujer que se incorporó a la guerrillera en la Sierra Maestra. Se integró a la Comandancia General. Fue encomiable su labor después del triunfo del 1.º de enero de 1959. Murió el 11 de enero.

<sup>7</sup> Pedro Álvarez Tabío (1941-2009). Historiador. Desarrolló una ingente labor en el rescate y promoción de la memoria histórica de la Revolución. Escribió más de veinte libros sobre el proceso revolucionario. Editor del Comandante en Jefe Fidel Castro y un cercano colaborador. Director de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado desde 1994 hasta su muerte.

bres, cualquier esfuerzo o sacrificio impuesto por el medio agreste de la Sierra, y capaz también de inyectar en la dura vida cotidiana del monte, toda la ternura y belleza de que puede ser portadora una mujer. Desde esos primeros días de mayo de 1957, Celia fue para los combatientes la compañera, la amiga, la hermana, la madre en muchos casos. Desde esos primeros días Celia se ganó el respeto, el cariño y la admiración que hasta su muerte, sin excepción alguna, le profesaron todos los rebeldes.<sup>8</sup>

El máximo líder se apoyó en ella como la aliada más directa en la labor de persuadir a varios hombres de la guerrilla, que subestimaban el papel potencial de la mujer como guerrera.

Casi todas las compañeras habían asumido ya misiones de riesgo en el llano para respaldar la lucha en las montañas: trasladaron medicinas, alimentos y dinero; vendieron bonos, transportaron armamentos, balas y otros útiles de guerra, escondidos en sus vestidos; desplegaron proclamas y banderas condenando la dictadura y otras fueron mensajeras.

Una vez en la Sierra, se asentaron en diferentes campamentos y, a pesar de los difíciles momentos por los que transitaban los rebeldes en los primeros tiempos, cuando muchos andaban descalzos y en harapos, fueron partícipes de esa odisea cotidiana.

La condición de mujer no las libró de dichas contingencias. Durante largas caminatas subieron y bajaron lomas cargando pesadas mochilas, desafiaron las crecidas de los ríos, no se amilanaron ante la ruda naturaleza que les agredió la piel, ni cuando el frío de las madrugadas las helaba o al sentir la tortura del hambre y la sed. Soportaron los dolores propios de su naturaleza humana, colaboraron en la cura de los heridos, lavaron la ropa, confeccionaron uniformes e impartieron clases a los de la tropa y a los campesinos de la zona. Ayudaron a leer y redactar cartas familiares; hicieron de costureras y se ocuparon de la cocina. Con mucho coraje resistieron los bombardeos.

<sup>8</sup> Pedro Álvarez Tabío: *Celia, ensayo para una biografía*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2004, p. 214.

Celia Sánchez, en un encuentro con las Marianas y otros combatientes señaló:

Fidel siempre tuvo la idea de formar un pelotón de mujeres. Desde la reunión aquella de Herbert Matthews,<sup>9</sup> ya fueron algunas mujeres allí a la reunión y ya Fidel tuvo la idea. Desde que fue a la Sierra, desde que llegó, yo creo que se podría decir que desde siempre, porque lo demostró desde el Moncada donde participaron Melba<sup>10</sup> y Yeyé.<sup>11</sup> Siempre tuvo esa idea y siempre se la combatieron a Fidel la mayoría de los compañeros.

Una vez que nosotros hablamos de eso, la idea aquella de Fidel, ya había suficientes mujeres para que eso se hiciera, entonces yo le hablé a Fidel y después las mujeres también, de crear un pelotón, de combatir, de empezar a organizarlo.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Herbert Matthews (1900-1977). Corresponsal del periódico *The New York Times*. Entrevistó a Fidel Castro en la Sierra Maestra el 17 de febrero de 1957. La publicación impactó tanto en Cuba como a nivel internacional, por la información real de la lucha revolucionaria.

<sup>10</sup> Melba Hernández Rodríguez del Rey (1922-2014). Una de las dos mujeres que participó en las acciones del 26 de julio de 1953. Miembro de la primera dirección nacional del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Se incorporó al Tercer Frente Mario Muñoz Monroy en calidad de auditora. Después del triunfo de la Revolución ocupó varias responsabilidades. Se le otorgó el título de Heroína de la República de Cuba.

<sup>11</sup> Haydée Santamaría Cuadrado, Yeyé (1922-1980). Participó en las acciones del 26 de julio de 1953. Miembro de la primera dirección nacional del MR 26-7 y delegada del Comandante en Jefe para el Comité del Exilio en el último año de la guerra. Después de 1959 fue directora de Casa de las Américas hasta su muerte.

<sup>12</sup> Encuentro en la sede del periódico *Granma*, el 22 de agosto de 1967, convocado por Celia Sánchez, para recoger parte de la memoria histórica de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Participaron integrantes del pelotón Mariana Grajales y combatientes del Ejército Rebelde, en Archivo de la Oficina de Asuntos Históricos de la República de Cuba (OAHRC), Fondo: Grabaciones. Se respeta la redacción y ortografía de todos los originales que aparecen en las siguientes páginas, con el propósito de preservar su valor histórico.



La mayoría de los hombres argumentaba que cómo se le iba a dar un arma a una joven, cuando muchos de ellos estaban desarmados. Durante una reunión que se extendió por unas siete horas, el Comandante escuchó puntos de vista y abundó en la historia de explotación y subestimación que habían padecido las mujeres en Cuba.

Pasado el tiempo, recordando estos hechos, el líder de la Revolución expresó:

Desde el principio muchas mujeres se unieron a nosotros. Iban en la tropa, después aumentó el número de mujeres. Algunas eran soldados y ya en los primeros combates dispararon. Ahora ya después de la ofensiva,<sup>13</sup> yo siempre pensando mucho en el problema de la discriminación de la mujer, en el machismo, en todo eso. Yo tenía la convicción de que las mujeres podían tener una participación activa, incluso en los combates. Entonces organicé las distintas mujeres que estaban en distintas tropas, reclutamos a otras e hicimos un pelotón, recordando a Mariana Grajales.<sup>14</sup>

El pelotón Mariana Grajales quedó formado el 3 de septiembre de 1958, por trece combatientes<sup>15</sup> y el nombre escogido fue un tributo a la madre y guerrera legendaria.

Desde aquel instante, a las nuevas mambisas les llamaron las Marianas, lo que significó un compromiso en la conducta a seguir y coraje en los combates que tenían por delante. Por este calificativo se identifican aún a las trece valientes, en las que ha perdurado el amor por su patria y la Revolución.

<sup>13</sup> El 24 de mayo de 1958, el alto mando militar del Ejército del gobierno de Fulgencio Batista Zaldívar, puso en marcha el denominado Plan FF (Fase Final o Fin de Fidel), con el que inició la gran Ofensiva de Verano contra las posiciones del Ejército Rebelde en el territorio de la Sierra Maestra.

<sup>14</sup> Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Sistema Informativo de la Televisión Cubana: Documental *Marianas*, 2015.

<sup>15</sup> Ver anexo 1.

En el acto de constitución de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), el 23 de agosto de 1960, el Comandante en Jefe y primer ministro del Gobierno Revolucionario, Fidel Castro Ruz, al referirse a la fundación del pelotón y su posterior desenvolvimiento en acciones combativas destacó:

En la mentalidad de numerosos compañeros, aquellas mujeres no podrían jamás combatir; en la mentalidad de algunos compañeros, era un error entregarle un arma a una mujer, cuando sobran —según decían— hombres para combatir. Sin embargo, los hechos demostraron una verdad: que aquellas mujeres combatieron contra los soldados de la tiranía, que aquellas mujeres combatieron, y le hicieron en los combates al enemigo una proporción de bajas mayores que las que habían hecho los hombres en otros combates.<sup>16</sup>

Las historias de vida que regalaron durante las entrevistas, las todavía muchachas, conmueven con sus relatos sobre la epopeya en la que participaron. Contaron que, por propia voluntad, dejaron atrás la infancia para adentrarse en una adolescencia atípica, cargada de peligros y sacrificios, pero aceptaron el reto al lado de una legión de intrépidos, conducidos por un líder capaz.

En las páginas siguientes se revelan múltiples vivencias que embellecen la historia de la nación cubana, al adueñarse del aforismo martiano: «(...) las campañas de los pueblos solo son débiles, cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer (...)».<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso en el acto de fusión de todas las organizaciones femeninas revolucionarias, salón-teatro de la CTC, 23 de agosto de 1960.

<sup>17</sup> Ramiro Valdés Galarraga: *Diccionario del pensamiento martiano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 454.

## De Yara a la Sierra



En Yara, pueblo legendario de la provincia de Granma, cuna de combatientes destacados en las distintas etapas de la lucha revolucionaria, donde se proclamó por vez primera ¡Independencia o Muerte!, y acto seguido ¡Viva Cuba Libre!, nació Delsa Esther, fruto de la unión de Germán Puebla Gautier y Lilia Viltres Carbonell, el 9 de diciembre de 1940. A esta mujer extraordinaria toda Cuba la conoce como Teté Puebla.

De pequeña fue cuidada por sus abuelos y tíos con muchas carencias económicas, pero con una esmerada educación. A ellos les agradece y recuerda con cariño. Nunca tuvo juguetes, solo muñecas de trapo confeccionadas por su abuela. De joven fue muy activa. Le gustaba patinar, bailar, montar a caballo y en bicicleta, tirarse al río desde un puente o jugar al duro en la pelota como *pitcher*. Sin saberlo, todas estas actividades le sirvieron de entrenamiento físico para etapas futuras.

En una larga entrevista que Teté le concedió a Mary-Alice Waters, presidenta de la Editorial Pathfinder, expresó:

Toda mi familia apoyaba o participaba con el Movimiento Revolucionario 26 de Julio. De mis hermanos, dos se unieron al Ejército Rebelde, y todos mis tíos terminaron la guerra en la Sierra Maestra con grados de oficial. O sea, aquella era una familia de guerrilleros, una familia revolucionaria. Yo me inicié como militante del Movimiento 26 de Julio a la edad de 15 años.<sup>18</sup>

Una vez concluida la enseñanza primaria comenzó en 1956 el primer curso de la Escuela Normal para Maestros en Manzanillo, adonde viajaba todos los días.

Creció en un hogar que era la casa de los revolucionarios de Yara, donde se efectuaban las reuniones para coordinar las acciones del Movimiento. Se involucró tanto en las actividades de la clandestinidad, como miembro de la organización, principalmente después del desembarco de los expedicionarios del *Granma*, que para dedicarse por entero a esa noble causa, dejó los estudios.

Arriesgando su vida cumplió disímiles misiones: vendió bonos, trasladó armas, balas, dinamita, mensajes, medicinas y dinero; colocó banderas en el pueblo con el logo del 26 de Julio; encaminó a futuros guerrilleros hacia la Sierra Maestra; regó alcayatas en las calles que paralizaron el tránsito; utilizó un disfraz, que incluyó una barriga postiza, para esconder armas y otros medios; desconectó el tendido eléctrico, y hasta burló a las autoridades con el propósito de cumplir con éxito determinadas tareas.

En otra ocasión, del grupo de jóvenes con los que se relacionaba empleó a dos hijos de un sargento del pueblo, de apellido Pino, sicario de Batista, sin que ni imaginaran el objetivo. A las novias de ellos, simpatizantes de la lucha, se les indicó que los invitaran a clubes o paseos y, en el propio yipi del militar, trasladaron distintos medios sin levantar sospecha.

Eran tiempos difíciles, de gran represión y había que actuar con cautela, porque el Ejército, tras el desembarco de los revolucionarios por playa Las Coloradas, desplegó un mayor control sobre los accesos a la localidad y fortaleció con más soldados su presencia en Yara.

Sobre aquellos pasajes de su juventud, Teté Puebla rememoró:

Recuerdo una vez cuando llegó Santiago Terry,<sup>19</sup> de aquí de La Habana lo mandaron para Santiago y de allí para Yara.

<sup>19</sup> Santiago Terry Rodríguez (1930-1986). En abril de 1957 se incorporó a la Columna no. 1 del Primer Frente y después se trasladó al Segundo Frente Oriental Frank País. Participó en numerosos combates.

Yo lo saqué de Yara detrás de mi bicicleta. Y lo hice con tranquilidad, pasamos en medio de los guardias del pueblo para que así pudiera irse a la Sierra, donde se unió al Ejército Rebelde. Al momento de su muerte en 1986, Terry era coronel de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.<sup>20</sup>

El protagonismo de la joven en la lucha contra la tiranía de Batista en su natal ciudad, la puso en constante riesgo; sin embargo, su intrepidez y madurez revolucionaria hicieron que realizara misiones en extremo comprometedoras.

Otra de las actividades orientadas por la organización fue un asalto en Santiago de Cuba en el reparto Vista Alegre. Ella y un integrante del Movimiento, Luis Ramón Olazábal Cepeda, armados de pistolas, ocuparon dos Winchester que había en una casa y los trasladaron para Manzanillo. Un miembro de la célula a la que pertenecía, mientras lo torturaban, habló de más y los traicionó ante la dictadura, al revelar que habían participado en un traslado de armas. El mismo día de la denuncia, pasó frente al cuartel de los casquitos, sin llamar la atención.

Delsa Esther pertenecía a la juventud católica y recibía los catecismos con el cura de Manzanillo, quien la alertó del peligro que la acechaba. La escondió durante tres días en la iglesia y después en distintas casas. Como ya no podía seguir en el llano, se vio precisada a compartir las acciones en las lomas.

El grupo de compañeros con el que subió a la Sierra acordó antes de salir que si alguno quedaba vivo siempre volvería al pueblo. De aquel día tan importante, la destacada revolucionaria expresó:

Fue el 21 julio de 1957. Salí en un grupo en el que iba Rolando Kindelán,<sup>21</sup> Ángel Frías,<sup>22</sup> una serie de compañeros que

<sup>20</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., p. 33.

<sup>21</sup> Rolando Kindelán Bles (1928-2016). Se incorporó al Ejército Rebelde y participó en numerosos combates. Cumplió misión internacionalista en el Congo y en Angola. Desempeñó varios cargos en las FAR. Alcanzó el grado de general de brigada.

<sup>22</sup> Ángel Frías Roblejo (1940-1969). Se incorporó al Ejército Rebelde en la Columna no. 1 del Primer Frente y, posteriormente, pasó a la Columna Invasora no. 8 Ciro Redondo, dirigida por Ernesto Guevara de la Serna, *Che*.

son oficiales hoy. Entonces al otro día llegamos a donde estaba Fidel. Se puso muy contento cuando llegamos y dijo: «Por fin ya tenemos mujeres en la tropa», porque él siempre pensó tener mujeres en la tropa. Celia Sánchez en esos días estaba fuera, que fue cuando mataron a Frank País.<sup>23</sup> Entonces hicimos un recorrido por Chivirico y todos esos lugares de la Sierra.

Llevábamos muchos días caminando y la verdad es que con tanta hambre que teníamos, tanto frío y tantas lomas yo me enfermé. A mí me dio una cosa que me caí, entonces Martínez Páez<sup>24</sup> le dijo a Fidel que yo no podía seguir porque si yo seguía me quedaba en una loma de esas, y recuerdo que Fidel dejó una escuadra en casa de Argimiro.<sup>25</sup> Cuando yo me puse bien pasé a la tropa del Che<sup>26</sup> y en diciembre pasé otra vez para la tropa de

<sup>23</sup> Frank Isaac País García, *David o Carlos* (1934-1957). Fundador y jefe nacional de Acción y Sabotaje y delegado a la dirección nacional del MR 26-7 en Santiago de Cuba. Dirigió las operaciones del levantamiento del 30 de noviembre de 1956. Murió asesinado en el Callejón del Muro de su ciudad natal el 30 de julio, junto a su compañero de lucha Raúl Pujol Arencibia.

<sup>24</sup> Julio Martínez Páez (1908-2000). Médico. Fundador en la Sierra Maestra del hospital de La Plata. Comandante del Ejército Rebelde. Al triunfo de la Revolución fue ministro de Salud Pública.

<sup>25</sup> Campesino de la zona, colaborador del Ejército Rebelde.

<sup>26</sup> Ernesto Guevara de la Serna, *Che* (1928-1967). Fue un excepcional combatiente revolucionario, estadista, escritor y médico argentino-cubano. Su vida ejemplar, de persona consecuente con su conducta y su pensamiento, lo ha convertido en paradigma de millones de hombres y mujeres en todo el mundo. Expedicionario del *Granma*. El primer rebelde ascendido a comandante por Fidel, el 21 de julio de 1957. Después de la victoria del Primero de Enero ocupó diversas responsabilidades en el Estado. Cumpliendo con su principio de internacionalista partió a Bolivia de donde no regresó. Resultó herido en combate el 8 de octubre y fue fusilado por un soldado boliviano, en una escuela en La Higuera.

Fidel y ahí fue cuando pasé con Raúl<sup>27</sup> hasta que Raúl pasó al Segundo Frente.<sup>28</sup>

Sobre la colaboración de la joven en el campamento rebelde desde su llegada a las montañas, Celia comentó:

Cuando Teté estaba en la columna de Raúl, que Raúl se iba para el Segundo Frente, donde yo siempre pensé que Teté soportaba el atravesar, no digo yo, con el tiempo que Teté llevaba en la Sierra, con todo lo que había pasado, con los combates en que había participado, ¿cómo no iba a soportar pasar al Segundo Frente? Ahora, todos fueron de la opinión de que no era bueno que fuera, sino que se esperara que ya estuviera organizado el Segundo Frente. No sabíamos cómo iba a ser ni nada y que esperara acá. Entonces Teté quedó al lado de acá. Así se fueron concentrando, Olguita estaba allá en La Plata, de antes, Isabel también. Así se fueron concentrando todas las mujeres hacia La Plata, porque fueron todas las tropas hacia La Plata a concentrarse allí.<sup>29</sup>

Con respecto a la ayuda de sus compañeros y lo difícil que le resultó su permanencia en campaña, en una comparecencia en la Televisión Cubana, Delsa Esther relató:

Había una compenetración tan grande y me cuidaron tanto y hasta decía Fidel: «Si aparece un platanito es para Teté». Si me veían cansada me ayudaban con la mochila. La Sierra fue muy difícil.

<sup>27</sup> Raúl Castro Ruz (1931). Combatiente revolucionario, dirigente político, estadista y militar. Asaltante del cuartel Moncada y expedicionario del *Granma*. Fundador y jefe del Segundo Frente Oriental Frank País. Alcanzó el grado de comandante del Ejército Rebelde el 27 de febrero de 1958. Después de 1959 ministro de las FAR (1959-2008), general de ejército, presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba (2008-2018), primer secretario del Buró Político del Partido Comunista de Cuba (PCC) (2011-2021). Posee el título honorífico de Héroe de la República de Cuba.

<sup>28</sup> Intervención de Teté Puebla en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>29</sup> *Ibídem*, intervención de Celia Sánchez.

Durante el año 57 éramos una tropa nómada de pocos compañeros. Se había creado la Columna 4 que era la del Che y que estaba en la parte de El Hombrito y en Pata de la Mesa. Se producían muchos bombardeos en esa zona, pero la columna se mantenía en ese territorio. Caminábamos toda la Sierra.

A veces no teníamos agua ni comida. La ropa que traíamos en el cuerpo si llovía se secaba en él. Cuando me preguntan: «¿Cómo era el Comandante?» El Comandante Fidel, el Che, Raúl, Camilo,<sup>30</sup> éramos todos iguales. No había una persona que se sintiera superior. El Comandante Fidel y Raúl tenían una sola muda de ropa y podían pasar unos veinte días o más con ella puesta y entonces con una piedra, porque no teníamos jabón, se lavaba en un arroyo. Cuando llegaba alguien nuevo decía: «¡Que peste tienen los Mau-Mau!».<sup>31</sup> Se envolvían en una colcha mientras se secaba después del lavado. Para ello encendíamos un fuego y la poníamos al lado. Porque hacíamos un tipo de caldosa, que se le echaba la malanga y todo lo que apareciera.

Junto al cura, el padre Sardiñas,<sup>32</sup> hacíamos bautizos por toda la Sierra a los campesinos y los rebeldes. Muchos todavía me dicen madrina.<sup>33</sup>

<sup>30</sup> Camilo Cienfuegos Gorriarán (1932-1959). Expedicionario del *Granma*. Integró las columnas no. 1 y no. 4. Alcanzó el grado de comandante el 16 de abril de 1958. Jefe de la Columna Invasora no. 2 Antonio Maceo. En enero de 1959 fue designado jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde. Uno de los pilares fundamentales de la gesta armada de la década del cincuenta del siglo xx. Amigo inseparable de Ernesto *Che* Guevara. Su valor hizo que el pueblo espontáneamente le otorgara los títulos de Héroe de Yaguajay y Señor de la Vanguardia. Falleció en accidente aéreo el 28 de octubre.

<sup>31</sup> Apelativo utilizado por los guardias de Batista para nombrar a los rebeldes en la Sierra Maestra. Se les decía así a los integrantes del Movimiento Popular (1952-1956) contra el dominio británico en Kenia. Por ser un grupo de liberación, los guerrilleros de la Sierra Maestra aceptaron el calificativo.

<sup>32</sup> Guillermo Isaías Sardiñas Menéndez (1916-1964). Conocido como el padre de la sotana verde olivo, fue comandante del Ejército Rebelde. Murió en La Habana el 21 de diciembre.

<sup>33</sup> Comparecencia de Teté Puebla en la Mesa Redonda de la Televisión Cubana, 6 de marzo de 2015.



En el primer encuentro con Fidel, el líder rebelde le preguntó la edad. Respondió que tenía diecisiete años, aunque en realidad tenía dieciséis. Para la activa joven, transcurría una adolescencia diferente, quedaban atrás los bailes en el Liceo y el calor hogareño, pero su deseo era el de contribuir a que todos los niños de Cuba pudieran acceder a una educación digna y a los juguetes, que no llegaron nunca a sus manos. Además, tenía la esperanza de que la mujer se desarrollara y acabara con la discriminación a la que era sometida. Allí, en plena montaña, alejada de los suyos, tuvo que adaptarse a la vida guerrillera, como la continuación de un sueño que comenzó a madurar en su Yara natal.

Después, se convirtió en la colaboradora más cercana de Celia, de quien pudo valorar su grandeza que, incondicional a Fidel, ponía su pensamiento, alma y acción en todo lo que se gestaba en el campamento rebelde y estuvo al tanto de las necesidades de los combatientes y de la población serrana en general.

De Celia, incansable guerrillera, Teté apuntó:

Celia se encargaba de organizar todas esas actividades en la Sierra, no solo de los hospitales y las escuelas, sino también de la Comandancia General que se estableció en 1958. Se ocupaba de los talleres de costura, la armería, el traslado de mercancía, los mensajeros. Si una mujer estaba pariendo en la Sierra, si un campesino estaba enfermo y había que llevarle un medicamento, Celia se encargaba de eso. Después del Triunfo mantuvo esa dedicación, esa preocupación. Yo siempre estuve con ella, hasta el final de su vida. Era la persona más humana, más sencilla que había. Para los campesinos de la Sierra es como un familiar muy querido.<sup>34</sup>

Después de la rápida recuperación de los primeros días y de las experiencias que iba adquiriendo, Teté pedía alistarse en la tropa que marchaba al combate. De ello, explicó:

<sup>34</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., p. 38.

En esa época no se nos permitía combatir. Fui a Oro de Guisa porque le pedí a Raúl Castro que me llevara. En la próxima ocasión Fidel me puso la mano en el hombro y me dijo: «Te fuiste al otro combate pero ahora no». Le rogué al guajiro Luis Crespo<sup>35</sup> que me dejara ir con él. Accedió. Ese fue el combate de «Madre Vieja», entre Estrada Palma y Yara.

Al producirse la ofensiva del Ejército, las pocas mujeres que estábamos alzadas trabajamos intensamente. Cocinábamos y les repartíamos la comida a los compañeros, ya que no podían cocinarse debido a la poca distancia que estaba el enemigo y por el humo podían descubrir sus posiciones. Al finalizar la ofensiva el Che me envió al campamento de los guardias en las Vegas de Jibacoa.<sup>36</sup>

## Mensajera de la tregua

Terminada la batalla del Jigüe, desarrollada del 11 al 21 de julio de 1958, con victoria para el Ejército Rebelde, quedaron cientos de prisioneros, por lo que se decidió pactar una tregua con el Ejército para entregarlos a través de la Cruz Roja Internacional y, si aceptaban, quedaba claro que reconocían la derrota.

Acerca de los preparativos de esta operación, el Che le envió un mensaje al Comandante en Jefe el 21 de julio y, entre otros temas, le comunicó:

Recuerda que hay que trazar un plan para mañana, pues ya la Cruz Roja mandó a preguntar hora. Hay que traer todos los heridos de abajo y mandar un mensajero a las Vegas. El plan era el siguiente: Comunicarle al comandante de las Vegas, por medio de una mensajera femenina, la hora en que se iniciará la entrega y anunciarle que será en la casa de

<sup>35</sup> Luis Crespo Castro (1933-2002). Expedicionario del *Granma*. Perteneció a la Columna no. 1 del Primer Frente. Se destacó en varios combates. Finalizó la guerra con el grado de comandante. Falleció el 20 de agosto.

<sup>36</sup> Luis Báez: *Secreto de generales*, periódico *Granma*, 15 de julio de 2006.

Bismark; previamente, tomar los altos de Bismark y el firme de enfrente con un par de escuadras; advertir que si la aviación continúa tan activa no podemos hacer la entrega a esa hora y deberá esperarse al anochecer; admitir que en la casa de Bismark debe estar el representante de la Cruz Roja con autoridades, sin hacer ostentación de fuerza y decirle el número aproximado de heridos, advirtiéndole que en próximas entregas se darán más prisioneros enfermos.<sup>37</sup>

Sobre los pormenores de aquel acontecimiento, Fidel señaló:

La mensajera femenina a que hacía referencia el Che resultó ser Teté Puebla, eficaz colaboradora de Celia, quien tuvo una participación destacada en este episodio y más adelante sería la segunda jefa del pelotón femenino Mariana Grajales. La casa en cuestión, era la tienda del colaborador campesino Bismark Galán Reina, que durante mucho tiempo sirvió como puesto de mando de Celia en sus tareas de aseguramiento de nuestro esfuerzo guerrillero, hasta que tuvo que evacuarla ante la inminencia de la entrada del enemigo a las Vegas de Jibacoa.<sup>38</sup>

A pesar de que se tuvieron en cuenta a otros valerosos combatientes, Fidel argumentó la proposición, porque una mujer tendría un fuerte impacto psicológico en la tropa enemiga. Era una tarea difícil, le había dicho Fidel.

De esta forma, Teté, mensajera para coordinar la tregua, participó de manera decisiva en la discusión de cómo llevar a cabo la misión y la necesidad de su éxito. Expresó que fue en ese momento que el Che habló con ella y le advirtió:

Bueno, Teté —me dijo— pueden pasar tres cosas. Pueden aceptar la tregua y no va a pasar nada. Te pueden matar —o sea, me podían disparar antes de llegar a ellos— o te pueden llevar prisionera para Bayamo.

<sup>37</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2010, p. 606.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 607.

De todas maneras la tregua hay que conseguirla y entregar a los prisioneros —le contesté—, y aquí estoy, en disposición de hacerlo.

Entonces, se lavó y se planchó mi único uniforme verde olivo. Salí a las 5:30 o 6:00 de la mañana desde los Altos de Mompié.

Me desplazaba en un mulito, con una banderita blanca, desarmada y acompañada por un campesino del área. Iba con mi pelo largo suelto, y mi brazalete del Movimiento 26 de Julio. Así fui bajando la Sierra Maestra, hacia la zona que estaba dominada por los guardias de Batista. Nosotros estábamos en el firme del macizo montañoso de la Maestra, y toda la parte de abajo la dominaba el Ejército batistiano.<sup>39</sup>

Poco antes de salir, llevando sobre sus hombros la riesgosa misión, el propio Che le preparó una taza de té. Mientras se desplazaban hacia las Vegas de Jibacoa, la aviación comenzó su aguacero de metrallas y, al primer bombazo, el mulo se dio a la precipitada, ella se cayó y no volvió a ver al animal. También perdió el contacto con el campesino que la acompañaba. Firme en el cumplimiento de su gestión, continuó el trayecto a pie, con la tensión de que en cualquier momento los guardias le podían disparar.

Habían pensado en unas tres horas de camino, pero con tantos contratiempos, incluyendo el acoso de la aviación, fueron seis. Al mediodía llegó al enclave enemigo. Sin titubear mostró un pañuelo blanco cuando se encontró con la primera posta de soldados. En un pequeño valle, en cuatro o cinco bohíos abandonados, tenían instalado el puesto de mando. Los soldados la miraron con rostros amenazantes, pero la joven rebelde no se amedrentó y con mucha firmeza se dirigió a ellos:

Quiero ver al jefe. Traigo un mensaje del Che. El hombre se quedó helado. Le avisó al capitán Carlos Durán Batista.<sup>40</sup>

<sup>39</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., pp. 41-42.

<sup>40</sup> Carlos Durán Batista. Capitán, jefe de la unidad militar acantonada en Vegas de Jibacoa, Sierra Maestra.

Este vino. Le informé el objetivo de mi misión y le entregué la carta firmada por el Che.

Mandó a buscar al comandante Merob Sosa,<sup>41</sup> a Bayamo. Cuando este terminó de leer la carta, le repetí lo que le había dicho a Durán.

Sosa me pidió que me quitara el brazalete rojo y negro del 26 de Julio, porque los guardias creían que eran rebeldes los que se iban a entregar.

Le respondí que no, porque eso era un símbolo de nuestra lucha y le aclaré que los que íbamos a entregar eran soldados y no guerrilleros. También le precisé que el último de nosotros moriría combatiendo en la Sierra antes que rendirse.<sup>42</sup>

La audaz muchacha entregó el mensaje siguiente:

Sierra Maestra, julio 22 de 1958

Al Comandante destacado

En el puesto de Las Vegas

Señor:

Cúmplase el comunicarle que, procediendo con lo acordado por la Cruz Roja Internacional, entregaremos hoy, en horas de la tarde, el primer lote de prisioneros heridos. La portadora, compañera Teté Puebla, del servicio de Sanidad de nuestro Ejército, es la encargada de hacer conocer a Ud. las disposiciones finales que hemos tomado para el caso.

A las 2 p. m., siempre que durante las horas habituales no haya bombardeos, caso en que debemos retrasar algunas horas el envío de los prisioneros, estos estarán en territorio bajo su mando militar. Debo advertirle que la casa donde efectuaremos la entrega pertenece a un señor cuyo nombre

<sup>41</sup> Merob Sosa García (¿-1920). Comandante. Se graduó en 1956 en la Escuela de las Américas del Ejército norteamericano. Sembró el terror por donde atravesaban sus tropas. Ya en Estados Unidos, después de 1959, fue dirigente de la organización contrarrevolucionaria La Rosa Blanca.

<sup>42</sup> Luis Báez: Ob. cit.

es Bismark, desconociendo su apellido; esta casa está situada a unos 500 metros de sus posiciones habituales y hasta ella deberá ir el delegado de la Cruz Roja Internacional con su correspondiente documentación. Pueden acompañarlo en este acto los camilleros y los oficiales que así lo deseen, armados o no, pero siempre bajo la garantía de la citada institución.

Las alturas que dominan la casa elegida estarán dominadas por nuestras fuerzas, no permitiéndose el avance de la tropa a su mando por esas alturas, lo que sería considerado por nosotros como una violación de la tregua.

La entrega de los prisioneros no se hará hasta recibir la contestación afirmativa sobre el plan propuesto con una firma responsable y por intermedio de la misma mensajera. Cualquier atropello a la investidura de la mensajera dará por resultado la ruptura de las negociaciones y, por consiguiente, de la tregua impuesta en esta parte del frente de batalla.

Debo comunicar al delegado de la Cruz Roja Internacional que tienen que estar listos para recibir, probablemente el día de mañana, un nuevo grupo de heridos cuya gravedad no permite un traslado violento, pues han sido sometidos a operaciones de urgencia. Pronto estaremos en condiciones de dar su número.

Se complace en saludarlo, f/ Che  
Comandancia de la Columna 8 «Ciro Redondo»<sup>43</sup>

El capitán Durán le propuso a la intrépida guerrillera llevarla para Bayamo, pero ella se mantuvo firme en el cumplimiento de la gestión encomendada, y aceptaron la tregua.

Teté debía estar de vuelta a las dos de la tarde, cuando pensaban comenzar la devolución, y regresó cuando el manto de la noche cubría la cordillera. Eran las seis de la tarde.

Fidel, el Che, y el resto de la tropa estaban esperando con mucha ansiedad, pues pensaban que le había ocurrido algo. Cuando

<sup>43</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., p. 44.

llegó al firme de la Maestra, la cargaron y la tiraban al aire, contentos porque había regresado sana y con una respuesta positiva. Siendo tan joven y pequeña en lo físico, ayudó a convencerlos de la negociación. Los militares, asombrados, le preguntaron cómo ella podía estar alzada, «porque siento amor por la causa y por Cuba», fue su escueta, pero contundente respuesta.

Ya entre los suyos, les contó que el capitán Durán le había dicho que enviaran a los prisioneros de día y que no se permitiría a la prensa sacar fotos. Fidel y el Che analizaron la situación, redactaron la respuesta y esa misma noche le dijeron que debía regresar al segundo contacto con la oficialidad del Ejército.

Llegó al campamento enemigo como a las diez de la noche y las postas la alumbraron con los reflectores:

Me dieron el alto y les dije que era el segundo mensaje de la Columna 1. Me dijeron que se los entregara y les dije que era para el jefe. Me quedé en el campamento enemigo y los guardias expresaron que fue la noche más feliz que pasaron en la Sierra Maestra, porque al yo encontrarme allí las fuerzas rebeldes no atacarían aquella zona. También saqué información de dónde tenían los morteros y se dieron cuenta que de verdad eran guardias los que se iban a entregar. El 23 de julio, un día después que yo llevé las cartas, bajaron con el Che unos doscientos cincuenta guardias prisioneros, entre ellos, varios heridos.<sup>44</sup>

Segundo mensaje entregado por Teté Puebla en el campamento enemigo, dirigido al capitán Carlos Durán Batista y fechado el 22 de julio de 1958.

Estimado Capitán: Contesto urgentemente su comunicación de esta misma fecha con el fin de aclarar algunos conceptos de su carta y anunciarle además que, dadas las seguridades ofrecidas por usted enviaré los heridos más graves sin esperar la llegada de la Cruz Roja Internacional.

<sup>44</sup> Comparecencia de Teté Puebla en la Mesa Redonda de la Televisión Cubana, 6 de marzo de 2015.

Estos heridos están algo alejados de aquel puesto y, dados los pésimos caminos de la Sierra, no puedo adelantarle una hora fija de llegada. Deben estar prevenidos esta noche por si podemos hacerlos llegar en el curso de la misma. Le reitero la seguridad de que la tregua será estrictamente cumplida por nosotros. No obstante, queremos saber el alcance exacto de la misma para abstenernos de hacer movimientos militares en esa zona, evitando así choques que pudieran empañar este hermoso acto de confraternidad en el dolor. Para nosotros son necesarias 48 horas a partir de la llegada del delegado de la Cruz Roja Internacional, anunciada por Radio para las 2 p.m. del día de mañana. A partir de ese instante, quedarán automáticamente rotas las hostilidades, salvo indicación expresa en contrario. Debo aclararle además que, para nosotros la tregua existe estrictamente en la zona de Las Vegas, rogándole a usted me comunique antes de las 6 a.m. cuál es el alcance que da su Estado Mayor a la misma.

Obviando responsabilidades, debo comunicarle que los heridos se moverán en las zonas comprendidas entre los vértices siguientes: las Vegas, Mina de Frío y Altos del Jigüe; si se repite el bombardeo y ametrallamiento que sobre esa zona se efectuó hoy, pueden ocurrir desgracias lamentables.

No es exageración mía al advertirle esto, ya que por orden expresa de nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, entregaremos, además de los heridos, a todos los sobrevivientes del Batallón 18 de Infantería, dirigido por el comandante Quevedo, que se rindieran a nuestras fuerzas. Tomamos esta decisión basados en razones humanitarias, por el grado de desnutrición a que había llegado esa tropa luego de resistir 10 días de cerco, en heroico cuanto estéril sacrificio. Deseando estrechar su mano en más felices circunstancias para Cuba, y en rueda de compañeros, se despide cordialmente de usted,

Che

Comandante de la Columna no. 8 «Ciro Redondo»<sup>45</sup>

<sup>45</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., pp. 610- 612.



La agrupación de soldados vencidos y desmoralizados marchó en fila india mientras cruzaban por las veredas, ríos y cañadas. Muchos estaban heridos y se apoyaban en bastones improvisados o en los hombros de sus colegas. A los más graves los trasladaron en hamacas. La extraña escena, que combinaba alegría y tristeza, fue presenciada por los campesinos serranos desde sus maltrechos bohíos, con la seguridad de que el esperado y definitivo triunfo de las tropas rebeldes estaba próximo. Aquellos que pasaban cerca de sus vistas cansadas de tanta ignominia, eran los mismos soldados que habían empleado el abuso y el crimen contra la población pacífica de la Sierra y habitantes de sus alrededores.

En todo momento y durante la entrega, los prisioneros recibieron atención respetuosa. Con posterioridad, los propios guardias transmitieron sus testimonios, demostrando una vez más el trato humanitario que siempre caracterizó al Ejército Rebelde y que influyó en acontecimientos futuros.

Al hacer referencia a la actuación del Che, Fidel, en el texto *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*, señaló:

Si alborotadora fue la presencia de una mujer guerrillera —Teté Puebla— entre los guardias, más revuelo aún causó la sorpresiva llegada del Che, quien bajó en un mulo desde Mompié y compartió un buen rato en la casa de Bismark con los representantes de la Cruz Roja y los jefes de la compañía sitiada. Hasta sus buenos tragos de coñac bebieron juntos, con lo que el Che se adelantó unilateralmente a su ofrecimiento de celebrar las más recientes victorias.

Ya el Che había comenzado a convertirse en leyenda, y los guardias no desestimaron la oportunidad de poder ver al comandante guerrillero argentino.<sup>46</sup>

Al paso de los días, el capitán Durán Batista, a quien Fidel calificó como valiente y caballeroso, fue capturado por el Che y optó

<sup>46</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., pp. 613-614.

por quedarse junto a ellos. Durante los meses finales de la guerra, sus servicios fueron inestimables en los contactos y negociaciones con los jefes enemigos.

En el libro, *Che entre nosotros*, aparece una reseña de Delsa Esther, sobre algunas ocasiones en que estuvo cerca del comandante Guevara.

El Che además de combatiente y jefe cumplía sus funciones de médico: cuando herían a un compañero, personalmente se ocupaba de curarlo. Si alguien tenía un dolor de cabeza, iba a ver qué le pasaba. Sin embargo, cuando le dolían las muelas a los combatientes disfrutaba sacándolas. Los campesinos lo venían a buscar lo mismo de día que de noche; hasta hizo partos en la Sierra Maestra. Se creó una leyenda en torno a las atenciones médicas del Che, que aún perduran.

También era maestro, alfabetizó a varios compañeros y se preocupó para que todos los que no sabían leer y escribir aprendieran, no solo con los combatientes del Ejército Rebelde, sino también con los campesinos.

Estaba atento ante los problemas personales de todos, si alguien tenía alguna situación familiar ayudaba a resolverla. No podía ver a nadie triste, se daba cuenta enseguida y buscaba la forma de conocer las causas y resolverlas si estaban dentro de sus posibilidades.

Del ser humano que fue el Che y de sus características, que lo diferencia entre muchos, Teté destacó:

Él tenía algo en su personalidad que lo distinguía del resto de los compañeros. Para la tropa era como un padre o un hermano mayor. Estableció relaciones de respeto y disciplina, pero a la vez de afecto y yo diría que muy fraternales. Por eso los hombres lo admiraban y querían tanto y estaban dispuestos a cumplir cualquier misión que él les encomendara.

Mientras estuve en El Hombrito, se produjo el combate de Mar Verde, en esa ocasión murió Ciro Redondo.<sup>47</sup> Cuando el Che regresó se reunió con nosotros para informarnos de los resultados de la acción. Cuando se refirió a los caídos le rodaron las lágrimas y eso me impactó muchísimo, porque un gran guerrero era capaz de llorar de sentimiento ante un dolor semejante. Recuerdo también que era un hombre que amaba la poesía, en los días de mucho frío y lluvias intensas, durante los cuales la tropa no podía salir a explorar, leía poemas, no sé si eran suyos o de otros autores, pero lo cierto es que amaba mucho la poesía.<sup>48</sup>

Después de cumplir aquella honrosa gestión mediadora como mensajera de la tregua, en tres ocasiones Teté se trasladó a Santiago de Cuba con el objetivo de lograr nuevas vías para abastecimientos de comida, medicamentos y otros medios necesarios para los combatientes de la Sierra.

El Comandante en Jefe no quería en un principio que cumpliera determinadas misiones donde se exponía, porque los soldados la podían identificar. Accedió cuando Celia lo convenció. Muchas veces la valiente muchacha traspasó las líneas del adversario disfrazada de campesina, para llevar al llano importantes mensajes. Mientras desempeñaba aquellas arriesgadas tareas, en su mente siempre estuvo latente el deseo de combatir con un fusil en la mano, junto a la insigne y aguerrida tropa liderada por Fidel, con la que ella había transitado tantas veredas y se había hermanado subiendo lomas. Y ese deseo, se hizo realidad.

<sup>47</sup> Ciro Redondo García (1931-1958). Militante de la Juventud Ortodoxa, formó parte del grupo de jóvenes artemiseños que asaltó al cuartel Moncada. Fue expedicionario del *Granma*. Como miembro del Ejército Rebelde participó en numerosas acciones combativas hasta su caída en combate.

<sup>48</sup> Adys Cupull y Froilán González: *Che entre nosotros*, Editorial Abril, La Habana, 1992, pp. 38-42.

## *Las hermanas Rielo*



Isabel Rielo Rodríguez (izquierda) nació el 28 de octubre de 1927 y, ocho años después, un 27 de marzo de 1935, su hermana Lilia. Hijas de Alfredo e Isidra, la más joven recuerda el lugar donde pasaron su infancia con una nostalgia extraordinaria y, en las noches, cuando el sueño no quiere visitar sus ojos, su mente recorre cada rincón de aquella finquita, nombrada Calabazar, muy próxima a Dos Caminos de San Luis, donde no faltó la riqueza espiritual, por tanto amor que se respiraba en el ambiente familiar. Vivían a treinta y un kilómetros de Santiago de Cuba, la indómita ciudad bañada con los verdes tonos de la firme serranía.

Más tarde, las hermanas respondieron al eco rebelde que estremecía el lomerío oriental.

Con emoción, sobre algunos pasajes de la convivencia que siempre la unió con Isabel, Lilia narró:<sup>49</sup>

Ella fue la quinta y éramos ocho hermanos. En nuestra casa fue una personita especial desde que abrió sus ojos al mun-

do. Le deslumbraba treparse en el árbol más alto y nunca hubo que obligarla a estudiar, como es costumbre cuando uno es pequeño. La recuerdo sentada en un taburete fuera de la casa leyendo algún que otro libro porque, eso sí, nunca dejó de instruirse. Fue rebelde sin causa, pero con características extraordinarias. Tenía que hacer siempre, siempre sus gustos, aunque por un motivo noble.

Nuestro padre era un autodidacta que conocía de historia, geografía, química y un poco de inglés.

Mamá aprendió a poner su nombre, no porque la dejaron ir a la escuela, sino por un maestro que llevaban a la casa, y cuando le iban a impartir las clases sentados a la mesa, en el otro extremo estaba mi abuela de «chaperona», pues no la dejaban sola con el profesor. Eran los prejuicios y costumbres de la época. A mi madre no le permitían salir ni al patio y con los únicos hombres que podía conversar era con sus hermanos. Ya era una muchacha, y visitando un día la casa de un tío, conoció a nuestro futuro padre, que venía conduciendo una carreta con una yunta de bueyes, y con ese primer hombre que conoció fuera del entorno familiar, se casó y tuvieron un matrimonio feliz.

Lilia, se estremeció al trasladarse al pasado; no obstante, continuó:

Me inscribieron con fecha de nacimiento 1.º de diciembre de 1935, por lógica me quitaron unos nueve meses, pero nunca he celebrado ese día. Además, tengo muchos conflictos con mi nombre, porque en la inscripción aparezco con los apellidos de mis abuelos maternos: Rodríguez y también me pusieron Lidia. Aunque así está en los documentos oficiales, en todas partes el nombre que doy es el de Lilia Rielo Rodríguez, con los apellidos de mis padres y el nombre que me pusieron al nacer. Y así tengo certificados de condecoraciones u otros documentos de una manera y de la otra.

Concluimos hasta el sexto grado en una escuelita situada en La Cubana, un poblado aledaño. Mi hermana hizo el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba, mientras vivía en una casa de huéspedes de dicha ciudad.

Primero hice la preparatoria en la academia Vidau, como le decían, y cursé hasta el segundo año del Instituto, pero al contrario de mi hermana, decidí viajar todos los días. Tenía que desplazarme cuatro kilómetros desde nuestra casa hasta Dos Caminos de San Luis para tomar el transporte a Santiago, y por la tarde el recorrido a la inversa. Nosotros estudiamos desfasadas.

Existe una nota curiosa en la que se aprecia la fortaleza de carácter de su querida hermana.

Durante el tiempo que ella estuvo en el Instituto, yo no sé cuántas veces papá la regresaba para la casa si se enteraba que tenía algún enamorado o noviecito. Él decía: «O novio o estudio». Ya en la universidad, tuvo un novio que la iba visitar a la casa en las vacaciones, relación que mantuvo hasta que se alzó para la Sierra. Cuando triunfó la Revolución él tampoco había terminado la carrera y fue a verla al campamento militar de Managua, donde nos concentraron por un tiempo. Ella no quiso continuar la relación alegando que era muy «cucaracha», porque juntos en la universidad habían participado en protestas, marchas de antorchas, pero después, según decía, él no hizo nada, se quedó en su casa echándose fresco.

Amargos sucesos como el del asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba y el Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo, junto a la acción valiente de los jóvenes que acudieron al llamado de Fidel, las hizo ver más de cerca la injusticia en cada rincón de la patria amada.

Lilia Riello guarda en su mente la imagen de un moncadista, quien disperso, después del heroico acontecimiento, pasó por la

finca y le dieron café y naranjas. Le señalaron por cuál camino debía alejarse y trataron de despistar a los guardias que venían en acecho, y más adelante lo asesinaron.

A principios de 1957, las hermanas se vincularon a una célula del Movimiento Revolucionario y desde ese instante, sin que las amedrentaran los peligros, realizaron disímiles acciones en la clandestinidad.

En una oportunidad quemaron un puente situado entre La Cubana y Songo, donde había un apostadero de guardias que le decían La Araña. Aquel puente era la vía para trasladarse hasta Santiago de Cuba. Colaboraron en la venta de bonos y confección de brazaletes; distribuyeron el periódico *Sierra Maestra*, órgano clandestino del 26 de Julio. En su casa guardaron dinero aportado por personas a la causa y que luego se destinaba a los aseguramientos de la lucha clandestina o de la Sierra. Cuando se preparaba la huelga general en abril de 1958,<sup>50</sup> juntaron un botiquín para los primeros auxilios.

Lilia, con cierta picardía, recordó:

Yo tenía un novio y como nos dedicábamos a bordar, y para eso había que buscar los hilitos, ese era el pretexto que poníamos en la casa para salir casi todos los días, y así seguíamos inventando las salidas, aunque siempre encargaban a mi hermana para que me cuidara. Trasladamos armas y los guardias nos decían: «Levántense la ropa». Uno se levantaba la ropa, aunque las armas las llevábamos atrás, pero a ellos lo que les interesaba era mirarnos. Usábamos «engañadoras», unas faldas voluminosas de muchos vuelos, que se prestaban para ocultar los traslados, y hacíamos aquel gesto que nos pedían los soldados muriéndonos de miedo. A raíz de los preparativos para la huelga de abril, se intensificaron nuestras actividades, porque estuvimos dispuestas a cumplir cualquier tarea dentro del clandestinaje.

<sup>50</sup> Al respecto, el Comandante en Jefe señaló: «La experiencia del frustrado intento de huelga trajo como resultado la revisión a fondo de las concepciones organizativas y de lucha en el seno del Movimiento 26 de Julio», ver Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., p. 8.

La dicha de poder recordar cada detalle, fue evidente; y de un día en particular, expresó:

Era principios de marzo de 1958, una de las pocas fechas que guardo en mi cabecita. Un buen día, como a las nueve de la mañana fue a la casa un señor en un caballo que no llevaba montura, solo con el basto. Nos dijo que teníamos que estar listas para salir hacia la Sierra Maestra. Fuimos honestas con mamá, le dijimos muy claro que teníamos que cumplir una misión y subiríamos a la Sierra. Ella rompió en llanto, pero ya mi hermana era una adulta de treinta y un años.

Nuestra madre tuvo el respeto de hacernos un almuerzo rico. No pudimos despedirnos de nuestro padre, porque había salido temprano para Santiago de Cuba. Emprendimos el riesgoso viaje con la ropa que llevábamos puesta y yo no calzaba ni unos zapatos acordes para caminar. Arrancamos para el lugar donde debíamos concentrarnos. Nos dieron algunos avituallamientos: algodón, sueros, etcétera, y nosotros pensando en cómo los trasladaríamos. Era en una mochila, también cargada de sueños y esperanzas.

Nos comunicaron que nos mandaban a nosotras para la Sierra, porque el Che había pedido una enfermera y una maestra. Mi hermana no era enfermera, pero como estaba próxima a titularse en Farmacia, tenía conocimientos generales de Medicina y podía apoyar a los médicos en la cura de los heridos y otras tareas análogas que le asignaran. Yo no había concluido el segundo año de bachillerato, pero tenía los conocimientos para impartirles clases a personas que comenzaran de cero en su enseñanza.

Las intrépidas muchachas arrancaron para la Sierra muy alegres y dispuestas. En las labores de la lucha en el llano, se habían relacionado con una colaboradora nombrada Silvia Rosales, jefa de una célula del 26 de Julio, que vivía en San Luis. Esta compañera les comunicó que irían para Palma Soriano, a la casa de



Parmenio García Beltrán, un veterano luchador, también miembro del Movimiento y muy destacado en el apoyo a los rebeldes, principalmente a los del Tercer Frente Mario Muñoz, comandado por Juan Almeida.<sup>51</sup>

En aquellos momentos Lilia no tenía aún la madurez política para hacer un análisis profundo de los acontecimientos; sin embargo, no estaba limitada a su pueblito, conocía la situación eferescente del país, porque todos los días en algún lugar de Cuba aparecían muertos y asesinados y la juventud vivía azocada. Al régimen no le importaba maltratar o matar a un campesino humilde, a un estudiante, a un trabajador.

Por ello, tenían muchas motivaciones para tomar una determinación radical que transformó, sin saberlo, sus vidas. De este sentimiento hacia la desigualdad, Lilia dijo:

El principio que nos acompañó a tomar tal decisión era el dolor hacia lo injusto. Yo leía *Selecciones*, un librito que editaban en Estados Unidos, y que inundaba a la América Latina con una propaganda anticomunista, donde hablaban de la Unión Soviética como la cortina de hierro. Una propaganda terrible.

Desde pequeña fui muy amiga de los trabajadores de mi casa, de aquella finquita donde cultivaban boniato, yuca y la caña se trasladaba para un ingenio cercano. Me dolía ver a los trabajadores sudados y mal alimentados picando caña a las dos

<sup>51</sup> Juan Almeida Bosque (1927-2009). Participó en el asalto del cuartel Moncada, en la expedición del yate *Granma* y encabezó el Tercer Frente. Le otorgaron el grado de comandante el 27 de febrero de 1958. Ocupó numerosos cargos en el Estado y en las FAR. Formó parte del Buró Político del Comité Central del PCC desde su fundación y fue ratificado en todos los congresos; diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y vicepresidente del Consejo de Estado, desde la primera legislatura del Parlamento cubano; presidente de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana. En su faceta de compositor y escritor realizó más de trescientas canciones y una docena de libros. Por sus méritos recibió condecoraciones y órdenes nacionales e internacionales, destaca el Título Honorífico de Héroe de la República de Cuba.

de la tarde. Yo robaba comida de mi casa y atravesaba un potrero donde pastaban unas reses de la raza cebú, a las que le tenía pánico, para llevarles alguna proteína a las familias sin recursos, hacinadas al lado de una empalizada, donde no podían criar animales ni sembrar para su sustento. Al presenciar aquello, se fue creando también en mí la idea de que la situación debía cambiar. Todas esas personas eran mis amigas y con muchas mantengo todavía relaciones.

La salida hacia las lomas estaba organizada y garantizada. De lo sucedido, prosiguió:

Desde el mes anterior, otros compañeros habían salido para el Segundo Frente, dirigido por Raúl. Ya todo estaba previsto y nos quedamos en la casa de Parmenio. La noche fue muy tensa. Alguien ajustició a un soldado de Batista y estaban la Guardia Rural y la Policía registrando hasta a «la madre de Cristo», una locura. Todo un sistema de control. La casa era grande y éramos varios jóvenes escondidos. Existía una tapia por el patio que se podía saltar con un poco de suerte. Inventaron una señal, que cuando dijeran: «Blasa», teníamos que brincar para la casa de al lado, pues ya estaban de acuerdo. ¡Y cuántas veces hubo que saltar corriendo! No he olvidado aquella palabra y nunca supe lo que significaba.

Se hace un alto en la entrevista para relajar tensiones, porque la historia parece sacada de un cuento.

Muy tempranito nos recogió un carro de Crusellas y Cía., una firma que fabricaba el jabón de lavar Candado, y llegaba hasta la Sierra Maestra a recoger los pedidos. Nos pusimos muy bonitas y elegantes. Nos dieron instrucciones de qué hacer si los guardias nos paraban, porque para llegar a Guisa, como primera etapa, debíamos pasar por distintos puntos donde estaba la Guardia Rural.

Dijimos que éramos dos santiagueras que íbamos a pasar unos días en la casa de una familia residente en Guisa. También les

brindamos algunas golosinas. Hicimos aquel recorrido sin problemas, porque ni nos registraron. Los guías nos dejaron en la casa de unos campesinos que vivían a la orilla del río Guisa. Era un matrimonio de españoles ya mayores con una hija llamada Argentina. Yo pensaba: ¡Mira dónde estamos! Viendo aquellas montañas gigantes que tendríamos que subir.

La muchacha de la casa que era muy tratable, me consiguió unos zapatos acordes para la caminata. Previa coordinación, unos compañeros de un campamento que le decían Las Peñas, contactaron con nosotros por la noche. Al dueño de aquella casa-campamento le llamaban Mulato Casas. Todos muy atentos con nosotros y me miraban con una lástima... Pensaban que era muy niña a pesar de mis veintitrés años. Salimos como a las once de la noche cuando fueron a buscarnos aquellos guerrilleros armados con fusiles, para encaminarnos hacia el campamento, próxima etapa de nuestro recorrido.

¡Ya estábamos en la Sierra Maestra  
la enfermera y la maestra!

A pesar de que vivía en el campo, Lilia nunca había montado a caballo. Cuando era pequeña la acomodaban en la parte delantera de la montura y de grande en una manta detrás, mientras se agarraba del jinete. En esta ocasión, que no se ha borrado jamás de su memoria, el humor y la sensibilidad por lo bello, ponen de manifiesto la mujer que es.

Me trasladé en un mulo, que en el trayecto hacía de mí lo que le daba la gana. Jamás en mi vida logré borrar esa imagen. Subíamos una pendiente muy alta que estaba toda desprovista de árboles y al bajarla había una luna clara, que era lo más hermoso que se pudiera observar. Algo precioso y mágico, que aún conservo en mi mente. Llegamos por la mañana al

campamento de Pancho Tamayo.<sup>52</sup> ¡Ya estábamos en la Sierra Maestra! Recuerdo que había un arroyito pegado a la casa. Armamos las hamacas que nos habían dado en el otro campamento y logramos dormir un poquito.

Al atardecer emprendimos de nuevo la marcha que duró toda la noche. Casi no me podía mover por el dolor en todas las articulaciones, porque no tenía costumbre de montar a caballo. Aquel mulo hambriento, cogiendo las hierbas a menudo y yo sin poder controlarlo. A veces el guía aguantaba al animal, porque si no hasta podíamos rodar por uno de los barrancos.

La travesía hasta la Sierra Maestra fue difícil, por las tensiones y por la propia geografía. Por suerte, al oscurecer del otro día ya estaban en Pata de la Mesa.

De las primeras impresiones, Lilia siguió el curso lógico de sus recuerdos:

Había un río, una escuelita, una zapatería, subía otra pendiente y estaba Radio Rebelde,<sup>53</sup> donde se fundó. Era el sitio del puesto de mando de la columna 4, comandada por el Che. Un poco más arriba estaba el pequeño hospital. Supuestamente, ese era nuestro lugar de destino. Tuvimos que bajar en los mulos una altura que le decían la loma de Tranquilino, una pendiente prácticamente vertical. El nombre devenía de un viejito muy vistoso, de barba blanca, que tenía una pequeña casa a mitad de aquella altura. Cuando llegamos, ya bastante tarde, yo quería quedarme encima del mulo, porque los músculos no me aguantaban.

<sup>52</sup> Francisco Amado Tamayo Tamayo, *Pancho* (1904-1960). Militante del Partido Comunista de Cuba, del cual fue fundador en 1925. Organizó los comités de apoyo a los asaltantes del cuartel Moncada. Participó en la búsqueda de los sobrevivientes del desembarco del *Granma*. En marzo de 1958 fue ascendido por Fidel a comandante. Murió en un enfrentamiento contra la banda del traidor Manuel Beatón, el 4 de abril.

<sup>53</sup> La emisora se fundó el 24 de febrero de 1958, por el comandante Ernesto Che Guevara en Altos de Conrado, en la Sierra Maestra. A partir del 1.º de mayo, Radio Rebelde salió al aire desde su emplazamiento definitivo en La Plata.

A la primera persona que vi fue a Olga Guevara. Su imagen, atenta y cariñosa, es imborrable para mí. Nos recibió muy sonriente. Nos llamó la atención ver a una compañera que llevaba aquel tipo de vida a la que nosotras no estábamos habituadas y que sería el nuestro en lo adelante.

Ella dijo: «Mira, han llegado a buena hora, ya vamos a comer». Nos alimentamos y después empezamos a conversar. Ese día hacía falta una mujer para hacer un llamamiento en Radio Rebelde relacionado con la huelga que se planificaba y designaron a Olga.

El arribo de las Rielo coincidió con un ataque de asma del Che, y fueron atendidas por Ramiro Valdés.<sup>54</sup>

De ese encuentro, Lilia relató:

Nos hizo la entrevista que le hacían a todo el mundo: ¿De dónde veníamos, qué hacíamos, qué considerábamos de la huelga que se esperaba? Le transmitimos la idea de que la huelga no podía acabar con la dictadura, pero que se podían hacer grandes cosas. Ramiro nos pintó aquella vida muy dura, que no siempre había ropa para ponerse, que era muy difícil desplazarse por las lomas... Que si queríamos regresar podíamos hacerlo, por si nos arrepentíamos después. Y nosotras: ¡Primero muertas, para atrás, nada!

Ramiro le dijo a Isabel que su hermana tenía un aspecto frágil. «Ella es solo frágil en apariencia», fue su respuesta. Se quedaron allí y a la semana las trasladaron para La Mesa, que era el lugar donde iban a trabajar.

Sobre las tareas que desarrollaron, la más joven de las Rielo comentó:

<sup>54</sup> Ramiro Valdés Menéndez (1932). Participó en el asalto del cuartel Moncada y fue expedicionario del yate *Granma* e integrante de las columnas 1 y 4 del Ejército Rebelde. Posteriormente, segundo jefe de la Columna Invasora no. 8 Ciro Redondo. Ha desempeñado diversas responsabilidades en el Estado. Es Héroe de la República de Cuba y Comandante de la Revolución. Actualmente es viceprimer ministro del país.

A mi hermana la ubicaron en su hospital y a mí me mandaron para la escuelita donde les impartía clases a los niños de la zona, que iban descalzos. Algunas niñas, incluso, llevaban a sus hermanitos en brazos, porque su mamá tenía que trabajar en el campo y yo tenía que inventar dónde los acomodaba. Cuando se producía algún bombardeo corría con ellos hacia una laja de piedra muy grande situada cerca del lugar. Para entretenerlos y que le perdieran el miedo a los aviones, empezaba a contarles historias. Es de las cosas de la Sierra más inolvidables. Cuando les narraba un cuento aparecían los conceptos de automóvil, de luz eléctrica y me peguntaban qué significaban. Tremendo rato para explicarles de manera sencilla y que entendieran, pero yo lo hacía entusiasmada y con mucho amor. Perdidos entre las lomas, los niños no conocían nada de nada.

Los recuerdos de la noble y bella labor de enseñar la emoción, por las cosas increíbles que vivió y para que las personas, en especial los jóvenes, conozcan esas experiencias apuntó:

Con «chismosas», que también se les llama candiles, les impartía clases también a los rebeldes por la noche. Por allí desfilaron entre otros Eliseo,<sup>55</sup> Joel Iglesias<sup>56</sup> y uno de los Parditos,<sup>57</sup> porque fueron varios hermanos que se incorporaron al Ejército Rebelde. Todos fueron mis alumnos. Joel Iglesias era prácticamente un niño y estaba herido. Era un muchacho de los más nobles que yo he visto en mi vida,

<sup>55</sup> Eliseo Reyes Rodríguez (1940-1967). Combatiente cubano que acompañó al Che en la guerrilla boliviana. Más conocido como Rolando o Capitán San Luis.

<sup>56</sup> Joel Iglesias Leyva (1941-2011). Se incorporó al Ejército Rebelde en mayo de 1957, en la Columna no. 1. Integró después la Columna Invasora no. 8. Fue ascendido a teniente a los quince años y a comandante a los diecisiete, el más joven de la Revolución. Al triunfo de enero de 1959 presidió la Asociación de Jóvenes Rebeldes y ocupó diversas responsabilidades en las FAR.

<sup>57</sup> Se refiere a la familia Pardo Guerra, porque la mayoría se incorporó, de una u otra forma, a la lucha contra la tiranía de Batista.

con un gran interés en aprender y conocer, decía: «Maestra, póngame tareas». Después del triunfo siguió estudiando y su libro *De la Sierra Maestra al Escambray*, es de un rigor precioso.

Dormía en mi escuelita y mi hermana en el hospital y cada dos o tres días nos intercambiábamos las visitas. Tuve siempre añoranza por ella.

Lilia habla de Isabel con respeto y una ternura casi maternal, a pesar de ser ella la menor. Lo que aparece a continuación es un ejemplo de ese cariño.

En el hospital donde estaba Isabel había heridos y también los campesinos iban a tratarse y, a pesar de no ser médico, era muy avezada. Antes, en el bachillerato se impartía anatomía y me imagino que mucho más en su carrera de Farmacia. En una ocasión llegó un guajiro con una bala incrustada cerca de la columna y mientras yo le alumbraba con un candil, ella se la extrajo y aquel hombre se salvó. En poco tiempo se incorporó a caminar, aunque no supe su evolución posterior.

Isabel hacía unas curas «de caballo», no había condiciones, pero la gente no se le moría. En otra oportunidad la ayudé a sacarle a un herido los pelos que tenía incrustado en la masa encefálica. Uno a uno fueron extraídos, después de aquella limpieza general con las pinzas, ella unió y cosió. El compañero también se salvó.

De otras vivencias que resisten el tiempo, reveló:

Los combatientes sentían mucho respeto por el Che y cuando decían: «El argentino viene por ahí», todo el mundo se desplazaba a atender lo que tenía que hacer.

Antes habían impartido clases otras compañeras. Conocí a una que le decían Carmencita, que fue para el Tercer Frente. El lugar de ubicación de la escuelita era paso obligado para las fuerzas que marchaban hacia el apoyo durante la

ofensiva. Por allí bajó toda la tropa que acompañaba a Almeida desde el Tercer Frente. Yo tenía un par de latas, de esas grandes, que permanecían puestas al fuego cocinando todas las viandas y carnes que se encontraban; se le iban incorporando más en la medida que se fueran acabando, por si llegaban otros guerrilleros. Prácticamente tomaban el alimento sobre la marcha y bajaban corriendo la famosa loma de Tranquilino.

Las clases continuaron hasta arceciarse la ofensiva del Ejército. Cuando dijeron que ya los guardias iban a entrar a la zona donde estaban acampados los guerrilleros, se prepararon todas las condiciones y se llevaron a los enfermos para la cueva El Zarzal. Isabel permaneció en su hospital para recibir a los heridos.

Al hacer referencia a la estancia en la cueva, aunque le resultaba difícil encontrar las palabras precisas, Lilia explicó:

Nos desplazamos en una noche lluviosa con todos los heridos en hamacas; resbalábamos y lo que llevábamos para podernos alumbrar eran antorchas. Para bajar hasta donde nos ubicamos y que supuestamente allí no podía entrar ningún guardia, fue tremendo... García Márquez podría haber hecho una descripción muy bella de aquel entorno. Lo vivimos, pero no es fácil transmitir esa experiencia.

Les dábamos caldo de pata de vaca y la leche que aparecía a los enfermos. Teníamos penicilina y los curaba según lo que había visto hacer a Isabel. Cavé un hoyo para que la frialdad del suelo conservara las medicinas envueltas en nailon. Había un mensajero que, cuando hacía falta algo, iba al centro principal, donde estaba mi hermana y nos actualizaba de los pormenores, además de enviarnos las cartas o mensajes en su poder. Después ella se unió a nosotros y llegaron otros pacientes. Ninguno de los que estaba allí falleció.

Próximo a la gruta donde curaban y vivían, las hermanas recibieron una visita inesperada y agradable. Ese día se hizo más



evidente la firmeza de espíritu y la convicción de ambas. Relacionado con este hecho, Lilia rememoró:

En uno de aquellos momentos nuestro padre nos visitó. Como él no estaba en la casa cuando salimos, se sentía muy resentido y, pobrecito, altamente preocupado porque no sabían nada de nosotras; no habíamos tenido oportunidad de mandar algún recado para la familia.

Llegó hasta la orilla del río La Mesa. Bajamos y en aquel recibimiento nuestro padre lloró cantidad... nunca antes lo habíamos visto derramar una lágrima. Después que se calmó nos dijo: «Las vine a buscar porque ya resolví para sacarlas del país». Le explicamos que no nos íbamos de las lomas.

Además, había otra situación muy personal que tenía que ver con la herencia del abuelo. Entonces, lo acompañé hasta Santiago de Cuba para firmar unos papeles que nunca supe lo que significaban. Luego, en Palma Soriano, me quedé en la casa de unos isleños, una familia acomodada de apellido Picasso. No vi a mi madre para no dar señales de que la vieran saliendo hasta Palma Soriano, cuando nunca lo hacía. Manteníamos el vínculo con el Movimiento de allí y me sacaron para Bayamo, pero esta vez no subí por el mismo lugar, sino por Veguitas y antes estuve escondida en una casa de aquel poblado. Cuando regresé a las montañas no existía lo del Zarzal. Ya la ofensiva estaba amainando y les habían dado a los guardias grandes palizas.

Con posterioridad, Lilia e Isabel fueron designadas para cuidar un hospital abandonado en Agua al Revés, donde había cantidad de medicinas y hasta allá se desplazaron con la enérgica decisión que siempre las caracterizó. De ese sitio, Lilia refirió:

Aquel era un lugar apacible. Ada Bella se había ido para el Tercer Frente que comandaba Juan Almeida, en las cercanías de Santiago de Cuba. Olguita se había trasladado para la Comandancia. Luego, nos mandaron a buscar de La Plata y salimos de inmediato. Éramos Eva Rodríguez, Isabel, un guardia herido y yo. Llegamos a La Plata. No conocíamos a Fidel. Mi hermana con sus conocimientos, desde que veía las medicinas, decía: «Esto hace falta, los gajeros están desnu-

tridos...», porque había hasta vitaminas y medicamentos de urgencia. Ella era una «burra» cargando. Le pegaba una mochila bien llena, porque era muy alta, pero a mí... A manera de broma le decíamos Máuser, que era un fusil muy largo.

¡Isabel, mira, es Fidel!

Las hermanas conversaban sobre disímiles temas. En aquel tiempo ya Lilia no se derrumbaba en cualquier lugar. Las vivencias e imprescindibles caminatas desde Agua al Revés hasta otras zonas, las habían forjado. En Santo Domingo, en la orilla del río Yara, en una casita abandonada encontraron a un guardia muerto en un rinconcito, ya prácticamente esquelético. Al parecer el lugar había sido escenario de combates.

De aquella primera vez que vieron al Comandante, manifestó:

Al llegar a la cúspide de la loma a quien vimos primero fue a Fidel, aunque no lo conocíamos personalmente, pero qué revolucionario, qué guardia o qué persona de este país ya no conocía a Fidel. Le dije a mi hermana: «¡Isabel, mira, es Fidel!». Cuando llegamos a La Plata el Comandante nos miraba y comenzó a preguntar que quiénes éramos, de dónde veníamos, el tiempo que llevábamos en la Sierra, y nos dijo: «¿Y ustedes cargan esas mochilotas?», porque le llamó la atención. Le respondimos: «Sí Comandante, sí». Cogió las mochilas y expresó: «Esta pesa como ochenta libras, y esta no sé cuánto, ¿y desde allá ustedes vienen con estas mochilas arriba?». «Sí Comandante», le respondimos. Fidel muy entusiasmado nos comentó: «Mujeres, si ustedes son capaces de soportar el peso de esas enormes mochilas, podrán sostener también un fusil».

Celia muy atenta buscó dónde nos podíamos instalar. Ella era una de las personas más afables que pude conocer en la vida. Nos ubicaron en un lugar que después le pusieron la Casita de las Marianas; más abajo se encontraba el hospital Mario Muñoz, donde estaban su director, el doctor Ordaz<sup>58</sup> y otros dos médicos.

<sup>58</sup> Eduardo Bernabé Ordaz (1921-2006). Comandante del Ejército Rebelde. Al triunfo de la Revolución, por designación de Fidel Castro, se hizo cargo del Hospital Psiquiátrico de La Habana.

## Comandancia de La Plata, 1958.



- |                          |                                  |
|--------------------------|----------------------------------|
| 1. Casa Fidel            | 6. Campamento de Casitas         |
| 2. ACTI                  | 7. Campamento de transeúntes     |
| 3. Planta Radio Rebelde  | 8 y 9. Campamento de carpinteros |
| 4. Casa de locutores     | 10. Comandancia                  |
| 5. Campamento de mujeres | 11, 12 y 13. Letrinas sanitarias |

El croquis fue elaborado por Santiago Armada Suárez, *Chago*, combatiente y dibujante que colaboró en el periódico *El Cubano Libre*, creado por el Che en la Sierra Maestra, y quien hizo varios dibujos y caricaturas de la lucha en la cordillera oriental.

En la comandancia de La Plata comenzó una nueva etapa de vida guerrillera para las entrañables hermanas y, casi sin secar la lluvia que había empapado sus cuerpos, salieron a otra misión: familiarizarse con los heridos, como consecuencia de la ofensiva. Atendieron a un haitiano enfermo de tétano, aislado por la posible transmisión. Estaba desnudo y no existía suero antitetánico. Isabel le comunicó a Celia que en el hospital de Agua al Revés había ese tipo de sueros, porque ella había hecho un inventario.

Arrancaron otra vez las dos, solas, a buscar el medicamento para tratar de salvar al individuo. Una caminata con más experiencia y desafiando un ciclón que comenzó a batir con mucha fuerza. Todos los caminos y lugares por donde habían pasado la primera vez estaban irreconocibles por los desplazamientos de tierra y árboles caídos. De nuevo las empinadas sendas como compañía. Ante tal realidad se demoró más el regreso, aunque el haitiano se salvó con el tratamiento que le aplicaron.

Durante la entrevista con el autor, otros acontecimientos ocurridos en aquellos inolvidables días, alertaron la memoria de Lilia.

Cuando regresamos a La Plata estaban los preparativos para la salida de la columna del Che. Incluso, queríamos incorporarnos y teníamos la ilusión de que nos mandarían a buscar como nos prometieron, aunque ellos no sabían cómo iba a ser aquel recorrido, por lo azaroso de la travesía. Quedamos incorporadas a la Columna 1 del Comandante Fidel. Yo le decía a mi hermana: «Lo que nos falta es un fusil para pelear con toda la experiencia adquirida».

No teníamos miedo caminar de noche en largos recorridos con las pesadas mochilas. Para desplazarse de noche hay que perder totalmente el miedo, porque usted pone un pie y no sabe dónde poner el otro. Hay que ser avezado de verdad, y cuando nos planteaban una misión, siempre encontraban en nosotras la completa disposición.

Ya estaban bajando todas las tropas y Fidel comenzó a pensar con cuáles de las mujeres contaba. En La Plata ya estábamos: Olga, con Fidel y Celia; Normita, Rita y Angelina en

el hospital con Ordaz ; Lola Feria,<sup>59</sup> la mujer de Suñol,<sup>60</sup> Isabel y yo, en el campamento destinado a las mujeres apoyando en diferentes tareas. Cuando terminó la ofensiva las que estaban en La Mesa: Carmencita, Ileana y Oniria Gutiérrez Montero, todas fueron para la zona de Almeida, incluyendo a Ada Bella. Por eso, cuando se formó el pelotón, no se encontraban en La Plata algunas de las muchachas.<sup>61</sup> La alegría era indescriptible, porque con nosotras se iba a formar una pequeña unidad de combate.

### ***Ada Bella, entre lomas y veredas***



En la finca Punta de Jagua, de Buey Arriba, en pleno corazón de la Sierra Maestra, nació Ada Bella Acosta Pompa, el 29 de abril de 1938. Solo pudo concluir el primer grado de la enseñanza primaria. Tenía quince años de edad cuando la familia se mudó para el Guayabo, en San Pablo de Yao, donde trabajó en la finca de sus abuelos en la recogida de café y el despalillo de tabaco, entre otros quehaceres. Sus padres, campesinos muy pobres, estaban afiliados al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) y ella, casi una niña, los acompañaba a las reuniones. Bajo esa influencia abrazó las ideas de Fidel.

Por su padre, supo de los hechos del 26 de julio de 1953 en Santiago y Bayamo. Luego, por los vecinos, conoció de los crímenes de los militares batistianos contra los asaltantes, por lo que sintió angustia y pesadumbre.

Por su padre, supo de los hechos del 26 de julio de 1953 en Santiago y Bayamo. Luego, por los vecinos, conoció de los crímenes de los militares batistianos contra los asaltantes, por lo que sintió angustia y pesadumbre.

Igual le sucedió tres años más tarde, cuando asesinaron a varios expedicionarios del yate *Granma*. Esa fue la razón por la cual ella y sus hermanos no dudaron en brindar todo el apoyo a la causa revolucionaria defendida desde la Sierra Maestra. Cinco se sumaron al Ejército Rebelde y dos se mantuvieron en la clandestinidad.

A mediados del año 1957, Ada se enroló en una célula del Movimiento y cumplió misiones como mensajera en San Pablo de Yao, Bayamo, Pata de la Mesa, Ramírez y Bueycito, bajo la dirección del combatiente Armando Botello,<sup>62</sup> quien la inició en la lucha contra la tiranía.

Se incorporó al Ejército Rebelde en abril de 1958, bajo la dirección de Ramiro Valdés, aunque ya antes había realizado actividades de abastecimiento hacia las lomas junto a su hermana Aracelys, *Chelo*.<sup>63</sup>

Con voz firme y melodiosa de habitante de la serranía, dibujando con palabras el lomerío donde se definía el futuro de una nación, mencionó:

Entre otras acciones de apoyo a la guerrilla, recolectamos dinero para la lucha dentro de los caficultores que simpatizaban con Fidel. Estuve un buen tiempo cumpliendo la misión de trasladar productos para la tropa rebelde desde Bayamo hasta la Sierra Maestra. Un momento de gran peligro fue cuando fuimos a buscar una mercancía para llevarla hasta Bueycito en una guagua que cubría esa ruta. Mientras nos encontrábamos en Bayamo, nos alojamos en la casa de la mamá de Armando Botello, ubicada cerca de la línea del tren, donde también vivía Yolanda, su hermana, quien nos acompañó muchas veces.<sup>64</sup>

De uno de los días donde oyó el ir y venir de patrullas de policías, a pesar de los años transcurridos, recordó conmovida.

<sup>62</sup> Armando Botello Zambrano, combatiente del Ejército Rebelde. Murió el 5 de julio de 1981.

<sup>63</sup> Cuando decidió sumarse definitivamente a la guerrilla se enfermó y Ramiro Valdés, en Pata de la Mesa, comandancia del Che, le pidió que regresara a su casa. En Palma Soriano se incorporó a la Caravana de la Victoria y realizó el trayecto completo hasta La Habana. Formó parte de la compañía Mariana Grajales, en el campamento de Managua.

<sup>64</sup> Entrevista del autor a Ada Bella, el 6 de octubre de 2014. Todo lo narrado en las siguientes páginas pertenece a esta entrevista, salvo indicación de otra fuente.

Una noche había mucho movimiento de las patrullas del ejército. Se formó un tiroteo y, cuando miraba por una rendija, presencié cómo mataban a un joven. Pasé un mal momento al no poder hacer nada para impedirlo. Pensamos en realizar algo para hacer sentir al Movimiento en la calle. No teníamos dinamita para preparar una bomba y nos pusimos a pintar letreros: «¡Abajo el tirano!», «¡Viva Fidel!». Después supimos que había sido una criminal operación de la Coronela.<sup>65</sup>

Ya en la Sierra, en una oportunidad, le relaté al comandante Juan Almeida el suceso y él estuvo investigando para recogerlo en la historia, pero al parecer no se pudo esclarecer quién era aquel joven. No fue posible darle más datos. Parece que el muchacho había llegado de La Habana para incorporarse a la guerrilla y lo delataron con esa malvada.

De regreso a las montañas, con unas cuantas cajas repletas de avituallamientos, Ada y su hermana llegaron a Bueycito y unos guardias las llamaron para registrar el amplio equipaje, pues siempre hacían esos controles.

Con el propósito de cumplir las arriesgadas tareas del 26 de Julio, acudían a cuanta idea, a veces extraña, se les ocurría. Sobre uno de esos hechos, contó:

Ya habíamos hecho tantas cosas y tantas maldades para engañar a los guardias, que se nos ocurrió poner encima de todas las mercancías, íntimas para la menstruación ya usadas —se les decía cótex—. ¡Imagínese la reacción de aquellos casquitos! Era para que pensarán que éramos unas sucias... y que podían encontrar más sorpresas desagradables en los paquetes. Si no usábamos la malicia, estábamos perdidas.

<sup>65</sup> Marta Reyes Miranda, tristemente célebre por traficar con la libertad y la vida de los revolucionarios y campesinos, al aprovechar sus relaciones con los jefes militares de Bayamo, lo que le valió el apodo de Coronela. Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2010, p. 303.

Los guardias comenzaron a abrir las cajas y nosotras con mucha tensión esperando el desenlace. Se encontraron con todo aquello y nos preguntaron: «¿Qué llevan ahí?». Les respondimos que nuestras pertenencias. Nos mandaron a cerrar las cajas. ¡No hubo registros! Inmediatamente montamos la compra en un transporte serrano hasta San Pablo de Yao. De ahí a cuestras. Se repartió en mochilas, porque siempre alguien nos auxiliaba, incluso, nuestros hermanos más pequeños nos ayudaban hasta pico Verde. Todo llegó a su destino después del peligroso contratiempo.

Durante la última etapa de la lucha el traslado de productos para la Sierra podía durar días. Había que desplazarse de noche para adelantar camino y evitar que la aviación nos acosara.

Otras misiones llegaron a la mente de la luchadora revolucionaria:

En una oportunidad llevamos una mercancía a un campamento que tenía el capitán Roberto Téllez. Allí estaba el campesino Manuel Escudero, mensajero del Che. En ese lugar conocí a Lidia Doce,<sup>66</sup> también mensajera del Che y que con posterioridad fue capturada por la Policía, producto de una delación, cuando cumplía una misión en La Habana.

Otra vez, estaban confeccionando una bandera de casi siete metros de largo, que hacía alusión al 26 de Julio. En ese momento ayudé a Lidia a aguantar la tela para que la cortara. La enorme bandera se izó en uno de los picos de El Hombrito y cumplió su objetivo, porque a pesar de la mucha metralla que le lanzó la aviación, se veía en la distancia, lo que demostraba que aquel lugar era territorio rebelde. Se le dice El Hombrito, por la existencia de dos promontorios rocosos,

<sup>66</sup> Lidia Doce Sánchez (1916-1958) y Clodomira Acosta Ferrales (1936-1958). Mensajeras del Ejército Rebelde, cumplieron importantes misiones. Posterior a la detención en una casa del reparto Juanelo, en San Miguel del Padrón, La Habana, el 17 de septiembre, fueron torturadas y lanzadas al mar, aún con vida.



que mirados desde el valle sureño, dan la impresión de ser un pequeño hombre.

¡Me alcé con la guerrilla!

El rostro de Ada resplandece cuando a su memoria asomaron los días en que tuvo que tomar la decisión de subir definitivamente a la Sierra Maestra.

Cuando regresaba junto a Chelo por Santiago de Yao, estaba el ejército. Se me encarnó un casquito, un muchacho joven y fuerte. Decía que yo me parecía a Santa Bárbara. Nos movíamos y él al lado de nosotras. Yo me decía: «Oh, esto se está complicando, usted verá».

Comenzamos a echarle mentiras, que si éramos familia de los López, unos caficultores que vivían más adelante, antes de empezar a subir el Guayabo. Estos López tenían un buen nivel de vida y más bien simpatizaban con Batista, por sus intereses en los negocios; pero respetaban a los rebeldes, incluso, llegamos hasta la casa de uno de ellos.

El casquito iba en un caballo y con un rifle, pensé la forma de quitárselo, aunque temía las represalias que podían tomar con mi familia, que vivía en esas lomas. Después me lo criticaron.

La situación, para poder separarse del militar, no fue fácil; no obstante, buscaron una alternativa y de ella, narró:

Por fin, para terminar con aquello le pedí a la señora de la casa que hacía falta que le dijera que nosotros vivíamos allí y que nos ayudara a hacer un café para entretenerlo. Ya ella estaba al tanto del lío en el que estábamos. Así lo hizo y al poquito rato nos indicó que saliéramos por detrás de la vivienda. Nos alejamos del guardia y después de ese incidente denunciaron que yo colaboraba con los rebeldes. No pude bajar más a la zona.

Al parecer, el casquito no se conformó con el engaño y a los pocos días sucedió algo desagradable que Ada recordó:

A los dos o tres días subieron los guardias e hicieron atrocidades, hasta mataron a un niño. No llegaron al sitio donde vivía mi familia, porque parece que vieron los trillos complicados y tenían que adentrarse por ellos.

Estaba lista para marcharme y mi mamá sabía que me perseguían, por eso se conformó con mi decisión de tomar el monte y luchar junto a los revolucionarios.

Al pretender llegar a algún campamento rebelde de manera definitiva, me acompañó Orlando Guerra, un primo mío, ya fallecido, que era colaborador de los guerrilleros.

Ada y Orlando acostumbrados a desandar por toda la cordillera, conocían otros caminos, aunque decidieron remontar la alta pendiente llamada Ramírez y, cuando miraron hacia abajo, se encontraron con un gran precipicio. De pronto vieron a unos casquitos bajando frente a ellos. La muchacha, sin titubear, alertó a su acompañante y se derrumbaron loma abajo. Los guardias se percataron y comenzaron un tiroteo.

Sobre este momento, en que pudieron morir, continuó:

De milagro regresamos a nuestras casas con vida. Mi mamá había escuchado los tiros y pensó que tenían que ver conmigo y que me habían matado. Pasó un rato muy amargo; fue tremenda su alegría al verme de nuevo.

En un próximo intento, subí el lomerío con un combatiente de la tropa del Che. Me recibió Olo Pantoja.<sup>67</sup> Como ya me conocían, me designaron directamente a una zapatería y talabartería que funcionaba allí en Pata de la Mesa, en la comandancia del Che. Había un combinado, porque funcionaban una panadería, una armería y un taller de costura. El Che tenía muchas iniciativas.

<sup>67</sup> Orlando Pantoja Tamayo, *Olo (1934-1967)*. Capitán del Ejército Rebelde. Se incorporó a la guerrilla del Che en Bolivia y murió en combate el 8 de octubre.

Trabajé junto a Olguita Guevara y laboré también como costurera. Por ahí aparezco en una foto junto a una máquina de coser, que llegó a mí porque unos conocidos en el exterior vieron una película que hicieron unos norteamericanos en aquellos tiempos, y fijaron la imagen y me la enviaron. ¡Me alcé con la guerrilla!

A los pocos días de la incorporación de Ada Bella al Ejército Rebelde, Juan Almeida le orientó buscar en Bayamo unos materiales para la zapatería, teniendo en cuenta la destreza que siempre había demostrado en la realización de tareas arriesgadas. Bajó enseguida junto a su hermana Chelo, pues tenían los contactos necesarios en Bayamo, y sabían cómo desplazarse por la zona.

Nuestro conector directo allá era Yolanda, colaboradora de los revolucionarios. Fuimos a un almacén donde adquirimos telas de uniforme, hilos, pieles para hacer zapatos y puntillas. Cuando teníamos todos esos productos los trasladamos en tres autos. Las postas del ejército siempre registraban y el recorrido fue de Bayamo a Peralejo, por la misma vía que va hacia Manzanillo. Las dos salidas principales de Bayamo estaban tomadas por los guardias.

La orden que le di a los carros fue que no podían parar, aunque nos dieran el alto, y como medida de seguridad les quitamos las chapas. Dieron el alto y los carros pasaron «a millón». Ellos no tuvieron tiempo de nada. Llegamos a Peralejo, la zona histórica, y ahí estaba esperando el personal que acomodó la mercancía en tres mulos. Por ahí se sale a San Pablo de Yao y a Maguaro. Esa era la ruta que había hacia la Sierra.

Puede parecer que el peligro que acompañaba a las tres muchachas había concluido; sin embargo, les faltaba aún por completar la gestión que Ada, rememorando aquel momento, detalló:

Con esto no terminaba la misión porque debíamos trasladarnos a un campamento para recoger unos mensajes y un dinero que entregaría el capitán Félix Mendoza, *Bazuca*, quien era de la Columna 4.

Nosotras cargábamos todo lo que nos podíamos enrollar en el cuerpo. Recogí el encargo y seguimos sierra adentro con los mulos. Un torrencial aguacero nos sorprendió y no fue fácil andar por los lodazales. Cuando pasamos por una tienda vimos unos carros patrulleros del ejército. Le dije a Chelo y a Yolanda: «¡Ay, ay, ay, ahí están los guardias!».

Las tareas que estas y otras jóvenes efectuaban, eran tan o más complejas que los propios combates, porque se hacía preciso enviar mensajes, buscar mercancías y todo enfrentando a un enemigo despiadado, cara cara, al que no le importaba nada y a veces sin un arma.

Cuando Ada, Chelo y Yolanda vieron a los militares, tuvieron que decidir en cuestión de segundos qué harían, porque no estaban dispuestas a perder los productos ni la vida.

De cómo salieron de aquella situación, Ada reveló:

La tienda se encontraba a unos escasos metros y les dije adiós a los guardias para despistar. Le comuniqué a Yolanda, que era una mujer muy luchadora: «¡Vamos rápido, rápido!». Y nosotras encima de los mulos, que iban muy cargados, y dale, y dale por aquel fanguero. Pensamos desviarnos y sentimos que arrancaron los motores. Le advertí: «¡Yolanda, arrancaron los motores!». Me dijo: «Yo creo que lo que tú tienes es apendigitis». Le respondí: «¡Apendigitis, ni carajo, de verdad arrancaron los motores!».

Parece que alguien había delatado que transportaríamos aquellos productos. Entonces, dijo Chelo: «Vamos a coger cada una por un rumbo distinto». Así lo hicimos y acordamos un punto de encuentro. Nos adelantamos, porque con el fango y los pantanos, a los guardias del ejército, además en autos, les sería muy difícil moverse con rapidez.

Los confundimos y las tres nos vimos en una loma más arriba, siempre comunicándole a todo el que pasaba, que si se topaban con los soldados no dijeran que nos habían visto.

Ya ni sabíamos por dónde andábamos. No conocíamos esa zona. Salimos a las montañas de Guisa de noche y de madrugada. Los ríos estaban crecidos por tanta lluvia. Preguntando y «arañando», dimos con el campamento del entonces capitán Armando Botello. ¡Fue mucho lo que pasamos antes de llegar allí! Hambrientas y desbaratadas, pero con una inmensa alegría al ver que era el campamento de Botello. Imagínense... fue uno de los compañeros con quien yo inicié mi lucha y ¡ya era capitán!

Ese día, las tres féminas recibieron otra grata sorpresa. Los ojos de Ada brillaron al revivir lo que ocurrió.

Ahí estaba mi hermano Abigail. También me encontré con Misael Roblejo, mi compadre. Él tenía una niña y yo le decía que era mi ahijada. Descansamos y ellos compartieron lo poco que tenían para comer. La aviación nos dio candela todo el día. Después le pedí a Botello que me asignara unos hombres para ayudar a transportar la carga, porque de este lugar en adelante los mulos no podían realizar el recorrido. Armando tenía que enviar a unos prisioneros para Pata de la Mesa, donde había una cárcel y los que custodiaron a esos individuos nos ayudaron. Yo escogí, entre ellos, a mi hermano Abigail, a Misael y a otros que sabíamos eran de confianza.

Nos fuimos por una zona que le decían el Guayabo y la aviación siguió con sus descargas en cada trayecto por dónde marchábamos. Era por la parte de Guisa para salir por San Pablo de Yao y subir al firme de la Maestra.

Por fin, arribamos a la comandancia del Che con toda la mercancía y en ese momento, Ramiro Valdés me mandó a buscar: «Bella, por el mensaje que llegó, el ejército las estuvo persiguiendo mucho antes de que se adentraran en la Sierra y decían que era un contingente de rebeldes». «¡Éramos tres mujeres!», fue mi respuesta.

Entregamos todos los productos y a los prisioneros. Los combatientes de Botello emprendieron el regreso, con la fatalidad de que tuvieron un encuentro con el enemigo y mataron

a Misael. Lo lamentamos mucho, era alguien muy querido y hacía tiempo que nos conocíamos. Igualmente recibí la desagradable noticia de que mi hermano estaba herido.

Ada, luego pasó a trabajar con Isabel y Lilia en la cueva El Zarzal, adonde llevaron herido a su hermano.

De las vivencias en este lugar, y el esfuerzo que hacían para salvar la vida de los rebeldes refirió:

Casi todos éramos mujeres. Abigail tenía una gusanera que yo creía que se moría. La mano completa de Isabel cabía por el hueco en la cadera, que era donde le habían disparado. Lograron encontrar penicilina y las Rielo le hacían unas curas muy completas. Actualmente, él tiene puesta ahí una prótesis.

Al refugio no entraba un rayito de sol. Para poder llegar, había que desplazarse de nalgas por una loma. En una oportunidad tuve que salir hasta Pata de la Mesa a buscar una colchoneta para Abigail, que yo había dejado allá, porque dentro de aquel sitio solo había cujes y palos para mal acomodarse. El recorrido lo hice sola teniendo como arma un puñal y con el propósito de poder subir lo encajaba en la tierra, como los alpinistas.

La aviación nos bombardeaba de forma permanente y ahí estuvimos unos cuarenta días. Dejamos muchas marcas en los árboles, pensando un día volver cuando acabara la guerra. Todos los heridos se recuperaron.

Concluido su trabajo en la cueva, Ada fue para Agua al Revés. Había caído en combate Ramón Paz Borroto,<sup>68</sup> y le dieron la misión de guiar a su esposa hasta donde estaba Fidel, pues personalmente

<sup>68</sup> Ramón Paz Borroto (1924-1958). Se incorporó a la Columna no. 1 del Primer Frente del Ejército Rebelde y cayó en la segunda batalla de Santo Domingo, el 28 de julio. Al morir, según palabras de Fidel, ya se había ganado el grado de comandante.

le daría la fatal noticia. Sobre esta indicación tan difícil, desde el punto de vista humano, expuso:

Ella había llegado a la Sierra para encontrarse con su esposo y coincidió con aquel desenlace nada agradable. Esa fue la primera oportunidad en que yo subí a la Comandancia General. Nos acompañaron otros compañeros y nos desplazamos por lugares donde aún se percibían las huellas de los combates recientes, incluso, todavía se veían algunos cadáveres que la soldadesca abandonó. Cuando me correspondió combatir, haberme encontrado con aquel fenómeno, me ayudó a madurar más. No tomamos ni agua del río, porque podía estar contaminada.

Sobre la fortaleza del Ejército Rebelde en los días de lucha frontal, en que fue derrotada definitivamente la ofensiva enemiga en la batalla de Las Mercedes, del 31 de julio al 6 de agosto de 1958, el comandante Juan Almeida escribió:

El enemigo cede ante el empuje de nuestras fuerzas enardecidas. Los soldados desorganizados corren, dejan en el camino a sus muertos y heridos. Cogen por entre las grandes piedras del río, por el monte, los caminos, hacia Las Mercedes, para poder llegar donde están las otras fuerzas.<sup>69</sup>

Cumplida la misión, Ada Bella fue a ver a Olga Guevara en Radio Rebelde y permaneció más de quince días trabajando con ella en la emisora. Como era analfabeta no podía desarrollarse en tareas propias de la planta, por lo que ayudaba a preparar la alimentación del personal que, por cierto, todo ese tiempo fue gofio con azúcar.

En su entrevista con el autor, Ada continuó:

---

<sup>69</sup> Juan Almeida Bosque: *La Sierra Maestra y más allá*, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2002, p. 179.

Bajábamos a un arroyito a darle unos estrujones a la ropa de los compañeros, porque no había jabón. Eran los días en que ya se estaba terminando la ofensiva, todo escaseaba y no había ni sal. Durante la etapa en sentido general de la Sierra, cuando se cocinaba, que era una sola vez al día, se hacía un sancocho con todo lo que apareciera.

Luego, desde Radio Rebelde la enviaron para La Anita, zona de Juan Almeida, a un taller de Corte y Costura. Según le habían dicho, el Tercer Frente era una ciudad, por todos los aseguramientos que había.

Durante el recorrido, la acompañó un guía, pero al llegar a La Jeringa, se desmayó. La permanencia en las montañas no era nada fácil, por las propias condiciones de vida y la falta de alimentación. Sin embargo, tanto los hombres como las mujeres resistían, porque tenían una meta y eso los estimulaba a seguir adelante.

De lo sucedido, Ada argumentó:

Hacía unos cinco días que no probaba un bocado de comida caliente, porque cuando esta aparecía se priorizaban las fuerzas en combate. Recuerdo que un día me regalaron un mango y lo fui pasando de uno en uno, por toda la tropa de Almeida hasta donde alcanzó. No llegó hasta él y me dijo en broma: «A mí me dejaron fuera». De un cigarro fumaban hasta veinte combatientes. Todos éramos hermanos, una gran familia. Esa solidaridad entre las personas se debía mantener hoy día.

Cuando volví del desmayo, estaba en el bohío de un jamaicano. Su esposa había sancochado unos boniatos y un aporreado de una carne, no sé de qué animal. Sabían que lo que yo tenía era hambre. ¡Fue el manjar más rico que he comido! Después de alimentarnos continuamos la marcha y pasamos por el campamento de Pancho Tamayo para reponernos.

A los seis días de recorrido, un campesino nos prestó un caballo y así alcanzamos nuestro destino. Prácticamente no



dormíamos. Desplazarse de noche por los montes interminables no era fácil. Llegamos a La Anita bajo las bombas y me incorporaron al taller de Corte y Costura. Ahí me hicieron mi primer uniforme verde olivo, porque además no tenía otra ropa para cambiarme, fue la felicidad más grande de mi vida, porque lo que llevaba eran harapos. También me vi descalza en Pata de la Mesa. Mi tío Miguel Ángel Pompa, que ya falleció, me mandó un par de botas y una hamaca, donde me sentía como una reina.

Mientras Ada Bella se encontraba en La Anita, junto a las tropas acantonadas, el comandante Almeida le comunicó que debían salir para La Lata, el caserío donde él tenía la comandancia. Durante el recorrido se sorprendió con los enormes orificios que dejaban las mortíferas bombas lanzadas por la aviación enemiga. Allí conoció que se estaba formando un pelotón femenino de combate. Cuando aquel instante apareció en su mente, su rostro expresó alegría. Volvió a vivirlo y de lo sucedido contó:

En ese lugar me encontré con Chela Pantoja, hermana de Olo Pantoja. Ella trabajaba directamente con el jefe del Tercer Frente y fue la que me recibió. Estuve haciendo uniformes en este lugar hasta que una mañana el propio comandante Almeida me comentó: «¿No escuchaste anoche Radio Rebelde? El Comandante formó un pelotón de mujeres», y dije muy emocionada: «¡No lo creo, no lo creo! ¡Yo me voy, yo me voy para allá a incorporarme!». Entonces con su consentimiento, me trasladé de nuevo hasta La Anita y Andrés García Díaz, ayudante de Almeida, quien era uno de los jefes, dijo que no podía irme sola. Respondí que si no había quien me acompañara buscaría la forma de llegar. Tenía dos vías para regresar: por la Maestra o por la costa sur, que era más cerca.

Había que trasladar a unos jóvenes que se incorporarían a la escuela de reclutas y el capitán me explicó: «Mira Bella, ya tú tienes experiencia en andar por estas lomas y llevas tiempo con los rebeldes, estos jóvenes son novatos y tú serás la jefa de ellos durante el traslado».

## Regreso a la Comandancia de La Plata

Emprendieron la marcha por toda la costa sur, con la fragata y la aviación siempre en acción. Aparte del hambre que pasaron, porque solo cargaban con una pequeña reserva de leche condensada y algunas latas de sardinas para los momentos extremos, más una gallina que le regalaron en otro lugar, encontraron algo sorprendente.

Arribamos a un lugar donde una familia de pescadores no sabía casi ni hablar y se escondían de nosotros. Parece que no habían chocado con ninguna civilización, porque vivían como salvajes y los hombres tenían unas «cachazas» (callos que se acumulan en las plantas de los pies), tan gruesas que se introducían unas espinas de pescado y no le llegaban a la carne; usaban hasta taparrabos. Pasamos allí una noche y los muchachos organizaron una guardia para cuidarme. Comimos carne de tiburón, porque ellos se alimentaban solo de pescado, que los salaban para preservarlo y nada de arroz o frijoles. Tampoco existía tienda alguna por los alrededores, dormían en camas de cujes cubiertas con hojas, no vimos sábanas y no usaban jabón. Cuando lo conté en La Plata, querían enviarme con alguna mercancía para ellos, pero no se pudo por los giros que tomó la guerra. Nos trasladábamos de lugar a lugar. Comenzamos a bajar de las lomas, lo que fue una marcha sin retroceso.

Con la misma seguridad de aquellos días difíciles, Ada, contenta de su integración al pelotón, recordó:

Llegamos a la entrada de la zona de la Comandancia y en la casa de los Medina, los del Quinteto Rebelde, comimos. Todos estábamos desbaratados con los pies sangrando y la ropa hecha unos harapos, porque nos tuvimos que desplazar por los manglares y en ocasiones cogidos de las manos cruzábamos por la orilla de unos barrancos, sin mirar hacia abajo, pues eran abismos. Eso sí, los jóvenes me respetaron y me adoraron durante todo el recorrido, que duró siete días

en compañía de grandes aguaceros con sus respectivos fan-  
gueros. Llegamos a la escuela de reclutas de Minas de Frío y  
entregué a los jóvenes rebeldes.

Me encontraba entusiasmada porque aparte de cumplir  
esta misión, el objetivo que me llevó hasta allí era el de in-  
corporarme al pelotón de las mujeres y lo logré.

### ***Angelina en busca de los rebeldes***

Ángela Antolín Escalona, *Angelina*, a pesar de sus noventa y cuatro  
años tiene una retentiva asombrosa, mucha energía acumulada en  
una baja estatura. De su mente se disparan, como ráfagas, las evo-

caciones de los tiempos sublimes que ha  
vivido con tanto amor.



Nació en Campechuela, en la actual  
provincia de Granma, el 1.º de noviem-  
bre de 1925, en una familia muy humil-  
de. Fue criada por los abuelos hasta los  
doce años de edad, quienes la educaron  
y le enseñaron a escribir, porque nunca  
asistió a una escuela.

Contrajo matrimonio con Miguel  
Ángel Espinosa y tuvieron tres hijos.

En el año 1957 residía en las minas de Bueycito y desde que co-  
noció la presencia de la tropa de Fidel combatiendo en las mon-  
tañas comenzó a colaborar junto a su esposo, quien trabajaba en  
la mina de manganeso de los alrededores. Extraían de allí cartu-  
chos de dinamita para los rebeldes.

De esa etapa de su vida, entregada por entero a la causa de los  
barbudos de la Sierra, manifestó:

Un día, mi esposo me dijo: «Nos vamos para la Sierra a pe-  
lear con Fidel», junto a otros mineros. Aprobé su decisión,  
a pesar de que me quedaría sola con nuestros tres hijos de  
siete, diez y once años. La noche en que se fueron, les llené  
unos pomos de café.

Cuando los compañeros de mi esposo cobraban me ayudaban con algún dinero. Una vecina nombrada Carmen Benítez en muchas oportunidades nos llamó para darnos comida. Como me sentía muy preocupada en esos días, mis amigas me visitaban por las noches y hacían muchas historias para que me distrajera.

Pasaron los días y pensé que ya Espinosa y sus compañeros estaban con los rebeldes. Se produjo el ataque al cuartel de Bueycito el 1.º de agosto de 1957 por las tropas del Che y junto a una vecina que tenía un hijo combatiendo en la Sierra, comenzamos a darle vivas a Fidel cuando pasaban los guerrilleros. Mis vecinas me habían dicho que el oficial del ejército de Batista, Carlos Rojas, andaba por la zona de operaciones y tenía los nombres de todos los que trabajaron en las minas que subieron para la Sierra, por lo que me sentí amenazada.<sup>70</sup>

En una oportunidad, Ángela y Carmen, quien era costurera, confeccionaron una bandera del 26, en una noche y con mucho trabajo.

La osadía de esta idea tan revolucionaria, la hace sentirse feliz.

Fui descalza hasta una cañada donde había visto una vara bien larga a la que atamos la bandera y como a las doce de la noche la amarramos con un alambre en un horcón de la bodega cercana, porque el dueño era batistiano.

La parte roja la pintamos con creyones de labios, porque no conseguimos tela roja. Me pasé toda la noche despierta, asomada por un huequito de la puerta a ver qué pasaba, y a las seis de la mañana cruzó la guagua que hacía su recorrido habitual desde las minas de Bueycito hasta Bayamo. El guagüero detuvo el ómnibus y arrancó enseguida, para dar el chisme en el cuartel. Como a las nueve apareció una pareja de guardias y se llevó la bandera, después me contaron que

<sup>70</sup> Entrevista del autor a Ángela Antolín Escalona el 14 de octubre de 2014. Sus testimonios pertenecen a esta entrevista, salvo indicación de otra fuente.

la hicieron picadillo y le dieron candela mientras decían: «¡Esto es obra de mujer!». La acción surtió efecto porque la noticia se regó por los alrededores.

Para los que se oponían a la dictadura de Batista que imperaba en los llanos y montañas, los riesgos eran muchos. Angelina estuvo dispuesta a todo, aunque sentía temor por lo que pudiera pasarle a sus hijos pequeños.

Una de las veces sintió que todo terminaba, por la cercanía de los guardias a su casa. Del suceso expresó:

Un día venían unos soldados del ejército, pero antes de franquear mi casa pasaron por la de Mundo Silva, un vecino, y solo por maldad rompieron a culatazos una mesa de billar que tenía. Cuando noté que se acercaban, entré para el cuarto y me dio una fatiga, perdí el conocimiento, aunque por suerte no llegaron.

Me denunciaron con los guardias porque además yo escondía a los mensajeros rebeldes que se movían por la zona. Recuerdo que tenía otra vecina, una morena muy decidida que me decía: «No te preocupes, que aquí tengo un buen machete. Si alguien se mete contigo se lo va a comer».

Después que el ejército se situó en la zona donde residía Ángela y colocaron una ametralladora detrás de su vivienda, siempre estuvo vigilada. Sin embargo, a pesar del peligro permanente junto a sus tres hijos, se mantuvo firme. De uno de aquellos sustos relató:

Una noche fui a comer con mis hijos a la casa de Carmen y sentí unos golpes en la puerta de mi casa: ¡Era Espinosa! Menos mal que los guardias no estaban por los contornos. Me contó que estuvieron unos quince días tratando de encontrar a Fidel, pero se incorporó a otro grupo de rebeldes ayudando en todo hasta conseguir un arma. Él había pasado por allí, para ver cómo estábamos y subir por otra zona, ya definida, y encontrarse con el Comandante.

Como el piso de la casa era de tierra, hicimos un hueco debajo de la cama, tipo trinchera, y lo llenamos de aserrín para que él se acomodara. Al tender la cama la sábana rozaba el piso. Ahí lo escondí durante tres días.

En una oportunidad, mi hijo más pequeño trajo a unos niños a jugar y una bola se fue para abajo de la cama y se sorprendió cuando una mano lo agarró. Miguel Ángel le dijo: «Cállate y no digas nada ni a tus amiguitos, porque si los guardias se enteran, nos matan a todos».

La noche que regresó a la Sierra lo ayudé a pasar la carretera, él se cubrió con una capa, amarré un saco oscuro abultado cargado de hierba a una soga que iba arrastrando y él al lado del artefacto avanzando a rastras. Como era un trayecto de dos a tres metros, si aparecía el reflector de algún carro, daba tiempo a que se escondiera en la maleza y yo quedaba con el saco, que no delataba nada.

En otra ocasión Ángela estaba recogiendo café para lograr algún sustento y luego del trabajo, junto a su hijo Orlando, decidió ir a ver a su suegro. En el camino se encontró, en una vereda, a un grupo de soldados descansando. Se aterró al no saber qué hacer, consciente de que los militares conocían que ella colaboraba con la guerrilla que operaba por allí. Fue tanto el sobresalto, porque no sabía cuál sería la reacción de los hombres, que comenzó a expresar para sí frases incongruentes. Al verla tan perturbada, los casquitos comentaron: «Esta guajira canillaflaca debe saber dónde están los Mau-Mau». «Qué Mau-Mau ni qué Mau-Mau, yo no sé nada», respondió. Un oficial agregó: «Pues nosotros vamos ahora para la Sierra a perseguir a los Mau-Mau, se va con nosotros y cuando regresemos la pondremos en libertad».

De este acontecimiento, Angelina detalló:

Mi susto era muy grande porque sabía que ellos estaban acostumbrados a cometer cualquier atrocidad con las familias indefensas. En eso pasó un arriero que me conocía y alertó a mi cuñado de que me tenían detenida junto con uno de mis hijos y que nos llevaban para la Sierra. Él venía

en una camioneta con mercancías para los guardias, porque era batistiano, incluso, Castro Rojas<sup>71</sup> estaba acuartelado en su casa. Mi cuñado fue a verlo y le dijo que yo era una mujer sola, y que trabajaba para mantener a mis hijos. Este último le mandó a decir al teniente, que cuidaran a la muchacha y la condujeran hasta él.

Yo, una guajira acostumbrada a pasar los ríos, no podía hacerlo porque me caía. Cuando me encontré frente al tal Castro Rojas, comenzó a hacerme preguntas:

—¿Y su marido dónde está?

—Yo no tengo marido.

—¿Y qué usted hacía por aquí?

—Mis hijos tienen hambre, fui a una bodega a ver si conseguía una lata de leche condensada o algo y a las minas no se puede ir porque dicen que el que va allá no sale más de allí

—le respondí algo asustada.

—¿Qué tiempo hace que no ve a su marido?

—Ah, hace como cuatro años.

—¿Y no le escribe ni le manda nada?

—Se dice que anda por Camagüey, pero no me ha mandado ni un recado ni nada.

—Qué descarados son los guajiros estos, le aseguro que si yo lo encuentro lo ahorco. Le hacen hijos a las guajiritas, después se van y las dejan pasando hambre. No se preocupe, yo le voy a dar un salvoconducto para que no la molesten. Cuando yo baje de capturar a los Mau-Mau la vamos a ayudar —se expresó así como para hacerse el buena gente y aunque me salvé de esta, sabía que en lo adelante tenía que estar muy alerta.

## Me voy para la Sierra

<sup>71</sup> Comandante del ejército de Batista, jefe de una de las unidades que operó en la Sierra Maestra.

Después, los guardias la siguieron rondando, por lo cual le dijo a su hermana Milagro: «Quiero que cuides a mis hijos, que me voy para la Sierra». Ella le respondió que los muchachos estarían bien atendidos.

La decisión de Ángela no fue fácil, pero por la seguridad de sus pequeños no le quedó otra alternativa y, de la separación, recordó:

En ese momento pensé que como el esposo de mi hermana era batistiano, le convenía que mis hijos estuvieran allí, porque los montaba en la camioneta y evitaba que los rebeldes le fueran a hacer algo. Los tendría como un escudo. No obstante, Milagro me aseguró: «No te preocupes, yo me voy de aquí con tus hijos y los míos, lo dejo a él con sus casquitos».

Angelina estaba preocupada y no tenía claridad en cómo podría marchar a la Sierra, por eso consultó a Carmen, su amiga y vecina.

El recuerdo de lo vivido entristeció su mirada, se repuso, volvió a tomar el brillo habitual, y continuó:

Consulté con mi amiga cómo me podía ir de la zona, porque los guardias cada vez me azocaban y amenazaban más. Me dijo: «Diles que tú vienes aquí a lavar la ropa de los niños. También los traes a ellos, que cuando pase Dominguito, el chofer de la guagua de Bayamo, le voy a decir que te saque de aquí».

El hombre me explicó que iba a lavar la guagua y que durante el viaje me escondería debajo de una lona.

Cuando llegamos al río, me indicó un camino donde vivía un tal Silveira, que tenía dos hijos en la guerrilla, y que le dijera quién yo era para que me dejara dormir allí esa noche hasta la partida al otro día temprano.

Hasta la casa de este colaborador llegaron unos guardias y él me presentó como su sobrina. Cuando amaneció, pensé:



«Estos guardias, seguro vuelven y qué va, ya no quiero verles más las caras. Es el momento de llevarle los niños a mi hermana». Estuve un rato con ella y mis hijos, porque sabía que durante un tiempo no los vería.

Milagro me aseguró que cerca de Río Cauto, en un lugar que le dicen Santa María del Mar, ella había comprado una casita y que se mudaría con sus hijos más chiquitos y los míos, a los cuales inscribiría con el apellido de ellos.

Con la tranquilidad de que los pequeños estarían bien protegidos y los deseos de unirse a los revolucionarios, Ángela partió sola y con tremendo coraje a su destino. Hoy se siente feliz, aunque no imaginó la trascendencia que para su futuro le traería su decisión.

Me puse un casco de guardia y una camisa amarilla, que tenía escondidos en un cafetal y, sin que alguien me guiara, partí hacia el alto de la Sierra. Sentía cerca los carros cargados de guardias «bramando», mientras subían las empinadas lomas. Camina y camina, arranqué por el rumbo de La Uvita.

Un vecino tenía un campamento por el firme de la Maestra en esa dirección, pero la Sierra es tan grande... Cuando se acercaba alguien me escondía detrás de un árbol frondoso o me escabullía dentro de los matojos, prácticamente sin respirar y aguzando los sentidos. A veces pasaba algún arriero, pero no quería confiarme de nadie.

La sorprendió la oscuridad. Las noches en las montañas son oscuras hasta más no poder. Los peligros la acechaban, aunque ella era arisca como una guinea. A su alrededor una sinfonía de sonidos se confundía entre el graznar de las aves nocturnas, el chirrido de los insectos, los aullidos de algún perro jíbaro o cierto movimiento en las ramas de los árboles. Sin amilanarse, continuó su odisea.

Cuando al amanecer le dieron el alto, cansada y nerviosa por el recorrido y sola en medio del monte, no lo podía creer.

De aquel instante crucial, recordó:

Todavía me dije: ¿Serán guardias? Y yo con el casco. Ellos se interesaron por saber qué hacía por allí. Enseguida vi que eran rebeldes y les expliqué que yo era gente buena y andaba buscando a mi esposo, que estaba con Fidel. Preguntaron: «¿Y dónde está?». «Eso quisiera saber yo, lo ando buscando». Indagaron si conocía a alguien más que fuera guerrillero y les mencioné el nombre de Oscar Sosa, un vecino que había visto no hacía mucho y refirió que estaba operando por la Maestra. Para gran alegría, expresaron: «¡Ah, nosotros te vamos a llevar a su campamento!». Qué alivio tan grande sentí, recuerdo que era el 15 de diciembre de 1957, fecha que considero como mi incorporación al Ejército Rebelde.

La misma seguridad que tuvo entonces de partir, a tantos años, se reflejó en su voz aún firme y clara.

Me trasladaron hasta allá y fue un buen recibimiento. Oscar dijo que me quedara. Camilo, quien maniobraba por aquella región, debía hablar conmigo. Cuando llegó, me hizo algunas preguntas y expresó: «Quédate aquí ayudando a Oscar a preparar la comida de los mensajeros».

Me encontré con él en varias ocasiones. Era muy sociable, comunicativo; veía a un niño y si había alguna guitarra intentaba que aprendiera a tocarla. Yo no sabía nada de dibujos y me enseñó a dibujar la bandera del 26 de Julio, también la marcaba sobre una tela y después yo la bordaba. Luego supe que él durante un tiempo estudió pintura en la academia de San Alejandro.

En una oportunidad, parece que para probarme me explicó: «Hace falta comprar telas e hilos para hacer banderas del Movimiento, ¿te atreves ir hasta Bayamo a cumplir esa misión?». Le respondí que sí y pensé: «Yo no sé cómo me las voy a arreglar, pero voy». Me dio el dinero e indicó que no me apurara y cuidara. Mandó a un mensajero para que me sacara de la Sierra. En ese tiempo llovía mucho, era de noche, llevé un caballo y yo en la zanca del animal que parecía que se

caía. Llegamos al amanecer a la zona de Minas de Bueycito y le propuse al mensajero que regresara, que yo conocía ese territorio.

Angelina estaba muy cerca de donde vivía su hermana, no lo pensó y llegó hasta la chocita, a la que encontró vacía y llena de restos de mazorcas de maíz. Qué tristeza, ya se había mudado. Se quedó con el deseo de ver a los hijos que extrañaba tanto, sin embargo tenía el consuelo de que estaban bien atendidos.

Sobre lo que hizo, continuó:

Seguí caminando y encontré a una conocida. Le conté lo que me traía y me dijo: «De aquí tú no te mueves, porque la zona está muy peligrosa, te vas a esconder y yo te mando a buscar todo lo que necesitas de Bayamo con el chofer de la guagüita que cubre ese recorrido y que es revolucionario».

A las doce del día regresó la guagua con el encargo y Angelina se colmó de alegría. Comenzó una pertinaz llovizna y la vecina le sugirió que esperara hasta el día siguiente; no obstante, ella muy resuelta le manifestó: «Qué va, yo regreso ahora mismo». Tomó la mochila, las compras, se puse el casco y a caminar.

Mientras atravesaba un potrero que la llevaba al Güinal, donde vivían unos tíos de su esposo, notó que la hierba de guinea había crecido muy alta, lo que le permitía esconderse y presenció que pastaban unos toros enormes a los que les tenía mucho miedo. Se veía en una garita a un guardia con un fusil, que parecía una velita negra, pero la intrépida joven se escurrió por el alto hierbazal.

De lo que sucedió, Angelina precisó:

Aquella familia era un poco cobarde, se asustó al verme y dijeron que no podía quedarme, porque los guardias andaban por ahí, y «qué se yo, que no sé cuándo...».

Les afirmé que estaba acortando camino para pasar el río antes de la crecida, porque estaba lloviendo y los ríos en la Sierra se llenan muy rápido.

Llevaba una linternita que ya parecía un cocuyo, y más adelante unos buenos vecinos me dieron otra con pilas más cargadas, y me indicaron dónde vivía una hija de ellos, para que durmiera en su casa. Así lo hice y, antes del amanecer, de nuevo a subir y a subir, siempre apurada para pasar el río. Resulta que también iba subiendo el ejército, pero no me alcanzó.

La llegada, al concluir su primera misión, la recordó con satisfacción. Manifestó que hasta hoy mantiene el cariño especial que siente por Camilo.

Cogí el firme y cuando llegué al campamento de Oscar Sosa, estaba Camilo que, muy preocupado, exclamó: «¡Melquiades, tú aquí!». Él me había puesto ese apodo y le dije: «¿Usted no me mandó a buscar telas e hilos para hacer brazaletes? Ya los traje». Me levantó en peso y me expresó: «¿Cómo lo hiciste? Más nunca te vas a ir de aquí, porque somos nosotros los que te necesitamos».

En esos días mi mamá había insistido en que regresara a la casa, pues entendía que la Sierra era muy complicada para mí y al parecer aquella tarea que Camilo me había encomendado era con el objetivo de que al bajar me quedara, no obstante, ya había tomado la determinación de permanecer junto a los rebeldes.

Después me quise ir para otro campamento, porque Oscar castigaba mucho a los muchachos, al no darles de comer como medida disciplinaria. Yo me las ingeniaba para alimentarlos y él decía: «Hace tres días que no se alimentan y los plantones de caña que hay ahí cerca no se los han comido. Alguien los está ayudando».

Cuando salieron las tropas para el Segundo y Tercer frentes, yo me quería ir para allá con el doctor Alberto Ibieta-Torremendía,<sup>72</sup> que marchaba con las tropas de Almeida. Me explicaron que era peligroso y que en este lugar era útil.

<sup>72</sup> Conoció a Fidel en la Juventud Ortodoxa. Cuando el líder rebelde hizo un primer llamado a los médicos, no lo dudó y marchó hacia la Sierra. Prestó servicios en el Primer Frente y luego se incorporó a las tropas del comandante

## Conocí a Celia y a Fidel

En abril de 1958, Angelina fue designada al hospital de Sergio del Valle,<sup>73</sup> en Caña Brava. Mientras colaboraba en este sitio, un hermano de su esposo, también combatiente, recibió un tiro en una rodilla y se complicó. Lo llevaron para el hospital de Martínez Páez, en Puerto Malanga, que así le decían a la cárcel rebelde, para contraponerla a la cárcel de la dictadura: Puerto Boniato. Además, porque en la Sierra lo que más aparecía era la malanga.

La memoria de Angelina no envejece, por el contrario, mantiene intactas las imágenes y hechos, que regala a cuántos se interesan por la historia de las Marianas.

Mi esposo, Miguel Ángel Espinosa, habló con Celia para que me trasladaran para allá y poder cuidar a mi cuñado. Ella estuvo de acuerdo y le dio un papelito para que Sergio del Valle me autorizara. Él fue a buscarme y así conocí a Celia y a Fidel.

El doctor Páez le comunicó a Celia que debíamos hablar con Miguel Ángel, porque a su hermano había que amputarle la pierna, pues era la única forma de salvarlo, y por supuesto aceptó.

Mi cuñado, me decía: «Chica, qué hacen que me están raspando», y era Martínez Páez cortando con un serruchito y yo con una colcha tapándole la cara para que no viera. Miguel Ángel y yo enterramos aquella pierna y al principio le explicábamos: «Aún no te han cortado la pierna, es que tienes que estar en reposo». Hasta que un día insistió: «¡Quiero ver mi pierna, quiero ver mi pierna!».

Celia le comunicó que hubo que amputar y él comenzó a llorar porque quería seguir combatiendo.

---

Juan Almeida, en el Tercer Frente, donde permaneció hasta el triunfo revolucionario.

<sup>73</sup> Sergio del Valle Jiménez (1927-2010). Médico y capitán del Ejército Rebelde. Tras el triunfo de la Revolución Cubana fue ascendido a general de división de las FAR. Se desempeñó como jefe del Estado Mayor General, ministro del Interior y de Salud Pública.

Los compañeros más cercanos le dijeron que para eso estaban ellos, y él debía cuidarse, que no iba a quedar incapacitado. Posterior al triunfo de la Revolución le pusieron una prótesis y hasta bailaba. En nuestra casa se pasó cerca de dos años y los vecinos ni se daban cuenta que tenía una prótesis.

Ángela, en sus recuerdos, regresó a la Sierra.

Enseguida comenzó la ofensiva y las tropas batistianas avanzaron hacia la zona del Jigüe. Los morteros caían muy cerquita del hospital y Martínez Páez nos comunicó que debíamos trasladarnos con urgencia. Ante el peligro inminente, llevamos a los heridos hacia La Plata, ya no le teníamos miedo a los aviones.

Llegamos como a las ocho de la noche y nos ubicaron en una casita en el firme, que después las Marianas la cogimos de campamento. Estaba ubicada del Santaclarero para arriba, que así le decían a Julián Pérez, colaborador campesino de La Plata. En sus terrenos y los de Osvaldo Medina, el director del legendario Quinteto Rebelde, se establecieron las instalaciones de la Comandancia General del Ejército Rebelde.

En esa área, los médicos, bajo la dirección del doctor Ordaz, quien era muy entusiasta, improvisaron un hospital en una casa en medio del monte; ahí estuve yo con los heridos. Buscaron a dos carpinteros, aserraron una madera, cogieron los árboles como horcones e improvisaron un piso de madera, incluso, había un pasillo. Allí no se descansaba. Rita y yo cocinábamos, lavábamos y hacíamos guardia, ayudábamos en todo.

Paco Cabrera,<sup>74</sup> jefe de la escolta del Comandante, mandó a las dos mujeres, bajo un ciclón, para que trasladaran a un prisionero

<sup>74</sup> Francisco Cabrera Pupo, *Paco* (1924-1959). Comandante del Ejército Rebelde. Falleció en un accidente en el aeropuerto de Maiquetía, Venezuela, el 27 de enero.

hasta la cárcel de Puerto Malanga. En esos momentos Ermus<sup>75</sup> era su jefe.

Al comenzar la tarde empezó a llover y no escampaba. Era la primera vez que Ángela realizaba una misión de este tipo. De esa experiencia, contó:

A nosotras nos instruyeron a cuántos metros tenía que ir el prisionero y Paco nos decía que no tuviéramos miedo. Íbamos con armas largas y las ráfagas de la tormenta hacían «chuin..., chuín.... »; a veces ni podíamos avanzar, nos demoramos. Al llegar había un río con agua revuelta, arrastrando palos y más palos y comenzamos a gritar: «¡Ermus, Ermus!». Imagínense, con el prisionero y no podíamos cruzar el río. Fue así que enviaron a dos combatientes para ayudarnos.

Ya en la prisión nos encontramos con un compañero al que le decían Puebla. Él colaboraba en los quehaceres de la Comandancia, y no estaba muy bien de la cabeza.

Fíjense, que un día pusimos las armas en un rinconcito de la Comandancia y empezó a llover. Un fuerte viento trajo un poco de agua con fango y manifestó: «¡Esto es obra de las mujeres, yo lo dije, que iban a traer problemas! La culpable de eso es Celia, que las tiene a ellas muy engreídas». Paco Cabrera lo escuchó y lo reprendió: «¡Ahora mismo vas para Puerto Malanga!», y Celia le dijo: «Ay, Paco, ¿tú no ves que él es loco? No le hagas caso a lo que dice».

Cuando Puebla nos vio allá en la cárcel comenzó a hacerle una carta a Fidel, diciéndole que se estaba portando bien, aunque allí andaba libre, se dedicaba a sembrar plantas de jardín y nadie lo molestaba.

En un momento de mucho peligro, cuando los casquitos estuvieron cerca de la Comandancia, los rebeldes se dispusieron a enfrentarlos.

<sup>75</sup> Capitán Enrique Ermus González, jefe de la cárcel rebelde Puerto Malanga.

Aquel día, Angelina tuvo que decidir si quedarse con su cuñado o partir con la tropa.

Recuerdo que había muchos combatientes empaquetando las mochilas, debe haber sido por alguna orden de Fidel, quien había dicho que si Mosquera<sup>76</sup> seguía avanzando, de allí se retirarían en guerrilla, incluso, tenían la idea de recoger hasta el hilo telefónico. Estaban preparando una caja con latas de melocotón y de pera y nos habían mandado a hacer un refugio grande para dejarnos en el lugar con mi cuñado herido. Fidel me expresó que me iba a dejar allí, bueno, me preguntaron si yo me quería quedar o irme con la guerrilla, entonces le respondí que me quedaba, porque me daba lástima dejarlo solo.

El Comandante me dio instrucciones: habían preparado una caja con latas de conserva y comida para quince días. No podía prender fuego para que no se viera el humo. Me dijo que cuando los guardias entraran al monte lo iban a hacer tirando morterazos, pero como nosotros estábamos en el refugio no pasaría nada, porque ellos acostumbraban a caminar por los trillos, no por el monte, que me quedara allí, pues ellos no iban a dar con nosotros.

Entonces hubo algo, no sé si llegó a efectuarse. Fidel iba a dejar una carta al ejército por si mataban al herido... o algo parecido, entonces yo expresé: «Bueno, si los guardias dan con nosotros no nos van a matar, porque seguro ellos tienen miedo», y yo sentí esa conformidad. Después, la familia de mi cuñado se lo llevó, pues la zona donde vivían ya era territorio libre.

A la mañana siguiente, la situación cambió cuando Fidel fue a la casa del Santaclarero y explicó: «Pues yo creo que ahora si es verdad que no vamos a tener que salir en guerrilla, porque ahora somos nosotros los que le vamos a dar qué hacer al ejército de Batista».

<sup>76</sup> Ángel Sánchez Mosquera, sobresalió entre los oficiales del Ejército, por ser uno de los más sanguinarios en la zona de operaciones de la Sierra Maestra. Batista se lo llevó en su huida.



Unos días más tarde, Ángela se entusiasmó con una información que llegó a sus oídos y la revivió para contar:

Un día escuché que Fidel había anunciado que iba a hacer una tropa de mujeres. Algo que siempre anhelamos. me encontré con Isabel y Lilia, quienes nos dijeron: «Muchachitas, Fidel va a hacer un pelotón femenino, vengan con nosotras». Enseguida fuimos a hablar con el doctor Ordaz.

### *Orosia quiere combatir*



Orosia Soto Sardina, nació un 25 junio de 1939 en Buena Vista, localidad de la actual provincia de Granma. Eran ocho hermanos que batallaron muy duro para subsistir cultivando un pequeño terreno sembrado de café. Con muchas vicisitudes aprendió las primeras letras y cuando conoció sobre el ataque al cuartel Moncada, comenzó a familiarizarse con las ideas revolucionarias.

La historia de Orosia, quien abandonó su vida familiar para incorporarse a la lucha guerrillera en las lomas orientales, es un ejemplo de lo que fue capaz la mujer cubana, a pesar de los prejuicios de la época. Ella presume de haber compartido con personas excepcionales y por esa razón quiso dar a conocer sus vivencias.

Yo tenía diecisiete años. Escuchaba que Fidel era un hombre bueno, que peleaba en las montañas por los cubanos y me hice fidelista. En una oportunidad traté de subir a la Sierra por mi cuenta, pero no conocía las intrincadas serranías y un amigo de papá me devolvió a la casa. Imagínese, salir a rumbo por una cordillera tan inmensa, sin tener referencia de la ubicación de algún campamento rebelde.

Uno de mis hermanos se relacionaba con el guerrillero Beto Palomares,<sup>77</sup> y por él conocí relatos sobre la lucha en la Sierra Maestra.

Otros compañeros conocían a mis hermanos y después de mucho batallar marché con ellos hasta El Cacao, de ahí hasta Santo Domingo en la casa de Lucas Castillo,<sup>78</sup> donde permanecí tres días. Mi entrada a la guerrilla fue en febrero de 1958.<sup>79</sup>

Luego la llevaron hasta donde estaba Lalo Sardiñas,<sup>80</sup> que salía a encontrarse con el Comandante. Orosia lo siguió hasta La Jeringa, donde vivía el campesino Jacinto Peñate, gran colaborador.

De lo sucedido aquel día tan importante en toda su existencia, narró:

Después llegó Oniria Gutiérrez y también conocí a Clodomira Acosta, quien era muy amistosa y le tomé confianza. Ella me mostró a un hombre que ni imaginaba quien podía ser. Él estaba sentado en el piso a la entrada de la casa de Jacinto y me coloqué a su lado. Empezó a entrevistarme, y quiso saber de dónde venía. Al decirle que era campesina, me dijo: «Enséñame tus manos», y comentó: «Tú no eres campesina, porque las campesinas no tienen las manos como tú». Le respondí que contradictoriamente, aunque vivía en el campo, no me dejaban trabajar en los escasos

<sup>77</sup> Cecilio Pastor Palomares López (1937-1957). Perteneció a la vanguardia de la columna del Comandante. Cayó en el combate de Palma Mocha, el 20 de agosto de 1957. Este día los rebeldes impidieron el avance del ejército enemigo.

<sup>78</sup> Campesino que colaboró con el Ejército Rebelde.

<sup>79</sup> Entrevista del autor a Orosia Soto, el 22 de octubre de 2014. A partir de esta página sus testimonios pertenecen a esta entrevista, salvo indicación de otra fuente.

<sup>80</sup> Eduardo Sardiñas Labrada, *Lalo* (1929-2011). Nació en Veguitas, Bayamo. Integró la Columna no. 4 del Primer Frente y jefe de la Columna no. 12 Simón Bolívar del Cuarto Frente. Alcanzó el grado de comandante. Falleció el 23 de enero.

cultivos que tenía la familia, lo que hacían los varones, pues yo apoyaba en las labores de la casa.

Él tenía razón. No me dedicaba a trabajar la tierra; pero, por lo general utilizábamos el término campesino por el hecho de vivir en el campo. Entonces, refirió: «Ah... la hija de papá». Este compañero resultó ser Juan Almeida, que luego me preguntó: «¿Y a qué tú viniste?», le respondí: «Para acá... a pelear donde está Fidel».

Me explicó que no podía verlo de momento por medidas de seguridad; sin embargo, lo tenía delante, porque estaba probando unas armas en un secadero de allí y hablando con una mujer. Era impresionante encontrarme entre tantos melencidos y barbudos con sus armas, aunque me fui acostumbrando.

### Ponte de pie que ahí viene el Comandante

Clodomira y Celia estaban en la cocina de la casa de Peñate, donde se encontraba el destacamento al mando de Fidel. Clodomira llamó a Orosia y le dijo: «Para que le tuestes este café a Celia, ¿lo sabes tostar?» Ella, aunque en la vida lo había hecho, le dijo que sí. Celia que estaba cocinando la supervisó y le señaló el minuto preciso para sacarlo. Pilarlo le fue más difícil, aunque Clodomira asumió esa tarea.

A la mente de Orosia afloraron los primeros días en la Sierra, lo que aprendió y a las personas que conoció, a quienes guarda en su pecho con cariño.

Un día, Clodomira, que cocinaba muy rico, me dijo: «Hoy te toca cocinar porque voy a lavar al río estas ropas de unos heridos que llegaron». Ese día no pudieron comer. Yo nunca había cocinado, al final ella me enseñó.

Al llegar la noche, marché junto a otros combatientes a armar mi hamaca en un cayo de monte, tampoco conocía cómo realizar los amarres y solicité ayuda. Sumida en un gran cansancio por los quehaceres a los que no estaba acostumbrada, dormí la noche entera. Cuando me levanté, al

mover una pequeña lona que había situado encima de la hamaca, brotó un chorro de agua muy fría, a consecuencia del rocío acumulado durante la madrugada, algo muy característico de la Sierra, por la humedad permanente.

La muchacha se sentó sobre un árbol tumbado donde penetraban unos ligeros rayos de sol para quitarse el frío y, en ese instante, Lalo Sardiñas le indicó: «Ponte de pie que ahí viene el Comandante».

Los ojos le resplandecieron al mostrarse en su memoria aquel encuentro inolvidable y contó:

Ya lo tenía ahí a mi lado, y...

—¿Dónde está la muchacha que dicen que quería hablar conmigo?

Me levanté y expresé:

—¿Eres tú?, pero tú no puedes con una mochila, y ¿a qué tú viniste?

—A pelear —le respondí.

Me comunicó que todavía las mujeres no peleaban, aunque tenía un plan. Se iban a hacer talleres de costura y además necesitaban cocineras y enfermeras. Enseguida, de manera ingenua y sin medir mis palabras, le expresé que para eso yo me hubiera quedado en mi casa.

Yo creía que era llegar y luchar en una tropa.

—Por ahora las mujeres no pelean y las armas hay que cogérlas en el combate —recalcó.

En eso pasó por allí una compañera con una pistola en la cintura y le dije:

—¿Y cómo aquella muchacha lleva una pistola?

—La cogió en un combate.

La muchacha era Teté Puebla.

Posteriormente me enteré que Fidel iba para el segundo combate de Pino del Agua (16 de febrero de 1958), y antes me comunicó:

—Yo tengo que ir para una misión y cuando regrese nos volvemos a ver. Ahora te mandaré para un lugar.

Me envió con René Rodríguez<sup>81</sup> para La Plata.

Cuando Fidel regresó, conversaron. Él le habló de nuevo sobre la idea de armar un taller de Corte y Costura y la necesidad de compañeras en los hospitales. Orosia le repitió que no le gustaba coser y entonces la remitieron con el doctor Vicente de la O Gutiérrez, para La Jeringa, donde había un hospitalito. Allí tenían a tres combatientes que ya estaban rebasando sus heridas.

De esta labor orientada por el Comandante, Orosia comentó:

Cuando René Vallejo,<sup>82</sup> otro de los médicos rebeldes, llegó a la Sierra, Celia me mandó con él para un hospital, en un lugar que le decían La Mariposa, junto con otros colaboradores que estaban con el doctor Vicente de la O, porque él partía con Camilo a la invasión de Las Villas.

Allí habían heridos de más envergadura; entre ellos: Horacio Rodríguez Hernández, quien murió el 2 de enero de 1959, en Manzanillo, mientras perseguía a unos esbirros.

Luego pasamos a Pozo Azul, un hospital más organizado, donde se hizo un pequeño salón para operar.

De su primera experiencia en el hospital de campaña, reveló:

En una oportunidad pasé un mal rato con el primer herido que vi: Aeropagito.<sup>83</sup> Tomé un jarro de agua del «riíto» que pasaba cerca y se lo derramé en la herida. No sé si el agua llegó a la parte afectada, porque ahí mismo me desmayé. Cuando desperté, ya lo habían curado. Poco a poco me fui adaptando.

<sup>81</sup> René Rodríguez Cruz (1931-1990). Expedicionario del *Granma*. Integró la columna invasora del Che. Fue presidente del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Murió el 15 de octubre.

<sup>82</sup> René Cirilo Vallejo Ortiz (1920-1969). Pasó a prestar servicios desde 1961 junto al Comandante en Jefe, sin abandonar su profesión de médico. En la despedida de duelo Fidel lo calificó de: «Hombre esencialmente bondadoso, hombre afectuoso y hombre leal».

<sup>83</sup> Dionisio Montero Zayas, *Aeropagito*. Oriundo de Yara, se incorporó al Ejército Rebelde en julio de 1957. Se destacó en varios combates como morterista. Falleció el 26 de diciembre de 1990.

En este sitio estuvo Orlando Lara Batista, con una pierna muy complicada y algunos otros hasta con gusanos en las heridas, que yo se los extraía con un palillito de las hojas de las matas de coco. Menos mal que siempre me gustó la Medicina y que es ahí donde uno tiene que ponerse fuerte.

Desde este sitio, Orosia supo de cierta efervescencia entre las compañeras, pues se estaba gestando la formación del pelotón femenino de combate y no lo pensó mucho. En los primeros días de septiembre marchó, previa autorización, para la Comandancia de La Plata.

### *Juana y los barbudos*



Juana Peña Peña se siente feliz que lo de guajira serrana «le salga por los poros», por la forma de hablar y gesticular. Nació el 5 de agosto de 1945 en Caridad de Mota, en Pílon, en una familia campesina de limitados recursos. Cuando se inició la lucha guerrillera en la Sierra Maestra, los rebeldes se desplazaban por aquel sitio y la muchachita se sintió partidaria de los barbudos.

Vivíamos en medio del monte en contacto directo con los revolucionarios y ya nos considerábamos alzados. Mi papá, Santo Peña, era muy amigo de Crescencio Pérez,<sup>84</sup> quien llegaba a nuestra casa con su tropa y se les daba de comer. Yo tenía catorce años y en una de las visitas, le dije a Crescencio que me llevara con ellos. Me expresó: «¿Tú no ves que eres muy “vejiga”? Eres muy muchacho para andar con

<sup>84</sup> Crescencio Pérez Montano (1895-1986). Trabajó junto a Celia Sánchez en apoyo al desembarco de los expedicionarios del *Granma*. Integró la Columna no. 1 del Primer Frente y luego dirigió la columna no. 7 de dicho Frente. Alcanzó los grados de comandante. Murió el 16 de octubre.

nosotros por ahí». Yo insistía: «Lléveme Crescencio, lléve-me». Como él no me aceptaba, un día me fui sola de la casa para la cordillera, por la zona de Caracas, a buscar a los rebeldes, pero me pasé desandando el día entero, desafiando las pendientes y cañadas; no encontré a nadie. Caminando por aquí y por allá, a veces me parecía que volvía al mismo lugar. Al final, cuando pensé que me podía perder, donde solo escuchaba el sonido de los pájaros, regresé a la casa.

Mi papá comenzó a pelear: «¡Pero muchacha, qué tú haces!», y yo: «Papá no se preocupe, no me voy a ir más». Y pensaba: «¿Que no me voy a ir más...?»

Otro día salí con un primo y le dije: «¡Vámonos, vámonos! Me dijeron que en El Macío hay un chivato, un individuo de baja calaña, delata a cualquiera porque es muy servil a los batistianos, tiene un revólver, se lo voy a quitar y con esa arma me voy de nuevo a buscar a los rebeldes». Estuvimos como dos días vigilando al chivato y no apareció.<sup>85</sup>

Juana Peña nunca desistió de sumarse a la guerrilla y sobre el próximo intento, refirió:

Por fin me llevé un «revolvito» que tenía mi papá y salí en otra ocasión al encuentro de los guerrilleros. Fui sola de nuevo, porque mi primo se acobardó.

Estuve unos dos días caminando y fui a dar a un lugar que le dicen El Coco. Me encontré con un rebelde llamado Sergio Escalona, que estaba en una tropa por Las Mercedes. Me quitó el arma y me llevó para la casa de un campesino arriero. Sergio no volvió más por allí y el campesino me dijo: «Vamos a hacer una cosa, te voy a llevar a donde está Fidel y vamos a salir hoy». Era lejísimo, el arriero vivía llegando allá a Minas de Frío y en aquellos intrincados montes empezó a caer agua y más agua; aparecían las corrientes bajando de aquellas lomas como ríos. Fue tanto el esfuerzo, que de-

<sup>85</sup> Entrevista del autor a Juana Peña, el 6 de noviembre de 2014. En lo adelante sus testimonios pertenecen a esta entrevista, salvo indicación de otra fuente.

cidimos regresar, porque ya me era imposible seguir adelante, mis pies no aguantaban más. Y... Juana otra vez para atrás. Cuando llegamos, mi papá me andaba buscando, y de nuevo el regaño y mi falsa promesa de que no me voy a ir más, y como protesta me pasé tres días sin comer. Como al mes, el arriero que tenía que ir a Minas de Frío, vino a mi casa y me comunicó: «Juana, vengo a buscarte que en Minas de Frío están pidiendo mujeres para que cocinen». Muy dispuesta le dije: «Está bien, vamos». ¡Iba a cumplir mi sueño de unirme a los rebeldes!

Al fin la joven lograría su deseo, se marchó sin definirle a su padre que su objetivo era quedarse en la Sierra.

La mirada de Juana, en este punto de la entrevista, se perdió en la distancia y satisfecha de lo sucedido a partir de ese momento, relató:

Era el mes de abril de 1958 cuando llegué al campamento guerrillero y me encontré con dos o tres muchachas que ya estaban apoyando a los rebeldes. Comencé de inmediato mis labores en la cocina y conocí a Rogelio Acevedo<sup>86</sup> y a Joel Iglesias que eran jóvenes como yo. Lo que preparábamos para la tropa era fongo con miel, uno para cada uno. Con posterioridad, los campesinos de la zona nos llevaban frijoles, queso y otros productos, lo que apareciera. Entonces, ¿qué hacíamos?, me da gracia, porque Rogelio, casi un niño al fin, era muy «hartón» y andaba detrás de mí, porque como yo era la que manejaba lo de la alimentación... Yo le decía: «Mira Rogelio, yo no te puedo dar más de lo que te toca». Además, el Che siempre estaba al tanto de si se cometía alguna falta a la hora de repartir equitativamente lo que fuera.

<sup>86</sup> Rogelio Acevedo González (1941). Nació en Placetas, Las Villas. Se incorporó al Ejército Rebelde en julio de 1957 en la Columna no. 4 del Primer Frente, conducida por el Che. Realizó la invasión como miembro de la Columna no. 8 Ciro Redondo. Alcanzó el grado de comandante.



Un día el muchacho cometió una indisciplina relacionada con la comida y el Che lo castigó unos días sin comer. Al cabo de este tiempo era para que él anduviera todo desparramado, sin embargo se mantenía de pie y el comandante se dio cuenta de lo derecho que andaba. Nosotros le decíamos: «Oye, trata de que te pase algo, di que estás mareado y débil, porque el jefe se va a dar cuenta de que alguien te alimenta». Hasta que el Che descubrió el truco. Nunca se supo quién le proporcionaba las golosinas. Pero cogió un genio... «¿Quién fue, quién fue?, porque veo que a ti no te pasa nada, sigues derecho».

### Voy para donde está el Comandante

Aquel lugar era uno de los preferidos de los aviones enemigos y tiraban mucho; no obstante, siempre había postas que alertaban: «¡Avión, avión!». Un día se llenaron de agua las trincheras y en esas condiciones se tuvieron que enterrar dentro, en pleno bombardeo. Como en aquel sitio había una escuela, los reclutas ya entrenados se incorporaban a la guerrilla. Un día el Che nos llamó y dijo: «Tienen que irse para la casa».

El regreso de Juana con su familia fue triste, y de ese hecho recordó:

Para mí fue tremendo, comencé a llorar y a llorar, pero es que ya las tropas se iban de allí. Al final fui para mi casa, siempre con la idea de inventar algo para volver, porque sabía que podía aguantar todas las carencias mientras estaba alzada en los montes.

Otra vez papá me reprochó que no le hubiera comunicado que me quedaría por allá, aunque se fue acostumbrando a que ese fuera mi destino, unirme para siempre a la causa de Fidel.

Como a los quince días llegó un familiar que al parecer tenía relaciones con el Comandante en La Plata, y como ya yo había andado por esos lugares tenía una idea. El compañero le dijo a papá: «Santo, ¿tú dejas a Juana ir con nosotros a la Comandancia donde está Fidel?», y accedió. Yo muy

contenta, me decía: «Ay mi madre, voy para donde está el Comandante, ahora si voy para allá, ya no hay quien me saque de las lomas».

Salimos y fuimos a dar a La Plata. Vi a otras muchachas que ya colaboraban, incluso, se hablaba de armar un pelotón femenino de combate.

Juana no tuvo que volver más para atrás.

### ***La Gallega, un nombre de guerra***



La zona de Bayamo, colindante con la Sierra Maestra, ha sido muy privilegiada por albergar en su seno a tanta juventud rebelde desde el siglo XIX, jóvenes que aprovecharon la oportunidad de ser partícipes de epopeyas que legaron un paradigma para las generaciones futuras.

Edemis Tamayo Núñez, nació el 1.º de febrero de 1943 en el barrio El Zarzal, cerca del actual poblado Bartolomé Masó, en un hogar de campesinos muy pobres. Por su origen, se mantuvo muy ligada a las lomas, y siempre tuvo el deseo de contemplar y andar por la larga cordillera, testigo de tanta proeza.

Sufrió, como la mayor parte de la población cubana, los infortunios de una sociedad abusiva. Apenas alcanzó el cuarto grado de escolaridad, porque por los alrededores, como en muchas partes de la Isla, faltaban las escuelas y los maestros. Además, no tenía ropa y zapatos para permanecer en un aula.

De pequeña escuchaba los susurros de sus mayores cuando comentaban los últimos acontecimientos de la Sierra o la manera en que enviarían mercancías para la tropa rebelde, pues los vecinos de los contornos eran muy colaborativos. Los padres no se daban cuenta de que ella estaba al tanto de todo. Así se fue acercando a los ideales revolucionarios. Desde allí se mandaron

medicinas, armamentos, comida y todo lo que fuera útil a los guerrilleros.

Edemis comenzó a colaborar siendo muy joven, y los combatientes desde que la conocieron la llamaron la Gallega, como un nombre de guerra, además por el pelo largo y sus sonrojados pómulos juveniles.

Cuando piensa en lo que fue su niñez y adolescencia, y en lo que hubiese sido su vida de no haber triunfado una revolución, se reafirma que aquella determinación, con solo quince años, era la única posible.

A pesar del tiempo pasado, siente latir su corazón con más fuerza. Las imágenes de los días de enero de 1958 brotaron sin ningún esfuerzo durante la entrevista.

Pensé que tenía que apoyarlos de manera directa, porque ellos podían cambiar, para bien, aquellos lugares olvidados. El 16 de enero de 1958, con solo quince años fui a su encuentro, el cual coincidió con mi traslado hasta Providencia con una pariente. Fue como una escapada de mi casa y allí contacté con Eddy Suñol.

De inmediato comencé a trabajar en la auditoría rebelde de las Vegas de Jibacoa. También llevé mensajes a Santiago de Cuba y Holguín.

En una oportunidad, se nos dio la misión de llevar un mensaje hasta el mismo puesto de mando donde el Comandante Fidel dirigía el combate del Jigüe. Ese día no lo voy a olvidar nunca porque fue la primera vez que conversé con él.<sup>87</sup>

Cuando la Gallega recordó esa ocasión, sus mejillas se sonrojaron más y, como si quisiera decirlo todo a la vez, explicó:

A Fidel le parecía que yo era muy jovencita. Me preguntó si sabía lo que estaba haciendo. Con Celia presente, la conversación fue amplia. Se interesó por mi procedencia, de dónde era...

<sup>87</sup> Entrevista del autor con Edemis Tamayo, el 26 de diciembre de 2015. En lo adelante sus testimonios pertenecen a esta entrevista, salvo indicación de otra fuente.

En medio del combate, recuerdo que ella me preguntó desde cuándo no comíamos. Allí se estaba pasando un hambre terrible. Cuando le dije, de lo poquito que tenían nos regaló un pedacito de queso y nos entregó una lata de leche condensada para que la compartiéramos.

El próximo encuentro con Fidel fue definitivo. Es imposible no recordarlo, y de ese día apuntó:

Nos encontramos de nuevo cuando el Comandante me mandó a buscar a Providencia con el combatiente Argelio Argelís.<sup>88</sup>

Cuando llegué me explicó el propósito del pelotón Mariana Grajales y me dijo: «Yo te había visto, yo sabía que tú eras muy joven, pero me parecía que por tu carácter, debías integrar el pelotón».

De inmediato y con una gran alegría le manifesté: «Sí, cómo no, encantada de la vida».

Le ratifiqué que me iba a quedar allí, pues desde hacía rato esperaba un momento como ese, porque ya tenía referencia de que se estaba creando un pelotón de mujeres, y me quedé.

### ***Eva, al encuentro de la guerrilla***



Eva Rodríguez Palma nació el 25 de abril de 1940 en Minas de Bueycito. Solo pudo estudiar hasta el segundo grado, por la difícil situación en que vivían. Se vio precisada a emplearse como doméstica en un lugar llamado Brazo Buey, para poder ayudar a la economía familiar. Al conocer que había una guerrilla, que tenía en su estrategia de lucha mejorar las condiciones del campesinado, comenzó a valorar la posibilidad de subir a las montañas y unirse a ella. Tenía solo diecisiete años.

La primera ocasión se le presentó cuando supo de un muchacho quien era mensajero. Ella le planteó que la ayudara a llegar a

algún campamento guerrillero, aunque él no estuvo de acuerdo. Argumentó que era una decisión muy peligrosa para una mujer tan joven. Esta respuesta no la conformó y continuó intentándolo. Cada vez que veía a alguien relacionado con los rebeldes, insistía en cumplir su deseo.

En una entrevista que aparece en el libro: *Guisa en tres tiempos*, Eva manifestó:

Una vez pasó por allí una tropa de rebeldes. Hablé con uno de los muchachos y le pedí que me incorporara con ellos. Me llevó para La Estancita, donde había un campamento. Luego con otro mensajero me llevaron para La Mesa. Aquí estuve dos días y más adelante me enviaron para el hospital donde estaba la capitana Isabel Rielo, su hermana Lilia y Miriam Acosta.<sup>89</sup> Empecé a cocinar, a darles la comida a los enfermos, a lavar la ropa. En La Mesa estuve como dos meses.<sup>90</sup>

La fecha que Eva guarda como su incorporación a la tropa rebelde es marzo de 1958. Antes, alguien del barrio donde ella vivía, de mala fe, hizo llegar al Ejército Rebelde la acusación de que era una chivata, algo lejos de la verdad. Enseguida se comprobó que su colaboración era por convicción revolucionaria.

Desde el momento que las hermanas Rielo se trasladaron para la cueva de El Zarzal para atender a los heridos, porque con el auge de la ofensiva de la tiranía de veía amenazada la seguridad del hospital donde se encontraban, Eva continuó trabajando bajo las órdenes del capitán Lolo Rosabal<sup>91</sup> y el auditor Orlando

<sup>89</sup> Miriam Acosta Turruelles. Apoyó a los servicios médicos como auxiliar de enfermería en la comandancia del Che y en cuanto tarea era necesaria.

<sup>90</sup> María Cristina Eduardo (compiladora): *Guisa en tres tiempos*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1982, p. 188.

<sup>91</sup> Heliodoro Rosabal Corrales, *Lolo*. Nació en Baire. Fue jefe de acción y sabotaje del Movimiento 26 de Julio en esa zona. Se incorporó al Ejército Rebelde y alcanzó el grado de capitán. Laboró en la auditoría general del Tercer Frente Mario Muñoz.

Benítez.<sup>92</sup> Luego se fue para un campamento en Agua al Revés, donde ayudó en todo lo necesario.

La memoria de Eva se reanima cada vez que cuenta su historia, y se siente dichosa porque confiaron en ella, tan es así que aquel día en el mes de septiembre de 1958 tras su llegada a La Plata, bajo un fuerte aguacero, le correspondió hacer la guardia de la Comandancia.

Ya era un hecho la creación del pelotón femenino de combate y también su disposición de formar parte de él.

### ***Rita vuelve a las lomas***

En Cautillo, Jiguaní, nació Rita García Reyes el 16 de julio de 1922.



Cuando tenía siete años de edad, su familia se trasladó para Arroyón, Jibacoa, en las estribaciones de la Sierra Maestra, donde acompañaba a sus padres en las labores del campo.

A los trece años comenzó sus estudios en una escuela muy alejada de su casa y solo alcanzó hasta el segundo grado, pues era muy difícil llegar hasta allí debido a las crecidas de los ríos por largo tiempo; además, debía ayudar en el sustento

hogareño.

Siendo muy jovencita se casó y en 1951 falleció su esposo, ya tenía siete hijos y una situación de miseria y desamparo tremenda, similar a la de muchos en Cuba. Intentó lograr algunos ingresos como lavandera y cosiendo zapatos, oficio que aprendió de su cónyuge.

<sup>92</sup> Orlando Benítez Segura (1920-2009). Natural de Santiago de Cuba, formó parte del tercer refuerzo al Ejército Rebelde en noviembre de 1957. La Administración Civil del Territorio Libre (ACTL), bajo la dirección general de Faustino Pérez, estaba dividida en distritos y en la zona de El Guayabo, Benítez se desempeñó como auditor y atendió el Juzgado en ese territorio.

En el año 1953, después de ahorrar algunos centavos con muchas dificultades, decidió trasladarse a La Habana con sus dos hijas mayores: Iris Alejandrina y Mirtha. Luego de deambular por una gran ciudad desconocida, tuvieron la suerte de emplearse como domésticas.

Rita siempre sufrió la separación del resto de sus muchachos, quienes quedaron al amparo de una hermana, en las montañas orientales. Del resultado del trabajo que realizaban las tres, tenían la oportunidad de enviarles algún dinero.

Su hija Iris, guarda con mucho amor documentos y fotografías de su madre, fallecida el 30 de octubre de 2008 y que por voluntad propia sus cenizas germinan en el verde olivo de la vegetación de la loma de Arroyón, que la vio crecer y hacerse una guerrillera.

De una autobiografía, salida del puño y letra de Rita, se pudo conocer:

A mediados de 1957, mientras me encontraba en La Habana añorando a mis hijos, que habían quedado en la Sierra, un vecino de la señora donde yo trabajaba me explicó los sucesos del ataque al Palacio Presidencial y a través de él también conocí que Fidel Castro estaba en las montañas de Oriente desarrollando la lucha armada, para ayudar a los campesinos y lograr el bien de todo el pueblo de Cuba.<sup>93</sup>

¡Ya estaba con la gente de Fidel!

Finalizando el año 1957 decidió regresar, porque ya era difícil sostenerse en la capital y no quería seguir alejada de sus otros hijos. En la Habana se quedaron Iris y Mirtha, en el trabajo de doméstica o criadas, como se les decía a las empleadas en las casas de personas acomodadas.

<sup>93</sup> Todo el testimonio de Rita García Reyes que aparece en las siguientes páginas, salvo que se indique otra fuente, pertenece a una autobiografía entregada por su hija Iris A. Alba García al autor.

Rita siempre se cuestionó por qué sus niños no tenían escuelas ni asistencia médica. Por ello entendió que las ideas de Fidel cambiarían todo y para bien. Al regresar a su tierra natal, buscó la forma de unirse a los que como ella, estaban dispuestos a transformar las tristezas en alegrías.

De aquellos días, detalló:

Al llegar a la Sierra, fui a ver una hermana que vivía en Santo Domingo y que colaboraba con los rebeldes. Me comunicó que Mario Maguera,<sup>94</sup> me había mandado a buscar para un campamento guerrillero en Santo Domingo, donde podía colaborar cosiendo zapatos. Además podía ayudar a confeccionar uniformes. Allí también había una despulpadora de café y Mario habló con Luis Crespo, quien dirigía esa actividad, y así el 29 de marzo de 1958 comencé a trabajar en el taller. Al final no preparé zapatos por falta de material, pero sí los remendaba y ayudaba a la guerrilla en otros quehaceres. Ya estaba con la gente de Fidel.

La ofensiva del Ejército avanzaba hacia Santo Domingo, y en uno de esos días Eva Rodríguez y Rita, se dirigieron hasta el campamento de Paco Cabrera a pedir un poco de sal, cuando avisaron que los guardias estaban subiendo.

Al llegar empezaron a desactivar el taller y cumplieron con las orientaciones del propio Comandante.

Cargamos además lo necesario para hacer trincheras, porque el combate estaba andando. Fidel nos ordenó que fuéramos para la casita que tenía el comandante Daniel<sup>95</sup> y luego nos trasladamos para un ranchito vara en tierra que estaba en el firme de la Maestra y desde allí seguíamos colaboran-

<sup>94</sup> Colaborador campesino que vivía en Santo Domingo.

<sup>95</sup> René Ramos Latour, *Daniel* (1932-1958). Después del asesinato de Frank País fue elegido jefe nacional de Acción como miembro de la dirección nacional del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Se incorporó a la Columna no. 1. Murió en el combate de El Jobal, el 30 de julio.



do. En ese lugar estaban Paco Cabrera y Braulio Curuneaux,<sup>96</sup> que iban a participar en la batalla de Santo Domingo.

### Entre combates: amor

Mientras Rita García colaboraba en el campamento de Luis Crespo, conoció a Braulio. Entre ambos surgió un lindo y discreto amor. En un libro del historiador Ernesto Pérez Shelton, se señala:

Entonces Rita era una joven de [treinta y cuatro] años, con la presencia de una india aborigen, de baja estatura, cuerpo delgado y flexible, como un junco, piel cobriza y cabello negro, lacio y suelto, los ojos orientales como el día y oscuros como una noche oscura, labios finos y dibujados.

Rita es parca en hablar y ante la insistencia dice que no recuerda muchas cosas y que ha pasado mucho tiempo. «Yo estaba remendando unas piezas y entonces, en ese momento, llegó Braulio y me entregó algunas para que se las [cosiera] y así fue como nos hicimos amigos».<sup>97</sup>

Luego de aquel encuentro, Curuneaux, le escribió:

Rita, en días pasados, hube de enviarle una pequeña cartica, de la cual no he tenido contesta, pues según razón del compañero que se la hizo llegar, Ud. no me recuerda muy bien; por ello, le escribo nuevamente para que sepa que, el que tiene la amabilidad (...) es el que maneja la ametralladora 50, el mismo que Ud. tuvo la bondad de arreglarle el pantalón y ponerle los bolsillos a su camisa y que por ello y por sus amables atenciones le quedó sumamente agrade-

<sup>96</sup> Braulio Curuneaux Trimiño (1929-1958). Se alistó en el Ejército Nacional y por su actitud en el asalto al cuartel Moncada fue detenido y condenado a prisión. Logró fugarse de la cárcel de Boniato junto a otros revolucionarios durante las acciones del 30 de noviembre de 1957 y se unió al Movimiento 26 de Julio. Cayó en combate durante la batalla de Guisa.

<sup>97</sup> Ernesto Pérez Shelton: *¡No pasarán Comandante! Semblanza de Braulio Curuneaux*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 241.

do y contento. En espera de una nueva suya, que me traiga algún incentivo en esta dura y difícil jornada, queda atentamente quien la aprecia y admira y desea verla pronto. Sinceramente.

Braulio E. Curuneaux (Tito)

Pta. No le escribo más extensamente, porque el compañero tiene que partir urgentemente, así es que en la próxima le escribiré más detenidamente.

Tito<sup>98</sup>

En el citado libro se destaca:

Se le muestra a Rita una fotocopia del documento, lo toma en sus manos y: —Él tenía una letra divina —dice en voz baja, mientras pasa delicadamente la yema de un dedo por la B mayúscula del nombre Braulio, como acariciando un recuerdo sobre el papel, salta al apellido Curuneaux y el dedo hace, como dibujando un circulito para encerrar la x final de la palabra y entonces expresa: «El escribía muy bonito y le gustaba escribir (...) Braulio me escribió varias cartas y a veces se firmaba así: Tito. Era un hombre muy bueno y cariñoso y fue doblemente respetuoso y considerado conmigo».<sup>99</sup>

El 1.º de julio de 1958, después de cruzar unos mensajes con Fidel, muy tarde en la noche, Braulio recuerda que hacía varios días no le escribía a Rita y decidió hacerlo.

Mi amor:

Tengo mucha pena contigo por no haberte hecho siquiera unas líneas con anterioridad, pero cuando se quiere de verdad las palabras a veces están de más, máxime cuando uno tiene tantas responsabilidades, yo te quiero con toda mi alma y tú me quieres tanto o más, así es que esperemos

<sup>98</sup> OAHRC: Braulio C, cuaderno no. 6 (56-65), p. 57.

<sup>99</sup> Ernesto Pérez Shelton: Ob. cit., p. 241.

con el panorama que nos depare el destino. El papel no me alcanza para ponerte muchas cosas bonitas. Así que hasta pronto, recibe besos y abrazos.

Braulio.<sup>100</sup>

Ante la insistencia de Rita de incorporarse a su tropa, el 7 de julio de 1958, Curuneaux le responde:

Sabrás que no he dejado de pensar en ti un solo instante, ten confianza y espera unos días más hasta que las cosas tomen un cariz mejor, pues como sabrás la comida nos la van a mandar desde la capitanía, pues donde vamos a situarnos no podemos cocinar; yo deseo que tu estés conmigo, pero la situación es muy difícil. Ten fe y conserva tu certeza, que Dios no abandona a los buenos. Los demás muchachos te envían muchos recuerdos. Bueno mi vida, recibe un fuerte abrazo y besos. Sinceramente tuyo, Tito<sup>101</sup>

En una carta sin fecha, escrita probablemente, antes de la segunda batalla de Santo Domingo, le puso:

Siento mucho que hayas decidido irte, pero como quiera es mejor para tu bien y para tranquilidad mía, ya que no puedes estar donde quiera que yo estoy. Bueno mi vida, el tiempo apremia así que hasta pronto, hasta muy pronto. Te quiere.

Braulio E. Curuneaux <sup>102</sup>

Entre combate y combate fueron varias las misivas que el bravo capitán de la ametralladora calibre 50 le envió a Rita. Con los días, creció más y más aquel vínculo que nació entre los dos, y llegó también la ruptura entre el hombre y la mujer; aunque continuó el lazo de camaradas de armas; se profundizó y elevó mucho más la amistad, el compañerismo y el amor a los princi-

<sup>100</sup> OAHRC: Braulio C, cuaderno no. 6, p. 59.

<sup>101</sup> *Ibíd*em, p. 60.

<sup>102</sup> *Ibíd*em, documento no. 64.

prios y a la causa revolucionaria. Cuando en esta carta no firmó Tito, como de costumbre, al parecer se produjo la separación.

En otra parte de su autobiografía, Rita escribió:

Yo conocí a Fidel no sé si fue en abril o en mayo del 58 que estaba en el campamento que teníamos en la despulpadora de Mario Maguera y Fidel venía para La Plata. Pasó por el campamento y nos saludó, después lo veíamos a menudo cuando la ofensiva.

Cuando nos fuimos al campamento en plena Sierra Maestra, lo encontramos a él y se estaba preparando para hacer las trincheras y nos puso a recoger palos. Todo el mundo se puso a hacer las trincheras rápido, porque venían los guardias para arriba. Fue cuando Celia nos propuso a Norma Ferrer, Eva Rodríguez y a mí que pasáramos a un bohío que estaba cerca de las trincheras donde se combatía, para que le cocináramos a la tropa. Cuando íbamos a llevarles la comida a los combatientes la aviación nos castigaba.

El día 11 de julio, cerca de las seis de la tarde, estaban en la cocina ocho rebeldes: tres mujeres y cinco hombres. El capitán Geonel Rodríguez, quien se encontraba enfermo, quiso que le hicieran una tisana. Carlitos Mas, *Zamora*, uno de los que ayudaba en la cocina; Evaristo, un campesino de Ocujaí, y Evelio Rodríguez Curvelo, esperaban por un café.

De lo que sucedió, Rita redactó:

Le puse la comida a Zamora y me quedé parada en la punta de la mesa. En eso oímos el ruido que hacen los obuses de mortero cuando los disparan, pero no le dimos la menor importancia, porque estábamos ya habituados a esos ruidos siniestros. En eso la explosión. Lo único que vi fue una nube negra que lo cubría todo.

Una bomba nos cayó en el centro del fogón. Me puse las manos en los oídos y eché un grito fuerte. Perdí el conocimiento por un breve instante. Cuando desperté, vi a Zamora que caía tinto en sangre. Me incliné sobre él y lo sacudí, pero vi que estaba muriéndose, o muerto ya. Entonces entré por una

puerta a salvar las pertenencias, porque el rancho ardía. Saqué la mochila de Geonel y todo lo demás que pude. Vi al capitán Geonel y me dijo: «Coño chica, quítame esto», con las manos puestas sobre el vientre. Me decía que le quitara la canana, y todas las cosas que tenía en la cintura, que él no podía. Tomé su fusil, la canana, la cantimplora, la pistola, la cartuchera, en fin todo su equipo de guerrillero, y traté de sostenerlo, a la vez que le daba aliento. Lo saqué un poco hacia afuera, pero se me cayó desplomado. Entonces miré y vi que estaban sacando mal herido a Carlitos.

Enseguida, Normita, que por entonces tenía solo quince años, corrió a avisar y llegaron unos combatientes a ayudarnos, entre ellos, el capitán Miguel Ángel Espinosa, el esposo de Angelina Antolín.

A una como madre le dolía que cayeran estos muchachos prometedores, sin el último beso de su propia madre. Carlitos murió el día 14 por la noche. Como yo tenía miedo que los perros jíbaros se lo comieran, Eva y yo nos acostamos esa noche junto al compañero muerto. Era en la casita de Ñico, que posteriormente la cambiaron y llegó a ser la casa de las Marianas.

Después de este amargo suceso, se trasladaron para el hospital de Bernabé Ordaz, en La Plata, donde más tarde se crearon mejores condiciones para el tratamiento de los pacientes.

La noticia sobre la formación de un pelotón de mujeres, la dejó, como una de las cosas más importantes que le sucedieron en la vida.

Allí me quedé apoyando en todo, principalmente cocinar y cuidar a los heridos. También en esa etapa cocinábamos para los compañeros del periódico *El Cubano Libre* y de Radio Rebelde.

En este lugar también colaboraba Angelina. Hasta que un día conocimos que Fidel iba a crear un pelotón femenino para participar directamente en los combates. Nos dispusimos a ingresar en él.

## *Norma y una razón para vivir*



La mayor parte de la infancia de Norma Rosa Ferrer Benítez transcurrió en Manzanillo, aunque nació en Yara, el 19 de abril de 1944. Se reafirma una vez más la trascendencia histórica que ha tenido a lo largo de casi dos siglos este poblado.

Se incorporó a trabajar en una fábrica de calzado, en el propio Manzanillo, a la temprana edad de ocho años. A partir de los once, se relacionó con los estudiantes del Instituto

de Segunda Enseñanza y con los de la Escuela de Comercio.

Quería estudiar, pero se lo impedía su situación económica. Los jóvenes notaron aptitudes especiales en la niña, que solicitaba un espacio en la lucha, entonces la mandaban a manchar con pintura las guaguas y garabatear paredes, tarea que cumplía con satisfacción.

En el ambiente culto de Manzanillo, Norma tuvo la oportunidad de conocer a Manuel Navarro Luna,<sup>103</sup> sin imaginar la trascendencia que tendría este poeta revolucionario. Jugaba con otros niños en la azotea de una casa donde el bardo trabajaba, colaborando con la emisora de radio. Él los regañaba por sus travesuras, pero les regalaba caramelos.

Norma, al mirar al pasado, siente la dicha de que con solo trece años se percató de la injusta sociedad que existía y que debía transformarse.

Como yo procedo del sector campesino, un sector totalmente distanciado, donde no había influencia ni política ni religión ni nada, en una aglomeración de obreros conocí

<sup>103</sup> Manuel Navarro Luna (1894-1966). Poeta y periodista revolucionario cubano. Murió el 15 de junio.

a Chibás.<sup>104</sup> Desde allí vi todo el movimiento del cuartel de Manzanillo cuando el asalto al cuartel Moncada.

Ya gente mayor, zapateros y todo, tenían su movimiento sindical. Oí hablar allí por primera vez, que no sabía quién era, de Blas Roca<sup>105</sup> como zapatero, porque estaba en los giros de los zapateros.

Influyeron sobre mí los obreros aquellos, que en el «tiempo muerto» se cerraba el taller y comenzaban a pasar hambre al igual que yo, entonces uno cogía el trabajo que se presentaba. Yo me iba a una casa y por un plato de comida cuidaba a un niño, todo eso hasta que aquel taller abría de nuevo. Sin darme cuenta influyó algo en mí, algo se despertó en mí. Fui una vez a la Casa de Socorros de Manzanillo y frente a la estación estaba la Asociación de Veteranos, creo que ahora es la Casa de la Cultura. Al doblar estaba la Casa de Socorros y se comunicaba con la estación de policías.

Estando sentada en la Casa de Socorros, miré hacia una reja y en un calabozo había un hombre alto, fuerte, barbudo, que sacudía aquella reja con mucha violencia y se le notaba un estado de locura incurable. Le cogí miedo a aquel hombre, que llevaba muchos años preso. Después averigüé y había ido allí por un problema común, y estaba encerrado tantos años sin libertad, y por eso se volvió loco. Parecía un hombre de la edad de piedra, daba brincos con un chorcito todo ripiado, como aquel que salía a cazar el mamut.<sup>106</sup>

<sup>104</sup> Eduardo R. Chibás Ribas (1907-1951). Fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Relevante político cubano. Se destacó en la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado y denunció la corrupción en la Cuba prerrevolucionaria. Al terminar un discurso, se dio un tiro en plena transmisión radial, el 5 de agosto, de cuya herida murió el 16 de agosto. Su entierro fue la mayor manifestación de duelo popular registrada hasta esa fecha en el país.

<sup>105</sup> Blas Roca Calderío (1908-1987). Secretario general del Partido Socialista Popular (PSP) en 1939, cargo que ocupó hasta disolución después del triunfo de la Revolución para constituir las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Ocupó varios cargos en los organismos del Estado.

<sup>106</sup> OAHRC: Datos biográficos de Norma Ferrer, archivo 1095-1816, caja 42.

Una vez, Norma se ausentó de su hogar para ir a ver a su abuela. Antes de llegar se sentó debajo de una mata de mango a meditar sobre aquel hombre preso, que le había impactado y, aunque no sabía de revolución ni tenía ningún nivel político, pensó: «Y si pudiera salvar a este hombre lo salvaba, si yo tuviera el dinero que tienen otros, todo el mundo comería, si tuviera el poder para abrirle aquella reja, esa persona saldría libre».

Hubo en la vida de Norma muchas situaciones que forjaron en ella, quizás sin darse cuenta, un ideal de evolución necesaria. De uno de los episodios vividos, dijo:

Otro momento fue la entrada a palos que la policía les dio a unos estudiantes. De milagro yo no fui apaleada, porque me metí en una glorieta cerca de la banda municipal que estaba tocando en esos momentos, aunque la que había hecho la trastada era yo.

Ellos me habían mandado a gritar frente a la Estación: «¡Viva Paquito Rosales!». En realidad yo ni sabía quién era Paquito.<sup>107</sup> Hacía lo que los estudiantes me mandaban a hacer, me cayeron atrás, pero dos estudiantes me dijeron que me escondiera. Los policías les entraron a golpes a aquellos jóvenes llenos de vida, incluso, a uno le partieron la cabeza. Cuando Fidel desembarcó del yate *Granma* yo estaba atenta a todo, se hablaba en voz baja y los obreros soltaron la chaveta y se reunieron. Hubo un momento de mucha alegría en el taller. La hija del dueño me había enseñado a coser las tiritas y las cosas de adorno del calzado. Este trabajo se hacía en un área más chiquita y todos los obreros entraron ahí y se pusieron de lo más contentos. Recuerdo que abrieron dos botellas de vino y se las tomaron. Paré la máquina y le pregunté a Elda: «¿Qué pasa, que están todos tan contentos?», dijo: «¡Fidel está vivo!».

<sup>107</sup> Francisco Antonio Rosales Benítez, *Paquito Rosales (1906-1958)*. Militante comunista. En 1940 fue elegido alcalde de Manzanillo. Después del ataque al cuartel Moncada se incorporó al MR 26-7. Fue asesinado en el cuartel de Río Frío, en Guantánamo, el 13 de febrero.



Sabíamos que se había producido un desembarco, y se notaba el gran movimiento de las fuerzas represivas, oía más o menos algo, sin embargo no podía definir por qué Fidel estaba vivo.<sup>108</sup>

Norma decidió marcharse de la zapatería y trabajó como ayudante de cocina en la finca Santa Rosa, cerca de la Sierra Maestra, solo por la comida. Allí tuvo los primeros contactos con el Ejército Rebelde. Desde ese lugar se abastecía de combustible a la planta de Radio Rebelde y hasta dicha propiedad se desplazaban el locutor Ricardo Martínez,<sup>109</sup> el cocinero de la Comandancia, Emilio Morán, y algunos guerrilleros de la tropa de Víctor Mora<sup>110</sup> a buscar los abastecimientos posibles.

La jovencita comenzó a colaborar de inmediato con ellos y recibió el cariño sincero que tanto necesitaba una adolescente fuera del entorno familiar. Cuando ellos llegaban, se ponía a vigilar en un puente cercano, para dar la alarma mediante un silbido, si notaba la presencia de la soldadesca.

Una mañana, al despertarse, la muchacha sintió disparos. Los guardias habían rodeado la finca. Preocupada porque los rebeldes que visitaban el lugar fueran a caer en una emboscada, le dijo a la cocinera que iba a buscar unas naranjas agrias y salió descalza corriendo por el naranjal. Fue así como a sus trece años, el 2 de febrero de 1958, llegó a un campamento rebelde de la Sierra Maestra.

Este día quedó grabado en su corazón, de ello contó:

Entonces esa mañana cogí y fui para la Sierra, conocía el camino y llegué al campamento de Víctor Mora, quien me dijo: «Para qué yo quiero muchachos aquí, tienes que irte

<sup>108</sup> Versión de la entrevista realizada por Enrique Núñez Rodríguez, Manolo Rodríguez y Flavio Torres a Norma Ferrer, sobre la participación en la lucha en la Sierra Maestra, el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816, caja 42, OAHRC.

<sup>109</sup> Ricardo Martínez Vítores (1936-2006). Operador de Radio Mambí. Militó en las filas del MR 26-7. En 1957 se incorporó al Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Fundador de Radio Rebelde donde laboró como locutor.

<sup>110</sup> Víctor Mora Pérez. Se incorporó al Ejército Rebelde en abril de 1957. Llegó a ser comandante y jefe del Frente Camagüey. Abandonó la lucha revolucionaria.

para allá otra vez». Para cumplir esa indicación le encargaron a José Luis Rosendo que se ocupara, no sé si él vivirá, no sé dónde está, hace unos años que no lo veo. Pero cuando yo llego Ramón Cuveña, el dueño, no estaba en la finca y la compañera responsable de la fonda dijo: «Mire, tiene que llevársela, ayer estuvieron los guardias aquí otra vez». Me volvieron a llevar para el campamento porque Rosendo le explicó a Víctor Mora que él no podía dejarme con esa peligrosidad. «Bueno, para otro lugar, pero te tienes que ir», dijo. Le expresé a Víctor Mora: «Mire, usted está perdiendo el tiempo con que yo me vaya». Me insistió: «Es que aquí en la Sierra no queremos muchachos». «Que usted no los quiera no quiere decir que en la Sierra no los quieran. Sí, yo me voy, no se preocupe, que yo sé por otra parte por donde subir».<sup>111</sup>

### Yo me tengo que encontrar con Fidel

Norma, en verdad no conocía la Sierra; sin embargo, no estaba dispuesta a regresar. Tenía una idea fija en su mente y por ello le respondió al jefe del campamento con firmeza.

«No importa, yo comienzo a caminar y ya me encontraré con alguien». Me acuerdo que esa noche pensé: «Yo me tengo que encontrar con Fidel y con los muchachos de Radio Rebelde». Además, nosotros oíamos todas las noches a Radio Rebelde. Éramos fieles a Radio Rebelde. Entonces me manda para una casita sola, que estaba abandonada y comienzan a vestirse haciéndose los fantasmas, a tirarme cosas para que yo me asustara, para que me fuera, pero que va, yo estaba firme. Yo no podía tenerle más miedo a aquello que el hambre que pasaba abajo con los látigos del capitalismo. En aquel entonces no lo entendía pero ahora sí lo entiendo. Cuando ellos vieron que yo me mantuve firme, Víctor Mora me volvió a llamar y me dijo: «Mira, me estás dando mucha guerra, no te quiero aquí».<sup>112</sup>

<sup>111</sup> Resumen de la entrevista el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816, caja 42, OAHRC.

<sup>112</sup> Ídem.

Un mes más tarde la decidida joven se incorporó a la tropa de Luis Crespo Cabrera,<sup>113</sup> después de mucha insistencia explicando en los campamentos rebeldes que ella podía ser útil. En este apoyo a los combatientes al lavarles la ropa, cocinar y cuidar heridos.

En los días del combate de Santo Domingo estuvo en la retaguardia, firme bajo el acoso de la metralla enemiga.

El episodio de su presencia en la zona cercana al combate, en el encuentro convocado por Celia, en agosto de 1967, narró:

En Santo Domingo, Camejo y Curuneaux me dijeron: «Ayúdanos a llevar las balitas de la 50», y cuando yo iba llegando abajo les digo: «Camejo, yo creo que te voy a dejar las balas y lo que voy echar es un pie, porque esto se está poniendo muy malo, pero qué va».<sup>114</sup>

Gonzalo Camejo,<sup>115</sup> también presente en el encuentro, dijo: «Yo me acuerdo del peso exacto de las armas que traíamos. La 50 pesaba 93 kilos, el mortero pesaba 89 libras y cada caja de balas pesaba 60 libras».<sup>116</sup>

La primera ocasión en que Norma Ferrer se encontró con el Comandante Fidel, fue en el firme de El Naranja, en los días de la batalla de Santo Domingo, momento que ella guarda con cariño y cierta vanidad:

Nosotros íbamos subiendo con Crespo, me acuerdo que iba con la mochila aquella y ya yo iba con la fiebre del paludismo y me tiro en el suelo, entonces lo veo sentado debajo

<sup>113</sup> Luis Crespo Cabrera (1923-2002). Expedicionario del *Granma*. Por sus méritos como combatiente fue ascendido a comandante.

<sup>114</sup> Intervención de Norma Ferrer en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>115</sup> Gonzalo Camejo Escalona. Nació en Purial de Vicana, Pílon, y se incorporó a la Columna no. 1 a mediados de 1957. Participó en las principales batallas y combates de la Sierra. Con el grado de teniente se subordinó al capitán Curuneaux en la batalla de Guisa. Después de la muerte de Curuneaux fue designado para ocupar la jefatura del pelotón que él comandaba.

<sup>116</sup> Intervención de Gonzalo Camejo en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

de una mata con un papel y una pluma escribiendo, con las piernas cruzadas, lo volví a mirar y me dije: «¿Este será Fidel?».

Entonces me dijo Crespo: «¡Ese es Fidel!», y dice Fidel: «A hacer trincheras», y todos comenzamos a hacer trincheras. Me caí y Fidel me dijo: «Tienes que ir para la casita». Fui para la casita, Rita estaba con nosotros y estaba Ada Bella. Allí Rita me trataba de curar el paludismo. Fidel dio órdenes de que me mandara con Vallejo, entonces llegué hasta la loma de Mompié que fue donde conocí a Celia, que me recibió con una sonrisa muy amable.

(...) Yo recuerdo una cosa, que nunca se me olvida. Que llegamos a La Plata y me acuerdo cuando Fidel estaba conversando con Celia en la Comandancia de cómo formar e integrar ese pelotón de mujeres. La compañera Celia, desde luego, conocedora de las ideas de Fidel, enseguida dio su aprobación. Se empezó a tratar de avisar y tratar de concentrar en La Plata a todas las compañeras. Entonces fue cuando vinieron llegando. La compañera Teté estaba en Santiago cuando eso. Isabel Rielo se incorporó con su mochila llena de medicinas dándole sales minerales a todo el mundo.<sup>117</sup>

El paso de la joven Norma por la vida no había sido fácil, se sentía desfavorecida por una sociedad que no tenía en cuenta a las personas humildes como ella. Fue así que cuando encontró la posibilidad de cambiar lo existente, no lo pensó. Por lo que experimentó, dijo:

Por el medio de explotación en que vivía, no me había sentido como un ser, es decir, no encontraba la razón para vivir, y quizás en aquel momento no me pude explicar qué sentía.

Más tarde lo supe en la Sierra, con los compañeros, en los trabajos de cocina, cuidando heridos y cocinando para

<sup>117</sup> *Ibíd.*, intervención de Norma Ferrer.

las tropas, me di cuenta perfectamente de que yo era un ser humano, que era alguien en la sociedad. Y entonces comprendí que tenía razón para vivir, pero no solamente razón para vivir, también tenía razón para morir, y esa razón me guió desde los primeros días de enero del 58 hasta estos momentos.<sup>118</sup>

Con esta convicción, Norma se unió al pelotón de combate las Marianas.

### *Flor en la serranía*



En marzo de 1958, una joven de diecisiete años decidió escapar de su hogar y subir la cordillera a compartir suerte con los que allí luchaban por una Cuba diferente. Tomó esa determinación al percibir de cerca cómo los casquitos atropellaban a las personas. De esta forma, surgió un odio colosal hacia los miembros de aquel tiránico Ejército.

Flor Pérez Chávez, nació el 19 de marzo de 1941, en Yara, en el seno de una familia humilde, al cuidado de María de la Concepción Chávez, amorosa madre que se esmeraba en los quehaceres hogareños, mientras que Emilio Cástulo Pérez Escalona, el padre, con los siete hermanos, trabajaban muy duro por un mísero salario en una arrocera cerca de la Sierra Maestra.

Cuando la joven abandonó su hogar y se fue a las montañas, llevaba como única compañía un perrito; marchó errante y a la deriva bajo los tormentos del hambre y la sed, después de agotadoras jornadas por unos arrozales, que se perdían en el horizonte. Luego,

<sup>118</sup> Silvia Bota y Adelina Vázquez: «La razón para vivir», revista *Mujeres*, año 23, no. 9, septiembre de 1983, p. 4.

a pesar de tantas penurias que no doblegaron su idea, llegó a una casa donde por suerte estaban de paso unos rebeldes.

Sin importar que haya pasado el tiempo, Flor revive lo que tiene bien guardado en su alma y, de aquel minuto, en una entrevista, comentó:

En un lugar conocido como El Pozón encontré algunos compañeros que trataron de hacerme desistir, diciendo que las condiciones para las mujeres eran muy complicadas y otros argumentos más, pero no pudieron convencerme.

Fui a Las Mercedes donde permanecí varios días. Roberto Rodríguez, *el Vaquerito*, me preguntó si era costurera y, sin saber ni pegar un botón le dije que sí, con el fin de lograr mi objetivo de llegar a los rebeldes. Me ubicaron en un taller de costura en Santo Domingo, donde permanecí solo pocos días, porque no me gustaba el lugar; después tuve la posibilidad, por mediación de Celia Sánchez, de subir hasta la Comandancia de La Plata con Crescencio Pérez.<sup>119</sup>

En Yara vive Germán Darío Pérez, quien conoce a Flor desde niña y quiso regalar una anécdota, que dice mucho de la firmeza de quien se convirtió en una de las Marianas.

Siendo una niña acogimos a Flor en nuestra casa. Cuando se marchó para la Sierra eran las tres de la madrugada, contaba con quince años y aquel perrito se llamaba Peter. Antes cubrió unas almohadas con una sábana para simular que aún estaba durmiendo.

Con los años, cuando me habló de cómo fue su permanencia en la tropa de los rebeldes, me detalló además, que en compañía de Juan Almeida y Celia Sánchez, el padre Sardiñas la bautizó. En el año 1959, mientras se encontraba en el Caney de las Mercedes, me visitaba cuando venían en camiones a

<sup>119</sup> Irene Izquierdo Rivera: «Marianas, conversación desde la memoria», revista *Bohemia*, 20 de septiembre de 2013, año 105, no. 19, p. 16.

trasladar cemento desde los vagones del ferrocarril aquí en Yara.<sup>120</sup>

Cuando Flor llegó a La Plata conoció que se estaba gestando la formación de un pelotón de mujeres que, con el fusil al hombro, enfrentaría en la primera fila al ejército enemigo, no lo pensó, estaba dispuesta a seguir sus sueños.

### *Olguita, siempre rebelde*



Sevilla Arriba, en las estribaciones de la Sierra Maestra, fue testigo de la llegada a estas tierras de Olga Esther Guevara Pérez, el 25 de febrero de 1932.

Inés María Toledo, residente en aquel poblado y admiradora de la intrépida luchadora, compartió con el autor unos apuntes que de puño y letra de Olga, conserva con mucho celo.<sup>121</sup>

Alberto Miguel Guevara, padre de la muchacha, era organizador y presidente del Partido Ortodoxo, en la localidad. Unos versos sencillos de José Martí fue la primera poesía que aprendió Olguita. Así, desde que comenzó la enseñanza primaria se familiarizó con los próceres de nuestras guerras de independencia y militó en la Juventud Ortodoxa. En ese entorno surgió su encomiable amor a la patria. Su ilusión era hacerse maestra y pianista, algo inalcanzable por la humildad y sencillez en que vivía su familia, aunque desde pequeña ya era capaz de sacarle acordes a una guitarra.

<sup>120</sup> Entrevista realizada por el autor a Germán Darío Pérez, en Yara, el 29 de junio de 2016.

<sup>121</sup> El valioso documento puede considerarse una autobiografía de Olga Guevara, que ayudó a explorar parte de su destacada trayectoria, en anécdotas y vivencias. Los testimonios pertenecen a dicha autobiografía, salvo que se indique otra fuente.

A raíz del golpe de Estado perpetrado por Batista el 10 de marzo de 1952, se acercó muy preocupada a sus profesores para comunicarles su desacuerdo con el hecho, y juró combatir siempre al tirano.

En su pueblo natal se enroló en actividades revolucionarias junto a sus hermanos: Alberto y Rubén. Integró una célula del 26 de Julio, en la que realizó diversas actividades: venta de bonos, consiguió balas con los mismos guardias y atrajo a la lucha a otros jóvenes. Posterior a la llegada del yate *Granma* a Las Coloradas, fue testigo de la persecución a los expedicionarios por la zona de Sevilla Arriba. Vio de cerca el repliegue militar, incluso, cómo emplazaron una posta cerca de su casa, bajo la protesta familiar. Aquellos sucesos redoblaron la presencia de soldados y represión en los alrededores.

Olga nunca sintió temor al dirigirse a los criminales que estaban en el cuartel y manifestarles que no defendían una causa justa y que el general Batista era un ladrón. Hasta les hablaba de Martí y de Maceo.

De los inolvidables momentos en que defendió sus sentimientos y convicciones revolucionarias dijo:

El 8 de noviembre de 1957 una patrulla detuvo a mi hermano Alberto y lo llevaron para un puesto de la marina de guerra donde un casquito de apellido Laurent era el jefe. Luego pasó por la zona el teniente Luis Grau y apresó a varios campesinos, que eran inocentes de los cargos que se les atribuían. Este mismo teniente, se trasladó a mi casa con un numeroso grupo de soldados para armar allí un campamento, pero me negué. Me tomó presa y empezó a preguntarme por los rebeldes, por Crescencio Pérez y por qué yo tenía el apellido Guevara, ya que el Che era muy nombrado entre ellos.

Le dije que tenía un hermano mío preso y me soltó después de una larga e irrespetuosa discusión por parte de ellos. A los veinte minutos, cuarenta soldados con armas largas rodearon mi casa buscando a mi hermano Rubén, que ya



se había marchado de la zona. Detuvieron a otro hermano nuestro de solo quince años, pero después lo soltaron.

Al otro día, a las siete de la mañana pasó una máquina de alquiler y el chofer me dijo que la tropa de Grau había asesinado a mi hermano. Aquella noticia me estremeció.

Este hecho marcó a Olga para siempre. El amor por sus seres queridos la hizo enfrentar cualquier peligro. De ello dejó grabado:

Al cabo de siete días de salvajes torturas —sin que delatara a ningún compañero, como relató luego un testigo presencial de los hechos, colaborador nuestro y quien estaba indignado porque además a él no le fue posible hacer nada con tanto repliegue militar—, lo ametrallaron junto a otros treinta y tres campesinos, un crimen horrible, que sentí en lo más profundo.

Los enterraron en una fosa común, casi a flor de tierra y los cadáveres fueron devorados por los perros, también quemaron cincuenta casas. Muy indignada me presenté al cuartel y delante de una tropa de trescientos soldados denuncié los crímenes tan grandes que habían cometido. Aquel asesino solo atinó a decirme: «Es usted muy valiente, para lo que está buena es para que dirija un ejército». Seguí hablando y condenando el crimen. Luego me marché.

Posterior a este enfrentamiento, la alertaron que venían a matarla y tuvo que marcharse de inmediato. Estuvo escondida durante tres días en Caridad de Macaca, hasta que la ayudaron a salir para Palma Soriano, donde contactó con el Movimiento y siguió colaborando.

Del momento en que comenzó a formar parte de la guerrilla, apuntó:

Unos meses después me encargaron la misión de llevar un mensaje para el Che a la Sierra Maestra, llegando a la comandancia de La Mesa el 7 de marzo de 1958 y desde ese momento comencé a formar parte de la guerrilla. En esa oportunidad

conversé mucho con el Che y le hablé de la situación en el llano.

Allí en su zona de operaciones trabajé haciendo gorras, uniformes, mochilas, porque tenía algunos conocimientos de corte y costura. Ayudé en la cocina y trabajé de maestra, que era mi función fundamental, porque el Che decía que allí tenía que estudiar todo el mundo: los campesinos y lo rebeldes. Así cumplí un sueño, el de ser maestra, al menos por un tiempo.

### La primera voz femenina en Radio Rebelde

Olga Guevara se incorporó a la planta transmisora de Radio Rebelde a finales de marzo de 1958, con el objetivo de hacer llamamientos, en especial, a las mujeres, durante los preparativos para la huelga de abril. En el libro *7RR. La historia de Radio Rebelde*, aparece el siguiente testimonio:

Quando yo llegué, la emisora estaba arriba, y en la casa de abajo, *El Cubano Libre*. La planta estaba instalada en el mismo alto, en una casita, de cinc arriba, camuflada y una rampa allí, del helecho ese de espinas. Era lo único que había, no había nada más, ni trinchera ni nada. Y empecé a trabajar en la emisora.

El día de la huelga transmitimos todo el día por Radio Rebelde. Hablábamos unos detrás de otro, y teníamos que usar yodo para la ronquera. Allí había un banquito chiquito y un micrófono para tres gentes; era insoportable aquello. Nosotros nos quedamos sin voz.<sup>122</sup>

Sobre dichos acontecimientos, Olga rememoró:

En los días de la huelga de abril el Che me mandó hacer el llamamiento a las mujeres. Yo recuerdo que el llamamiento era: «Mujer, tú que has visto correr la sangre de tus hijos, de tu esposo, de tu novio por nuestras calles, incorpórate a la

<sup>122</sup> Ricardo Martínez Vítores: *7RR. La historia de Radio Rebelde*, Segunda edición revisada y ampliada, Editora Política, La Habana, 2008, pp. 131-134.

lucha. Mujer cubana, preferible es morir peleando...», y así con otras palabras que ahora no recuerdo. Fue el primer llamamiento que se hizo para la huelga de abril, para que las mujeres se incorporaran a la huelga junto a los rebeldes y a los campesinos. Eso fue en La Mesa, en el alto de Conrado. Yo recuerdo las palabras de Fidel cuando estábamos allí en Radio Rebelde: «Ya ustedes ven, el motor de la invasión nuestra está en el llano ya, ya ustedes ven, pues mire, en octubre ya estamos en el llano». Fíjate, que no había venido la ofensiva ni nada todavía.<sup>123</sup>

Ricardo Martínez, locutor de Radio Rebelde y muy allegado a Olga Guevara, precisó:

Al principio solo contábamos con lo más esencial: transmisor de un kilo, una planta eléctrica, un tocadiscos y un bombillo para alumbrarnos. Después fuimos mejorando. Logramos transmitir hasta 18 horas diarias. El trabajo colectivo fue decisivo. Considero fundamentales los aportes del Che y Celia Sánchez. También de Olga Guevara, una maestra campesina, la primera voz femenina que habló en Radio Rebelde.

Después llegaron Violeta Casal,<sup>124</sup> Jorge Enrique Mendoza<sup>125</sup> y Guillermo Pérez, locutor de la emisora radial CMKC de Santiago de Cuba.<sup>126</sup>

<sup>123</sup> Intervención de Olga Guevara en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>124</sup> Violeta Casal (1916-1992). Nació en Matanzas. Actriz de teatro, radio y televisión en La Habana. Se trasladó a la Sierra Maestra en 1958 y se convirtió en una de las voces insignes de la emisora guerrillera Radio Rebelde. Murió el 28 de octubre en Ciudad de La Habana.

<sup>125</sup> Jorge Enrique Mendoza Reboledo (1930-1994). Ejerció como locutor de Radio Rebelde. Maestro, soldado, periodista, historiador y propagandista incansable de la Revolución. Murió el 25 de febrero.

<sup>126</sup> Josefa Bracero Torres: «Ricardo Martínez Vítores y su legado a la radiodifusión cubana», 2 de septiembre de 2007, portal de la Radio Cubana.

Olga se refirió a su primer encuentro con Fidel, como un momento único, vivido en la Sierra Maestra.

Me preguntan sobre los recuerdos antes de llegar a la Sierra, a mí no me gusta, a uno le es muy difícil hablar de uno. La primera vez que yo vi a Fidel fue cuando fui a Radio Rebelde, porque yo estaba con el Che y después el Che fundó Radio Rebelde, porque ya tenían talleres allí en La Mesa. Precisamente Fidel quería que yo me fuera con él cuando se trasladó Radio Rebelde y yo le hice un planteamiento: «Mire Comandante, nosotros tenemos una escuela aquí y le estamos dando clases a los muchachos y a los soldados rebeldes». Entonces me dijo Fidel: «Está muy bien, la felicito». Cuando me encuentro con Fidel recuerdo que había sido en los mismos momentos que habían matado al niño en el bombardeo y Fidel iba muy impresionado por la muerte de aquel niño, entonces se puso a hacer la historia de la muerte del niño, incluso dice que el niño le echó una sonrisita y le dijo: «Fidel», y entonces, el Che, Ramiro y él se pusieron a practicar con las pistolas allí y vino la entrevista de Masetti<sup>127</sup> al Che y a Fidel, que también estaba yo allí.<sup>128</sup>

Los acontecimientos de aquellos días, son reseñados por Olga en sus notas de vida, y coinciden con los de Fidel en *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*:

En primer lugar, me parecía imprescindible utilizar las posibilidades de la emisora Radio Rebelde, que funcionaba desde finales de febrero en esa zona, para comunicarme con el pueblo e infundirle aliento tras el revés de la huelga. Había que anunciar que nuestra lucha no solo proseguía, sino que se hacía cada vez más efectiva y organizada. Por

<sup>127</sup> Jorge Ricardo Masetti Blanco (1929-1964). Periodista argentino. Entrevistó al Comandante en Jefe y a Ernesto *Che* Guevara en plena Sierra Maestra. Fundador de la Agencia de Noticias Prensa Latina. Murió en la guerrilla de la provincia de Salta, Argentina, el 8 de septiembre.

<sup>128</sup> Intervención de Olga Guevara en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

otro lado, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti quería hacerme una entrevista. Yo, sobre todo, deseaba aprovechar la visita a La Mesa para conversar con el Che acerca de la nueva situación creada con el fracaso del 9 de abril y la ofensiva enemiga, que ya considerábamos segura.

El 16 de abril hablé por Radio Rebelde por primera vez. En mi alocución analicé las razones del fracaso de la huelga revolucionaria del 9 de abril, denuncié algunos de los crímenes más recientes de la tiranía, como el salvaje bombardeo al poblado de Cayo Espino y la muerte del niño Orestes Gutiérrez, y proclamé mi confianza absoluta en la victoria.<sup>129</sup>

Otro ejemplo de la estrecha relación de Olga Guevara con el colectivo de Radio Rebelde y todos sus compañeros de guerrilla, es una sentida carta que recibió de puño y letra del locutor Ricardo Martínez Vítores, en los días de decisivos combates en la Sierra Maestra.

SM. Julio 14 de 1958

Olguita: Aprovecho esta oportunidad que se presenta con el Dr. (Sergio) Del Valle, para contestarte tu última carta. No sabes el bien que esta me hizo, en estos días en que mi alma se encuentra deprimida, debido a la muerte de varios compañeros buenos.

Quisiera que estas líneas, estuvieran impregnadas de la sana alegría que caracterizan a las tuyas, pero es imposible ya que en ellas tengo que incluir, el dolor de comunicarte una mala noticia. Nunca hubiera querido tener que decirte otra cosa que no fuera para ti dicha y felicidad, pero hoy me veo en la obligación desagradable de hacerlo.

Fue hace dos días: En el frente del Naranjo, junto a Santo Domingo, un mortero lanzado por el ejército hizo explosión sobre una casa cercana. En la misma se encontraban algunos compañeros nuestros, entre ellos el capitán Geonel Rodríguez, vecino de Mayarí, que sufrió heridas de

<sup>129</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., pp. 21-22.

gravedad, que le ocasionaron la muerte horas más tarde. También resultó herido un muchacho de Niquero, que se había ganado mi amistad en unos pocos días que nos tratamos y que más tarde pude conocer que era familia tuya. Sufrió algunas quemaduras debido al incendio del bohío y en la vorágine turbulenta de aquella desgracia, su valentía y su heroísmo se irguió sobre las llamas, clamando porque rescataran su arma. Primeramente se creyó que el caso, aunque grave no era mortal. Pero lentamente fuimos viendo como se iba agravando su estado, pues además en las múltiples quemaduras que presentaba tenía también un pedazo de metralla, que lamentablemente le había perforado el cráneo. Los médicos hicieron todo lo posible, en un sobrehumano esfuerzo para salvarle la vida. Pero a pesar de todo, el herido falleció anoche a las 12.

Hoy a las 5 de la tarde fue enterrado. El capitán Paco Cabrera despidió el duelo, haciendo una admirable síntesis de la vida de quien fuera sincero amigo y valeroso revolucionario: «Carlitos Mas».

Sé que esto será para ti una nueva herida en tu corazón sufrido. Pero es la guerra; cruel, sangrienta, terrible. Tenemos que llenarnos de serenidad para afrontar con calma, estos, los momentos difíciles. Ahora solo nos queda, rogar por su alma, e imitar su ejemplo grandioso de abnegación y patriotismo.

Sin más, ahora te dice hasta luego, quien te adora y recuerda: Ricardo

P. D. Solo quisiera poder estar en estos momentos junto a ti para poder aliviar tus sufrimientos.<sup>130</sup>

<sup>130</sup> Copia del original entregada al autor en Sevilla Arriba, Pilón, por Miguel González Guevara, sobrino de Olga Guevara. La carta se donó al archivo de la OAHRC.

Sobre el fatal incidente de la muerte de los dos valerosos combatientes, a consecuencia de un mortero, el Comandante Fidel, en su libro: *La victoria estratégica*, puntualizó:

El personal del firme de El Naranjo mantuvo sus posiciones a pesar del embate constante de la aviación, que se empleó a fondo en la zona durante todos estos días, y del incesante fuego de morteros realizado por el enemigo desde Santo Domingo. Fue uno de esos obuses de mortero 81, lanzado al rumbo, el que vino a caer el día 11 directamente encima del caballete de la casa de un colaborador campesino, en la falda de la loma de Sobicú opuesta al campamento enemigo, en el momento en que el combatiente Juan de Dios Zamora, auxiliado por las también combatientes Rita García y Eva Rodríguez, cocinaban el almuerzo de las fuerzas rebeldes. La explosión mató de manera instantánea al cocinero e hirió de extrema gravedad al capitán Geonel Rodríguez y al teniente Carlos López Mas, conocido por Carlitos Mas, quienes se encontraban descansando en la casa. Conducidos rápidamente a la Comandancia de La Plata, los dos combatientes fueron operados de urgencia por los cirujanos rebeldes, pero la hemorragia interna resultó incontenible y ambos murieron.<sup>131</sup>

En los días de la ofensiva del ejército de Batista, Olga se trasladó para la Comandancia de La Plata y continuó su ardua actividad de apoyo incondicional a sus compañeros de lucha. Allí se incorporó más tarde al pelotón femenino Mariana Grajales.

Todas habían encontrado su sueño y más aún, se avizoraba para ellas la idea de constituir una pequeña unidad de combate. Pronto estarían en la primera línea, a la par de los hombres.

<sup>131</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., pp. 339-340.

*Pelotón de tiernas flores  
en la Sierra una mañana  
tomó el nombre de Mariana  
y a su arrojo rindió honores.  
Plena de sueños y amores,  
se sumaron a la acción  
y vencieron al cañón  
con fusil y mano fina,  
cubanas de disciplina  
que hicieron Revolución.<sup>132</sup>*

<sup>132</sup> Décima del Héroe de la República de Cuba, Antonio Guerrero Rodríguez, dedicada a Teté Puebla desde la cárcel.





## *Nació un pelotón de mujeres*

Concluido el combate de Las Mercedes el 6 de agosto, cuando trescientos guerrilleros se enfrentaron a diez mil soldados, precipitó el descalabro de la ofensiva enemiga de verano. Al respecto, Fidel precisó:

El valor, la tenacidad, el heroísmo y la capacidad de los combatientes rebeldes en la férrea y organizada defensa de las posiciones, y la aplicación contundente de todas las formas tácticas de acción de la guerrilla, desbarataron la ofensiva en [setenta y cuatro] días de incesante e intenso batallar.<sup>133</sup>

En septiembre de 1958, el Ejército Rebelde estaba fortalecido, con una gran cantidad de armas conquistadas al enemigo y se disponía para dar la batalla final a una tiranía colapsada.

Ya se había iniciado la invasión hacia el centro del país por las columnas no. 8 Ciro Redondo y no. 2 Antonio Maceo, comandadas por el Che y Camilo, respectivamente. Raúl seguía batallando con éxitos en el Segundo Frente y Juan Almeida estaba

<sup>133</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., p. 701.

de nuevo en su zona de operaciones, cerca de Santiago de Cuba. Otras columnas se preparaban para salir hacia el llano.

### ***¡Nos tienen que dejar combatir!***

Ante las nuevas contiendas que se avecinaban, enmarcadas en la contraofensiva final del Ejército Rebelde hasta alcanzar el triunfo definitivo, las mujeres presentes en la tropa continuaron insistiendo en que se les dejara pelear a la par de los hombres portando un fusil.

Otra de las causas por la que solicitaban este derecho, era la indignación al observar cómo el ejército hacía más inhumano el trato hacia la población de la Sierra.

Teté Puebla conoció de las muchas atrocidades y reveló:

En Oro de Guisa, en toda esa zona campesina quemaron las casas, y las gentes cuando huían las apresaban, las violaban o asesinaban. Aquellos crímenes nos llenaban de valentía y determinación. Y aunque veníamos haciendo muchas cosas esenciales, nos sentíamos frustradas al no poder combatir con un fusil en la mano. Y dijimos: «¡Nos tienen que dejar combatir!».

Ya estaba probado que la mujer podía hacer de todo. Aguantábamos los bombardeos, trasladábamos las armas y estábamos en los lugares donde se estaban desarrollando los combates. Pero aún no nos dejaban combatir.<sup>134</sup>

El triunfo estaba cerca y era importante la presencia femenina. El momento había llegado. Fidel las había observado y por la abnegación y valentía demostradas durante la permanencia en el lomerío, las jóvenes tenían muy bien ganado ese derecho. El ejemplo de Celia, en quien el Comandante encontró el primer apoyo para organizar a las muchachitas, como él las llamaba, ayudó en la decisión. La propia Celia Sánchez expresó:

<sup>134</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., p. 50

Fidel vio la disposición en que estaban las mujeres, que de verdad querían combatir, por eso él siempre escogió las primeras que llegaron a la Sierra, porque ya las primeras estaban probadas, y él sabía que de esas mujeres que ya él conocía no les fallaba ninguna, y así fueron seleccionadas por Fidel.<sup>135</sup>

Sobre la destacada participación de las mujeres en la guerrilla, aun cuando no estaban constituidas en una pequeña unidad de combate, el Comandante en Jefe refirió:

Dentro de la actividad de retaguardia, mención aparte merecen también las mujeres. En esta época no había surgido aún la idea de la creación de un pelotón femenino, que cuajó en el mes de septiembre, después de la ofensiva, al constituirse por iniciativa mía, en contra de la opinión de algunos, el pelotón Mariana Grajales.

Las mujeres presentes en nuestras filas durante la ofensiva, muchas de las cuales integraron más tarde el pelotón de las Marianas, desempeñaron en esta época funciones de apoyo de todo tipo, como asistentes de los médicos, mensajeras, cocineras, ayudantes en tareas de suministro, reparadoras de uniformes y calzado, centinelas; en fin, prestaron valiosísimos y variados servicios.

Ejemplar fue la labor de Teté Puebla como asistente de Celia, quien, además, como ya se conoce desempeñó con eficacia la delicada misión de ser la emisaria enviada por el Che al campamento enemigo en las Vegas de Jibacoa para negociar los detalles de la entrega de prisioneros y heridos enemigos, efectuada el 23 de julio, aún en plena batalla contra la ofensiva.

Otras mujeres destacadas en esta etapa fueron Rita García y Eva Rodríguez, sobrevivientes milagrosas del mortero que mató a Geonel Rodríguez; Orosia Soto y Juana Peña, ayudantes de

<sup>135</sup> Intervención de Celia Sánchez Manduley en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

los médicos; Olga Guevara, Angelina Antolín y Ada Bella Pompa.<sup>136</sup>

Otras destacadas combatientes, ya habían estado en la Sierra Maestra y recibieron misiones específicas de Fidel, entre ellas: Vilma Espín<sup>137</sup> en el Segundo Frente; Haydée Santamaría en el exterior como delegada del Movimiento 26 de Julio, para aglutinar fuerzas y obtener armas; Melba Hernández, responsable de la Administración Civil del Territorio Libre (ACTL), en el Tercer Frente Mario Muñoz Monroy.

Sobre las arriesgadas misiones que cumplían otras compañeras, Celia señaló:

Por ejemplo, Clodomira (Acosta) participó mucho de las tropas y se la discutían mucho, a pesar de que ningún jefe le gustaba tener una mujer en la tropa, pero cuando les caía una y tenían que llevarla, después no la soltaban. Sabían ya lo útil que era una mujer en la tropa.

Clodomira fue muy útil siempre en la tropa, además de que la mandaban a los mensajes, bajaba, subía, les ayudaba mucho. Siempre una mujer en la tropa fue muy útil, ninguna fue endeble, que llegara y no soportara aquello, que hubiera que estar ayudándola o atendiéndola.

Las mujeres que fueron allí a la Sierra, fueron a sabiendas de lo que iban, no expensas de que las ayudaran, con aquel concepto que se tenía de la mujer, de que la mujer era más débil que el hombre y esas cosas.

Clodomira Acosta siempre quiso integrar el pelotón de las Marianas. Se lo impidió su salida hacia La Habana a cumplir una misión como mensajera junto a Lidia Doce.<sup>138</sup>

<sup>136</sup> Fidel Castro Ruz: *La victoria estratégica...*, ob. cit., pp. 356-357.

<sup>137</sup> Vilma Espín Guillois (1930-2007). Se integró al Movimiento Revolucionario 26 de Julio desde su fundación y fue miembro de su dirección nacional. En julio de 1958 se incorporó al Ejército Rebelde en el Segundo Frente. Después del 1.º de enero de 1959 fue elegida presidenta de la FMC, miembro del Consejo de Estado y Heroína de la República de Cuba.

<sup>138</sup> Intervención de Celia Sánchez Manduley en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

Lidia y Clodomira también formaron parte de aquella primera vanguardia de intrépidas jóvenes, que remontaron las lomas orientales en busca de la guerrilla rebelde.

El comandante Ernesto *Che* Guevara, en sentidas palabras sobre la pérdida de ellas, expresó:

Sus cuerpos han desaparecido; están viviendo el último sueño, Lidia y Clodomira sin duda juntas como juntas lucharon en los últimos días de la gran batalla por la libertad (...) entre los que pelearon y se sacrificaron en aquellos días angustiosos, vivirá eternamente la memoria de las mujeres que hacían posible con su riesgo cotidiano las comunicaciones por toda la isla.<sup>139</sup>

Aunque el nombre de Clodomira Acosta Ferrales no aparece en el listado de las integrantes del pelotón femenino Mariana Grajales, Lilia Rielo expresó:

La visión que tengo más sobresaliente de ella, no es precisamente en la Comandancia donde había que bajar una pendiente de escaloncitos y que estaba apoyada en unos troncos y los árboles la tapaban, por lo que no había visibilidad desde el aire, pero más arriba había una casita y ahí estaban los compañeros Pupo, Emilio Morán, el que cocinaba, y los que trabajaban con el Comandante.

Había un bastidor pelado y Clodomira daba saltos en el bastidor, por la alegría de saber que el Comandante iba a crear un pelotón de combate con las mujeres y ella quería pertenecer, pero tenía que salir a cumplir una misión y lamentaba no estar allí cuando llegara el momento.

Celia, trataba de convencerla de que al regreso se incorporaba al pelotón, porque todos pensaban que era un viaje rápido: entregar lo que llevaba e inmediatamente volver.

<sup>139</sup> Ernesto *Che* Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Editora Política, La Habana, 2008, p. 29.

Lilia, pensativa, no olvida:

Ese día, antes de salir durmió en la casita de nosotras. Ella tenía un pantaloncito verde olivo con un abiertico y una trabilla que se cerraba con un botón. Era muy bajita. Más menos como la estatura de Teté. Yo tenía un pantalón de listas azules y negras que me lo había dado una compañera del clandestinaje de Santiago nombrada Sonia. Decidimos intercambiarlos porque ella no podía bajar de la Sierra con nada verde olivo. Me puse muy contenta al vestir el pantalón verde olivo. Tengo el privilegio de contar lo que pocas personas pueden hacer. Para ella era fascinante pertenecer al pelotón y pienso que Clodomira se debe considerar como fundadora porque, incluso, Fidel le comunicó que cuando regresara de la misión se incorporaría al pelotón.

Cuando se expandió la noticia de que iban a organizar a las mujeres en una pequeña unidad de combate, las jóvenes rebeldes se entusiasmaron. «¡Vamos a formar un pelotón! ¡Vamos a combatir!», gritaban de regocijo. No obstante, al surgir la incompreensión de algunos oficiales que cuestionaron la idea de entregar armas a las féminas, Fidel decidió convocar a una mesa redonda donde explicaría el porqué de la creación del pelotón y escucharía criterios.

El escenario de aquel intercambio histórico, fue el hospital rebelde Mario Muñoz, de La Plata. Participaron casi todas las futuras miembros del pelotón; los doctores Eduardo Bernabé Ordaz y Julio Martínez Páez; los compañeros de Radio Rebelde y otros oficiales como Paco Cabrera y Eddy Suñol.

El Comandante agrupó a los integrantes de su Estado Mayor que quedaban en la Sierra. El encuentro se extendió desde las seis de la tarde hasta la una de la madrugada. Los hombres argumentaron que si no alcanzaban los fusiles, cómo iban a armar a las mujeres. Que a ellas la naturaleza no las había dotado para tal empeño, alegaron prejuicios y

presuntos problemas biológicos. Otros dijeron que la mujer por su propia naturaleza era sentimental y cuando viera a un adversario caído, dejaría la posición de lucha para socorrerlo. Movidos por celos seculares, otros plantearon que ellas podían tener tanto valor como el hombre, pero la naturaleza le había reservado momentos que la hacían más débil. Que poseían además un instinto maternal, no así el hombre y, a la hora de hundir la bayoneta en el pecho de un enemigo, podían pensar quizás en su hijo y dejar vivo a quien debían matar. ¡Era como negar toda una historia de mujeres cubanas participantes en otras contiendas por la libertad!

En *La contraofensiva estratégica*, Fidel precisó:

A finales de agosto había presidido una reunión con los oficiales, en el hospital de La Plata, en la que se discutió la incorporación de las mujeres guerrilleras —hasta ese momento haciendo labores de retaguardia— como combatientes en la línea de fuego.

Frente al criterio de algunos, hablé finalmente y durante largo rato, los convencí del derecho de la mujer a luchar también con las armas en la mano.

El 3 de septiembre [1958] quedó organizado el pelotón femenino Mariana Grajales, nombre de la madre de Antonio Maceo y ejemplo de patriota cubana.

Designé al frente del pelotón de mujeres, con el grado de teniente, a la enfermera rebelde Isabel Rielo, quien llegó a ostentar el grado de capitana de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Como segunda al mando fue nombrada la teniente Teté Puebla.

El pelotón Mariana Grajales tuvo su bautismo de fuego varios días después, en el combate de Cerro Pelado, el 27 de septiembre de 1958.

Alguien me preguntó airado por aquellos días: «¿Por qué usted arma a esas mujeres con esos fusiles M-1?». «Te voy a



decir por qué —le respondí—, ¡porque son mejores soldados que tú!». No volvió a hacer comentario alguno. Era un buen soldado rebelde.<sup>140</sup>

### ***Una reunión histórica***

Acerca de las palabras del Comandante en Jefe Fidel Castro y de los criterios de los presentes en aquella mesa redonda, Isabel Rielo, testigo presencial y después jefa de pelotón, en el referido encuentro en la sede del periódico *Granma*, expresó:

Compañeros, les puedo decir que no es que yo conserve en la memoria la intervención que yo tuve en aquella reunión; pero si mal no recuerdo, fui una de las primeras personas que tuvo la oportunidad de expresar su criterio. Qué opinión teníamos nosotras acerca de la participación de las mujeres en la lucha.

Recuerdo que mis palabras fueron entrecortadas, fueron muy pocas: «Bueno compañeros, como ustedes saben, estamos reunidos esta noche porque se ha demostrado el interés que tenemos nosotras las mujeres de participar en las batallas al lado de los compañeros».

Sabíamos que los hombres ejercían su presión con relación a que las mujeres participáramos en el combate al lado de ellos, entonces recuerdo que yo les decía: «Como ustedes sabrán, la mayoría de ustedes se opone, pero nosotras quisiéramos saber esta noche aquí por qué los compañeros se oponen, así que tienen la palabra».

Fue breve mi intervención y acto seguido yo creo que mi expresión, además de ser entrecortada le dio motivo a los compañeros para que enseguida dos o tres quisieran intervenir para demostrar efectivamente por qué ellos se oponían.

<sup>140</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., pp. 69-70.

En la mencionada reunión todos tuvieron oportunidad de expresarse, por lo que terminó ya entrada la madrugada. De su intervención, Isabel continuó:

Argumentaban la imposibilidad física, pudiéramos decir de la mujer para participar en los combates y que se había comprobado científicamente. Había un médico que dijo que científicamente la mujer no puede resistir las inclemencias de la guerra, la dureza.

Yo recuerdo que había una compañera, Normita, que insistió: «Nosotras somos fuertes, nosotras somos fuertes». Entonces, efectivamente, los hombres casi todos o la mayoría argumentaron que una de las razones por las cuales no podíamos participar en el combate era porque sabían que nosotras no resistíamos, entonces había un fenómeno psíquico allí. Yo recuerdo también la intervención del Comandante Fidel, que fue bastante larga, porque si se hubiera sometido aquello a votación no habiéramos podido ir al combate, porque la mayoría se oponía. Ellos aceptaron al final cuando intervino Fidel y expuso las razones por las cuales nosotras deberíamos participar en el combate

Las palabras de Fidel estuvieron dirigidas al convencimiento, de ello Isabel explicó:

En su intervención Fidel insistió, aclarando el papel decisivo que la mujer podía jugar no solo en la guerra si no en el sentido más amplio en el futuro. Habló en términos precisos de la liberación de la mujer. El porqué existía esa concepción de la mujer. El maltrato de que había sido objeto la mujer y como debía tratarse a la mujer para que tuviera el verdadero valor como persona dentro de la sociedad.

Inclusive nosotras, la compañera Teté, la compañera Lilia, comentábamos lo que significaba oír las expresiones que dijo Fidel allí, es decir, que con una visión clara ya enfocaba cuál iba a ser la ubicación de la mujer en el futuro desde el punto de vista económico y desde el punto de vista social.

Porque se pensaba que la mujer era objeto de todas esas consideraciones erróneas que se tenían de la mujer. Hacía un análisis de por qué se consideraba que la mujer era así, no debiendo ser así como era, entonces exponía el trato y la ubicación que debía dársele a la mujer.

Lilia Rielo, también presente en aquella reunión, con palabras muy expresivas sobre sus vivencias, expresó:

Ya éramos un grupo de mujeres, pero ya estaban los machitos hablando tonterías, de que nosotras lo que queríamos era desprestigiar a la tropa rebelde. Un grupo de oficiales donde se gestaba todo el inconformismo de que Fidel armara a las mujeres. Según decían, ellos utilizarían mejor las armas, porque nosotras, a la primera rata que se nos acercara o que nos cayera encima un caguayo, íbamos a botar el fusil y salir corriendo y otros criterios peores, que el Comandante iba acumulando, hasta que una noche citó a todo el mundo para el hospital Mario Muñoz.

Allí en el hospital estaba herido Larita. Decían que él, Orlando Lara y sus muchachos fueron los primeros que salieron a combatir a los llanos de Bayamo. Se hizo famoso entre el muerde y huye, siempre azocando a los guardias. Por su valentía le llamaban «el león del llano». Él también se pronunció totalmente a que no nos dieran fusiles.

En el momento de la entrevista, a Lilia le vino a la mente una anécdota, que quiso compartir:

En una ocasión me estaban haciendo una entrevista, y Felipe Guerra Matos, en vez de oír Larita, escuchó Guerrita y me llamó: «Oye, ¿cómo tú andas?». Le respondí: «Sí, dime, que te conozco la voz, qué milagro que tú me llamas». «Para interesarme por ti que dicen que estás enfermita... nada, que ayer vi una entrevista que te hicieron y que tú estabas hablando mal de mí, que me oponía a la constitución del pelotón». «Tú estás loco, yo dije Larita, no Guerrita».

A Guerra Matos todos lo llaman Guerrita, desde la Sierra. Subió a muchos combatientes a la Sierra en aquella época, están como ejemplo los del Marabuzal, —les llamaban los Marabuzaleros—<sup>141</sup> quien los subió fue él, trabajaba apoyando directamente a Celia y puso a disposición del Movimiento su casa y su transporte.

No era que Fidel iba a pedirles permiso de que las mujeres iban a armarse e iban a pelear, simplemente iba a explicar por qué tomaba tal determinación.

Lilia continuó:

Hizo una disertación preciosa. Empezó a hablar de las guerras del 68 y el 95, de Mariana Grajales y de Ana Betancourt, entre otras, y el papel de las mujeres cubanas en todas las etapas de ardua lucha por la independencia. Habló tan lindo...

Fue una reunión histórica la que se celebró entre el 3 y el 4 de septiembre. Fidel en *La contraofensiva estratégica*, deja señalado que fue el 3. Ya en la madrugada del 4, subieron a la loma donde estaba Radio Rebelde y, desde allí, se oían los cañonazos de los guardias. El Comandante dijo, más o menos así, que ellos estaban celebrando la fecha del golpe militar de Batista, 4 de septiembre de 1933, y nosotros la creación del pelotón de mujeres y organizando la forma de destruirlos.

Sobre la fecha exacta en que se fundó el pelotón, Lilia apuntó:

Siempre hablamos del 4, pero Fidel tiene más inteligencia y como él, en realidad, comenzó la reunión el 3, dio por hecho que existe el pelotón desde ese momento.

Cuando terminó aquella reunión, cada cual salió para el campamento donde estaba; pero antes de irnos, nos dijo bajito: «Muchachitas, han visto cómo he tenido que discutir

<sup>141</sup> Primer refuerzo de combatientes enviados por Frank País al Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, en marzo de 1957. Se les conoce así, por haber estado escondidos dentro de un marabuzal, mientras esperaban poder sumarse a la guerrilla.

para que ustedes puedan combatir, si ustedes me fallan me tengo que poner un cubo en la cabeza».

No se puede negar lo visionario que siempre ha sido. Él tiene algo que yo le llamo ángel, porque es muy previsor. Ya él sabía que faltaba poco tiempo para que terminara la guerra. Quería reivindicar a la mujer cubana y no a nosotras en particular porque estábamos allí, aunque fuimos las privilegiadas por estar más cerca. Era irrespetuoso lo que algunos hombres opinaban de las mujeres, pero Fidel estaba seguro de que nosotras íbamos a cumplir con nuestro deber. Porque el que estaba en la Sierra, independientemente de los conocimientos culturales, tenía principios y, de una forma u otra había sentido los rigores de la dictadura, por tanto todos teníamos los mismos derechos.

Angelina Antolín era cocinera junto a Rita García en el hospital que dirigía Bernabé Ordaz y del momento cuando conoció la noticia, a pesar de que han pasado muchos años, en su mente perdura el inolvidable suceso.

Una tarde llegó Isabel y nos dijo: «Muchachitas, Fidel va a hacer un pelotón femenino, vengan con nosotras. Tenemos que decirle que nos deje ir al combate, porque nosotras debemos ser iguales que los hombres que van al combate, pero eso depende de que tomemos interés en esto». Entonces, todas nos embullamos, empezaron los comentarios de que íbamos a pelear. Un día me encontré con él y le dije: «Comandante, nosotras queremos ir al combate». «Bueno, próximamente vamos a hacer una mesa redonda en el hospital para tratar el tema», respondió.

Recuerdo que para ese momento hice un arroz con pollo. Fidel preguntó que quién había hecho aquel arroz con pollo, que estaba sabroso, pero que él lo sabía hacer mejor. Claro eso fue en broma, porque él celebró el arroz. Allí también estaba Lola, la esposa de Suñol, que se quería incorporar, pero él se oponía a la formación de un pelotón femenino. Después, ella lloraba porque Suñol le negó la posibilidad y parece que

estaba nerviosa, porque le hizo un uniforme que le quedó grandísimo y Suñol parecía un paracaídas.

Antes de la reunión, Eddy Suñol, quien se batió de verdad en las diferentes acciones ofensivas, les dijo a las muchachas que apoyaban a los médicos en el hospital de La Plata, porque estaba allí convaleciente de una herida: «Ustedes las mujeres lo que tienen que hacer es tres comidas al día y cuidar a los heridos». Esta expresión le dio sentimientos a Angelina y comenzó a llorar.

Posteriormente, en la mesa redonda, Fidel preguntó el porqué de los sollozos y ella le repitió la frase, aunque ya se había enterado del incidente por los compañeros de Radio Rebelde, quienes también lo escucharon.

Terminada la reunión, Suñol le comentó a Angelina: «Oye, me echaste pa'lante».

Sobre la histórica mesa redonda, Angelina rememoró:

Fidel planteó que nos merecíamos un fusil, que ante un ciclón o un bombardeo nos habíamos portado muy valientes, ayudando a los heridos y que cumplíamos cualquier tarea, igual que el mejor soldado y dijo, además, entre la larga explicación: «Si no pueden con una mochila de cuarenta libras pueden con una de veinte».

Al otro día Ordaz, me expresó: «Trajeron unas gallinas para los enfermos y las van a invitar a ustedes; se va a hacer una comida como despedida, porque ahora les van a hacer un campamento cerca de la Comandancia».

Se hizo el almuerzo y Ordaz cantó una canción de despedida, un corrido mexicano. A cada una de nosotras, a Rita y a mí, le regaló una flor amarilla de las que le dicen siempre vivas.

Después del triunfo de la Revolución, las archivamos en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Luego, Ordaz no se comunicaba con nosotras, también estuvo unos días enfermo. Pensé que estaba bravo conmigo. Celia le preguntó y él me dijo: «No seas boba, ¿cómo tú

crees que yo voy a estar bravo contigo? Yo lo que no quiero es verte con una pierna colgando y con un clavo pasado».

El propio Ordaz, quien en el hospital en campaña de La Plata recibió el apoyo incondicional de las compañeras integradas a la guerrilla, recordó:

Los que más nos resistíamos éramos nosotros y había tres o cuatro mujeres que insistían mucho en ir y algunas de ellas estaban conmigo y nosotros que no y que no, después que comenzó el comentario de que iban, creo que fue el grupo que había ido a ver a Celia. Ese comentario dio lugar a que hubiera una alegría en el grupo de mujeres que había allí, principalmente Normita, Rita y un grupo que decían: «Yo me voy con fulano y con la tropa tal». Nosotros opuestos fundamentalmente porque las tres mujeres que teníamos nos las llevaban.

Entonces fue cuando un día, de eso sí me acuerdo perfectamente, dijimos vamos a decírselo a Fidel, que si nos quitan a las mujeres, así con esta misma frase: «Quién cocina, quién cose, y si le quitan un arma a un hombre cómo la va a coger una mujer». Fidel entonces se expresó así: «No, vamos a hacer una cosa, vamos a reunirnos todo el mundo. Vamos a hacer una reunión en el mismo hospital».<sup>142</sup>

Otro de los médicos presentes en aquel histórico debate, Faustino Pérez,<sup>143</sup> aunque no tenía definida su posición sobre el asunto que se debatía, después de la extensa explicación del Comandante, estuvo completamente de acuerdo en los derechos de las muchachas, y de ello reveló:

Yo tuve una serie de dudas, no tenía un criterio completamente definido antes de la reunión, entonces en el pro-

<sup>142</sup> Intervención de Bernabé Ordaz en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>143</sup> Faustino Pérez Hernández (1920-1992): Expedicionario del *Granma*. Jefe nacional de Acción y Sabotaje del MR 26-7. Se incorporó a la guerrilla y alcanzó el grado de comandante.

pio proceso de la reunión estaba en una especie de toma de conciencia de este problema.

Vine a quedar totalmente convencido después de la intervención de Fidel. Yo prácticamente no intervine, no hice manifestaciones y sí hice alguna manifestación favorable.

No fue con un convencimiento pleno de que aquello era lo mejor, pero sí y creo que los demás compañeros también después de la formidable intervención de Fidel, que realmente fue de verdadero impacto, emocionante, se convencieron en gran medida de sus planteamientos.

Hizo un análisis profundísimo de la situación de la mujer y el papel que debía tener en la sociedad. Él no hizo el análisis limitado al papel de la mujer desde el punto de vista de combatiente, sino el papel de la mujer en la sociedad entera. Yo creo que todos, incluso los opositores más fuertes de aquello, después de aquella intervención quedaron convencidos, no vencidos por sus criterios, si no convencidos.<sup>144</sup>

Las mujeres de la Comandancia estuvieron presentes y persuadidas de que iba a prevalecer la aspiración que ellas habían manifestado desde su llegada a la tropa rebelde: ocupar un puesto en el combate.

Olga Guevara, una de las primeras jóvenes que subió a la Sierra, a pesar de que han pasado los años, se emociona al recordar las palabras de Fidel en aquella mesa redonda.

Yo recuerdo que había un compañero que le decía al Comandante que por qué le daban armas a las mujeres cuando ellos todavía no tenían, entonces Fidel le dijo: «Ven acá, ¿qué tiempo tú llevas en la Sierra Maestra?», dice: «Bueno, yo tengo seis meses ya», «si tú no tienes un arma es porque no te has metido en un combate a cogerla». Y más, recuerdo las palabras de Fidel cuando le explicó, que si la mujer trabajaba en el claudestínaje, que si la mujer ponía bombas,

<sup>144</sup> Intervención de Faustino Pérez en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.



que si la mujer iba a la Sierra y llevaba armas, salía de la Sierra y cargaba una mochila igual que un hombre, si soportaba el frío, el hambre, la metralla de la aviación y si estaba de frente en un combate, por qué la mujer no iba a tener un arma también para combatir.<sup>145</sup>

### ***Cuando Fidel dice algo, lo dice por un motivo***

Santiago Armada, sobre la evolución de su criterio contó:

Creo que yo había salido a buscar carne o a otra misión. Entonces hice una caricatura que ridiculizaba a las mujeres con un rebelde armado con armadura y a la mujer con el rifle tirando y el rebelde protegiéndose, pero después del primer combate yo cambié la actitud e hice otra, donde más bien elogiaba a las mujeres desde el punto de vista femenino, un poco por contradecir que eran las mujeres pintándose los labios y los tiros y las bombas rodeándolas, y sin embargo firmes.

Pasó el tiempo y una vez aquí ganada la guerra yo he discutido varias veces que en aquellos momentos yo tuve una reacción contraria totalmente a la que tenía Fidel, no obstante, con el tiempo y discutiendo con gentes inclusive sobre determinadas cosas que ha planteado Fidel, recordaba este hecho de las mujeres y reconocía por ejemplo que yo había tenido que dar marcha atrás y darle la razón, que Fidel, en eso era un bárbaro (...) Pero yo siempre veía en la mujer, a la mujer romántica y allí estaba el egoísmo también de que no había armas (...) Era un poco de egoísmo pero con el tiempo yo comprendí y más hoy en la actualidad y lo he puesto como ejemplo de que cuando Fidel dice algo lo dice por un motivo y cuando expone algo siempre hay un motivo detrás que es de peso.<sup>146</sup>

<sup>145</sup> *Ibíd.*, intervención de Olga Guevara.

<sup>146</sup> *Ibíd.*, intervención de Santiago Armada.

Pedro Miret<sup>147</sup> formó parte del Estado Mayor en la Sierra Maestra y de aquella noche, refirió:

El que las mujeres combatieran no era un problema que me preocupara mucho. En esos momentos yo tenía otros líos, que era entrenar a todos los morteristas para el problema de Cerro Pelado, porque por primera vez fueron gente entrenada.

Se hizo una práctica de tiro con la presencia de las mujeres, que Fidel reunió a todas las mujeres y a Lalo para que vieran la efectividad. Se preparó Aeropagito, Polo,<sup>148</sup> Emilio [Rodríguez]. Era una lomita a la entrada de Las Vegas. Me recuerdo que un tiro falló y cayó en la carretera debajo y estaban ustedes allí.

La primera que combatió al lado mío fue Normita. En el combate de Santo Domingo, las muchachitas estaban situadas al lado de donde teníamos la 50, entonces Normita fue adonde estábamos nosotros combatiendo y combatió un rato allí. Curuneaux la llevó allá para que fuera al combate.<sup>149</sup>

Miret, sobre el apoyo a la tropa rebelde de las campesinas serranas, que vivían en la zona de operaciones, contó:

Ofelia, la cocinera que yo tenía, sentía un miedo a las bombas del diablo, tenía una muchachita chiquita, era guapa como demonio. Celia, tú te acuerdas que la tiendecita quedaba al

<sup>147</sup> Pedro Miret Prieto (1927-2016). Asaltante del cuartel Moncada, participó en los preparativos de la expedición del *Granma* en México, aunque no viajó por encontrarse detenido. En marzo de 1958 entró al país y se incorporó a las filas del Ejército Rebelde.

<sup>148</sup> Leopoldo Cintra Frías, *Polo* (1941). Combatió en el Primer Frente de la Sierra. General de cuerpo de ejército. Ministro de las FAR (2011-2021). Héroe de la República de Cuba.

<sup>149</sup> Intervención de Pedro Miret en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

lado de un farallón grande en el río, entonces los aviones para atacar venían siempre por el frente.

Un día convenzo a Ofelia, le explico toda la teoría sobre los aviones para que la mujer pudiera trabajar, porque se pasaba el día metida en un hueco. Le dije: «Mira, aquí un B-26 tiene que dar la vuelta, entrar por ahí, bajar, cuando usted lo ve, deje que pase por arriba, no se preocupe».

Otro día estoy tirado en mi hamaca y viene la mujer y me dice: «Oiga por allá arriba está pasando un B-26, pero son de los que no tienen problemas, y mire al avión se le cayó algo». Tiró una bomba frente a la casa, en el río, ella estaba de lo más convencida de que no hacía nada.

Ustedes saben que cuando sueltan la bomba después empieza a coger velocidad. Qué mujer esa, Ofelia, hacía como ocho o diez platos a base de plátanos: sopa de plátano, fideo de plátano y plátano no sé cuál.<sup>150</sup>

La destacada combatiente del Ejército Rebelde y fundadora del Frente Guerrillero Camagüey, Georgina Leyva Pagán, *Gina*, estuvo presente en la citada reunión. En su libro *Historia de una gesta libertadora 1952-1958*, sobre lo dicho por Fidel, está escrito:

En mi memoria quedó la esencia de lo que él dijo al referirse a la situación de la mujer desde Guarina hasta nuestros días en medio de un sistema de explotación, miseria desigualdad, habían arriesgado todo en aras de la independencia. Se refirió al sistema de explotación donde la mujer era un objeto, que lo mismo servía como pieza decorativa por su belleza en salones y espectáculos, que para someterla al más despreciable sistema de explotación (...) Ella que ha venido luchando junto a nosotros desde un principio, no tendría nada que enarbolar para defender sus derechos, si hoy no le damos la oportunidad de ganarlos con las armas

<sup>150</sup> Ídem.

en la mano. Esos derechos para nosotros pueden estar claros, pero deben estar en una forma más concreta.<sup>151</sup>

Vilma Espín, en un discurso, el 4 de septiembre de 1983, refiriéndose a la brillante intervención de Fidel en el hospital de La Plata, expresó:

Sus sólidos argumentos, su extraordinario sentido de la justicia y su confianza en la capacidad, en el valor, en las cualidades de las compañeras que por tanto tiempo habían demostrado ya su espíritu de sacrificio, lealtad revolucionaria y abnegación, vencieron la tenaz oposición de muchos oficiales e hicieron valer el derecho de las mujeres a empuñar las armas.<sup>152</sup>

### ***Vienen las Marianas, viene el Comandante***

Teté Puebla, la primera que se incorporó a la guerrilla, manifestó:

Para Fidel demostrar cómo los hombres se oponían tanto y seguían diciendo: «van a dejar el arma», entonces Fidel dijo: «Ahora van a ser parte de mi guardia personal». Misión que cumplieron las Marianas que participaron en aquella reunión y en el combate de Cerro Pelado. Luego se fueron incorporando más Marianas. Incluso, mientras hacíamos la guardia, algunos compañeros querían demostrarle al Comandante que no tenía razón al entregarnos los fusiles.

La casita de las Marianas estaba muy cerca de la Comandancia. En esa casita se hacían otras actividades como el

<sup>151</sup> Georgina Pagán Leyva: *Historia de una gesta libertadora 1952-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 233.

<sup>152</sup> Vilma Espín Guillois: Discurso con motivo del 25 aniversario de la constitución del pelotón Mariana Grajales y del asesinato de Lidia Doce y Clodomira Acosta, el 4 de septiembre de 1983, periódico *Granma*, 5 de septiembre de 1983.

corte y costura. Cuando nosotros en la Sierra caminábamos, decían: «Vienen las Marianas, viene el Comandante». Un día pasamos un río crecido. Nos quedamos del lado de allá y el Comandante del lado de acá. Ese día no pudo llegar hasta nosotros y decíamos: «¡Ahora qué hacemos, vamos a cruzar!», pero nos hicieron seña que nos quedáramos ahí. Pero esa era una forma de demostrar que él tenía confianza en nosotros.

Las Marianas tuvimos el honor de formar parte de la seguridad personal de nuestro Comandante en Jefe. Lo seguimos, siempre iba adelante, señalando el camino, trazando rumbos y guiando a la tropa.<sup>153</sup>

### ***Isabel fue más precisa en el disparo***

Lilia Rielo, de cómo se determinó la jefatura del pelotón, explicó:

No se había definido la jefatura. Estábamos cumpliendo nuestros deberes de hacer guardia, cuidar la entrada de donde Fidel estaba, sin importar la hora. Si Fidel salía para las Vegas de Jibacoa o para algún otro lugar a hacer alguna gestión, una parte de nosotras era la vanguardia y otra la retaguardia y él, que caminaba con una velocidad supersónica...

Teté se incorporó de inmediato cuando regresó de una misión que le habían encomendado en Santiago de Cuba y es cuando el Comandante decide nombrar la jefatura del pelotón. Sería la jefa la que mejor puntería tuviera. Teníamos que batir una moneda de veinte centavos situada a unos treinta metros. Por el tiempo en la Sierra debía ser Teté la que tuviera mejor puntería, pero en ese momento mi hermana Isabel fue más precisa en el disparo y Fidel la nombró jefa del pelotón. Ella se había preparado muy bien durante los entrenamientos que realizó el Comandante, quien de-

<sup>153</sup> Eduardo de la Torre: Documental: *Entre historias guerrilleras, tras las huellas de Mariana*, Dirección Política de las FAR y Televisión Cubana, 2014.

terminó que el pelotón se armaría con fusiles M-1, aunque debíamos manejar cualquier arma en poder de la tropa, para lo cual nos entrenó también.

La noticia de que Fidel había creado un pelotón de combate con las mujeres corrió como pólvora por cada vereda de la Sierra y fue como un eco transmitido de loma a loma. Otras muchachas también acudieron al campamento de La Plata para solicitar su incorporación.

### ***¡Y me aceptaron en el pelotón!***

Con el carisma de guajira oriental que la distingue, Juana Peña relató cómo se sumó a las Marianas:

Llegué de visita a la Comandancia de La Plata por la invitación de un familiar que apoyaba a los rebeldes. Antes estuve colaborando en la escuela de reclutas; ya se había formado el pelotón y lo mío era no virar, a pesar de que fui a una visita al monte. Pregunté: «¿Yo me puedo quedar?». Así con mucho cuidado, porque yo era una guajirita. Me respondieron que había que ver a Celia y comencé a llorar como un muchacho chiquito, temiendo que no me admitieran. Yo no sé quién fue a hablar, pero da la casualidad que allí con el Comandante y Celia estaba Evelio Laferté, teniente del ejército enemigo, hecho prisionero en el combate de Pino del Agua. Se incorporó a la guerrilla y entrenaba a los rebeldes en aquella escuela. Me dio su aval, ¡y me aceptaron en el pelotón!

Norma Ferrer, la muchacha que con solo trece años llegó a un campamento rebelde de la Sierra Maestra, manifestó:

Celia, Teté y todas las que están aquí [se refiere al encuentro de los combatientes] deben recordar así que cuando nosotras nos quedábamos haciendo las guardias en la Comandancia, es decir, que le tocaba un rato a una un rato a la otra

allí había ciertos compañeros, no voy a decir sus nombres, pero que están presentes, que se colaban por detrás de la Comandancia de Fidel para no acatar las órdenes, y decían: «Pero este es el colmo, tener que pasar por ahí y que las mujeres me digan, el Comandante no recibe ahora». Entonces abrieron un trillito por allá, que un día Celia se molestó y se los cerró y tenían que venir por las escaleritas a pedirnos permiso a nosotras para pasar.<sup>154</sup>

La memoria de Ada Bella conserva el momento en que cumplió el sueño de integrar un pelotón de combate y portar un fusil, para enfrentar directamente al enemigo.

Cuando concluí la tarea de llevar a los reclutas hasta Minas de Frío, llegué a la Comandancia de La Plata, me encontré con Celia Sánchez y le dije: «Celia, yo soy Ada Bella, vengo del Tercer Frente y quiero incorporarme al pelotón de las mujeres». ¡Se puso contentísima! Dijo ella: «Pues ya estás en el pelotón». Se había desarrollado el combate del Cerro Pelado, pero se me reconoció como fundadora. Además, aquel traslado con tantos contratiempos de aquel grupo de jóvenes para incorporarse a la escuela de reclutas, lo consideraron como una misión. Fue también el regocijo de encontrarme con otras compañeras que hacía tiempo no veía.

En el encuentro efectuado en agosto de 1967, sobre algunas de las iniciativas gestadas para los integrantes de la tropa que no estaban armados, Celia explicó:

Por ejemplo, para los hombres también que no tenían armas, para que siempre tuvieran algo que hacer, se organizó, todavía antes de la ofensiva, un terreno allí para hacer una granja. A muchos campesinos que iban a bajar se les compraron gallinas. Era como un arca de Noé. Allí había

<sup>154</sup> Intervención de Norma Ferrer en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

toda clase de animales: patos, gansos, palomas, de todo lo que fueran animales, siempre pensando en la ofensiva que venía. Nos habíamos empezado a preparar desde mucho antes, desde antes de la huelga de abril.

Cuando subió la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio a la Sierra, y estábamos en una reunión sobre la huelga (...), ellos se quedaron asombrados porque entonces creo que estaba Lola allí también que iba a bajar a Santiago. Olga iba a bajar, Clodomira iba a bajar. Unas cuantas compañeras iban a bajar a buscar ya muchas cosas que nosotros estábamos concentrando en La Plata para la ofensiva que nos iba a venir, después del fracaso de la huelga.

La huelga podía ser un adelanto, también podíamos estar equivocados porque estábamos en la Sierra y no sabíamos si de verdad había las condiciones, pero ellos estaban muy ilusionados y pensaban que sí habían las condiciones para una huelga general y que se iba a triunfar, entonces la dirección fue a lo de la huelga, y en la reunión teníamos que despedir a esa gente que se iban a buscar balas, a buscar instrumental quirúrgico.

De las ideas que ya el mando rebelde consideraba necesarias, no solo para ser cumplidas de inmediato, sino a mediano plazo, Celia continuó:

Yo había hecho muchas cartas aquí a La Habana, a algunos médicos pidiéndole cosas, entonces ellos decían: «Pero cómo se van a estar ocupándose de esas cosas ahora», hasta libretas para las escuelas, porque ya allí con el que tuviera alguna instrucción o algo, ya Fidel enseguida armaba una escuela, para que todos los barriecitos y todos los caseríos tuvieran alguna escuela y por lo menos se dedicaran a dar clases ¿no? Siempre hacer algo. Esa gente pensaba que no, que no eran momentos para eso ya, que ya aquello estaba por terminarse y faltaba poco, pero ya nosotros nos preparábamos para la ofensiva que iba a venir después de la huelga.



Así se fueron organizando los servicios, preparándonos ya para la ofensiva que venía, como no había armas, los que no las tenían se fueron situando como maestros, para trabajar en granjas, curtidores de cueros, en la matanza de ganado ya todo eso se fue organizando allí mientras había compañeros que no tenían armas. Por eso siempre pensaron que si no había armas para los hombres cómo se las iban a dar a las mujeres.<sup>155</sup>

### ***Entrenamiento del pelotón***

Constituido el pelotón, comenzó la etapa de entrenamientos. Tu vieron la dicha de que el Comandante en persona las enseñara a disparar.

Al respecto, Fidel recalcó:

Yo entrené el pelotón. Tenía trabajo en esos días, tenía mucho trabajo mental, algunas incursiones al llano y regresaba... entrené el pelotón de mujeres. Las enseñé a tirar bien y les reservé unos fusiles de los que habíamos capturado, más pequeños, más ligeros. Eran carabinas M-1, pero no fue fácil. Tuve que discutir incluso con bastante gente. Algunos decían: «Pero cómo le van a dar a las mujeres ese fusil y yo tengo este fusil de cerrojo». Algunos protestaban.<sup>156</sup>

El periodista Luis Más Martín, presente en la Comandancia de La Plata durante el entrenamiento de las Marianas, reportó:

Por la tarde vino el comandante Paco Cabrera a decirle a Fidel que ya el pelotón Mariana Grajales estaba listo para las prácticas.

Salimos para el lugar escogido. Era muy cerca de la Comandancia. Era la única casa que estaba descubierta de árboles en el firme de la Maestra. Allí vivían las muchachas del

<sup>155</sup> *Ibíd.*, intervención de Celia Sánchez Manduley.

<sup>156</sup> Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Sistema Informativo de la Televisión Cubana: Documental *Marianas*, 2015.

pelotón Mariana Grajales. Entre ellas existía un gran em-bullo. Se estaban haciendo los uniformes y era la primera práctica. Fidel las mandó a tomar posiciones, a colocarse en el suelo, preparadas para tirar. Las observó —siempre paseándose de un lugar a otro y a ratos quitándose las manos de atrás de la cintura, donde acostumbra a ponérselas— y dio a cada una indicaciones sobre cómo colocar mejor los pies [etcétera].<sup>157</sup>

Un grupo numeroso de soldados rebeldes observaba. Se encontraban presentes, el comandante Paco Cabrera, encargado del entrenamiento y el capitán Fidel Vargas, colaborador en esta tarea.

El periodista, continuó:

Una peseta fue clavada en el tronco de un árbol. Era el blanco. Paco le entregó a la primera muchacha el Springfield. Tenía que palanquearlo acostada y apuntar. Tiraría cuando Fidel lo ordenara.

Palanquear un Springfield acostado para quien no lo haya hecho no es cosa fácil y mucho menos para una muchacha. El arma es muy pesada y el esfuerzo es grande.

Una vez que la primera lo hizo y que el Comandante en Jefe y el propio Paco Cabrera le hicieron indicaciones, Fidel ordenó tirar. El culatazo de Springfield es fuerte y mucho más para el que no está práctico y ha tomado las medidas de apoyarlo fuertemente en el hombro y debajo de la clavícula. La primera no dio en el difícil blanco. Sí colocó la bala a 126 pulgadas de la peseta. Así una a una fue tirando. La doctora jefa del pelotón y Teté Puebla atravesaron la peseta. En general casi todas dieron a menos de un pie del blanco. Tiraron dos o tres veces cada una. ¡Algunas muchachas lloraban! ¡Los culatazos del Springfield eran muy duros y pagaban así la novatada! Con las lágrimas rodando por las caras, apretando

<sup>157</sup> Luis Más Martín: «Las Prácticas», periódico *Hoy*, 20 de marzo de 1959, p. 2.

los labios entre los dientes volvían a tirar, cumpliendo las instrucciones de Fidel.

El Comandante en Jefe les habló al final y les dijo que las instrucciones serían duras. Que las que no dieran la talla tendrían que salir del pelotón y ayudar en otra cosa. Que las prácticas seguirían y dio instrucciones a la doctora para que al otro día se hiciera un recorrido. Indicó con las manos las lomas que subirían y dónde harían su descanso. Los firmes que señaló estaban lejos y la vuelta a dar era grande.

La noche caía lentamente y se habían empleado como dos horas en la primera instrucción que recibieron las valientes muchachas del pelotón Mariana Grajales.<sup>158</sup>

Más Martín narró cómo al otro día las Marianas fueron a una segunda práctica. Fidel no estuvo presente, por estar atendiendo a una persona que tenía que salir rápidamente de La Plata y le dijo a Paco Cabrera que empezaran el ejercicio y le informara con posterioridad.

De este día, el corresponsal comentó:

Antes de irme con Paco, hacia el lugar de las prácticas, recogí un pedazo de madera de las que los trabajadores habían aserrado. Con un lapicero de tinta hicimos unas cuantas circunferencias en la tabla y en el centro clavamos nuevamente una peseta.

Las muchachas tenían ya más confianza. Tiraron con más soltura y demorándose menos tiempo. La doctora atravesó la moneda otra vez como demostración de que sería peligroso en un combate ponerse a la vista de su arma. Hasta Rita, que había estado errática en el día anterior, tiró bastante bien.

Recogimos la tabla para llevársela a Fidel y que pudiera comprobar cómo había tirado cada muchacha. Para ello después de cada disparo le ponía un redondel con el lapicero

<sup>158</sup> Ídem.

de tinta al hueco dejado por la bala y el nombre de quién había tirado.

(...)

Con la tabla agujereada y el nombre de cada muchacha al lado de cada impacto, regresamos a la Comandancia. Un grupo del pelotón Mariana Grajales fue con nosotros. El Comandante en Jefe preguntó a Paco Cabrera cómo había estado la práctica y miró la tabla que sirvió de blanco. «Hay que seguir practicando», dijo: «Hoy han estado en general mejor», y con su entusiasmo contagioso habló de lo que sería mañana el pelotón. «Ojalá que la mitad de los rebeldes tiraran como ellas» y volvió a la carga sobre el importante papel que desempeñarían.<sup>159</sup>

Orosia Soto, no tiene que esforzarse en buscar en su mente la incorporación al pelotón y los primeros entrenamientos, porque fluyen con la misma rapidez de los disparos que fue perfeccionando, aunque para conseguir dar en el blanco pasara por malos ratos.

Un día llegó Crescencio Pérez al hospital donde yo trabajaba y me dijo: «Oye, te mandan a buscar de La Plata, que están armado un pelotón con mujeres». El doctor René Vallejo estuvo de acuerdo. Le envió una nota a Celia que no supe lo que decía y por el camino me encontré con Flor. En La Plata hablamos con Celia y nos dijo que muy pronto comenzarían las prácticas de tiro, así me incorporé al pelotón Mariana Grajales.

Comenzó el primer ejercicio. Había que darle a una peseta, y el propio Fidel me acomodó el fusil. Un Remington que era de hierro, muy difícil de maniobrar, además de los fuertes culatazos que daba. Apreté el gatillo y escuché las risotadas. Es que el tiro dio a no sé cuántos metros del blanco, hacia otro sentido en dirección a la casa del Santaclarero. Fidel con mucha paciencia me volvió a acomodar el fusil y dijo: «Ella

<sup>159</sup> Luis Más Martín: «Al otro día», periódico *Hoy*, 21 de marzo de 1959, p. 2.

no hizo mal tiro, porque si el casquito está en ese lugar donde impactó el disparo y no donde está el blanco, ella lo mata». Todo el mundo quedó en silencio y después mejoré el tiro.

Iris A. Alba García, muchas veces escuchó a su madre Rita García una anécdota sobre un ejercicio de tiro y reveló:

Mientras Fidel las enseñaba a tirar, en los primeros entrenamientos mi mamá nunca daba en el blanco. Fidel no concebía que esto ocurriera por las veces que repetía y comenzó a preocuparse. Ella me contó que comenzó a llorar, no admitía que no acertara a dar en el blanco cuando tomaba tanto interés. Y que decía: «¿Pero por qué yo no voy a dar en el blanco?». Por fin el Comandante se dio cuenta que ella era zurda y que por tanto debía orientarse con el ojo contrario. Entonces mejoró.<sup>160</sup>

En la preparación del pelotón, Fidel también las enseñó cómo minar los caminos. Situaban una mina y la tapaban con una mezcla de tierra con hojas, luego el Comandante les decía: «Revisen bien si la mina está bien camuflada. ¡Ahora vengan corriendo!». Era bajar una loma y después subirla para llegar hasta dónde estaba el Comandante. Entonces él activaba el mecanismo para explotar la mina. Les comunicaba: «Miren, ¡volaron el camión!». Ponía varios ejemplos de cuántos objetivos se podían utilizar una mina.

Norma Ferrer conserva, igual que sus compañeras de lucha, cada detalle de cuando se incorporaron a la Sierra y, en especial, de los días posteriores a la formación del pelotón. De ellos, refirió:

Yo tuve el privilegio y siempre lo tendré y para mí es un orgullo de que yo fui una de las compañeras que velé, cuidé el sueño de Fidel. Nosotros pertenecíamos ya a la escolta personal del Comandante. Él se acostaba a dormir ahí, cogía la hamaca y se iba para un monte y decía: «Las mujeres que

<sup>160</sup> Entrevista del autor a Iris Alba García, el 20 de julio de 2015.

me cuiden». Él hacía todo eso y los hombres decían: «Está loco». Él depositó una confianza en nosotros extraordinaria. Nosotros teníamos nuestras medidas de seguridad. En una oportunidad llegamos a un lugar muy hambrientas y nos hicieron un fricasé de guanajo que consumimos. No le guardamos a Fidel porque pensamos que llegaría al día siguiente, pero llegó ese mismo día y expresó: «Así que se lo comieron y no me guardaron». Claro, lo dijo en forma jovial. Por lógica se preparó alimento para él.<sup>161</sup>

Isabel Rielo, en una entrevista realizada para la revista *Mujeres*, sobre el papel de las féminas en la Sierra, desde diferentes miradas, manifestó:

Dondequiera que hay hombres y mujeres puede surgir el sentimiento amoroso. Eso no estaba prohibido, lo que sí se controlaba para que la disciplina no se resquebrajara. Esto imperaba en la Sierra en la máxima expresión. Tanto es así que cuando se constituyó el pelotón femenino teníamos un reglamento, y si un hombre no podía visitar el campamento, pues no podía visitarlo. Pero no se le prohibía a ninguna compañera o a ningún compañero nada dentro de los parámetros morales y las relaciones normales. Así surgieron amores, posteriormente matrimonios.

La incorporación de la mujer a la guerrilla tuvo un gran sentido político, tanto para demostrar al enemigo que ella era capaz de defender conscientemente la Revolución, como para el aprendizaje de nuestros propios compañeros: las guerrilleras los ayudamos a superarse políticamente. En la medida en que fuimos siendo capaces y teniendo éxitos en los combates, ellos compartían sus victorias con nosotras.<sup>162</sup>

<sup>161</sup> Resumen de la entrevista realizada por Enrique Núñez Rodríguez, Manolo Rodríguez y Flavio Torres, a Norma Ferrer, el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816-caja 42, OAHRC.

<sup>162</sup> Silvia Bota y Adelina Vázquez: «La razón para vivir», art. cit., pp. 4-9.

Posterior a la victoria en 1959, en varias oportunidades, Vilma Espín, como presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, se reunió con las Marianas. En uno de sus discursos, al recordar un nuevo aniversario de la creación del pelotón femenino y la pérdida física de Clodomira y Lidia, expresó:

En efecto, asumen responsabilidades de las guardias en torno a la casa de la Comandancia de La Plata. De esta forma de día y de noche bajo la lluvia o el sol, las combatientes cumplieron esa honrosa e importante misión.

En una ocasión al ver que el Jefe de la Revolución demoraba horas en llegar al lugar identificado, volvieron sobre sus pasos en medio de un ciclón y en esas condiciones hasta pasaron un río crecido, recibiendo los consejos de un campesino que había visto cómo la corriente arrastraba a un caballo precisamente esa mañana.<sup>163</sup>

Norma Ferrer tiene un relato de cuando infringieron la disciplina sobre el porte y aspecto que debían mantener durante las guardias en la Comandancia y que, aunque se les permitía que como jóvenes cuidaran su apariencia personal, no debían exagerar. De aquel día refirió:

Yo vi un creyón allá de una compañera, que una vez subió junto con otras mujeres (...) Sé quiénes son, pero en este momento no me acuerdo el nombre, entonces yo vi el creyón, cogí y me pinté también con colorete. Me peiné y fui a hacer la guardia y yo dije: *Estoy de lo más linda*. Me unté bastante polvo y me puse a hacer la guardia. Juanita Peña y yo fuimos las dos que nos pintamos toda, y cuando Fidel nos vio dijo: «Oye, yo quiero soldados, no mascaritas, vayan para el río inmediatamente y lávense la cara». Yo comencé a llorar cuando Fidel nos regañó y fuimos a lavarnos la cara.<sup>164</sup>

<sup>163</sup> Vilma Espín Guillois: Discurso con motivo del 25 aniversario..., ob. cit.

<sup>164</sup> Intervención de Norma Ferrer en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

Durante el entrenamiento, el Comandante le dio mucha prioridad a la resistencia física de las jóvenes guerrilleras a través de largas caminatas. Una vez, les dijo: «Salgan para Las Mercedes que yo las alcanzo». Ya posesionadas en el lugar, Celia llamó por un teléfono que ya estaba instalado, comunicando que regresarán porque Fidel había decidido no ir.

A Lilia Rielo le viene a la mente la voluntad que todas ellas ponían para cumplir con las misiones que Fidel les encomendaba. De la preparación que recibían, relató:

Teníamos el espíritu de ser unas guerrilleras, cuando hacíamos los entrenamientos fortísimos de aquellas caminatas, incluyendo el paso de ríos crecidos. Un día nos dijo un campesino: «¡Oigan muchachitas, no se tiren, que ese río arrastró una yegua!». Y dije: «Pues ahora se va a llevar unas cuantas yeguas, porque lo vamos a pasar».

Como ya la Sierra Maestra nos pertenecía, de manera continua subíamos y bajábamos las lomas. Cuando estábamos muy cansadas, descansábamos un rato y Fidel aprovechaba para leernos algún pasaje de literatura marxista. El Comandante con dos o tres horas que dormía de noche era suficiente, se levantaba y estaba fresco como una lechuga.

En una oportunidad estábamos acampados cerca de la escuela de reclutas y esa noche él conversó cantidad. Allí estaban también Celia, Isabel y otras compañeras. Armé mi hamaca, me acosté y me quedé dormida. Vino Fidel, movió la hamaca y me dijo: «Dormilona». Caí al piso como un boniato. Él nos contaba que cuando estaba en La Habana muchas veces no tenía dinero para montar en las guaguas o para comprar un periódico, que como era alto, en las paradas se situaba detrás de alguien que tuviera un periódico abierto, para actualizarse con las noticias.

De Fidel, Lilia recuerda no solo las indicaciones y los consejos para el desempeño de las diferentes tareas, sino también su cariño y familiaridad hacia ellas.



En aquellos momentos de tertulias cuando se hablaban de las cosas personales, él me dijo un día: «Yo pensaba que tú eras más jovencita, que tenías diecisiete años, ya tú no eres ninguna chiquita, tú tienes añitos». Yo le decía: «Comandante yo tengo veintitrés». Fue así que supimos que él le llevaba un año a Isabel, nació el 13 de agosto de 1926 y mi hermana el 28 de octubre de 1927.

Durante las guardias en la Comandancia, teníamos que comunicarle a Celia cuando alguien llegaba a ver a Fidel. Un día llegó un campesino con la parte de atrás de una ametralladora, el mazacote de atrás donde van las cintas. Mandé el aviso y él dijo: «Dile que si ella no la puede cargar». Pensé: «No me voy a marear». Busqué a alguien que ayudara a subirla a mi hombro y desplazarme por unos escalones de palos, rellenos con tierra. Cuando llegué, la tiré al piso, no sé cómo no cayó en los pies del Comandante, pero la cargué.

Las Marianas siempre dicen que Celia formó parte del pelotón. No se incorporó por sus responsabilidades en la Comandancia; no obstante, fue la guerrillera más activa en la organización en todo lo concerniente a sus compañeras.

### ***Bautismo de fuego***

Para las audaces jóvenes ya guerrilleras, entrenadas por Fidel, llegó el día señalado de pelear cara a cara con el enemigo. El objetivo de la acción era desalojar la última posición más avanzada de un batallón del Ejército, acampado y fuertemente atrincherado en Cerro Pelado, a unos cuatro kilómetros de Estrada Palma, hoy Bartolomé Masó, en las estribaciones de la Sierra Maestra.

Las Marianas, cobijadas en la noche, recibieron la orden de salir en marcha, sin conocer al principio que iban a un combate. Se desplazaron incorporadas a tropas del Primer Frente José Martí, subordinas al Comandante en Jefe, y de la Columna no. 12 Simón Bolívar, del referido Frente, a las órdenes del comandan-

te Eduardo Sardiñas. Fueron armadas con fusiles M-1, cada uno comprobado por el propio Fidel.<sup>165</sup>

En las primeras horas de la noche del 27 de septiembre de 1958, el campamento del adversario fue rodeado por fuerzas rebeldes, que emplazaron las ametralladoras 50 y los morteros. Antes se había realizado un estudio minucioso del terreno y de cada posición enemiga.

Para Lilia esta acción quedó grabada en su memoria, por ser la primera y, relató:

Te puedo decir que yo no sabía que marchaba para un combate, porque esa era una estrategia del Comandante. Siempre que se iba a una acción, nadie conocía nada. Salimos un grupo desde La Plata y a medida que llegábamos a puntos determinados, otros combatientes se nos unían.

Fuimos bajando, bajando, y en esas circunstancias uno tiene que ir rápido y, entre el camina y camina, se me viró un pie; pero seguí arrastrándolo. Durante el recorrido comentábamos entre nosotros que parecía que había algo grande. Era una tropa numerosa, y durante el desplazamiento era el «chu, chu, chu: parece que hay algo», aunque se desconocía qué era. No obstante, como la tropa aumentaba en número, teníamos casi la seguridad de que partíamos a un ataque.

Cuando llegamos al lugar designado, Fidel le dio a cada uno su posición. Nos situaron por donde hipotéticamente debían entrar los refuerzos desde Estrada Palma. Notamos que era muy llano comparado con la Sierra. El Comandante casi entra al cuartel, mientras ubicaba a la tropa.

Fidel Vargas, uno de los guerrilleros, llevó un arma antitanque con tres tiros, con unos tubos largos. Yo ni imaginaba cómo se llamaba aquel artefacto. Unos días después del triunfo revolucionario le hablé a Fidel de que hasta allí se llevó aquel armamento, porque quedó grabado en mi mente,

<sup>165</sup> Ver anexo 2. Integrantes del pelotón las Marianas que participaron en el combate de Cerro Pelado.

y en una oportunidad más adelante, me dijo: «Lilia, tú tenías razón».

Hay otra anécdota que Lilia cuenta, sobre lo ocurrido la noche en que se preparaban para el combate de Cerro Pelado y que constituyó una enseñanza para ella.

Todas llevamos la misma cantidad de proyectiles. Cuando Fidel hizo la repartición, quedaron como cinco o seis balitas encima de una mesa. El Comandante estaba hablando y yo miraba las balitas con codicia. «Estas sobraron, me las voy a coger». Recogí las balitas, para tener más y tirar bastante. Yo no contaba con que el Comandante las tenía bien contadas. Cuando comenzó a buscar las balas aquellas... «¿Quién cogió las balas?».

Me acordaba de cuando yo rompía algo en mi casa y preguntaban: «¿Quién rompió esto?». No pude aguantar más y comencé a decir entre sollozos: «Fui yo».

Me dio por llorar mientras le confesaba a Fidel que había sido la culpable. Me echó una fuerte refriega porque yo había cogido una cosa que no era mía, me dijo esto como para no decirme las palabras más groseras. Me quise morir. Me castigó en una posta por allí y después no me atrevía a mirarle la cara. Luego utilizaba a Isabel y me mandaba caramelitos. Sabía que yo tenía vergüenza. Eso fue una lección de la capacidad de Fidel al estar al tanto de cada detalle, de su memoria prodigiosa y su exigencia.

Los oficiales que acompañaban al Comandante, incluyendo a Celia, tenían mucha preocupación por su osadía, por el riesgo que corría al no respetar el peligro y acercarse demasiado al cuartel.

Isabel Rielo, en el encuentro de agosto de 1967, recordó:

En unas casitas que había allí, en una bodega, con la preocupación que tenían por las mujeres, Fidel, decía: «Acérquense para que oigan, acérquense para que oigan». Y yo

recuerdo que le estaba dando las instrucciones a Lalito y nosotras estábamos allí oyendo cómo se iba a hacer el ataque, cómo se iba a realizar. Entonces todo el mundo allí se distribuyó y nosotras fuimos a la misión que nos asignaron. (...)

Recuerdo que Piti Fajardo<sup>166</sup> en su preocupación le decía a Fidel que no debía acercarse tanto. Yo veía a Celia en puntillitas. Iba con unas alpargaticas, y se acercaron silenciosamente. Pasamos frente al cuartel para ocupar la posición que nos designaron a nosotros y yo recuerdo que Teté, que tenía más experiencia decía: «Corran ahora, corran ahora», y nos ubicaron en la posición asignada y nos dieron un bautizo de morteros, creo que como a dos metros de donde estaba una de las compañeras, nos mandaron un mortero y tumbaron una mata.

Norma Ferrer, sobre los primeros minutos de la operación en Cerro Pelado, relató sus impresiones:

Allí un tanque tumbó una guácima que por poco mata a Juana Peña, y yo escarbando en la oscuridad, porque ella era la que estaba al lado mío, y yo, figúrate tú. En ese momento cuando comenzó el combate nosotros teníamos miedo. (...)

Ante los primeros tiros es cuando a ti te tiemblan las piernas y aquello es mucho; ya cuando está la cosa andando tú te vas preparando entonces, que por culpa tuya no maten a un compañero, que por culpa tuya no se vaya a abortar la operación (...) primero, hay una cosa imperiosa que es la obligación y el deber que ya vence el miedo. Ya cuando tú llevas media hora combatiendo, ya como si llevas quince horas, a ti te da

<sup>166</sup> Manuel Eugenio Fajardo Rivero, *Piti* (1931-1960). Médico y comandante del Ejército Rebelde. A partir de 1959 desempeñó diferentes funciones y en abril de 1960 fue nombrado jefe de Operaciones en el Escambray. Participó en la lucha contra las bandas de alzados organizadas y financiadas por el Gobierno de Estados Unidos. Murió al enfrentar el ataque de un grupo contrarrevolucionario armado el 29 de noviembre.

lo mismo que haya cien aviones arriba como veinte. Pero ese primer momento es muy duro, es muy malo.<sup>167</sup>

Así describió el Comandante en Jefe el inicio del ataque a la posición enemiga:

A las 11 y 45 de la noche un mortero 60 y dos ametralladoras 50 al mando del capitán Braulio Curuneaux, abrieron fuego sobre el campamento enemigo. Cinco minutos después a las 11 y 50 de la noche, una batería de mortero 81 al mando del capitán Pedro Miret, situada a solo 240 metros de las posiciones enemigas, abrió fuego iniciando un barraje de mortero sobre el cuadro de 150 metros de fondo por 100 de ancho donde el batallón enemigo estaba situado.

Durante una hora completa los morteros 81 rebeldes estuvieron disparando. 54 obuses cayeron en el campamento. Las casas de campaña, el puesto de mando y cuánta instalación enemiga se encontraba allí volaron.<sup>168</sup>

Pedro Miret, quien se destacó en el combate como jefe de la batería de morteros, apuntó:

Lo primero fue un mortero de Aeropagito que estaba con Curuneaux arriba de una loma. Nosotros teníamos dos morteros frente a la posta y en una lomita teníamos la 50 y un mortero. La gente de Lalo que estaba a 50 metros pegados al cuartel, en la trinchera que estaba frente a ellos ahí fue donde hubo los 70 muertos del enemigo porque toda esa parte era la que bombardeábamos nosotros. Veníamos desde atrás caminando hasta que llegamos adelante, volvíamos otra vez y así.<sup>169</sup>

<sup>167</sup> Intervención de Norma Ferrer en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>168</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., p. 92.

<sup>169</sup> Intervención de Pedro Miret en el encuentro en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

Luego de la preparación artillera que destruyó las instalaciones del campamento enemigo, la columna de Lalo Sardiñas descargó sus armas automáticas. Este destacado combatiente guerrillero, unos años después, narró:

Mi columna tenía unos 70 hombres. Nos fuimos aproximando al campamento a unos 20 metros de los guardias, tiramos una bengala para pasar nosotros a combatir. La bengala nos cae casi arriba a nosotros, los veíamos a ellos, las trincheras y todo, pero también ellos nos veían a nosotros. Barrieron aquello, nos hicieron cinco muertos en pocos minutos, incluyendo a un hermano mío que lo mataron allí. Estaba a mi lado y me cayó encima de las piernas.<sup>170</sup>

Lilia Rielo, sobre aquel bautismo de fuego con todo tipo de armamentos, expresó:

Después que terminó el combate, con la balacera aquella terrible, qué tranquilidad y qué paz. Una cosa que impacta, jamás la olvidas, y tengo aquí en la mente a un compañero que llevaba a otro en su hombro y lo aguantaba por los pies y con la cabeza colgando hacia atrás. Enseguida me di cuenta que no era un herido, porque se cargaría a la inversa. Era un muerto de los que cayeron pegados al cuartel. Resultó que cuando Lalo le estaba dando el parte al Comandante, dijo que habían matado a un hermano, que era aquel que transportaban y Fidel se asombró: «¿Tu hermano?», el compañero que lo llevaba auestas estaba cubierto de sangre, un muchacho joven; una escena que nunca olvidaré.

Después, peregrinar con la tristeza por los compañeros caídos, sacamos vivencias realmente de lo que es el combate, que se siente pánico, miedo, antes de que suene el primer tiro. Porque en definitiva somos seres humanos y el miedo es inherente al ser racional y la persona que usted va a matar no

<sup>170</sup> Ibídem, intervención de Lalo Sardiñas. El hermano era Juan Sardiñas.

piensa que es un ser humano, sino algo así como un león, un rinoceronte, alguien que le va a hacer daño.

Las integrantes del pelotón femenino Mariana Grajales resistieron toda la avalancha de metralla en un lugar donde no había donde guarecerse. Creían que todos los tiros y bombas les caían encima y resistieron como unas heroínas. El enemigo utilizó la artillería, por lo que fue un combate reñido y con la claridad de la luna recibieron el apoyo de la aviación. Desde Estrada Palma los tanques Sherman de la dictadura dispararon con sus gruesos cañones 75, pero los soldados no fueron a socorrer a los sitiados. Celia Sánchez recordó:

No había ni una piedrecita y estaban no solamente los guardias si no los aviones que tiraban. La avioneta tiró con trazadoras y sin trazadoras porque había una avioneta, ¿no? La cuestión es que nosotros sentíamos ta, ta, ta, ta, ta, ta, de las piedrecitas cuando caían que levantaban las balas y tú no sabías ni dónde guarecerte, porque en un bombardeo una sola piedra, un arbolito chiquito, cualquier cosa parece que te protege, pero esa noche no había ni una piedrecita grandecita, no había nada, nada, nada, con que guarecerse. Estaba limpio, raso, raso, raso.<sup>171</sup>

### ***Fidel, que estamos pegados al cuartel***

En aquel encuentro, en la sede del periódico *Granma*, se produjo un intercambio de recuerdos entre la Heroína de la Sierra y Pedro Miret:

**Celia:** Tú te acuerdas Pedrito que cuando llegamos tú nos recibiste y nos llevaste al cuartel. Iban Lalo Sardiñas y tú, y con picos, palas iba Emilio que llevaba los morteros en los mulos, que entonces bajaron allí. Emilio Aldana, el morterista. Con los mulos entonces bajaron allí, llevaban los morteros y yo

<sup>171</sup> Ibídem, intervención de Celia Sánchez Manduley.

no sabía nada y tú: «Habla bajito, habla bajito». «Y esa casa que hay ahí?», te pregunto. «Es el cuartel», me respondes. «¿Cómo tú has metido aquí a Fidel? Llevarás a la muerte a Fidel, bárbaro», le he dicho horrores a los dos, pero a Pedrito más. Como les dije cosas.

**Miret:** Yo le decía a Fidel: «Fidel, que estamos pegados». «Que no, que tú pones los morteros muy lejos». «Fidel que estamos pegados al cuartel».

**Celia:** Después de las postas, entre el cuartel y las postas estábamos nosotros y después, pam, pam, pam, allá van los picos para abrir las trincheras.

**Miret:** Si se veía al tipo como miraba la hora y todo.

**Celia:** Y con mulos y todo.

**Miret:** Y entonces, Fidel de buenas a primera vio al hombre de posta allí y dijo: «Ah, se chivaron».

**Celia:** Y nos situamos allí mismo frente al cuartel. Figúrate, más de 70 guardias muertos. Al otro día el helicóptero salía con todos los cadáveres.

**Miret:** Ocho viajes de helicópteros grandes y los camiones.<sup>172</sup>

En un intercambio en el museo de Bartolomé Masó con integrantes de la FMC, trabajadores vanguardias y dirigentes políticos de la localidad, en ocasión del 30 aniversario del combate de Cerro Pelado, y con la presencia de Ada Bella Acosta, Lilia Rielo, Angelina Antolín y Edemis Tamayo, Teté Puebla expresó:

Ese combate era para todas decisivo, si no actuábamos como teníamos que actuar, si no demostrábamos que podíamos combatir con la misma valentía y firmeza que los hombres, el pelotón se desintegraba, se les daba la razón a los opositores y quedaba mal el Comandante, estábamos decididas y logramos el objetivo. Ellos más tarde así lo reconocieron

<sup>172</sup> Ídem.



e incluso pedían que se ampliaran en número las filas del pelotón.<sup>173</sup>

De la valiente actuación de las Marianas, Fidel, en uno de sus libros, destacó: «El pelotón de mujeres rebeldes Mariana Grajales, entró en acción por primera vez en ese combate, soportando firmemente, sin moverse de su posición, el cañoneo de los tanques Sherman».<sup>174</sup>

Celia Sánchez, quien siempre había observado, al igual que Fidel, la decidida actitud de las jóvenes desde su llegada a la Sierra, manifestó:

Ya habían pasado también por otros combates. Era el primero en que tenían las armas, que tenían una responsabilidad porque anteriormente pasaron por todo. Ya te digo que estaban probadas. Primero en los combates en que estuvieron, los ametrallamientos en que estuvieron. Así que aquí más bien iban emocionadas porque llevaban armas y podían hacer más de lo que habían hecho antes.<sup>175</sup>

Sobre la retirada de la zona de operación, por un terreno muy difícil, cuando aún no había aparecido la alborada, Norma Ferrer expresó:

Cuando nos retiramos había llovido y había unos huecos grandes de las patas de los caballos. Nosotros llevamos el fusil con la bala en el directo y qué sentido de la responsabilidad teníamos, que yo me enredé en un hueco de esos y yo no pensé si me partía la pierna, si me partía el brazo, si me partía nada, yo pensé que no se me fuera a ir el tiro para que el enemigo no supiera en qué dirección nos habíamos

<sup>173</sup> Periódico *La Demajagua*: «Una jornada para la evocación patriótica», encuentro con las Marianas, 28 de septiembre de 1988.

<sup>174</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., p. 95.

<sup>175</sup> Intervención de Celia Sánchez en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

retirado. Aguanté el fusil con aquella firmeza tan grande que me tuvieron que venir a sacar del hueco, sola no podía salir. Creo que fue uno de los Sardiñas o de los Verdecia que me sacó de allí.<sup>176</sup>

Olga Guevara no participó en el combate de Cerro Pelado, porque cumplía la misión en Santiago de Cuba de comprar y trasladar hasta la Sierra telas, botas, boinas y cintas para los rifles. De los pormenores, en su autobiografía, dejó anotado:

De regreso de Santiago llegué a Manzanillo con Pastorita Núñez<sup>177</sup> que estaba recogiendo impuestos a algunos manzanilleros acaudalados. Ya de noche al regresar hacia la Sierra me quedé en una casa a la orilla de la carretera que era enlace con el llano. Al otro día entro por la zona de Canabacoa donde estaba combatiendo la tropa de Chino Figueredo. Conmigo se trasladaba Botello y otro compañero que estaba herido, quien me prestó su pistola.

Llego a la Comandancia General de La Plata y Fidel con su tropa y las Marianas, se encontraban en las Vegas de Jibacoa y salgo inmediatamente para esa. Llegué de noche y hablé con Fidel de la situación en el llano y cuestiones relacionadas con la misión en Santiago de Cuba.

Mi arma la habían dejado en la Comandancia, se lo comunico a Fidel y está de acuerdo en que salga por la mañana a buscarla, cuando regreso ya habían salido. Sigo viaje y llego a la zona como a las tres de la mañana, ya la tropa está en posición de combate y no puedo participar, pero al amanecer me uno a las demás compañeras.

<sup>176</sup> Entrevista a Norma Ferrer, el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816, caja 42, OAHRC.

<sup>177</sup> Pastora Núñez González, *Pastorita* (1921-2010). Activa combatiente del MR 26-7. En la Sierra fungió como recaudadora de fondos. Al triunfo de la Revolución dirigió el Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas. Asumió otras tareas con la misma eficiencia de cuando era una guerrillera.

La jefa del pelotón de las Marianas, Isabel Rielo, acerca de otros momentos del combate de Cerro Pelado, expresó:

Por la posición que nos asignaron, los guardias no vinieron. De todas maneras nosotras estuvimos allí hasta que nos dieron la señal de retirada. Después fuimos a una casa que es la que decía Olga que se utilizaba de secadero, era una casa de cinc y estaba a la orilla de un río. Sinceramente los comentarios sobre el combate fueron favorables, a pesar de que no tuvimos contacto directo con los enemigos, pero permanecemos allí en el puesto que nos asignaron.

Recuerdo por ejemplo una anécdota de Rita, que se había atrincherado, había como una especie de arenal aunque no había playa, pero había mucha arena y había como una especie de trinchera y ella se había atrincherado allí y le mandaron un mortero en la misma trinchera y yo recuerdo que salió rápido de la trinchera y se alejaba. Teté le dijo: «Rita, ¿qué te pasa?», y dice: «¡Que me cayó un mortero!», y entonces ella se alejaba del mortero. Fueron cosas movidas, no tiramos tiros, pero fueron muchos los morteros que nos cayeron.

Gonzalo Camejo, uno de los oficiales rebeldes que participó en el combate y con quien una escuadra de las Marianas cumplió algunas misiones más tarde, detalló:

Allí no se salvó casi nadie del cuartel aquel. El primer cañonazo que tiró el Sherman se lo tiró a una ceiba donde estaban escondidas las mujeres, y la desflecó, qué bárbaro. Los cañonazos pasaban por arriba de mí porque yo estaba metido en un huequito y por allá atrás sonaban donde estaban ellas, hasta creo que la fragata, porque parecía como si fuera la fragata. Mira los tiros del cuartel, los Sherman y los aviones con trazadoras y sin trazadoras porque para mí son peor las que no son trazadoras, que no se ven.<sup>178</sup>

<sup>178</sup> Intervención de Gonzalo Camejo en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

## *Ir al combate para nosotras era una fiesta*

En el encuentro de agosto de 1967, se produjo un diálogo sobre el estado emocional que se siente en un combate:

**Teté Puebla:** Al inicio en el combate todo el mundo siente miedo. Quien me diga que no sintió miedo, no participó en un combate. Siempre sentía uno el temor, pero después que empezaban los tiros y después de haber visto tantas cosas y tener heridos y que nos mataran a algunos de nuestros compañeros, ya lo que nosotros queríamos es seguir combatiendo y acabar ese combate.

**Rita García:** Yo me sentí muy nerviosa, pero a la vez que yo sentí el combate ya me afirmé y me dio como una afirmación, en realidad ya no me importaba nada, si me hubieran matado, ya no pensaba ni que me podían matar

**Norma Ferrer:** Yo a la verdad que me sentía muy nerviosa ese día (...) era una responsabilidad llevar un arma. Yo creo que en los momentos de la guerra un hombre y una mujer se sienten nerviosos, pero el impulso del deber de revolucionario, del deber de defender la patria de uno, de defender lo de uno, es lo que le da impulso a uno.

**Isabel Rielo:** El problema es sobreponerse, porque el hecho de que uno vaya a la guerra a defender activamente la causa revolucionaria no quiere decir que nosotros seamos suicidas ni mucho menos. Ahora bueno, por encima del temor que pueda sentir cualquiera en ese momento determinado está la satisfacción del deber cumplido. Se sobrepone, porque nosotros hemos visto compañeros atacar con una fiereza que tal parece que no es ya la decisión del revolucionario, lo que le impulsa al combate, sino que van con una satisfacción que parece que están en una fiesta. Eso lo hemos visto todos.

**Martínez Páez:** Yo lo que puedo asegurar, en general allí es que en todos los combates, todos los soldados, tanto femeninos como masculinos iban con alegría, y la tristeza era al regreso por los compañeros que quedaban, pero eso era en general

lo que ocurría allí, que no había un combate en que la gente fuera con miedo. La alegría la ocasionaba ir a ver si se ganaba la guerra, combatir con los de Batista. Era lo contrario lo que ocurría con el ejército de Batista. Los de Batista iban al combate con miedo, con temor y a regañadientes, como obligados y salían del combate contentos. A nosotros nos pasaba lo contrario, que todos los soldados de Fidel salían tristes del combate y no alegres.<sup>179</sup>

Edemis Tamayo Núñez, la entonces quinceañera, figuró entre quienes tomaron parte en la acción. Ofreció su testimonio en una entrevista al periódico *La Demajagua*:

El combate de Cerro Pelado fue importante y constituyó una muestra más del Ejército Rebelde. Pese a ser el momento en que nos estrenaríamos en el campo de batalla. Las Marianas fuimos allí con una gran seguridad, debido a que teníamos al lado a compañeros experimentados y nos guiaba Fidel. Estábamos felices de tener la oportunidad de probarnos como soldados. Y cuando terminamos este primer combate, y en todos los que vinieron después, sentimos un gran orgullo: el de estar respondiendo a la confianza que Fidel depositó en nosotras, a su convicción de que podíamos combatir igual que los hombres.<sup>180</sup>

Al concluir el bautismo de fuego, regresaron a la seguridad de las montañas; pero antes, los combatientes rescataron de los destrozos del combate y bajo el fuego de las ametralladoras enemigas los cuerpos sin vida de tres compañeros. Otros dos fueron incinerados por los soldados de Batista. Siempre recordarían a los tenientes Raúl Verdecia y Arturo Vázquez y a los soldados Juan Sardiñas, René Ibarra y Miguel López.

<sup>179</sup> *Ibíd.*

<sup>180</sup> Periódico *La Demajagua*: «Bautismo de fuego de las Marianas», entrevista a Edemis Tamayo Núñez, 27 de septiembre de 1988.

## ***Fidel sospechó que era enemigo***

En el marco de la operación, llegó a la Sierra un periodista norteamericano que a Fidel le resultó sospechoso. Paco Cabrera les dio la misión a Olga Guevara y a Angelina, para que lo atendieran antes de la llegada del Comandante. Andaba con una brújula aparentando un fotómetro, porque en realidad era experto en topografía y acciones aéreas y lo que quería era hacer un levantamiento de las posiciones para bombardearlas. En Camagüey se reunió con pilotos del Ejército, pero los periodistas simpatizantes de los rebeldes pasaron, desde esa ciudad, una clave alertando a la tropa de la Sierra sobre las verdaderas intenciones del individuo.

Por eso, Fidel mandó a desbaratar la casita que estaba a la entrada de la Comandancia y que después fue campamento del pelotón Mariana Grajales y en su lugar sembraron árboles. Se efectuó un bombardeo, pero en otro sitio parecido alejado de la Comandancia. Aquel agente de la CIA, dio la referencia del mismo lugar que Fidel había previsto.

Celia Sánchez, sobre dicho episodio, refirió:

Desde que llegó, no sé por qué Fidel lo recibió, habló con él y no le pareció periodista, le pareció un agente de la CIA. Dijo: «Este es un enemigo». Fíjate, nosotros acampamos con unos aguaceros enormes y nos metimos en casa de Vivó, y Fidel dijo que las Marianas Grajales se llevaran el hombre, que no estuviera allí. Dijo: «Que se lo lleven y lo vigilen». Y de toda la vigilancia hasta que llegáramos a La Plata, las responsables del hombre eran ellas. Fidel sospechó que era enemigo. Y después del primero de enero de 1959, aparecieron aquí los papeles con todos los planos de lo que él notificó, de qué tres maneras se podía asesinar a Fidel. Una era por un bombardeo, pero él no lo creía muy efectivo por el lugar donde estaba ubicado, después con un helicóptero y después por hacer un túnel y dinamitar desde no sé qué lugar hasta La Plata y entonces volaría.<sup>181</sup>

<sup>181</sup> Intervención de Celia Sánchez en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

Olga Guevara, en sus memorias sobre el mencionado «periodista», dejó escrito:

Estando en Rancho Claro, llegó un norteamericano que Fidel nos lo entregó a nosotras las Marianas, pasando mucho trabajo con él porque apenas caminaba y tuvimos que cargarle todos los equipos. A veces el fango nos daba a las rodillas, era un mes de septiembre con muchos aguaceros. Angelina Antolín no participó en la operación porque Celia, siempre al tanto de la situación de todos los que la rodeaban, la envió, acompañada de un mensajero, a llevarles una ayuda a sus tres hijos. Sobre aquellos momentos refirió:

Olga Guevara era la jefa del taller de Corte y Costura de allá de la Comandancia. Se instalaron seis máquinas de coser y se realizó un intensivo para confeccionar los uniformes de los compañeros que bajarían al llano.

Hacíamos dos horas de guardia en la Comandancia y dos horas cosiendo uniformes. Cuando juntas, acompañamos al americano, Paco Cabrera nos dijo: «Vayan las dos y lleven al americano que a lo mejor ya el combate ha terminado y esperen a Fidel en las Vegas de Jibacoa».

Nos desplazamos con el americano y otro rebelde que se había incorporado en esos días a la guerrilla. Camina y camina con aquel «colora'o» que no podía subir la loma. Olga y yo sí, porque ya estábamos entrenadas, ya llevábamos mucho tiempo subiendo lomas. Empezamos el regreso el mismo día, pero nos cogió la noche al entrar a la Sierra. No teníamos con qué alumbrarnos y unos campesinos nos dieron cobija. Estaba lloviendo y al llegar al día siguiente a la Comandancia ya habían salido para el combate, hice el intento de ir, pero me dijeron que era muy peligroso trasladarme hasta aquel lugar.

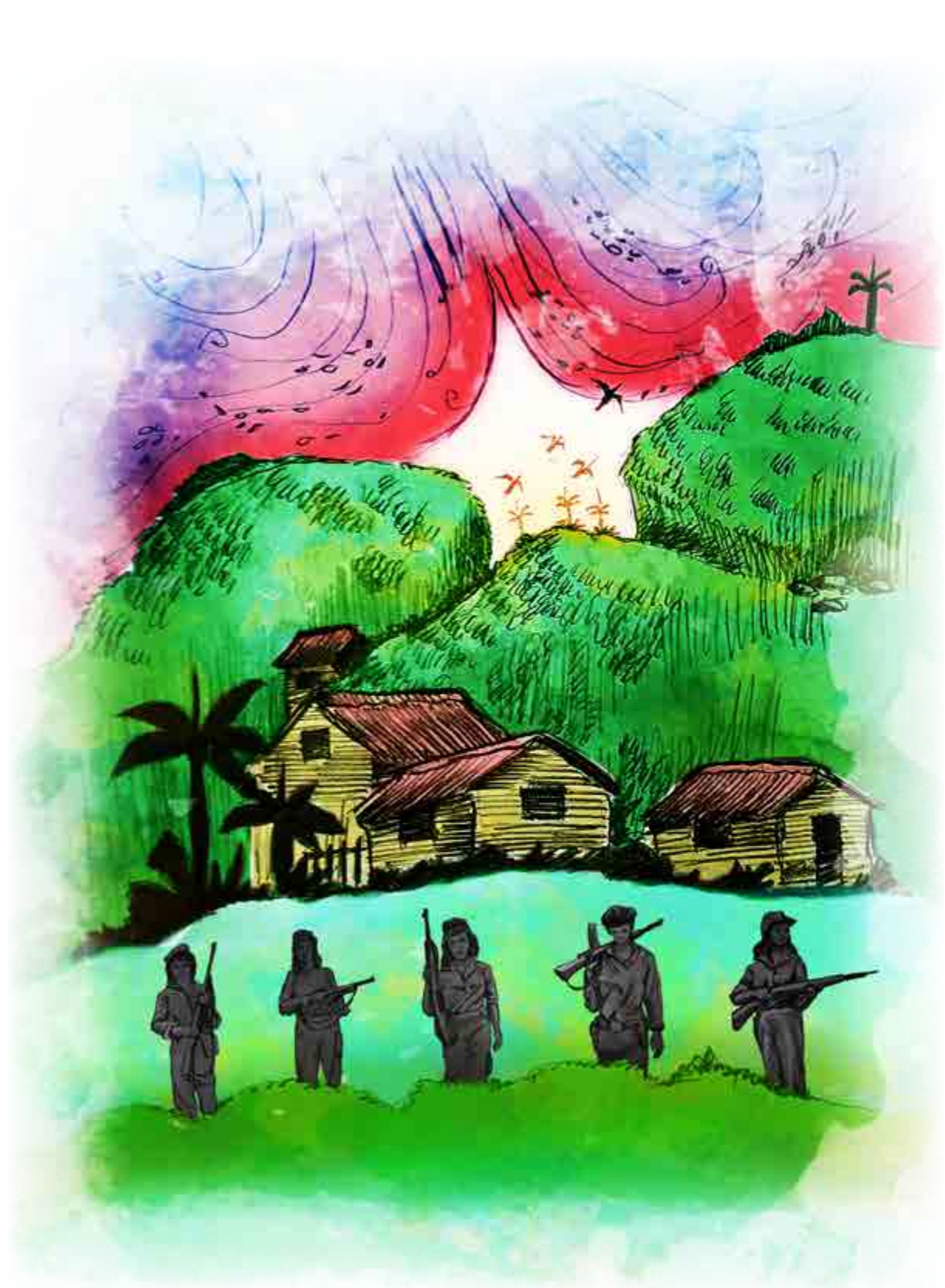
Cerro Pelado fue una victoria del Ejército Rebelde y de las Marianas, quienes respondieron a la confianza que Fidel había depositado en ellas. Actuaron con dignidad, como exigía el ejemplo

de otras patriotas cubanas. Volvían a la serranía para continuar la vida guerrillera hasta el próximo combate; pero, este quedaría por siempre grabado en sus memorias por ser el primero. La demostración de que sí podían luchar con un arma, fue una reafirmación.



*Como estrella cuando emana  
por campos, pueblos, bohíos  
firme bajó el lomerío  
una escuadra de Marianas.  
Rebeldes con sus cananas  
y bisanga natural;  
juntos, en fuerte ideal  
conquistaron la sabana;  
firme campiña cubana,  
Gibara, zona oriental.<sup>182</sup>*

<sup>182</sup> Décima del autor.



## *De la Sierra al llano*

La mañana del 9 de octubre de 1958, el Comandante en Jefe despidió en La Plata a un grupo de sesenta y cuatro combatientes que formaron el pelotón no. 3, al mando del capitán Eddy Suñol, a quien se le designó como zona de operaciones el territorio del municipio de Gibara. Suñol, conocía la región porque era natural de Cruces de Purnio, en Holguín. Por allá vivía su familia y fue donde él se inició en las luchas revolucionarias. Como segundo jefe fue nombrado el capitán Raúl Castro Mercader,<sup>183</sup> participante también de las principales acciones desarrolladas en la Sierra.

En la composición del destacamento guerrillero, fue trascendental la integración de una escuadra del pelotón femenino Mariana Grajales, compuesta por Isabel Rielo como jefa, su hermana Lilia, Teté Puebla y Edemis Tamayo, quienes se habían ganado el derecho, al igual que las demás compañeras de la pequeña unidad femenina que quedaron en el firme de la Sierra, a empuñar un

<sup>183</sup> Raúl Castro Mercader (1937-2014). Se unió al Ejército Rebelde en marzo de 1957, como parte del primer grupo de refuerzo enviado por Frank País, desempeñándose en las columnas 1 y 4. En agosto de ese año fue ascendido a capitán. Alcanzó el grado de general de brigada.

fusil para batir al enemigo desde la línea de fuego. Eran las primeras cuatro mujeres que bajaban a combatir en el llano.

El jefe del pelotón seleccionó personalmente, en la escuela de reclutas, a los integrantes de aquella fuerza, que formó parte de la Columna no. 14 Juan Manuel Márquez, bajo las órdenes del capitán Orlando Lara, que después integraría el Cuarto Frente Simón Bolívar, dirigido por Delio Gómez Ochoa.<sup>184</sup>

Al principio la tropa de Suñol ejecutó acciones independientes orientadas directamente por Fidel, porque el Frente se conformó a principios de noviembre de 1958.

Eran días de torrenciales aguaceros. A veces tuvieron que marchar con el agua por encima de la cintura y a pesar de que el desplazamiento fue rápido, se hizo difícil, teniendo en cuenta, además, que la mayoría cubría sus cuerpos con harapos y estaban descalzos. Ellos se sentían mucho más decididos al saber que las resueltas muchachas que los acompañaban, no se amilaban ante tantas adversidades, aunque en un principio muchos dudaron de que pudieran cumplir sus aspiraciones combativas. Estaban al acecho de alguna carga mortífera desde el aire o la delación de algún esbirro masferrerista,<sup>185</sup> no obstante, iban entusiasmados con la misión asignada: propagar la llama de la Sierra en aquellos predios.

### ***Veo muy bien Comandante***

En los últimos días de septiembre, Suñol se encontraba en el hospital de La Plata curándose de varias heridas recibidas en combate, entre ellas, una en el ojo derecho, que le había hecho perder la vista parcialmente. Allí conoció, por unos guerrilleros que habían combatido en Cerro Pelado, que el Comandante estaba

<sup>184</sup> Delio Gómez Ochoa (1929). Tuvo una amplia participación en la lucha clandestina contra Batista. En la Sierra Maestra fue segundo al mando de la Columna 1 del Primer Frente. Ascendido a comandante en 1958 y jefe del Cuarto Frente. Ostenta los títulos de Comandante del Ejército Rebelde y Héroe Nacional de la República Dominicana.

<sup>185</sup> Pandilleros que pertenecían a una formación paramilitar de asesinos bajo el mando de Rolando Masferrer Rojas.

acampado cerca de Las Mercedes, a orillas del río Jibacoa y se encaminó hacia allá.

Sobre el encuentro con el máximo jefe relató:

Estuvimos conversando un rato. Fidel se interesó por mi estado de salud.

—Me encuentro perfectamente —respondí.

—Pero... ¡Estás tuerto!

—Veo muy bien, Comandante.

Seguimos conversando. Fidel me dijo que si había quedado bien de la vista podría utilizarme para una misión importante, pero, a su juicio, mi vista no había quedado bien. A sus dudas respondieron mis afirmaciones. Yo le aseguraba que había quedado bien de la operación.

—Ahora veremos cómo estás de verdad —me dijo.

Pidió un M-1 a una de las compañeras y, llevándome a un secadero de café que estaba detrás de la casa, ordenó a la teniente Isabel Rielo que me pusiera un poco de algodón en el ojo izquierdo y que sobre el algodón me hiciera una cruz de esparadrapo, para probar si veía o no del ojo derecho.

Se colocó una botella a unos 20 metros y me entregó el M-1 para que la rompiera. Cuando yo ya apuntaba hacia la botella, a Fidel le pareció que aun así era posible que yo viese con el ojo vendado y le dijo a Isabel que me pusiera los dedos sobre la venda. De esa forma, tan molesta por cierto, realicé el disparo. Sinceramente hoy digo que yo veía un círculo alrededor de la botella pues me había quedado una cicatriz en la córnea que no me permitía ver un punto fijo. Solo veía los alrededores de la botella y hacia ese centro disparé el tiro que podía decidir si yo seguiría o no combatiendo.

Cuando Fidel comprobó que yo veía, me felicitó, diciéndome que me utilizaría en la misión de la que habíamos hablado anteriormente.<sup>186</sup>

<sup>186</sup> Eugenio Suárez Pérez y Acela Caner Román: *Fidel: de Cinco Palmas a Santiago*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2000, p. 316.

## ***Bajando y bajando***

La tropa comandada por Suñol, se encontraba en La Miel en la mañana del 10 de octubre y partió rumbo a Canabacoa, donde permaneció hasta el amanecer en el campamento de Orlando Lara, último sitio en que se podía pernoctar en la Sierra Maestra, porque desde allí comenzaba el llano.

El día 12 acamparon en Pelón, una finca ubicada cerca de Barrancas. Al terminar la tarde reiniciaron la marcha y en esta ocasión atravesaron unas propiedades arroceras.

Un accidente inesperado creó alarma y tensión. Al combatiente Miguel Socarrás se le escapó un tiro y temieron que las fuerzas de la dictadura, que se movían en la zona, pudieran acudir a averiguar el origen de la inesperada explosión en la tranquilidad de la noche y sorprender a la columna guerrillera, atrapada en medio de los arrozales sin protección, tan solo con la oscuridad por toda coraza. Con algunas bengalas, el enemigo podía reducir de manera considerable dicha protección. La tensión se convirtió en indignación, el descuidado rebelde fue desarmado designado cocinero de la tropa.

Continuaron el recorrido y el día 18 arribaron a la zona de Mir, donde recibieron apoyo del pueblo. En la siguiente jornada acamparon cerca del poblado de San Andrés hasta continuar el recorrido por la noche. Llegaron a Cruces de Purnio al aclarar el día 19, en lo que sería el territorio de operaciones del pelotón. Un grupo de combatientes que se les unió describió la situación del enemigo que operaba en ese territorio.

A la memoria de Lilia Rielo, llegan algunos pasajes del traslado hacia el área asignada, y contó:

Ya teníamos una experiencia extraordinaria, nos sirvió mucho el entrenamiento en el firme, porque lo más difícil fueron todas aquellas caminatas interminables que iniciábamos a las cinco de la tarde y nos cogía las seis de la mañana, todavía oscuro, que era cuando descansábamos. Esa trayectoria desde la Sierra Maestra hasta casi pegado a Las Tunas no fue fácil.

Acampábamos a cielo abierto, pero siempre en un bosquecito. En la oscuridad las discusiones amistosas... de que si yo seleccioné este árbol y que aquí es mi «armadero». Mis disputas amigables por los sitios eran con Lola Feria, la mujer de Suñol, que no perteneció a las Marianas porque no participó en combates, pero pasó las mismas vicisitudes que nosotras. Ella fue una mensajera destacada. Incluso, se trasladó a La Habana y a Santiago de Cuba en el cumplimiento de misiones. Antes había actuado desde el clandestinaje en la zona de Holguín.

Lola, sobre su encuentro con la tropa de Fidel en la Sierra Maestra, narró:

Yo conocí a Fidel el mismo día que me incorporé a la Columna no. 1, el 31 de enero del 57, entre Santana y La Jeringa. Llegué por la tarde y me dijo una compañera: «Sube para que conozcas a Fidel». Pasamos el río y fuimos allá. Recuerdo que cuando llegué Fidel estaba muy incómodo y a cada rato le decían: «Fidel, mire que aquí hay una compañera», y él me decía: «Perdóneme», pero se le olvidaba y volvía otra vez a echar su descarga. Al final, cuando terminó vino a donde yo estaba, me echó el brazo por arriba y empezamos a conversar, a preguntarme de mi familia, que mi pueblo cómo estaba y qué yo pensaba hacer. Le dije que mi idea era quedarme allí. Empezó a caminar con su brazo sobre mi hombro y yo tenía que respirar fuerte porque me llevaba tan a la carrera. Después de pasar un día entero caminando y yo que no estaba acostumbrada a caminar pensaba: *Ahorita me caigo aquí*. Después Celia me repuso con un jarro de chocolate.<sup>187</sup>

### ***Combate de la Presa***

El destacamento guerrillero organizó una acción sorpresiva, porque suponía que los soldados batistianos no conocían de su presencia en el territorio.

<sup>187</sup> Intervención de Dolores Feria en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.



Los rebeldes tenían la información de que a unos siete kilómetros del lugar donde acampaban, se encontraba la presa del acueducto de Holguín, custodiada por siete soldados de la tiranía y que habitualmente pasaba una guagua a las ocho de la mañana, donde se iban al pueblo tres o cuatro de ellos, que regresaban por la tarde.

Decidieron que Suñol con veinte guerrilleros, incluida la escuadra de mujeres, tomarían el lugar en una operación comando y que el capitán Raúl Castro Mercader, con dos escuadras, ocuparía la guagua, cerca de Aguas Claras.

En la madrugada del 21 de octubre, la fuerza bajo las órdenes de Suñol comenzó a desplazarse por la orilla del río, hacia donde estaban posesionados los soldados de la presa. A unos doscientos metros, emprendieron una carrera hacia la caseta que les daba cobija, detuvieron a dos de ellos y ocuparon algunos fusiles Springfield con su parque; no obstante, en el lugar por donde debían retirarse fueron descubiertos por dos camiones y un yipi que se acercaba, con unos cuarenta guardias, con una ubicación más ventajosa y mejor armados, por lo que ellos lograron pasar, pues los combatientes que fueron enviados a evitar alguna sorpresa, no se situaron a tiempo.

Se produjo el enfrentamiento con el refuerzo del ejército y resultaron heridos Alcides Aguilera, *Papi*, en el pecho y Hugo Ochoa, en la ingle. Las cuatro mujeres, mostrando coraje, junto a los demás, avanzaron a toda velocidad sobre el adversario, emplazado en el puente de la presa y disparando sin cesar.

Teté Puebla, de aquel combate de vida o muerte, refirió:

Prácticamente estábamos cercados, no teníamos retirada y los soldados estaban a menos de diez minutos de donde estábamos nosotros. Acordamos que nos matarían combatiendo, pero rendirnos nunca. Los guardias se sorprendieron porque antes no habían visto a las mujeres combatir.<sup>188</sup>

<sup>188</sup> Comparecencia de Teté Puebla en la Mesa Redonda de la Televisión Cubana, 6 de marzo de 2015.



Ante aquella demostración, el enemigo decidió retirarse de manera precipitada. Se sintieron atrapados y desmoralizados.

Isabel Rielo, de algunos momentos de aquel enfrentamiento, recordó:

No pensamos que se desarrollaría un combate de tal magnitud. Fuimos a hacer un sabotaje, íbamos a dejar a Holguín sin agua, íbamos a cortar el agua, entonces acertó a pasar por ahí una caravana de guardias y nosotras creíamos que nos habían chivateado. Estábamos en un hueco rodeados por el firme y la única posición que había donde nos podíamos defender era la carretera por dónde venían los guardias y además un puente.

Uno de los guardias, por lo menos yo lo vi, Teté también, se tiró a la presa y se lo tragó. La presa es como si fuera un cilindro que va dando vueltas con el agua, bueno pues ahí se tiró un guardia. Nosotras oímos cuando Teté le dijo: «¡Alto!», y el hombre se tiró por ahí para abajo.

Íbamos a quedar encerrados allí, y rompimos fuego, comenzamos a combatir, entonces ellos creyeron que nuestra tropa estaba fortalecida y los últimos camiones se retiraron y peleamos hasta que ellos se rindieron.

Recuerdo que el yipi que venía en la avanzada, que era lo que formaba la parte inicial de la columna aquella, se quedó en la cabeza del puente sin entrar al puente. Nosotros en total allí éramos doce en el grupo, peleando. El combate no llegó a una hora.

Faustino Pérez, conocedor de las obras hidráulicas existentes en el país, teniendo en cuenta que fungió como presidente del Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos después del triunfo de la Revolución, al escuchar los testimonios de los participantes en la operación, detalló:

Sí, la característica de aquello es la siguiente: el puente es el mismo muro de la presa. El puente está por encima del muro de la presa, entonces por debajo del puente cuando

hay suficiente agua, pasa el agua, es decir cuando la presa está llena va pasando el agua debajo del puente y por encima del muro de hormigón. Esa era una posición estratégica.<sup>189</sup>

Lilia Rielo, de lo sucedido aquel día, en su entrevista con el autor, relató:

Teté y yo nos mandamos a correr sin parar de combatir llevando con nosotras a unos guardias que ya teníamos prisioneros y en un camino despejado encontramos a unos guajiros con unos caballos y allí montamos a los dos heridos con otros combatientes que los sujetaban. Después acampamos a la orilla de un río. Les habíamos ocupado varias mochilas.

Se tomaron los vehículos, once Springfield y una carabina San Cristóbal, entre otros pertrechos de guerra. Luego se les unió la escuadra de Mercader, quien había hecho algunos prisioneros.

Teté Puebla, de las expectativas que existían sobre la actitud de la escuadra femenina, rememoró:

Al regreso, en el puesto de mando, cuando se dio el parte de guerra, preguntaron: «¿Cuál fue la conducta de las mujeres? ¿Cuál fue su actitud?».

Después de ese combate, ya todo el mundo dijo que la mujer puede combatir a la par del hombre. Radio Rebelde lo estuvo anunciando.<sup>190</sup>

## Y nosotros tenemos patria

Toda la tropa de Suñol, estaba satisfecha por la misión realizada. Era el primer combate que sostenían en el llano y alcanzar la victoria fue motivo de alegría, lo cual levantó aún más la moral y el coraje de todos los combatientes.

<sup>189</sup> Intervención de Faustino Pérez en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>190</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., p. 56.

Isabel Rielo, quien supo guiar con arrojo a las muchachas, manifestó:

Yo recuerdo una anécdota de la compañera Edemis Tamayo. Ya finalizado el combate en el puente había un guardia gordo que le dijo: «¿Por qué me han atacado, por qué?, yo tengo mis hijos». Entonces, ella le expresó: «Y nosotros tenemos patria».

Recuerdo a Teté, a Lilia, íbamos todo el grupo en la primera fila. Fue el primer combate que tuvimos en fuego directo sobre el enemigo, y se terminó precisamente en el puente de la presa de Holguín. Esos guardias serían el relevo de los que estaban de centinelas en la presa. Había un guardia gordo y le dimos la orden de tirarse en el suelo y entonces Lilia durante el combate le decía: «¡No te muevas!», y él: «Yo me quiero ir», y durante el combate el hombre tuvo que arrastrarse con nosotras. La caseta de la presa tenía unas ventanas de cristal y todos los cristales volaron. Hicimos el sabotaje en la estación de bombeo, donde están las bombas, donde están los motores.

Desde aquella primera acción que tuvo como escenario la presa del acueducto de Holguín, donde la escuadra de las Marianas demostró mucha valentía y arrojo, fueron entendidas por Eddy Suñol las razones de Fidel, porque de verdad que pelearon a la par de los hombres.

Lilia Rielo así lo reafirmó:

A partir de la conducta nuestra al lado de Suñol desde que bajamos del firme, se dio cuenta del tipo de personas que éramos. Cuando llegábamos cansadas de alguna acción o cuando permanecíamos acampados, cada una de nosotras sabía que tenía una función. La misión de Teté era distribuir por escuadras la mercancía que existiera: azúcar, el poquito de sal, el pedacito de carne del animal que se pudo matar...

Todos llevaban su utensilio para cocinar y estábamos al tanto de que la repartición fuera equitativa. Isabel, además de jefa de la escuadra que se le subordinó, compuesta también por hombres, era la cocinera y curaba a los enfermos. Era muy habitual el padecimiento de pies llagados por las largas caminatas sin un calzado adecuado. También mi hermana se encargaba de recoger los impuestos.

Yo les enseñaba las primeras letras a los analfabetos para que cuando triunfara la Revolución, al menos supieran escribir sus nombres, y colaboraba a en lo que fuera. Nuestra presencia contribuía al buen porte y aspecto de los hombres, ayudábamos a los vecinos del lugar. Siempre ocupadas. Para Suñol éramos imprescindibles, al punto que nos tomó un afecto gigante, después fue alguien entrañable para mí, que me apoyó en cualquier situación. Raúl Castro Mercader fue como un hermano para nosotras.

### El reconocimiento de todos los rebeldes

En una carta al Comandante en Jefe sobre los resultados del enfrentamiento de la presa, el capitán Suñol precisó:

Tengo que decirle que después de haber sido uno de los principales opositores a la integración femenina, me encuentro hoy completamente satisfecho y lo felicito a usted una vez más porque nunca se equivoca. Siempre creí que en esto se había equivocado. Quisiera que viera, aunque fuera en una película, para verlo reír de satisfacción, la acción de Teté principalmente, y también la de sus compañeras, que a la voz de avance, mientras algunos hombres se quedaban rezagados, hacen vanguardia con un valor y una serenidad que tiene que merecer el respeto y el reconocimiento de todos los rebeldes y de todo el mundo.<sup>191</sup>

<sup>191</sup> OAHRC: Carta de Eddy Suñol al Comandante en Jefe, 4 de noviembre de 1958.

Fidel, siempre estuvo al tanto de cada zona de operaciones. En los mensajes a Suñol indagaba sobre la situación de las Marianas y así se demuestra en el siguiente mensaje:

Sierra Maestra Oct. 19, 58

Suñol:

Te mando seiscientas balas M-1. Espero que tú hayas podido gestionar algunas más por allá.

A Víctor [Mora] le envié que te mandara otro Máuser que él tenía por Canabacoa, y si aparece alguno más te lo envío. Ya sabes que puedes contar con doscientas balas adicionales por cada uno de esos fusiles, pues recibí más.

Raúl mandará una tropa al mando de Nicaragua [Carlos Iglesias], desde el Segundo Frente, que abrirá una zona de operaciones en el territorio de Banes. Mientras tanto tú te ocupas también de ese municipio en lo que puedas.

Te deseo grandes éxitos.

Saludos a las muchachas y a todos los demás compañeros.

Fidel<sup>192</sup>

Posterior al mencionado combate, no se detuvo el acoso a los soldados de la tiranía en la zona donde operaba el Pelotón no. 3 y siempre con la participación activa de la escuadra femenina. Entre otras acciones, el 30 de octubre derribaron seis torres del tendido eléctrico, dejando sin electricidad a Holguín, Gibara y Velasco, mientras continuaron el avance sobre el territorio asignado.

### ***Chico, si Isabel es farmacéutica***

En el libro *Médicos de la guerrilla*, el galeno Omar Fernández Cañizares, en un pasaje sobre Isabel Rielo y su apoyo al tratamiento médico de los heridos, narró:

En el combate de La Cadena tuvimos un muerto y dos heridos. Cuando nos retiramos, a las nueve o diez de la mañana,

<sup>192</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., pp. 133-134.

enterramos al fallecido. A uno de los heridos allí se le resolvió el problema. El otro tenía doce perforaciones en el intestino y lo llevamos para El Pital. El cirujano que estaba allí era un compañero que Suñol había llevado de Holguín, al que le decíamos Mellizo [Manolito Legrá].

Allí no había nada preparado, pero como los hospitales estaban un poco lejos, decidimos operarlo allí mismo. Preparamos una mesa de la casa de un campesino. Era un poco estrecho, entonces cogimos la mesa de la cocina, unas sábanas y unos guantes del Mellizo.

Como en el pelotón femenino Mariana Grajales, que formaba parte de la columna, estaba la compañera Isabel Rielo, el Mellizo me dijo: «Chico, si Isabel es farmacéutica, lo lógico es que nos ayude». Y, efectivamente, ella conocía de esterilización, de asepsia y preparamos el caso. Le pusimos anestesia por la vena y comenzamos la operación. Eran como las diez y media o las diez y cuarenta y cinco de la noche y acabamos a las dos y media de la madrugada.<sup>193</sup>

Isabel Rielo comentó el ambiente de camaradería que existía entre hombres y mujeres, porque los prejuicios que se manifestaron en el firme de la Sierra ya habían desaparecido.

Después de estar en el llano había sus comentarios, pero yo no diría que eran comentarios desfavorables, sino que servían para influenciar favorablemente en el ánimo de los hombres. Había algunos que le decían a otros: «Pero tú tienes un jefe mujer», y le respondían: «Sí, pero tú no sabes las ventajas que es tener compañeras y jefes mujeres, nosotros comemos más sazonado y tenemos la ropa limpia y además las mujeres nos cuidan, nos hacen mejor comida».

<sup>193</sup> Eugenio Suárez Pérez: *Médicos de la guerrilla. Testimonios (1956-1958)*, Compilación, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2014, pp. 303-304.

Efectivamente, en el campamento nuestro además de los compañeros que teníamos nosotros, siempre había invitados a las comidas.

### *Acción en el cerro de Los Güiros*

Para el 3 de noviembre de 1958, en un intento de darle un manto de legalidad a la dictadura de Batista, habían organizado unas elecciones generales fraudulentas. El Movimiento 26 de Julio hizo un llamado para que se boicotearan y preparó acciones para lograrlo. Ya el grupo guerrillero de Suñol había mejorado en algo el potencial de fuego con las armas ocupadas al enemigo.

En la noche del 1.º de noviembre, el pelotón estableció una emboscada en el tramo de carretera entre las localidades de Uñas y Velasco, en el cerro de Los Güiros. Se suponía el tránsito de tropas enemigas por esa vía al día siguiente, como una movilización para proteger la farsa electoral. En la ya avanzada mañana se creó cierta incertidumbre en los combatientes, porque no se divisaba al adversario.

Lilia Rielo, de las agotadoras jornadas y de la firmeza de los hombres y mujeres del Pelotón no. 3, relató:

Había una carreterita por donde se debían desplazar los guardias. Primero se acampó en un lugar por donde hipotéticamente debía transitar algún camión, buscando más o menos la hora por alguna información recibida.

En tres días habíamos consumido solo una lata de sardina, estábamos agotados, de verdad que estábamos al punto de insubordinarnos con Suñol, sin comer ni dormir, entonces, cuando tomamos la posición todo el mundo se durmió.

Por fin, tomamos las posiciones y estaban también las escuadras de Raúl Castro Mercader y de Omar Iser Mojena.<sup>194</sup>

<sup>194</sup> Omar Iser Mojena (1934-1993). Llegó a la Sierra Maestra el 18 de septiembre de 1957. Se destacó en varias acciones combativas en el Cuarto Frente, en composición de la tropa de Eddy Suñol. Fue fundador del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y ocupó varios cargos en unidades militares.

Recuerdo esas tres escuadras. Había una cerca con hilos de alambres con púas que daban a ras con la carretera. Allí pensó que íbamos a atacar y coger guardias prisioneros, todo el mundo durmió a piernas sueltas a la orilla de la carretera, en una zona desprovista de vegetación.

Aunque reaccionamos rápido, nos despertamos con los tiros de los soldados que venían en unos camiones, quienes nos vieron primero, pero todos sabíamos lo que teníamos que hacer. Siempre Teté estaba cerca de mí. Mi hermana no dejaba de cuidarme, porque pensaba que era mi mamá: «¡Agáchate, no hagas esto...!».

A Lilia le parece escuchar la voz de Isabel. Se toma unos instantes en la conversación, se reanima y continúa:

Rompió el tiroteo y nosotras adelante, pero nos limitaba la famosa cerca que no dejaba tirarnos a ras de la tierra. Eran tres camiones que se pararon inmediatamente y uno de esos vehículos nos quedó frente por frente; decidimos cruzar, ya algunos lo habían hecho. Mientras cruzaba entre los hilos de alambre, que no sé cómo pudimos pasar aquella cerca, un disparo me tumbó la gorra, pero seguí adelante.

Al pasar la cerca, en el fragor del tiroteo, yo lo único que escuchaba era a un guardia gritando algo así como: «¡Mi madre, ay mi madre!».

Yo le decía a Teté referente a aquel guardia: «¡Teté tírale, que todavía habla y nos está mentando la madre!».

Yo oía la palabra madre y pensé que nos estaba mentando la madre; se quedó hecho un colador.

Luego nos dimos cuenta que una rueda del camión lo había atrapado y que además estaba muy herido y lo que gritaba era de dolor, entonces fue que sentí algo que me dolió por dentro, fue además un cuadro dantesco.

Cuando todo aquello paró, que los guardias empezaron a rendirse con las manos en alto, fue que me di cuenta que cuando uno está en la efervescencia del combate con la adrenalina tan a flor de piel se bestializa, porque yo no te-



nía concepto del peligro, pensaba que lo que había era que acabar con todos aquellos guardias.

En ese combate fue cuando hirieron a Suñol de gravedad. Mi hermana se fue con él para darle los primeros auxilios y también Omar, fueron quienes lo evacuaron. A los demás integrantes de la tropa, un práctico nos llevó a un lugar boscoso después de caminar mucho, a donde llegamos al atardecer.

El propio Suñol, sobre aquella acción, narró:

Como a las 11 se presentó un camión y una camioneta que conducían a 27 soldados de Chaparra hasta Holguín, originándose un reñido combate y los soldados en espera de la aviación como esa zona es llana y clara, no se querían rendir, pero por poco tenemos que darle muerte a todos. Ya finalizando el combate me fui a ver avanzar a una gente que por sus flancos se habían quedado atrás, cometiendo la imprudencia de pararme para arengar a que avanzaran, cogiéndome una bala que me penetró sobre el tórax interesando el pulmón derecho y rompiéndome una costilla.<sup>195</sup>

### Las mujeres tomaron el mando

Después de que hirieron al jefe y de cómo las mujeres continuaron el enfrentamiento, sin amedrentarse en ningún momento tomaron el mando, Isabel Rielo contó:

Y por otro lado ya nosotros sabíamos que Suñol estaba herido y se lo estaban llevando lejos para atenderlo y teníamos que tomar precauciones para que los guardias no supieran que nos estábamos retirando. Por unos tiros escapados se formó un corre corre. Con esa situación fuimos para donde estaba Suñol, quien nos mandó a buscar y enviamos a localizar a un médico en San Andrés. Teté y Lilia se quedaron al frente de la tropa.

<sup>195</sup> OAHRC: Carta de Eddy Suñol al Comandante en Jefe Fidel Castro, 4 de noviembre de 1958, Fondo: Fidel Castro.

El médico dijo que no había traído pinzas y los instrumentales, pero más que nada parecía que tenía miedo. Entonces le dije: «No hay problemas, si usted se siente comprometido se queda con nosotros, el problema es que se resuelva». Al fin y al cabo no resolvió y tuvimos que mandar a buscar a la Sierra de Gibara al médico nuestro, así herido como estaba. Vino y se le hizo la operación a Suñol a sangre fría.

Al otro día de la operación vino un guajiro a avisarnos que venían los guardias, que habían localizado a Suñol y que venían a buscarlo, y nosotros corriendo para sacarlo de allí del cañaveral donde estaba y lo logramos. El parte donde se informa de la acción a Fidel lo hice yo dictado por Suñol. Él decía que se moría, claro, tenía mucha hemoptisis.<sup>196</sup>

Suñol, cuando narra cómo fue su recorrido de la retirada cuando lo hirieron dice que le decía al campesino: «Por favor, si me muero, procure que los guardias no cojan mi cadáver». A los seis días entramos en Velasco.

El comandante del Ejército Rebelde, Delio Gómez Ochoa, quien fuera jefe del Cuarto Frente Simón Bolívar, en cuyo territorio se efectuó el combate de Los Güiros, informó:

En la reunión de coordinación de operaciones, efectuada días después del combate de Los Güiros, el entonces capitán Eddy Suñol me informó que Teté Puebla era una muchacha muy temeraria, pues, al retirarse del área de combate, él y otros compañeros, entre ellos la capitana Isabel Rielo, Teté Puebla asumió el mando y gritó. «¡Este combate no se puede perder, vamos a rendir a los guardias!». Y ordenó al compañero Omar Iser que disparaba contra los soldados, refugiados en una alcantarilla, que les tirara la granada que él llevaba.

Iser lanzó la granada, que penetró en la alcantarilla con exactitud y la explosión dio por terminada la acción, los soldados fueron todos muertos o heridos de mucha gravedad. Fue así como se recogió el material bélico del enemigo.<sup>197</sup>

<sup>196</sup> Expectoración con sangre.

<sup>197</sup> Documento entregado a la Oficina de Asuntos Históricos por el comandante del Ejército Rebelde Delio Gómez Ochoa.

El Ejército Rebelde siempre le dio un trato adecuado a los prisioneros, ese era un principio exigido por Fidel, que aún perdura. La oficialidad de las tropas batistianas daba una visión contraria a sus subordinados, por eso un guardia hecho prisionero se pasó como cinco días sin dormir, alegando que a él le habían hablado muy mal de los guerrilleros y tenía miedo de morir. Cada vez que sentía algún ruido se sobresaltaba. Empezó a sentir confianza y comenzó a dormir cuando notó el buen trato que se les daba, se les garantizaba la comida y cigarros.

De cómo las compañeras les daban seguridad a los detenidos, Lilia comentó:

Aquel guardia tenía un fragmento de granada en la rodilla y qué angustia con él. En ese momento no había ningún médico. Aquello parecía que era consecuencia de una bala expansiva, porque yo podía ver el fragmento así a simple vista, entonces me metí a curarlo y sin inyecciones. Le dije: «Bueno, tú tienes que aguantar, peor era que te hubiéramos fusilado, así es que vamos a sacarte el fragmento». Esterilicé una pinza y me prendí con aquello. Fue un río de sangre, pero le saque el fragmento. Aparte del papel de combatiente, hacíamos de todo.

De las disímiles acciones que fueron capaces de realizar los hombres y mujeres que lucharon por transformar la sociedad cubana de los cincuenta del siglo pasado, está colmada la historia. Parte de esa historia le pertenece a las Marianas.

Si el lector ha llegado hasta esta página se habrá podido percatar de cómo estas mujeres progresaron hasta convertirse en protagonistas de una gesta que no debe ser olvidada, pues merece el respeto de los cubanos.

Una de esas valerosas compañeras fue Lilia. De su crecimiento como ser humano y combatiente revolucionaria, la siguiente anécdota lo demuestra.

Se produjo un incidente con el armamento que se tomó en ese combate. Había una ametralladora preciosa que todo el

mundo quería, después la cogió un combatiente de nombre Simón, entonces un compañero se puso a rastrillar la ametralladora y se le escapó una ráfaga y Teté y yo le quitamos el arma al hombre y lo cogimos preso. Era porque estábamos muy cerquita de los guardias, nos estábamos retirando y aquello era una indisciplina.

Mientras permanecemos en aquel lugar, que además era una zona desconocida para nosotros, yo cuidaba a los heridos. Teté inventando qué cocinar para darle comida a la gente. Después los demás miembros de la tropa hicieron contacto con nosotros y nos sacaron de allí para la sierra de Gibara.

Salíamos todos los días a buscar a los guardias. Se produjeron otros enfrentamientos. Cerca de allí pasó Jesús Sosa Blanco,<sup>198</sup> en una tanqueta con ruedas de goma y le caímos a tiro, pero venía muy bien custodiado.

Ahí fue donde corrí como una loca. En aquellos días Suñol me designó para la entrega de prisioneros a la Cruz Roja.

Lilia toma un respiro, y de las cosas que hacían, propias de personas jóvenes y con cierto humor, contó:

A aquel guardia que cogimos prisionero en el combate de Los Güiros, Teté y yo le pusimos un nombrete. Le decíamos Quepis. En broma yo le decía: «Guardia, cuando termine la guerra te vamos a proponer matrimonio a ver a cuál de las dos escoges». «Cuando lleguemos a un pueblo te ayudamos a subir a las guaguas como si tú fueras la mujer». Era un muchacho más joven que nosotras y lo fastidiábamos mucho. Mi hermana Isabel nos regañaba por las «diabluras» que hacíamos.

Ocupamos armas y de todo. Había una mochila que tenía una caja de talco y yo de fastidiosa se la vacié a Teté arriba.

<sup>198</sup> Jesús Sosa Blanco (1908-1959). Militar batistiano nombrado el Incendiario y el Torturador de Oriente, donde fuera jefe militar. Fue capturado al triunfo de la Revolución y condenado a muerte por sus crímenes, el 18 de febrero.

Me quería matar. Parecía una cucaracha blanca. Entre tantas tensiones, como jóvenes había un momento para despejar.

Sobre aquellas curiosas anécdotas con el soldado Quepis, Teté Puebla, en el libro *Marianas en combate...*, narró:

En Holguín, en 1998, después de la ceremonia del 40 aniversario de la fundación del Cuarto Frente, que estuvo encabezado por Delio Gómez Ochoa, nos encontramos con un guardia de estos que cogimos preso en aquel combate. En ese acto hablé yo en nombre del Frente nuestro. Cuando terminé, abajo me estaba esperando un compañero. Me pregunta: «¿Tú no me conoces Teté?». Le contesté que no, y él dice: «Yo soy Quepis». La compañera Lilia Rielo también estaba allí, y las dos nos soltamos a carcajadas. Vinieron los periodistas y nos preguntaron: «¿Por qué ustedes se ríen tanto?».

Sucede que cuando el combate de Los Güiros habíamos tomado preso a un soldado. Cuando estábamos por retirarnos, los aviones comenzaron a ametrallar y todos nos metimos debajo de las matas. Menos él, que se quedaba afuera.

Y nosotros lo llamábamos: «Casquito, casquito, ven para acá». Así nombrábamos de forma despectiva a los guardias de Batista. Y él, que lo sabía, decía: «No, no me voy para allá». Hasta que entonces le dijimos una mala palabra que no voy a decir aquí. Y él insistía: «Quepis, no casquito». El caso es que, además, los clases del Ejército no usaban casco. Los cabos y sargentos —quienes en el Ejército recibían un salario más alto—, tampoco querían que los confundieran con los soldados rasos. Por ello, en ese momento demoraba tanto en defenderse de la metralla, hasta que por fin lo hizo. Todos nos reíamos al acordarnos de eso. Y tuvimos que explicárselo al colectivo. A propósito, ese casquito o quepis, hoy es militante del Partido Comunista de Cuba, es un constructor del socialismo.<sup>199</sup>

<sup>199</sup> Delsa Esther Puebla Viltres: *Marianas en combate...*, ob. cit., pp. 60-61.

Radio Rebelde, a pesar de que estaba enclavado en pleno firme de la cordillera, ya había establecido un sistema de comunicación que le permitía estar al tanto de cada acción combativa. Sobre la ofensiva de Los Güiros, reportó:

Tropas rebeldes de la Compañía 3 de la Columna 14 y fuerzas del pelotón de mujeres Mariana Grajales, escenificaron en el territorio de Holguín uno de los más fulminantes combates victoriosos de las fuerzas rebeldes. Solo dos soldados de la tropa enemiga lograron escapar, dejando antes sus armas. Las fuerzas rebeldes al mando del capitán Suñol interceptaron en la carretera de Holguín a Chaparra dos camiones de soldados enemigos, originándose un violento combate que culminó en la destrucción total de la unidad enemiga.<sup>200</sup>

El Comandante en Jefe refiriéndose al arrojo combativo de las Marianas, en Los Güiros, expresó:

Debo añadir un hecho que ocurrió por primera vez en nuestra guerra. Como norma, cuando el jefe era herido o muerto, la unidad se retiraba de inmediato. Esta vez no ocurrió así. La fuerza que atacó fue fundamentalmente el pelotón Mariana Grajales, bajo el mando de la teniente Isabel Rielo. Suñol fue herido en los primeros momentos y lo tuvieron que retirar. El pelotón, inmutable, prosiguió el combate.

Ese pelotón, como conté, había sido entrenado en la Comandancia de La Plata. El blanco era una moneda de 20 centavos. El fusil: M-1, con mira *Lyman*, semiautomático, ligero, con peine de 10 balas. Fue la única unidad de la Sierra Maestra entrenada con tiro real.

Los disparos fueron tan certeros que en un tiempo más breve de lo calculado finalizó el combate. De 31 hombres que integraban la fuerza enemiga que se movían en dos camiones, 20 murieron y tres quedaron heridos.<sup>201</sup>

<sup>200</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., p. 156.

<sup>201</sup> Ídem.

En cerro de Los Güiros, con las mujeres como principales protagonistas, se ocuparon 24 fusiles Springfield, una ametralladora calibre 45, dos carabinas San Cristóbal, tres revólveres calibre 45, una pistola, 1208 balas 30. 06, 95 balas para carabina M-1, además de siete magazines para las San Cristóbal.

Después de dicho desafío, donde se demostró una vez más la pujanza de aquel destacamento guerrillero, la escuadra dirigida por Isabel Rielo también participó en los combates de La Cadena con el capitán Raúl Castro Mercader; el de Puerto Padre con el comandante Delio Gómez Ochoa y en Gibara con el ya capitán Eddy Suñol, aparte de otras acciones que escenificaron en el territorio donde ellas operaron.

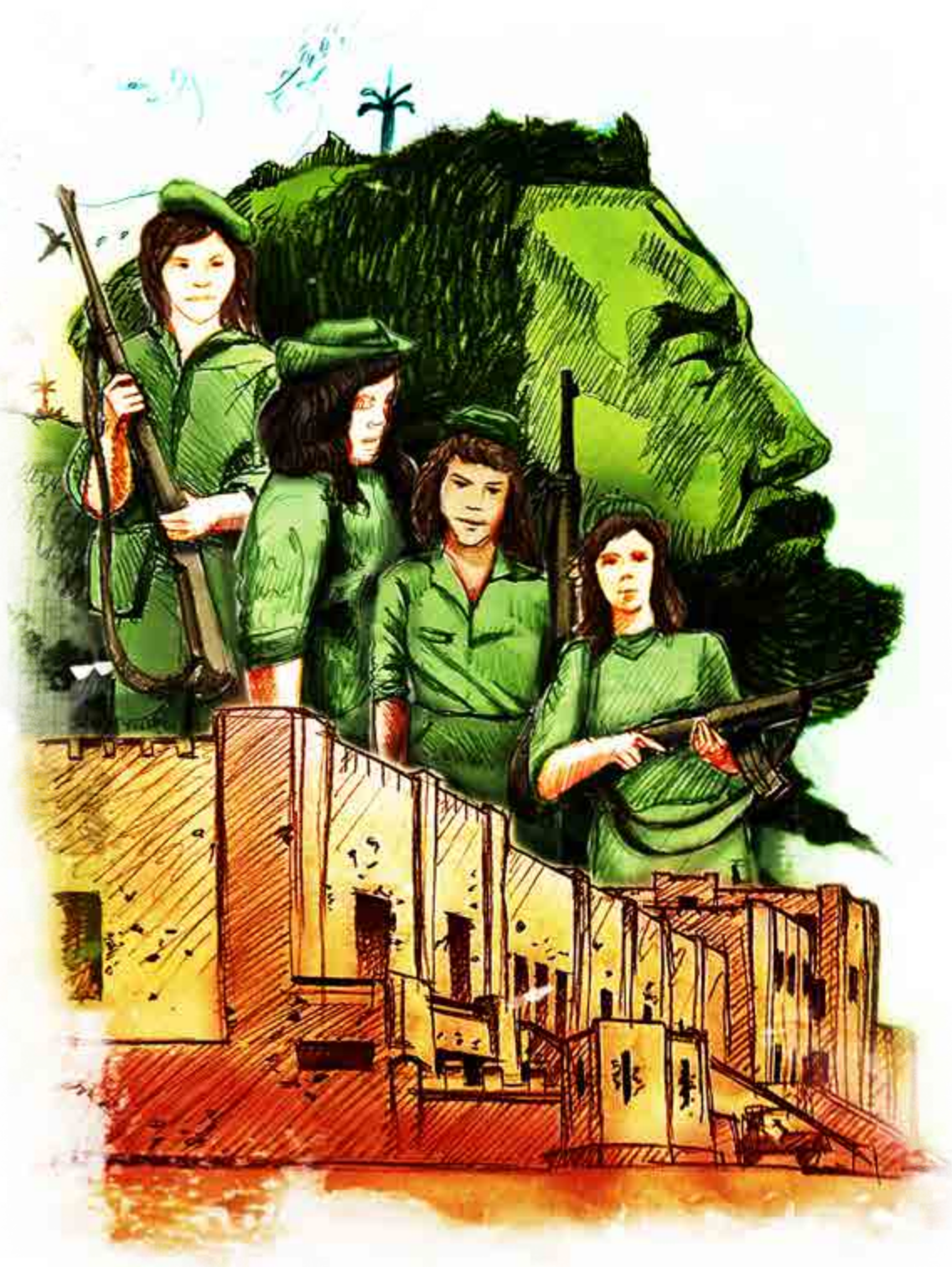
La escuadra de las Marianas asignada al Pelotón no. 3, había llegado a la sierra de Gibara, el lugar señalado por Fidel, el 24 de octubre.

Dos meses después de su estancia en la zona de operaciones asignada, Eddy Suñol comandaba a más de quinientos combatientes, con un amplio arsenal de armas capturadas, lo que demostró su capacidad de convocar y organizar, unido a su talento de estrategia militar. Y las integrantes de la escuadra femenina que bajaron con él, llevaron al llano el ímpetu de la Sierra y no defraudaron la confianza depositada en ellas.

*De la Sierra, monte espeso  
comienzan a descender,  
Marianas junto a Fidel  
en viaje sin retroceso.  
Nadie detuvo un proceso  
que se gestó en el Moncada,  
embrión de la avanzada  
en otra etapa imbatible,  
guerrilleras invencibles  
surcan la nueva alborada.<sup>202</sup>*

<sup>202</sup> Décima del autor.





## *Marcha junto a Fidel*

Transcurrían los primeros días del mes de noviembre de 1958 y en el campamento rebelde de la Comandancia de La Plata dos escuadras del pelotón femenino Mariana Grajales esperaban impacientes, que les asignaran alguna misión combativa con una de las columnas rebeldes que bajaban del firme de la Maestra, al igual que la escuadra que ya se encontraba en la zona de Gibara, dando muestras de valentía y arrojo.

En la Comandancia continuaban en las tareas cotidianas, entrenándose, realizando las guardias, cargando suministros y apoyando en lo necesario a sus compañeros de armas.

Ada Bella, una de las compañeras que aún no había experimentado estar en la línea de fuego, y de su insistencia para lograrlo, expresó:

A través de Celia, tramitamos una reunión con Fidel, porque buscábamos el momento oportuno por las tantas ocupaciones que él siempre tenía y más en aquellos momentos cuando planificaba los combates decisivos. En el fondo, sabíamos que el Comandante nos tenía reservadas para futuras misiones combativas.

Un día, Celia le dijo: «Fidel, hay un grupo de muchachitas que desean hablar contigo». «¿Qué quieren? Bueno, mándalas a buscar». Cuando le dijimos lo que queríamos, tú sabes cómo se puso de contento. Lo primero que nos dijo fue: «Muchachitas, no tenemos armas, así que cómo las voy a mandar a pelear». Le planteamos una respuesta unánime:

«Comandante, nosotras le quitaremos las armas a los guardias de Batista en el combate».<sup>203</sup>

Yo tenía un revólver que era mío, aquella decisión lo puso más contento y nos habló mucho de lo que significaban las mujeres en la lucha. Le dijimos: «Comandante, queremos bajar en el primer grupo que salga». Aquel planteamiento fue muy oportuno porque ya las tropas de Fidel, acantonadas en La Plata, estaban casi al salir y así no nos daban otra misión como cuidar el campamento cuando bajara hacia el llano; queríamos entrar en batalla.

### *Dice Celia que se preparen*

El 11 de noviembre, desde la Comandancia General de La Plata, Fidel inició un movimiento en dirección a Providencia, para una operación importante como él la llamó, pero sin revelar en qué punto exacto asestaría el próximo golpe.

Al final, el punto escogido fue Guisa, un enclave estratégico del ejército enemigo a solo dieciséis kilómetros de la ciudad de Bayamo. En ese momento lo acompañaban ciento ochenta hombres que debían enfrentarse a unos cinco mil efectivos apostados en aquella región y sus alrededores.

De cómo se unieron a la tropa de Fidel, que bajó de la Sierra a darle la arremetida final a las fuerzas de Batista, Angelina Antolín relató:

<sup>203</sup> Los M-1 que Fidel tenía destinados para ellas fue necesario entregarlos a otros combatientes que bajaron desde la Sierra en diferentes columnas. En la Comandancia quedaban cinco integrantes del pelotón femenino y como en esa etapa se dedicaban a hacer guardias se quedaron con otro tipo de arma. Las ocho compañeras que ya estaban en distintas misiones si llevaron los M-1.

Vino Olga con una lista y nos comunicó: «Dice Celia que se preparen, que carguen en su mochila solo lo necesario, que un mensajero las va a recoger». En la lista estábamos Flor, Rita, Eva, Ada y yo. Durante la marcha, mientras nos encontrábamos en un lugar que le decían El Descanso, en una loma muy grande, llegaron Celia y Fidel con la tropa. Recuerdo que el Comandante nos reunió en un cafetalito que había, no sabíamos que ellos también habían salido de La Plata.

Allí había una casa de cinc abandonada, que era como un almacén de café, donde se preparó un almuerzo y nosotras allí no sabíamos a qué tropa nos iban a subordinar directamente y no llevábamos armas. Armamos las hamacas y llegó en ese momento un mensajero en un caballo muy sudado y le informó a Fidel que los guardias se marchaban de Bueycito.

Nos ordenaron continuar hacia La Estrella. Fueron muchos lugares por donde pasamos, pero han transcurrido tantos años que es así como lo recuerdo. Además, nosotras no conocíamos de tácticas y esas cosas de guerra, aunque estábamos al tanto de cada movimiento. Era visible la consideración y preocupación que Fidel y Celia tenían con nosotras.

La primera en bajar desde La Plata fue Ada Bella. La asignaron a una tropa de cien hombres al mando de Miguel Aguilar, que iba a tomar Minas de Bueycito, y al que Fidel le entregó, también, una carta que debía hacer llegar al capitán del ejército que estaba en el cuartel del lugar, para solicitarle en términos respetuosos que se rindiera.

Ada Bella, regresa al pasado y sin ningún esfuerzo hace que resurjan los momentos de aquella primera vez que participó en un combate.

Quien debía entregar esa carta era yo, esa misión era mía. Pero Aguilar no me designó, mandó a una campesina, y no es que ella fuera menos. Acompañó la carta de Fidel con

una nota escrita por él, donde irrespetaba al jefe enemigo, lo que trajo como resultado que el oficial no recibiera la carta de Fidel sellada.

Aguilar hizo lo que le dio la gana, y las tropas enemigas se retiraron, pero los castigamos con nuestra metralla. Fueron los últimos casquitos que salieron de la Sierra. El poblado de Bueycito, quedó liberado. A eso se refirió Angelina con lo del mensajero.

Tuvimos una escaramuza en Bueycito. El audaz capitán Curuneaux, quien hacía «cantar» la 30, recibió la orden del Comandante en Jefe para que, con una pequeña tropa de veinticinco a treinta hombres, les cortara la retirada a los militares de la guarnición de Minas de Bueycito mediante una maniobra táctica. Sí, los perseguimos y los acosamos. Braulio les disparó con la 30 y ese día, en aquel combate fue que lo conocí.

Estuvimos tres días apostados y yo era la única mujer en esa tropa y un revólver 38 como mi única arma, aunque los compañeros me apreciaban mucho y Edilberto González, a quien llamábamos Puerto Padre, siempre me brindó su fusil, peleé también con su San Cristóbal y para mí ese fue el primer combate en que participé. Ahí recibí balas como loco por encima de mí, bombardeos, candela y avanzamos hasta la carretera. Después me uní a las demás compañeras que bajaban en la tropa de Fidel y fue cuando nos subordinaron a Braulio Curuneaux.

### Son las muchachitas que se van a ir contigo

Sobre el momento en que Fidel subordinó la escuadra de las Marianas a Braulio Curuneaux, Gonzalo Camejo, en el encuentro de agosto de 1967, precisó:

Sí, nosotros estábamos en Manzanillo, Fidel nos mandó a buscar. Llegamos a La Plata y dormimos esa noche allí. Fidel le dijo a Curuneaux que si quería que le incluyera en la tropa más hombres, Fidel le preguntó: «¿Cuántos hombres tienes tú?», y

Curuneaux le dijo: «Yo tengo nueve».<sup>204</sup> Fidel le contestó: «¿Y con eso tú piensas derrotar a un Ejército?», y Curuneaux respondió que cada uno de esos valía por diez. Entonces Fidel le dijo: «Bueno, te voy a incluir cuatro más», y Curuneaux le dijo: «Ah bien, nos los van a dar armados», y Fidel le responde que no, que ellos cogerán las armas en combate, entonces dice Curuneaux: «Pues, que vengan, ¿dónde están los hombres esos?», dice Fidel: «No, son las muchachitas que se van a ir contigo», entonces Curuneaux dijo: «Yo voy a hablar con Camejo para ponernos de acuerdo a ver cuáles va a llevar uno y cuáles va a llevar el otro». Pero se lo dijo él como una broma y al fin se fueron con nosotros las compañeras Ada Bella, Eva Rodríguez, Flor Pérez, Angelina Antolín y Rita García Reyes.<sup>205</sup>

Fidel y las tropas bajo su mando llegaron a la posición de combate asignada la noche del 19 de noviembre, y de inmediato comenzaron a hacer trincheras antes del amanecer del otro día, cuando se inició la batalla de Guisa, comienzo de la denominada Operación Santiago y de la ofensiva final contra las fuerzas armadas del régimen de Batista.

La escuadra de las Marianas se ubicó en los bordes de la loma El Martillo, junto a otros veintidós combatientes que capitaneaba Curuneaux, donde tenía una buena posición para su ametralladora 30, en dirección a la carretera Guisa-Bayamo. Su potente arma cubría mil seiscientos metros de carretera. Las mujeres la repartieron en unas tres trincheras, temiendo que cualquier descarga de metralla les cayera encima a todas a la vez.

Ada Bella, quien se destacó desde el inicio de aquella batalla, rememoró:

Quando Fidel explicó la acción que iniciaría la batalla, estuve muy atenta. Sobre las ocho y treinta de la mañana del día 20

<sup>204</sup> Durante el trayecto para la zona de operaciones se le sumaron otros guerrilleros, incluso, soldados del Ejército que se pasaron a la tropa rebelde.

<sup>205</sup> Intervención de Gonzalo Camejo en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.



venía una patrulla que hacía un recorrido diario desde el cuartel de Guisa con rumbo a Bayamo. Cuando se encontraban a una distancia prudencial donde el fuego de nuestras armas podía ser efectivo, comenzó el tiroteo y salimos de nuestra posición, cercana a la carretera. Lo mismo hicieron Edilberto González, *Puerto Padre*; Leopoldo Cintra Frías, *Polito*, y Vega Grande, entre otros. Avancé junto con ellos con mi revólver, al igual que Flor. Yo tiraba con una San Cristóbal que le devolví a Puerto Padre y continué disparando con mi revólver, mientras marchábamos por la pendiente hacia la patrulla. Le propiné un tiro a un cabo en el brazo y después lo desarmé. ¡Le quité una carabina San Cristóbal! Él no creía que yo era mujer. Dije hasta palabras obscenas porque en un combate el olor a pólvora te envalentona. Antes de la guerra yo tenía miedo hasta de ver un arma.

Vega Grande, me gritó: «¡Bella, aquí te tengo un arma, una San Cristóbal!». Le respondí: ¡Yo ya tengo la mía!». Puerto Padre había gritado: «El que le meta un tiro a esa mujer, no queda vivo ninguno de ustedes!», lo que fue muy lindo.

Sobre la primera acción de la batalla de Guisa y la actitud heroica de Ada Bella, Gonzalo Camejo, uno de los oficiales que combatió junto a Curuneaux, testimonió:

El casquito se rindió y al poco rato dijo: «Si yo sé que era una mujer yo no me rindo, porque yo creía que era un hombre, porque todos andan con el pelo largo. Yo no me hubiera rendido». Dije yo: «Bella, dale el fusil al guardia otra vez para que te batas con él a los tiros y dale tiempo para que se pueda esconder y protegerse». Exclamó el guardia: «No, no, ya yo me rendí y no voy a seguir el combate». Entonces le dimos la orden a Bella: «Tú se lo entregas prisionero al Comandante en Jefe, para que vea de lo que son capaces las mujeres».<sup>206</sup>

<sup>206</sup> Eduardo de la Torre: *Entre historias guerrilleras...*, doc. cit.

La patrulla atacada estaba compuesta por veintiún soldados. Seis murieron, catorce fueron hechos prisioneros y tres resultaron heridos. De los siete civiles que venían en la guagua, tres mujeres y cuatro hombres, un hombre y una mujer resultaron heridos. Era como si los guardias los hubiesen llevado como escudo humano.

Ada Bella demostró su firmeza y valentía cuando le arrebató al enemigo el primer fusil de la batalla. Ha pasado el tiempo y la felicidad por dicha conquista es visible.

De los prisioneros capturados algunos estaban muy graves, incluso, a uno le estaba colgando el brazo derecho y me dijo: «Ay por su madrecita ayúdeme, sálveme, no nos deje».

Nos dieron la orden a un compañero de apellido Domínguez y a mí de conducir a los prisioneros hasta donde estaba el Comandante, en su puesto de mando en Santa Bárbara. Uno de ellos se resistía y decía: «No, no, no, por favor, no me mande preso con una mujer», entonces Camejo le dijo: «Ellas fueron las que te cogieron, así es que camina».

Aunque Fidel recibió los partes de los jefes sobre la acción combativa, por mí también se enteró de lo que había pasado. Me escuchó, me felicitó y me dio un beso en la frente. Todo el día, hasta la madrugada en que los trasladaron, me quedé custodiando a los soldados enemigos. Entonces volví a la batalla. ¡Era millonaria con mi San Cristóbal! Habíamos dejado a los prisioneros más graves en una casita de guano con intención de atenderlos, pero cuando llegaron los refuerzos de los guardias, actuó la aviación y en los bombardeos quemaron la casita y murieron todos.

Unos años después del triunfo revolucionario, en un encuentro en Bayamo de varios combatientes de la Sierra, ya generales, Calixto García Martínez<sup>207</sup> les comunicó, que

<sup>207</sup> Calixto García Martínez (1931-2010). Asaltante del cuartel Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo, el 26 de julio de 1953, expedicionario del *Granma* y miembro de la Columna no. 1 del Primer Frente. Después del 1.º de enero de 1959 alcanzó el grado de general de brigada.



nunca borraría de su mente la fotografía que guardaba del momento en que yo llegué a donde estaba Fidel y le hice entrega de los prisioneros, aquel primer día de la Batalla de Guisa. Yo estaba presente y escuché aquella conversación. Porque en aquel momento en el puesto de mando junto a Fidel estaban Calixto García, Celia y otros oficiales de su estado mayor. Uno dice puesto de mando, pero Fidel nunca dejó de moverse por las áreas donde se combatía.

Uno o dos días después, en un receso de los combates, el capitán Curuneaux me ascendió a teniente cumpliendo instrucciones de Fidel. ¡Qué gran regocijo sentí! Ese día Curuneaux consiguió unas maltas que nos tomamos allí y entonces él le dijo a Camejo y a las demás muchachitas: «La compañera Ada Bella está propuesta para jefa de la escuadra».

Angelina Antolín, durante el primer ataque se mantuvo cerca de Curuneaux, porque era la orden. Hay un hecho que nunca ha podido olvidar y reveló:

Prácticamente no se dormía en aquellos días de tanta tensión. Después que nos tomamos aquellas maltas, estábamos todos rendidos de cansancio. Por un momento Curuneaux se quedó dormido, tuvo como una pesadilla y despertó sobresaltado, habló de un mal sueño que había tenido, como de un fatal presentimiento. Dijo más o menos: «Quizás sea un anuncio de que se aproxima mi turno». Yo le respondí: «¿Cómo es eso capitán, de que a usted lo van a matar, usted que ha estado en tantos combates?». Sinceramente, en aquel momento creía que eso nunca podría llegar a suceder.

El comandante Juan Almeida, además de gran combatiente, fue un cronista veraz de los tantos hechos que se produjeron en la gesta de la Sierra, en su libro *La Sierra Maestra y más allá*, refirió:

Vamos para un arroyo; por su cauce, entre grandes piedras, subimos a lo alto del monte. Cerca de un árbol frondoso,

escucho de la participación en el combate del pelotón de las mujeres, las Marianas. Cuando hicieron los primeros prisioneros, les arrancaban el fusil de las manos a los soldados. Recuerdo a Ada Bella y su deseo de incorporarse a este pelotón; ya está en él.<sup>208</sup>

### Pelearon mejor que muchísimos hombres

Sobre el comportamiento valiente y la disposición de las muchachas, Gonzalo Camejo detalló:

Un día el cocinero empezó a dar gritos de que él no iba a cocinar porque los aviones estaban desfondando la casa a bombazos y que allí no había quién resistiera, entonces las muchachitas dijeron que ellas iban a ir a la cocina a preparar los alimentos, pero con el compromiso de que era ese día nada más. Me hago la idea que era para desprestigiar al propio cocinero, y cocinaron ese día bajo el fuego aéreo.

Posteriormente nos reunimos con Fidel quién preguntó que cómo se habían portado las muchachas. Le explicamos la realidad, que se habían portado muy bien y estaban combatiendo cada una junto a un compañero y ese compañero le prestaba el fusil.

Por cierto, luego sacaron de muy buenos aprietos a algunos, que cogían el fusil y se ponían a tirar. Ellas tenían mucha hambre de disparar y acabar con los guardias.

Le contamos todo esto a Fidel y dijo: «¿Qué armas les dieron?». Curuneaux le dijo: «Bueno, todavía no hemos cogido suficientes para armarlas», pero, preguntó Fidel: «¿Ustedes no dicen que ellas han peleado mejor que muchísimos combatientes, que muchísimos hombres?». Y dice Curuneaux: «Sí, pero nosotros pensamos coger más armas y darles a ellas», y dice Fidel: «No, no, de las primeras armas que cogieron, dénmeles una a cada una de ellas». Y las armamos ese día, a los tres o cuatro días de estar combatiendo en

<sup>208</sup> Juan Almeida Bosque: Ob. cit., p. 310.

Guisa. Pelearon muy bien, con un heroísmo extraordinario durante los once días que duró el combate. Al cabo de ese tiempo fue cuando a mí me hirieron, pero yo seguí al tanto de cómo ellas iban peleando.<sup>209</sup>

En el libro *¡No pasarán Comandante! Semblanza de Braulio Curuneaux*, en un pasaje de Eva Rodríguez y Rita García, en algunos momentos de la batalla, aparece:

Aquel primer día de combate Rita García Reyes recibió una delicada misión. Ella recuerda: «Cuando terminó el combate con la patrulla Braulio había mandado a evacuar para una casita a un herido nuestro que estaba en muy malas condiciones y allí muy preocupado me confió a mí su cuidado. “Rita, no te muevas de su lado hasta que venga el médico”, me dijo».

Flor Celeste Pérez Chávez recuerda muy bien esa primera acción y aquellos días de sitio y los combates en Guisa: «El herido, al que acompañaba Rita, nosotras, bajo los plomos, lo íbamos a ver para saber cómo seguía... Estaba muy grave, él murió luego. El fuego era muy fuerte, cañoneo, bombardeo, ametrallamiento...».

Flor hace un aparte y se ríe recordando el hambre que pasaron en aquellos días...

Curuneaux mandó a cocinar, pero aquél hombre tenía miedo y allí no se cocinaba... Lo que comíamos era una latica de bonito o de sardina o de salchichas... Comimos caliente una sola vez: malanga hervida con carne. Entonces Curuneaux nos decía: «Muchachitas ustedes van a tener que cocinar porque este hombre es muy pendejo...». Y nosotras a que no, a que no íbamos a cocinar y le decíamos: «Que va capitán nosotras queremos seguir en el combate». Y así fue, él no nos puso a cocinar y estábamos muertas de hambre... Es la verdad... Tampoco nos bañábamos, que conste, es la

<sup>209</sup> Intervención de Gonzalo Camejo en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

primera vez que lo decimos, nunca lo habíamos querido contar antes, ni yo, ni mis compañeras.<sup>210</sup>

Ante cada refuerzo enemigo las muchachitas siguieron firmes junto a sus compañeros de trincheras. La ametralladora calibre 30, del bravo capitán Curuneaux, no dejó de disparar contra los tanques enemigos. Ellas entendían que había que ahorrar las pocas balas que les habían dado y afinar la puntería. Aunque el polvo que levantaban las explosiones las cegaba y lo sentían en la garganta donde también hacía sus estragos la sed, seguían aguantando. Decían: «No haremos quedar mal a Fidel». El hambre también las agobiaba y los ojos se les querían cerrar continuamente, pero se espabilaban con los disparos que caían cerca. Allí no había un minuto de descanso, era una pelea contra tanques, aviones, bazucas, morteros y todo tipo de armas ligeras.

Eva y Rita, junto a Curuneaux, cargaban un equipo donde escuchaban las comunicaciones de la aviación enemiga. Desde el primer combate de Santo Domingo, el microondas de la compañía N del batallón 22 de infantería del Ejército, compuesto por un Minipak y un PRC-10, con sus claves de guerra, cayeron en poder de las fuerzas rebeldes. El mando contrario ni siquiera se percató de ese detalle y desde entonces todas las operaciones se libraban con perfecto conocimiento de las disposiciones tácticas y las órdenes del adversario.

De sus recuerdos, Evangelina relató:

Los tanques venían avanzando, siempre Curuneaux decía, porque él era muy temperamental: «¡Por aquí, no pasarán! ¡Tendrán que pasar sobre el cadáver de nosotros, pero no pasarán!». Los tanques seguían disparando y llegó un extremo en que nosotras no tirábamos, porque no les íbamos a hacer nada a los tanques.

En uno de los momentos de la batalla, dispararon un mortero que chocó contra una algarroba e hirió de muerte a Lino Arias Arévalo, y fue cuando le dieron a Rita la misión

<sup>210</sup> Ernesto Pérez Shelton: Ob. cit., p. 340.

de que lo cuidara. Sufrí un impacto muy grande cuando falleció, porque hacía tiempo que yo lo conocía y no es fácil ver en esa situación a una persona cercana. Temí ablandarme con aquel suceso.

Por el Minipak, desde la avioneta, se escuchaba lo que le comunicaban a los del cuartel: «Salgan a pelear que ustedes lo que tienen es “apendigitis”». Le respondían: «Manden refuerzos que es el propio Fidel Castro en persona quien está dirigiendo los combates».

Como el fuego de la ametralladora 30 de Curuneaux era muy efectivo, siempre trataban de ubicarlo. El bravo capitán, con sus ráfagas certeras, contribuía de manera muy decisiva a impedir el avance de la soldadesca. El día 27 de noviembre, la posición fue descubierta por el tanque Sherman más próximo a la loma El Martillo, hacia donde mantenía un cañoneo continuo.

Angelina, testigo presencial de los hechos, así lo contó:

En un principio Eva y yo estábamos en la misma trinchera con Curuneaux. Él le dijo a un compañero, a mí me parece que fue a Rafael Reyna, aunque nunca se lo pregunté después de la guerra: «Mira, cuida a Angelina y a Eva, ponlas en una trinchera más honda, yo me voy a cambiar para allá arriba para otra trinchera desde donde puedo disparar mejor».

### La muerte de un héroe

El disparo de un tanque impactó la trinchera donde se encontraban Eva y Angelina, las que quedaron enterradas hasta la rodilla y gran cantidad de tierra les cayó encima. Además de esta difícil situación, sintieron más que todo, la pérdida del compañero de lucha.

De lo sucedido Angelina, contó:

Yo sufrí una heridita superficial en una pierna y en el momento que nosotras reaccionamos no vimos a Rafael Reyna, pero luego apareció y nos dijo: «Salgan de ahí porque

las van a matar. Yo me fui porque me rompieron el fusil, ahora vine a ayudarlas».

Cuando Rafael nos sacó, Eva cogió por un rumbo y yo por otro. Me dirigí a buscar la trinchera del morterista que era Emilio, que tenía una trinchera honda, me fui arrastrando, pero ya él no estaba allí, entonces me encontré con Raimundo Montes de Oca, quien era un guardia de la tiranía que se nos unió y uno de los que le ayudaba a Braulio a cargar las patas de la ametralladora. Montes de Oca estaba herido y con la camisa ensangrentada, y le dije:

«Ay, ya mataron a Flor», porque ella estaba por ese rumbo. Me expresó: «No, no, yo creo que al que mataron es a Curuniaux, porque yo lo llamo y veo allí solo las patas de la ametralladora». Aquello me conmocionó mucho. ¡Qué sentimiento más grande haber perdido a nuestro capitán! No concebía que lo mataran.

La entrevista se detiene por un instante, porque el recuerdo del combatiente caído, el jefe y compañero, todavía duele; pero Angelina se recupera.

Me encontré con un doctor que manifestó: «Voy a ver si puedo hacer algo por Curuniaux». «Doctor quiero ir con usted», me dijo que no y le orientó a Raimundo Montes de Oca que me sacara de allí. Fue difícil retirarnos del lugar, avanzábamos unos pocos metros y nos tirábamos al suelo, porque una avioneta seguía ametrallando encima de nosotros. Ya no quedaba ni hierba, se veían algunas reses muertas. Yo tenía el pelo largo y me iba sacando la tierra de la cabeza. Por fin llegamos a una cañada donde había unos árboles frondosos. Nos encontramos a Reynaldo Mora con su tropa. Explicó que no podíamos seguir porque el Ejército estaba regado por doquier y que nos quedáramos con ellos. En eso oímos los gritos de Rita y Camejo llamando a los combatientes, para buscar la cabeza de Curuniaux que había caído cerca de la carretera. ¡Qué pesadumbre!, se confirmaba

que habían matado a Curuneaux. En una trinchera cercana, a consecuencia de otro cañonazo, murieron Guillermo González Polanco<sup>211</sup> y otro rebelde del que no se ha sabido su nombre y al que se le llamó: el Soldado desconocido.

Guillermito había ido a instalar unos altoparlantes y micrófonos para hablarles a los guardias y se quedó luchando cerca de Curuneaux. Se considera que uno de esos disparos rebotó sobre nuestra trinchera.

Aunque no estuvimos presentes, al anochecer se sepultaron los restos del valiente capitán Braulio Curuneaux, en el mismo sitio donde cayó con tanto arrojo. Fidel y Celia personalmente realizaron el entierro.

Ada Bella, quien se encontraba en una trinchera peleando cerca de Curuneaux, ese día fatídico así lo recordó:

Aquel 27 de noviembre era terrible lo que teníamos encima: la aviación, los tanques, la artillería, la infantería enemiga, todo actuaba sobre nosotros. Aquella loma la minaron con todo tipo de metralas incluyendo tres o cuatro aviones bombardeando. Me tenía loca una avioneta que tal parecía como si me hubiera enfocado encima una ametralladora 30, porque me picaba al lado su metrala, quititá, quititá, y yo agachada allí en la trinchera sin moverme, porque estaba sola, cerquita de la trinchera de Curuneaux. De pronto siento que cayó algo a mi lado. ¿Qué será?, me pregunté. ¡Era un trozo de carne!

Bajo la metrala llegó un compañero llamado Rolando y me preguntó: «¿Ada Bella, estás viva?». «¡Sí, sí, estoy aquí!». «¡Tienes que salir de ahí, mataron a Curuneaux!». Ay qué pena sentí en mi corazón. Lo apreciábamos mucho, era nuestro jefe, un hombre de un temple muy fuerte, con una

<sup>211</sup> Guillermo González Polanco (1935-1958). Nació en San Pablo de Yao. En su poblado natal fundó una célula del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Cuando el Comandante en Jefe se dirigía hacia Guisa, se integró a la tropa rebelde en La Estrella.

capacidad enorme de combate. Lo había despedazado aquel proyectil que impactó directamente sobre su trinchera.

Cuando Rita García supo de la muerte de Curuneaux sintió una gran conmoción y como ella se encontraba en una trinchera muy cercana, salió al instante y en una rápida carrera dando gritos, se dirigía al lugar del hecho, pero Gonzalo Camejo y Rafael Moreno se lo impidieron. «¡No vaya, no lo vea!», y la trasladaron para la trinchera donde ellos estaban. De ese instante amargo, Rita expresó:

Al explotar el obús lanzado por el tanque enemigo, lo destrozó en varias partes. Los pedazos de su cuerpo volaron. Yo estaba en otra trinchera próxima a la de Curuneaux junto con el compañero Moreno, que fue el que mataron en la tanqueta de Guisa y que aún está enterrado allí, y otro más de apellido Viltres que no murió. Mientras los hombres preparaban los morteros, nosotras disparábamos con sus armas.

Al sentir la explosión de obús, alguien gritó que nos retiráramos, anunciando que habían matado a Curuneaux. Moreno me pedía que saliera, yo insistía en quedarme. A la voz de retirada salí, y solo veía humo y polvo a mí alrededor, miraba para ver si había algún arma abandonada y en eso encontré un maletín de primeros auxilios. Fue cuando quise dirigirme hacia donde estaba Curuneaux.

Cuando nosotras estábamos en las trincheras, ya poseíamos nuestras armas. Yo tenía un Springfield, salí corriendo con el arma y el maletín hacia la trinchera de Curuneaux junto con Moreno. Alguien me gritó y me haló por un brazo para que no me acercara, pues Curuneaux estaba destrozado. Salimos de este lugar. Moreno tuvo que tirarle a una avioneta que nos había descubierto y cogimos para una cañada en busca de la lechería donde estaba el Estado Mayor del Comandante Fidel.

Llegué primero a la casa donde habíamos guardado nuestras mochilas, y en un arroyo nos encontramos con otros



compañeros sentados, que comentaban la muerte de Curuneaux.<sup>212</sup>

Luis Más Martín reportó:

A las dos de la tarde recibí la noticia. «Un tanque Sherman mató a [Curuneaux]», me dijo Fidel. En el rostro del Comandante se reflejaba el dolor que siempre se veía cuando moría un combatiente. Ahora me pareció que su dolor era aún más grande.

[Curuneaux] estaba en la primera trinchera con su 30. Aquella ametralladora que en medio de miles y miles de tiros de un combate sobresalía con su rítmico cantar sobre las demás. Uno podía distinguir la de [Curuneaux] entre todas. La hacía sonar con un ritmo peculiar. La «hacía cantar» como decíamos todos. ¡Había muerto un héroe de su tropa, de todas las tropas que estaban en combate, del Ejército Rebelde!

(...)

Aún recuerdo y siento la impresión de su último abrazo. Para todos nosotros seguirá viviendo. Será un ejemplo de combatiente ejemplar. Su vida en la Sierra, en el Ejército Rebelde, fue de superación constante, de formación y consolidación revolucionaria en el propio fragor de los combates.<sup>213</sup>

Las integrantes de la escuadra de mujeres se conmocionaron en lo más profundo porque llevaban varios días combatiendo junto a su jefe, el valeroso capitán Braulio Curuneaux y le tenían un gran respeto y aprecio.

Eva Rodríguez, en el encuentro de agosto de 1967, rememoró:

Lo único que recuerdo fue que a mí me recogió un muchacho por un arroyo y que yo me iba sola y dejaba la mochila, entonces me dijo: «¡Oye muchacha!, ¿y la mochila?, ¿y tú

<sup>212</sup> María Cristina Eduardo (compiladora): Ob. cit., pp. 192-195.

<sup>213</sup> Luis Más Martín: «Ganó la batalla de Guisa después de muerto...», periódico *Hoy*, 13 de enero de 1959, p. 2.

te vas sola?». Le respondí que no sabía, que andaba por ahí buscando la gente. Entonces él tomó la mochila y me cogió por un brazo. Vino la aviación y me dijo: «Vamos a tirarnos aquí», y nos tiramos en un charco de agua que nos daba por la rodilla y nos acolchamos así a la pared del arroyo. Más tarde comenzaron a pasar por allí otros compañeros, entonces hicimos un grupo. Creo que después llegó Angelina, llegó Rita y nos fuimos retirando hacia donde estaba la casa aquella grande. Tiraron mucha metralla a la casa cuando estábamos en el arroyo y que había unas matas de cañadonga y nos escondimos ahí.<sup>214</sup>

Después del fatal incidente, las integrantes de la escuadra de las Marianas se agruparon y se dirigieron hacia donde estaba Fidel. Sobre el encuentro, Angelina Antolín relató:

Ya Fidel venía y nos dijo: «No me digan nada. Ya yo sé lo que ustedes han pasado, el Ejército no se puede burlar de nosotros». Lo más triste que se puede ver en la guerra es que te maten al jefe en el combate.

De ahí fuimos a las cuevas de Santa Bárbara que es donde estaba el puesto de mando de Fidel. Allí se ajustaron y limpiaron las armas. Nos reunimos las cinco mujeres: Ada Bella, Eva, Rita, Flor y yo.

Seguíamos con el sentimiento de la muerte de Curuneaux. A las compañeras nos cuidaba... Cuando teníamos que acampar, él buscaba una casita de algún campesino para que durmiéramos allí y así no tener que armar las hamacas con el resto de la tropa. Si conseguía algo de comer las primeras éramos nosotras, aunque todos los compañeros querían que fuéramos a comer con ellos y nos dividimos para complacerlos unas veces a unos y otras veces a otros. Había mucho compañerismo, incluso, cuando no teníamos balas las pedíamos prestadas. En el combate el capitán era muy

<sup>214</sup> Intervención de Eva Rodríguez en el encuentro convocado por Celia Sánchez Manduley en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

recto y las órdenes había que cumplirlas, era muy exigente con todos, sabía utilizar el amor propio de los hombres aprovechando la presencia de aquellas mujeres.

Una vez, bajo un fuerte bombardeo de la aviación, fue necesario que un compañero saliera a cumplir una misión urgente y este entonces le dijo a Braulio: «Capitán, vamos a esperar que afloje un poco la situación. Mire lo que está cayendo...». A lo que replicó el jefe: «A que si yo mando una compañera ella va. ¿Quiere ver?». Entonces el hombre fue enseguida a cumplir la misión. La presencia femenina les infundía más valor.

Gonzalo Camejo manifestó que en esa acción las mujeres se destacaron mucho. Inclusive, al otro combatiente que estaba en el parapeto se le saltó la sangre por los oídos del tremendo impacto que dio el cañonazo en el borde de la trinchera y ellas continuaron con su deber de combatiente:

Se portaron muy valientes, porque al otro día estuvieron en la mejor disposición de ir a ocupar las posiciones, mientras que el que estaba con ellas dijo que él no se sentía con ánimos de seguir tirando tiros, y ese mismo día pidió la baja del Ejército Rebelde y se la dimos. Al otro día Fidel dijo que había que ir a ocupar el firme otra vez.<sup>215</sup>

Celia Sánchez, quien siempre estuvo junto a Fidel al tanto de las incidencias de la batalla, en relación con los estragos ocasionados a las tropas enemigas, describió:

Parecía la estampa de *Kaputt*.<sup>216</sup> La muerte, los pedazos de brazos, de palos, los camiones boca arriba, una pierna que se salía por allá. Toda la carretera destruida, los tanques, los

<sup>215</sup> *Ibíd.*, intervención de Gonzalo Camejo.

<sup>216</sup> Publicación del escritor italiano Curzio Malaparte, donde narra los horrores de la guerra. Fidel aparece en una fotografía en la Sierra Maestra leyendo ese libro.

camiones, los animales, los pedazos de animales, pedazos de guardias, bueno, aquello se parecía a *Kaputt*.

Había una conmoción grande porque fue un ataque muy violento. Eran las tanquetas, eran los aviones con bombas. Era el ametrallamiento de los aviones, eran los tiros del cuartel. Todo aquello al mismo tiempo. Ese mismo cañonazo que voló la trinchera de Curuneaux... yo recuerdo que cuando la retirada de ustedes, que Fidel les dijo que por la tarde no fueran a combatir, que se quedaran tranquilas en el campamento, porque vinieron hasta llenas de tierra, la tierra de los cañonazos y las bombas las enterraron allí en aquella loma. Estaban donde más fuego se recibía.<sup>217</sup>

Ada Bella dijo en su entrevista, que también se hicieron prisioneros y los que se pasaban a las filas rebeldes, les chocaba la disposición de las mujeres al verlas combatir con tanto empuje y coraje. Por igual, le impactó el respeto que el Comandante exigía hacia los adversarios caídos durante el combate.

Después de incorporados a la tropa rebelde, querían darnos órdenes, pero no se lo permitíamos. Mi apreciación en ese momento era que: ¿Cómo un casquito iba a ser jefe de nosotras? Ellos se emocionaban viéndonos combatir y querían pelear también.

Había muchos guardias muertos, y recuerdo una frase de Fidel que me conmovió mucho. Cuando recorría el campo de batalla, había compañeros que se burlaban de los cadáveres que aún no se habían recogido por la dinámica del combate, diciendo cosas ofensivas. El Comandante en Jefe los escuchó y los mandó a callar, después les dijo más o menos así: «Estamos en una guerra donde ellos están equivocados y vienen a combatirnos y tenemos que matarlos, pero no se olviden que son cubanos iguales que nosotros, aunque no tengan la

<sup>217</sup> Intervención de Celia Sánchez en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

razón». No permitió que aquellos compañeros deshonraran a los enemigos muertos, aquel gesto humano nos impactó a todos.

## Volvíamos acompañando a Fidel

Mientras seguía narrando lo sucedido en aquella batalla, Angelina fijó su mirada en el tiempo, abrió un álbum de fotografías y las fue mostrando, a la vez que su fluida voz se transportaba de nuevo al escenario de las acciones bélicas, y reveló:

Volvíamos al combate acompañando a Fidel, quien probó una tanqueta T-17 que se había capturado al enemigo y que en esos momentos estaba oculta en un montecito cercano. Gonzalo Camejo fue designado para ocupar la jefatura del pelotón que comandaba el bravo capitán Curuneaux. Dijo Fidel: «¿Quiénes son los que van a vengar la muerte de su jefe?», todos nos pusimos bien firmes de pie y levantamos las armas. Dijo Fidel: «Ahora las compañeras no van con Camejo ni con Polo, ahora van a respaldar la ametralladora de Raimundo, porque Camejo y Polo irán en el tanque». También partieron en el tanque Rafael Moreno, Edilberto González Pérez y José Milián, un guardia que se había pasado a los rebeldes y que fue el guía. Era para sorprender con el tanque a los guardias del cuartel de Guisa.

Vuelve al pasado y revive cada día.

Fidel posesionó a los combatientes. Recuerdo que tenía un pañuelo en la boca para evitar el mal olor de los tantos casquitos muertos. A Raimundo lo situaron en un alto de donde se dominaba el cuartel de Guisa y nos dijo: «Ustedes disparan en el momento que lo haga la ametralladora y tengan cuidado no se vaya a ir un tiro para la dirección equivocada».

Era de noche y la luna estaba clara, pasó la avioneta y nosotras nos parapetamos detrás de una lasca de piedra. Dis-

pararon el primer cañonazo hacia el cuartel y nosotras también disparamos. Dijo Raimundo: «No disparen más por ahora para poder escuchar al tanque, aunque algo está pasando, no han tomado el cuartel porque no se oyen los gritos de alegría».

Seguíamos en esa posición porque no habían ordenado ningún otro movimiento. Después conocimos que el tanque no pudo tomar el cuartel. Nos explicaron que habían matado a Rafael Moreno<sup>218</sup> y que resultaron heridos Cintra Frías, Camejo y [José] Milián. Después supimos que Cintra Frías, en un acto de heroísmo, sacó la ametralladora 30 del tanque y también arrastró a Rafael Moreno cuando estaba herido.

Nos contó Edilberto González Pérez, quien conducía, que lo que él siempre manejó fue un tractor, nunca un tanque. Que cuando disparaban, Camejo preguntaba: «¿Le diste?». Los tiros se iban por arriba. Nos relataron que los guardias prepararon una bazuca con la que le dispararon al tanque y que antes habían planteado que sacarían una bandera blanca, pero fue un engaño para prepararse.

El 30 de noviembre a las nueve de la noche, Fidel y su tropa de valientes entraron con toda la gloria posible al poblado de Guisa. Durante los once días de batalla, habían librado veintidós acciones combativas contra unos diez destacamentos de refuerzo muy bien armados. La victoria rebelde significó el inicio del derrumbe final del enemigo. En un fragmento del parte de la operación, Fidel señaló: «Una escuadra del pelotón de mujeres Mariana Grajales combatió valerosamente también durante los diez días que duró la acción soportando el bombardeo de los aviones y el ataque de la artillería enemiga».<sup>219</sup>

<sup>218</sup> Rafael Moreno Contrera: Combatió junto a Braulio Curuneaux en la batalla de Guisa como ayudante de la ametralladora calibre 30. Formó parte de la dotación del tanque T-17 que disparó contra el cuartel de Guisa. Cayó al bajarse del tanque.

<sup>219</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., p. 303.

En otro momento, al referirse a la batalla de Guisa, el Comandante, reafirmó:

Ese pelotón participó después en numerosas acciones. Hubo una colina en la batalla de Guisa que yo tuve que mandarla a tomar tres veces. Con los bombardeos incesantes abandonaban las posiciones la gente, y una escuadra del pelotón de mujeres participó la última vez que tomaron esa loma, y no la abandonaron, las mujeres no abandonaron esa posición. Esta fue una escuadra, otra la mandamos al llano, libraron distintos combates en el llano (...) Eso era previendo un poco el futuro.

Hoy se ha demostrado. Hoy tenemos miles de mujeres en las Milicias de Tropas Territoriales, hoy una parte importante de nuestras unidades de defensa están constituidas por mujeres y desde luego, eso empezó allí en La Plata.<sup>220</sup>

### ***Hacia Maffo***

Maffo fue el escenario de la siguiente ofensiva. El 10 de diciembre comenzó el asedio a ese poblado por las fuerzas rebeldes del Primer Frente José Martí y el Tercer Frente Mario Muñoz Monroy, otra vez como en Guisa, bajo el mando directo del Comandante en Jefe.

Las cinco valerosas muchachas que allá en Guisa no temieron ante el empuje de tanta metralla que cayó sobre ellas desde todas las direcciones, percibieron en Maffo, la manera en que los guardias se habían preparado, refugiados en el Banco Nacional de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (Banfaic), unos almacenes grandes de café, porque no se consideraban seguros en el cuartel que tenían en dicha localidad. Eran dos naves, que situadas en paralelo, tenían más de cincuenta metros de largo y al fondo estaba situada una planta de beneficio de café. Uno de los techos tenía forma de arco y el otro de W invertida. Aunque estaban cubiertas con planchas de cinc, se dice que debajo las sostenían

<sup>220</sup> Eduardo de la Torre: *Entre historias guerrilleras...*, doc. cit.

fuertes piezas de fundido y los casquitos acondicionaron el piso con túneles. Además, estaba rodeado por una cerca metálica muy alta y hasta una zanja antitanques.

De cómo llegaron a aquel nuevo teatro de operaciones para iniciar un nuevo asalto, Angelina detalló:

La marcha hacia Maffo fue caminando. Después consiguieron unos mulos para cargar unas siete ametralladoras que se ocuparon en Guisa y otros armamentos; también nos ayudaban a trasladar nuestras mochilas. Polo me montó algunas veces en una mulita, él estaba cojo, se había dado un golpe con una bazuca. Ya era distinto, llevábamos muchas armas, porque el primer día de combate los compañeros tenían pocas balas.

Pasamos por un lugar que era muy peligroso y se nos pedía que ni habláramos. A veces escuchaba que decían: «Pasen la voz que se cayó una mula», y Polo se viraba para atrás para ver lo que había sucedido. Aquella pobre mula ya no podía más, hasta que después de algunos días llegamos a Maffo.

Pungo Verdecia<sup>221</sup> iba con otra tropa cerca de nosotros, además, de Reynaldo Mora<sup>222</sup> y Orlando Puerta.<sup>223</sup> Todos se habían destacado durante los diez días que duró la batalla de Guisa. Cuando estábamos combatiendo en Guisa, Orlando Puerta fue quien llevó el mensaje a Fidel de cómo se estaba

<sup>221</sup> Rafael Verdecia Moreno, *Pungo*. Nació en Cerro Pelado, Oriente. A principios de 1957 se incorporó al Ejército Rebelde, primero al frente de una escuadra y después de un pelotón. Se destacó en varios combates. Fue ascendido a comandante el 28 de septiembre de 1958.

<sup>222</sup> Reginaldo Mora Pérez. Nació en Jibacoa, Manzanillo. De pequeño se trasladó a la Sierra Maestra con su familia. Ejerció el oficio de arriero y a principios de 1957 se incorporó a la guerrilla. Luchó junto al Che y después como integrante de la Columna no. 1. Participó en los principales combates de la Sierra.

<sup>223</sup> Orlando Rodríguez Puerta. Dirigió el pelotón de la vanguardia cuando Fidel se dirigía a Guisa. Con esa tropa intervino en diferentes enfrentamientos hasta el cerco a Santiago de Cuba. El Comandante en Jefe lo mencionó como destacado en el parte de la batalla de Guisa.



desarrollando el combate. Le dijo que habían matado a Curuneaux y derribado la trinchera de las Marianas.

Después de mucho andar, la tropa rebelde llegó a su destino y comenzaron a prepararse para el combate. De algunas de las cosas que se les ocurrían a ellas, Angelina siguió:

En Maffo comenzamos a hacer trincheras al lado de la carretera. Nosotras, jóvenes al fin, cogimos un machetico que traía Polo y comenzamos a cortar gajitos de jubabán, un árbol que abundaba mucho en los contornos, para adornar las trincheras y camuflarlas de los aviones que debían venir por las mañanas a sus acostumbrados bombardeos. Por lógica, después se marchitaron aquellas matas. A veces íbamos a un campamento que teníamos en un naranjal, unos campesinos dejaron una casita y ahí teníamos las mochilas. En Maffo estuvimos veintiún días, pero ya no era un combate tan duro. Había un teniente de la dictadura al que los rebeldes le decían «peluquita» y le gritaban: «¡Peluquita sal, que nosotros no vamos a tirar ahora! ¡Saca la cabeza que ahora van a disparar las mujeres!». La misma Bella le pedía a un compañero un Garand y disparaba. Tirábamos con las mejores armas que teníamos y después el turno de los hombres. Era como una forma de hacerles maldades a aquellos guardias que se resistían a rendirse.

### *La escuadra de Olga Guevara*

Cuando dos escuadras de las Marianas habían bajado de la Sierra y combatían exitosamente en los distintos frentes, allá en la Comandancia de La Plata, permanecían cuatro integrantes del pelotón femenino: Olga Guevara, Orosia Soto, Norma Ferrer y Juana Peña. Aunque esperaban con ansiedad recibir una orden de combate, no permanecieron inactivas.

Olga Guevara, en su autobiografía, testimonió:

Cuando se le ordenó a Eddy Suñol que iría a combatir al llano y junto a su tropa llevaría a una escuadra del pelotón

Mariana Grajales, le dije a Fidel: «Soy una». El Comandante me dijo que no iría en esa oportunidad y se me salieron las lágrimas. Me comunicó: «Tú te quedas conmigo y vas a dirigir la Escuela Mariana Grajales». Esa escuela se encargó de ir entrenando a otras compañeras que también se armarían para ir a los combates.

Fidel me dijo que se reunirían las mujeres de las distintas tropas para entrenarlas en el manejo del fusil, caminatas, al estilo de cómo él preparó al pelotón fundador, y después ir-las incorporando a las diferentes columnas, porque el plan de Fidel con las mujeres era mucho más amplio, pero como sabemos, la batalla de Guisa aceleró el triunfo revolucionario. Aunque algunas no resistieron, seguimos entrenando a las que se quedaron allí.

Celia manifestó en una oportunidad que las intenciones de Fidel eran «hacer un solo pelotón para después hacer una columna lo que pasa es que la guerra se fue acabando».<sup>224</sup>

Olga Guevara, en su diario de vida, destacó una misión que le correspondió cumplir con la escuadra que dirigía:

A principios de diciembre, salí con el grupo de compañeras para un entrenamiento físico. Cuando llegamos a La Miel, recibimos la orden que debíamos apoyar el recibimiento de un cargamento de armas procedente de Maiquetía, Venezuela, que llegaría por Cienaguilla, una pista de aterrizaje del Ejército Rebelde por allá por Manzanillo. Me acompañaron en esa misión Norma Ferrer, Orosia Soto y Juana Peña. Era una pista improvisada y el aparato se guio por fogatas y luces de faroles. En aquel avión llegó Manuel Urrutia,<sup>225</sup> junto a su

<sup>224</sup> Intervención de Celia Sánchez en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

<sup>225</sup> Manuel Urrutia Lleó (1901-1981). Presidente de la República de Cuba de enero a julio de 1959. Su oposición al rumbo radical de la Isla le hizo entrar en contradicciones con Fidel. Tras una gran presión popular renunció al cargo. Establecido en Estados Unidos, participó en actividades contrarias a la Revolución Cubana.

esposa e hijos, además de Luis Orlando Rodríguez<sup>226</sup> y Luis Buch Rodríguez,<sup>227</sup> entre otros. También viajaba una señora llamada Ana María, que siempre había trabajado con Urrutia. Por cierto, él nos recibió de una manera muy fría y Ana María me comentó: «Olguita no me ha gustado la actitud de Urrutia de ninguna manera». Le comenté: «La verdad que sí», entonces empezamos a comentar el problema de Urrutia, la actitud que había tenido él a su llegada, la indiferencia aquella. Recuerdo que él quería hablar con el pueblecito que estaba al lado de Estrada Palma y yo le decía: «Hable bajito», y él decía que quería dirigirse al pueblo que estaba congregado allí y le dije: «Oiga, si los guardias están al lado».

Gonzalo Camejo recordó una anécdota:

Yo me acuerdo un día que llegué todavía convaleciente y Fidel me dijo: «Mira Camejo, el presidente de la República», entonces digo yo: «Ah, mucho gusto», y veo que él me miró con una cosa indiferente allí. Después yo le digo a Fidel: «La verdad que al presidente creo que no le he caído ni regular».<sup>228</sup>

Mientras Olga Guevara realizaba el recorrido con sus compañeras apoyando la custodia de las armas recibidas, cuando iban por las Minas de Bueycito recibió la orientación de Celia, de que debía ayudar a recoger algunas pertenencias de Fidel en la Comandancia de La Plata, y resguardar todos los documentos y

<sup>226</sup> Luis Orlando Rodríguez Rodríguez (1912-1989). Desde 1957 integró el Primer Frente. Fundador y encargado de *El Cubano Libre* y Radio Rebelde. Ascendido a comandante en diciembre de 1958. Ministro de Gobernación de enero a octubre de 1959. Se desempeñó por más de dos décadas en el servicio diplomático.

<sup>227</sup> Luis M. Buch Rodríguez (1913-2000). Abogado. Militó en las filas del Movimiento Revolucionario. Al triunfo de 1959 fue secretario de la presidencia. Autor de varios libros sobre la Revolución Cubana.

<sup>228</sup> Intervención de Gonzalo Camejo en el encuentro convocado en la sede del periódico *Granma*, 1967, OAHRC.

equipos que habían quedado en el lugar, en cajas selladas listas para transportarlas.

Esta actividad la realizó con Eliseo Reyes Rodríguez, quien luego se incorporó a la tropa rebelde en el central Oriente.

En su libro *La contraofensiva estratégica, De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*, el Comandante Fidel precisó:

Recuerdo que el 8 de diciembre aterrizó en Cienaguilla, al oeste del firme de la Maestra, un avión procedente de tierra venezolana con un alijo de armas que enviaba a nuestro Ejército Rebelde la Junta Patriótico Militar que había derrocado el 23 de enero de ese año al dictador Marcos Pérez Jiménez en Venezuela.

En esa ocasión recibí un FAL.<sup>229</sup> Ya estaba persuadido de la importancia, para las batallas finales de la guerra, de emplear armas automáticas por su elevado volumen de fuego. Para expresar el agradecimiento infinito de Cuba a Wolfgang Larrazábal, protagonista del gesto solidario, le escribí una carta.<sup>230</sup>

Orosia Soto, sobre el cumplimiento de aquella misión, en su entrevista con el autor, describió:

Al frente de aquella operación, que yo recuerde, estaban Pedro Miret junto a Crescencio Pérez y Horacio Rodríguez. Para dirigirnos al lugar de aterrizaje, caminamos toda la noche y eran días de unas lluvias intensas. Recibimos el avión cantando el himno nacional y la marcha del 26 de Julio. Esperanza, que así se llamaba la esposa de Urrutia, se emocionó y nos abrazó. Aquel armamento se transportó en un arria de mulos, el recorrido duró varios días atravesando ríos, subiendo y bajando lomas. Pasamos por Guisa, ya se había terminado la batalla y en ese recorrido nos encontramos con Radio Rebelde en La Miel. Aparece en los escritos

<sup>229</sup> El fusil FAL de fabricación belga recibido por Fidel, le fue entregado por Norma Ferrer, la integrante más joven del pelotón de las Marianas

<sup>230</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., p. 328.

que nuestro grupo bajó custodiando a Radio Rebelde desde La Plata, pero no fue así. Quizá lo dicen por este encuentro y que después los acompañamos hasta Maffo.

De tantos lugares que pasamos un día nos encontramos en un terreno descubierto donde pastaban muchas reses y los aviones comenzaron a «darnos leña», nosotros buscando donde escondernos y aquellas vacas alborotadas. Por fin salimos de aquella situación y continuamos hacia Maffo, no sin que antes nos cayeran unos buenos aguaceros.

En Maffo nos unimos a combatir junto a las demás compañeras del pelotón Mariana Grajales que ya se habían batido en Guisa. Después nos cambiaron los M-1 que traíamos por San Cristóbal con cuatro cargadores, como preparación para la arremetida final contra el régimen, que debía ser el cerco y asalto a Santiago de Cuba.

Resultaba imprescindible la toma de Maffo, equidistante entre Bayamo y Santiago de Cuba, para garantizar el ataque a la capital oriental.

Uno de aquellos instantes, fue destacado por Flor:

Hicimos trincheras para atacar el cuartel (...) donde prácticamente tenían una fortaleza, entonces seguimos para el poblado y desde allí seguimos peleando. Mientras disparábamos, también recibimos el acoso de la aviación. En un momento avanzamos cruzando la calle creyendo que eran compañeros de nosotros los que también avanzaban y era un grupo de guardias que corría a refugiarse al Banfaic. Allí había que pasar cruzando bajo las balas. Al regresar es que me hieren en una pierna, caigo y los compañeros me recogen y me llevan para una casa donde estaban los refugios. Mis compañeras se pusieron muy mal, y que como me habían herido se la iban a desquitar. Yo les dije que en realidad si sucedía se perdía una sola vida, lo malo es que se perderían cuatro o cinco.<sup>231</sup>

<sup>231</sup> Eduardo de la Torre: *Entre historias guerrilleras...*, doc. cit.

Mientras los guardias tenían el refugio de la fortaleza que habían creado en el Banfaic, los rebeldes tenían el refugio de la ciudad, a expensas de los continuos bombardeos sobre aquel poblado que fue prácticamente demolido.

A la mente de Ada Bella llega con tristeza uno de los momentos que vivieron ya finalizando el año 1958.

Para combatir teníamos las trincheras en una farmacia que se encontraba muy cerca de donde estaban los soldados batistianos. El día y la noche la aviación encima de nosotros tiraba bombas de cualquier cantidad de libras. Aquel combate duró...

El 24 de diciembre, a raíz de la «Nochebuena», Fidel autorizó una tregua para que durante ese tiempo las esposas de los oficiales sitiados pudieran entrar al Banfaic y llevarles parte de la cena que estaba destinada a los combatientes rebeldes. Allí recordamos un hecho que para todos fue muy doloroso: la tregua estaba pactada hasta el día 25 un poco más tarde y ellos no respetaron el acuerdo, a las seis de la mañana rompieron la tregua, nos traicionaron. Para nosotros fue muy duro aquello.

Hasta el 30 de diciembre los casquitos permanecieron sin querer entregarse, actitud que obedecía al móvil de proteger a los chivatos, masferreristas y policías que se les habían unido.

En el mando revolucionario surgió la idea de rociar el local del Banfaic de gasolina, utilizando un camión bombero que habían capturado en Palma Soriano. La absurda resistencia concluyó con el anuncio rebelde, aunque la tropa de Fidel no buscaba venganza.

Antes, el propio Comandante le explicó al jefe de la citada tropa que no se empecinaron con la resistencia, que no tenían otra salida que entregarse. Los soldados de Batista conocían de la caballerosidad de los guerrilleros en el trato a los prisioneros y llegado el momento de rendirse lo hacían sin temor.

En el combate de Maffo, las Marianas fueron también protagonistas. La victoria estaba cerca y en ellas palpitaba el honor de haber marchado junto a Fidel, a dar las batallas decisivas contra el enemigo.

*¡Primero de Enero!  
luminosamente surge la mañana.  
¡Las sombras se han ido! Fulgura el lucero  
de la redimida bandera cubana.  
(...)  
Pasan capitanes, curtidos labriegos  
que vienen de arar en la Historia.  
Pasan las Marianas sin otras coronas  
que sus sacrificios: cubanas marciales,  
gardenias que un día se hicieron leonas  
al beso de doña Mariana Grajales.<sup>232</sup>*

<sup>232</sup> Jesús Orta Ruiz, *el Indio Naborí: Fragmentos de la Marcha triunfal del Ejército Rebelde*, en Eugenio Suárez y Acela A. Caner Román: *Fidel: En el año de la Liberación*, t. I, enero-marzo, Casa Editorial Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2006, pp. 58-59.





## *¡Triunfamos!*

El 30 de diciembre de 1958 el Comandante en Jefe, a través de un parte por Radio Rebelde, informó que Maffo había caído en poder de las tropas revolucionarias después de veinte días de combate y que ya no quedaba ninguna fuerza enemiga entre Bayamo y Santiago de Cuba.

Las Marianas, que con tanto arrojo habían combatido en Guisa y en Maffo, y la escuadra de Olga Guevara, se concentraron en el central América, listas para participar con las columnas guerrilleras en el asalto a Santiago de Cuba.

## *En el Cuarto Frente*

Sobre los acontecimientos ocurridos en los últimos días del batallar constante en la zona de Holguín, junto a la tropa de Eddy Suñol y en composición del Cuarto Frente, donde mantenían en jaque a los soldados de Batista, Lilia Rielo recordó:

En esos días finales de la guerra, Fidel solicitó que regresáramos a la Columna 1 que él comandaba, parece que como ya veía el triunfo quería que termináramos juntas la guerra.

A tanta insistencia, un día Eddy Suñol se despidió de nosotras. Después del combate de los Redondones de Báguanos nos incorporamos con el Furry<sup>233</sup> en un campito que estaba muy cerca de Holguín, porque estaba previsto cercar el regimiento de dicha ciudad.

Llegamos un día como a la una de la tarde a la tropa de Furry, lo recuerdo porque en ese instante preparaban el almuerzo; nos incorporaron a otra escuadra y estábamos tristes, no sabíamos ni con quién hablar. Esa misma noche, ya en la madrugada, la gente escuchaba los radiecitos y empezaron a gritar: «¡Batista se fue, Batista se fue!». Aquello fue una emoción muy grande y nosotras decíamos: «¡Qué estamos haciendo aquí paradas!». Nos encontrábamos muy cerca del Regimiento de Holguín.

Teté, Isabel y yo decidimos ir para Holguín, interceptamos un carro que iba para el centro del pueblo y entramos como si viniéramos de La Habana. ¡Nos encontramos de movimiento con el regimiento de guardias!, porque no sabíamos dónde se encontraba. Estaba iluminado y con una hilera de guardias, parados tiesos con uniformes impecables y nosotras unas churrosas asquerosas que nos poníamos todas las *gan-garras* que encontrábamos: collares de semillas, todos los rosarios que aparecían. Teté y yo teníamos en las gorras pelos de conejos. Pasamos por allí rapidísimo, incluso con los fusiles, lo que fue una indisciplina, porque todavía no se habían rendido. O sea, que fuimos las primeras que entramos a Holguín. Después dimos otras vueltas por la ciudad y no nos vinculamos más con la gente de Furry, regresamos con la tropa de Suñol.

<sup>233</sup> Abelardo Colomé Ibarra, *Furry* (1930). Integró la Columna no. 1 del Primer Frente y la Columna no. 6 Juan Amejeiras del Segundo Frente. Después del triunfo revolucionario ocupó diversos cargos. Ostenta el grado de general de cuerpo de ejército de la reserva.

Isabel Rielo, de sus impresiones, cuando estaba muy próximo el triunfo, por el que tanto habían soñado y batallado, en el encuentro de agosto de 1967, narró:

Cuando la huida de Batista, nosotras estábamos en la Sierra de Gibara. Se había planeado el ataque a Holguín. El día 24 de diciembre fue el ataque a Puerto Padre, el día 29 fue a Gibara. Nosotros, por mediación del capitán Suñol recibimos la orden de incorporarnos con Delio Gómez y con Furry al ataque de Holguín, porque se suponía que después iba a ir la invasión barriendo. Nosotros esa noche comentábamos: «Algunas de nosotras no llega allá abajo, porque seguro que nos matan». Era el chiste en el plano de la broma y la risa, pero conscientes que la pelea iba a ser dura. Esa noche se planeó el ataque a Holguín en una acción combinada: Delio Gómez, Furry, las tropas de Suñol y Lalo Sardiñas, una concentración de todo lo grande que había por esos lugares.

Ocupamos una lechería en las cercanías de Holguín, se planificó el ataque, se hizo la primera acción el primer día. Esa noche, estando en la lechería se escucharon unos aviones grandes y yo decía: «Teté, ¿será que los enemigos se están retirando en aviones?», de verdad que no sabíamos lo que estaba ocurriendo. Efectivamente, al amanecer del otro día nos enteramos de lo que ocurría, que el tirano había huido. Es la anécdota de que hablamos, nosotras tres tomamos a Holguín en un [yipi].

La escuadra de las Marianas que hacía más de un mes estaba en el llano con la tropa de Eddy Suñol, decidió pasar por el cuartel enemigo y hasta saludar a los soldados. Sobre aquel día, Isabel continuó:

Sí, sin haberse rendido los guardias, pasamos por el cuartel. Dijimos adiós, los guardias nos saludaron y cuando regresamos al campamento dice Suñol: «¿Dónde ustedes estaban?», respondimos: «Tomamos a Holguín y sin tirar un tiro».



Recuerdo que llegamos temprano en la mañana a Holguín y fuimos a casa de una hermana a Pueblo Nuevo. Nos hicieron café, tomamos refresco. Como ya decían: «¡Tumbaron a Batista!», Martica se fue y nosotros pensamos que ya se había tomado el regimiento y que Holguín era de los rebeldes, allí no había entrado nadie.

Y cuando llegamos al campamento dijo Suñol: «¡Muchachas, ustedes están locas!». Estaban Furry y otros oficiales rebeldes, que habían recibido la orden, que si a las 12 del día o no recuerdo bien la hora, si no se habían rendido, se rompía el fuego de nuevo. Y, efectivamente, a esa hora no se habían rendido, pero ya estaban los compañeros en el cuartel realizando la rendición.

Naturalmente, empezaron a llegar al campamento nuestro, oficiales de Batista y los mirábamos con extrañeza porque la verdad es que nos lucían tan extraños... Recuerdo que Suñol mandó que les dieran café y les hicimos café. Se pusieron a conversar con nosotras, a ellos les llamaban mucho la atención las mujeres y trataban de acercarse a conversar. Después nos incorporamos a la Caravana y en Bayamo fue que vimos de nuevo a Celia.

A Isabel le brota un recuerdo tras otro, por ello siguió contando:

Hay otra anécdota de ese día: Cuando los rebeldes tomaron Aguas Claras, que nosotros no sabíamos nada, íbamos en un [yipi], nos tropezamos con una perseguidora llena de guardias. No sabíamos que habían ido a rendirse y nos encontramos en una curva y dice Teté: «¡Alto, vamos a fajarnos!», dice un policía: «¡No, no, no me hagan nada que yo soy gente buena!». Después lo fusilaron porque era un criminal de guerra; cuando eso todavía los guardias no se habían rendido, eso fue entre Holguín y Aguas Claras. Mientras aclarábamos la situación de que si había que fajarse o no, era una intranquilidad terrible; entonces nosotras queríamos estar en todas, y lo mismo corríamos para

Holguín que para Aguas Claras y corríamos para La Presa. En todo eso nos tropezamos con los guardias porque ellos tenían una indecisión terrible, estaban dislocados. Usted salía y se encontraba tres por un lado, otros por otro lado. A veces alguna perseguidora.

Con aquella perseguidora, donde estaba el asesino de guerra, pensamos que nos habían puesto una emboscada, era un reguero de guardias tremendo, después uno los veía que se aparecían hasta con dos y tres fusiles porque parece que pensaban que con eso les iban a perdonar la vida; era como una especie de indulgencia si además al entregarse con su arma llevaban las de otros. Había algunos que decían: «Hace tres días que he desertado, hace tres días que llegué aquí», y es verdad que algunos se aparecían con la ropa rota. Y había algunos que decían: «Mire, tuve que matar a otro para poderme ir».

Angelina Antolín, sobre de los acontecimientos que se suscitaron a su alrededor el 1.º de enero de 1959, mientras se encontraba en Maffo, narró:

Ese día yo me había quedado en el campamento porque Polo me dijo: «Van a traer una vaca que mataron. Dile al cocinero que la mitad es para la gente de Pungo Verdecia y la otra parte para nuestra tropa». También teníamos que estar atentos de la aviación. El cocinero de nosotros se llamaba José Luis y le decíamos: «Ahí viene el B». Él nos decía: «A correr, que ahí viene el B», el B-26.

Mientras esperaba a José Luis, de pronto vino Polo en un camión: «¡Recojan que nos vamos!». Le expresé: «¿Cómo que nos vamos?», de momento hubo un tiroteo y yo comentando que habían anunciado que nos íbamos y que los guardias estaban ahí. ¡Era la misma gente de nosotros disparando de alegría por la huida del tirano! Entonces Polo, que casi no había terminado de hablar, nos reafirmó que sí, que Batista se había marchado. ¡Triunfamos!

Al momento, por la mente de Angelina, llegaron los difíciles instantes vividos y con alegría valoró que no habían sido en vano. Del primer día de la victoria, recordó:

El último día, la dictadura tiró mercancías desde un avión hacia donde los guardias estaban acuartelados, pero fueron los rebeldes quienes las recibieron, aunque esa misma situación se había producido antes.

Llegó mucha gente al Banfaic y la avioneta estaba dando vueltas, y al comunicarse con los militares le decían que los rebeldes no habían llegado allí, que esos eran campesinos buscando comida, no querían reconocer la derrota.

Yo le dije: «Polo, cómo nos vamos a ir», porque para nosotros él era como un muchacho que queríamos tanto. Yo preocupada por Flor que estaba herida en Bijagual y él me dijo que los médicos se encargarían de cuidarla y trasladarla. También pensaba en la valiosa vida de los heroicos compañeros caídos en el transcurso de la guerra, que no pudieron ver el día de la victoria, pero nunca han sido olvidados. Con sobrado entusiasmo esperamos la llegada de Fidel de Santiago de Cuba para incorporarnos a la Caravana de la Libertad.

Antes del amanecer del primer día de 1959, una frase se escuchó de voz en voz: «¡Se fue, se fue el tirano!». La radio repetía la noticia de la fuga de Batista. Fue de verdad una aurora para toda Cuba y las muchachas del pelotón femenino Mariana Grajales percibieron el júbilo generalizado dibujado en cada rostro como si el cansancio por tantas arduas jornadas, esperando aquel instante, hubiera desaparecido. Brotaron lágrimas de emoción junto a las sonrisas por el éxito. En la madrugada, en el central América estuvieron cantando junto al legendario Quinteto Rebelde los himnos tradicionales. Es cierto, la patria las contemplaba orgullosa y sabía que debían de triunfar.

Luego, llegó, a través de las noticias, la emoción de los acontecimientos que se produjeron en Santiago de Cuba, principalmente por el histórico y emocionante discurso de Fidel en el

Ayuntamiento frente al parque Céspedes y que comenzó con las vibrantes palabras: «Santiagueros, compatriotas de toda Cuba: Al fin hemos llegado a Santiago. Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado». <sup>234</sup>

## La mejor prueba es el pelotón Mariana Grajales

Mientras se sucedían los aplausos tras las emocionantes palabras de Fidel, más colosal fue la felicidad cuando él se refirió a ellas, a las Marianas, protagonistas también de aquella epopeya.

Habrá armas necesarias para que aquí se arme todo el que quiera combatir cuando llegue la hora de defender nuestra independencia. Porque está demostrado que no solo pelean los hombres, sino pelean las mujeres también en Cuba, y la mejor prueba es el pelotón Mariana Grajales, que tanto se distinguió en numerosos combates. Y las mujeres son tan excelentes soldados como nuestros mejores soldados hombres. Yo quería demostrar que las mujeres podían ser buenos soldados. Al principio la idea me costó mucho trabajo, porque existían muchos prejuicios. Había hombres que decían que cómo mientras hubiera un hombre con una escopeta se le iba a dar un fusil a una mujer. ¿Y por qué no?

La mujer es un sector de nuestro país que necesita también ser redimido, porque es víctima de la discriminación en el trabajo y en otros muchos aspectos de la vida.

Organizamos las unidades de mujeres, que demostraron que las mujeres pueden pelear. Y cuando en un pueblo pelean los hombres y pueden pelear las mujeres, ese pueblo es invencible.

Mantendremos organizadas las milicias o la reserva de combatientes femeninas.

<sup>234</sup> Fidel Castro: Discurso en el parque Céspedes de Santiago de Cuba, el 1.º de enero de 1959, en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959>



Y estas jóvenes que hoy veo con los vestidos negro y rojo, del 26 de Julio, yo aspiro a que aprendan también a manejar las armas.<sup>235</sup>

Lilia Rielo, como si se transportara al pasado, revive aquellos días y se acuerda de cada detalle.

No recuerdo si fue el 1.º o el 2 de enero que fuimos para Bayamo con Eddy Suñol y con Delio Gómez Ochoa, para incorporarnos a la caravana con Fidel. Éramos Teté y yo, porque a mi hermana la cogió una rubiola y tenía una fiebre de cuarenta, que tuvo que quedarse en el club de oficiales, aunque después se incorporó a la Caravana. Aparezco en una foto al lado de Fidel, mientras hablaba en Bayamo.

Allí, había unas muchachas que se habían unido en esos días al Ejército Rebelde y lucían unos uniformes brillantes, y muy bien peinadas. Nosotras con aquel estalaje y varios días sin bañarnos. Fidel nos dijo: «Échense para acá para que salgan en las fotos».

Es tan inolvidable la Caravana que para mí no parecieron ocho días sino meses, porque se vivía de una manera tan intensa que los días eran como siglos. Recibimientos interminables en cada pueblo por muy pequeño que fuera hasta llegar a La Habana, muchas flores.

Pasamos por Cienfuegos, todavía guardo los recuerdos de Matanzas, que eran algo bello aquel encuentro y no agobiante. Yo conocía La Habana, pero nunca vi una Habana tan bella y tan abigarradamente llena de personas, no sé de dónde sacaban tantas flores para llenar todos los lugares y que también nos las lanzaran a los integrantes de la histórica Caravana. Detrás del carro de Fidel iban las dos tanquetas de nosotras donde nos montamos por el Cotorro y también presenciamos el encuentro de Fidel en ese sitio con su hijo Fidelito.

<sup>235</sup> Fidel Castro Ruz: *La contraofensiva estratégica...*, ob. cit., pp. 425-426.

Cuando se acercaron al Palacio Presidencial, la cantidad de personas fue asombrosa. De esos instantes de gran emoción Lilia continuó:

El pueblo nos llevaba maltas y otros alimentos, aunque nos prohibían aceptar cualquier cosa. Para entrar del malecón a Palacio era una masa compacta, no sé de dónde sacaban el espacio para que Fidel pasara. Después subimos por 23 en marcha lenta, por la tanta aglomeración de pueblo. Allí, frente a Radio Centro, como se llamaba entonces el hoy Instituto Cubano de Radio y Televisión, conversó con algunos artistas.

Fue La Habana vestida de gala, humildes y no humildes se encontraban en las calles. Ya en Columbia, cuando nos sentimos extenuadas, Teté y yo entramos a una barraca y sacamos a unos guardias de Batista de la cama y allí mismo nos tiramos junto a toda aquella tropa. Después mi hermana nos localizó y estuvimos un tiempo en el hotel Habana Libre, convertido prácticamente en un campamento, mientras cumplíamos diferentes tareas, aunque el acuartelamiento central fue en Managua. Fue en ese hotel donde Fidel estableció por un tiempo su puesto de mando.

En una entrevista que se encuentra en los archivos de la Oficina de Asuntos Históricos, Angelina Antolín y Rita García, dieron sus impresiones sobre el desplazamiento en la Caravana de la Libertad.

**Rita García:** De Maffo nosotros salimos con rumbo a Santiago, cuando llegamos a Palma llegó un mensaje que aguantáramos allí, que ya Fidel venía de Santiago con la Caravana rumbo a La Habana, entonces fuimos para el central Dos Ríos a esperarlo, ahí fue donde nos unimos a la Caravana (...) Había que ver al pueblo de Bayamo, yo creo que no había nadie en las casas, porque todos vinieron a saludarnos, nos tocaban, nos besaban, bueno, allí todo el mundo

le daba vivas a la Revolución, a Fidel. Todos querían ver a los rebeldes, aquello es algo que nunca olvidaré

**Angelina Antolín:** Déjeme decirle que esa llegada a Bayamo fue el impacto más emocionante que yo he recibido en mi vida. Fue una alegría tan grande ver cómo el pueblo de Bayamo salió a la carretera a recibirnos, todavía a mí me parecía que era mentira que la Revolución hubiera triunfado, al ver que junto al pueblo había tantos compañeros que yo conocía, que ya habían bajado a Bayamo y que salían a recibirnos, también vecinos del barrio donde yo vivía de Minas de Bueycito, los encontré allí.

Todos los compañeros allí de Bayamo querían que nos quedáramos con ellos, que no siguiéramos para La Habana, pero la verdad es que nosotras no podíamos separarnos de los compañeros de la columna, porque de verdad que parece que en los momentos más difíciles de uno en la vida, uno pues le coge cariño a los compañeros que han estado con uno en esos momentos.

Fue tanta la emoción que me dio por llorar. He llorado tanto, ese llanto mío era de alegría y yo creo que estuve como [dos o tres] días llorando, y las lágrimas volvían cada vez que me acordaba del encuentro, pero es que la alegría que había en ese pueblo era tanta, que uno no podía dejar de emocionarse (...) nos brindaban comida, ropas, prendas, en las paradas que hacíamos, pero nosotros no cogíamos nada de lo que nos brindaban, únicamente comida porque en el apuro nadie cogió nada para comer en el camino.

**Rita:** Yo recuerdo una noche en Bayamo que estábamos en un [yipi] en el que vine hasta Matanzas, también venía Bella Pompa y la hermana de Bella, Chelo, y nos halaban la ropa, nos querían bajar del [yipi], que Montes de Oca nos dijo: «Agárrense fuerte que se quedan», pero ¡cómo uno no iba a darle la mano a la gente! Mira, en Holguín nos encontramos con Teté Puebla, con Isabel Rielo, Lilia, un grupo de compañeras que estaba en otra tropa, recuerdo que estaban sentaditas allí en la hierba y nos abrazamos enseguida.

**Angelina:** Bueno, en Bayamo (...) montamos en una máquina que consiguieron para que viniéramos más cómodas, una parte, porque el resto vino en otros vehículos. En esa máquina fuimos hasta Camagüey.

Sí, porque mire, nosotras veníamos en la tropa nuestra con quien siempre habíamos estado, en la Columna 1 y recuerdo que en Holguín hicimos una estancia larga, la Caravana hacía grandes paradas porque la gente quería oír y ver a Fidel. Lo que si no olvidaré es cuando Fidel habló en Camagüey, estaba el pueblo allí desbordado, aquello era un río de gente, allí Fidel habló y la Caravana paró un buen tiempo, la gente nos rodeaba enseguida y casi no podíamos ni movernos. Allí en Camagüey nos dieron almuerzo.<sup>236</sup>

Del encuentro de Angelina con su esposo Miguel Ángel Espinosa, en Camagüey, a quien no veía desde que él partiera con las tropas de Juan Almeida para el Tercer Frente, con emoción, contó:

La Caravana estaba detenida, porque Fidel también habló en Camagüey. Entonces vino un combatiente del Tercer Frente que me conocía y me dijo: «¡Tú aquí! Se lo voy a decir a Miky». Así le decían a mi esposo. Le comenté: «Déjate de estar jugando, él se quedó en el Tercer Frente», yo no le creía. Agregó que venían juntos y que estaba recorriendo la Caravana, yo desconocía que Espinosa también venía en la Caravana. En un momento de aquellos, apareció Espinosa. ¡Se produjo el esperado encuentro! Él con su barba y su melena de rebelde. Fue un abrazo también por la alegría del triunfo y porque ambos, sanos y salvos, nos íbamos a encontrar por fin con nuestros tres hijos.

<sup>236</sup> Resumen de la entrevista realizada a Angelina Antolín y Rita García, Fondo: Grabaciones, no. 1427, OAHRC.

Cuando termina la frase emocionada como en aquel momento, Angelina retrocede en el tiempo y recuerda una anécdota de allá de la Sierra:

En una oportunidad alguien iba para el Tercer Frente, y Celia me recomendó que le hiciera una cartica a mi marido diciéndole que yo estaba en la tropa, que estaba peleando. Una carta normal, lo que yo quisiera decirle. Celia le envió la carta, pero se la entregaron a otro rebelde que también se llamaba Miguel Ángel Espinosa y que también estaba en el Tercer Frente, quien llegó a ser piloto y murió en el avión de Barbados. Un día, este otro Espinosa, le dijo a Celia: «Tengo algo para usted. Esta es la cartica que usted me mandó, pero yo no tengo ninguna mujer». Eso fue allá en la Comandancia de La Plata, ella me mandó a buscar, tremenda risa por aquella confusión.

Después que me encontré con Espinosa en la Caravana, me dijo que íbamos muy incómodas y que siguiera con él en una máquina que traía, pero yo debía seguir con mis compañeros. En eso arrancó la Caravana y seguí con él, después andaban Polo y Camejo buscándome en un yipi descapotado recorriendo la Caravana de un lugar a otro, hasta que me uní de nuevo con mi tropa.

Miren bien, que estas son las mujeres  
más lindas de Cuba

Sobre el recorrido por la Isla y la alegría compartida en cada pueblo por donde pasó la Caravana de la Libertad, en la misma entrevista, Angelina dijo:

**Angelina:** En Ciego de Ávila estuvimos un día o dos pero la parada allí fue más larga y si digo que el recibimiento fue menor que en otros lugares fue mentira. El recibimiento fue desbordante, nos llevaron a las tiendas, nos atendieron muy bien. Nos querían dar ropas, zapatos, perfumes, de todo. Solo aceptamos ropa interior porque salimos sin nada.

Polo Cintra nos llevó a una casa donde nos bañamos, también Gonzalo Camejo nos dijo que las compañeras de allí nos iban a atender. Nos daba pena aceptar todas las cosas, pero si nos poníamos a cargar todo lo que nos daban había que traer una rastra para cada una de nosotras. Fueron a buscar unos ovejos en una finca y los cocinaron por la noche. Un señor de la tienda nos dijo: «Ustedes aquí pueden coger lo que ustedes quieran», pero nosotros, qué va. Teníamos una alegría tan grande que nada nos llamaba la atención, porque hasta una sortija preciosa me quisieron dar allí, pero yo ni caso le hice.

Al otro día para Santa Clara y esa ciudad estaba alborotada. Pero desde que salimos de Ciego por toda la carretera, la gente yo no sé de dónde salían, se tiraban hacia los carros, con jarros de leche, con comida.<sup>237</sup>

Cuando llegaron a la capital el impacto fue considerable, sobre aquellos momentos, Angelina continuó:

La entrada en La Habana fue algo que a mí no se me olvidará jamás en la vida. Se veían banderas cubanas y rojinegras, porque aquello era una concentración inmensa en el malecón, así como en los balcones de los edificios. Cuando la gente veía que en las tanquetas venían mujeres, pues querían vernos y saludarnos y la gente que se acercaba gritaba: «Oye, ¿en qué tanque viene Mariana?», le decíamos: «Mariana viene detrás». Y allá se iba la gente con la alegría de ver a Mariana, parece que creían que porque nosotras nos llamábamos Marianas, había una Mariana y ellos querían ver a Mariana.

Recuerdo que vino un grupo corriendo hacia nosotras, un hombre se detuvo y dijo: «Miren bien, estas son las mujeres más lindas de Cuba». Yo lo miré y pensé: «Caramba, nosotras las más lindas, tan sucias y tan cansadas». Veníamos con uniformes, también nos tiraban besos. Se acercó un

<sup>237</sup> Ídem.

hombre corriendo y se pegó a la tanqueta, parece que trataba de saludarme, me agarró y sin querer se colgó de una de mis botas, y la bota aquella de boca ancha, y allá se quedó el hombre parado en medio de la calle con la bota en las manos y yo dándole gritos y el hombre corriendo detrás del tanque y no podía alcanzarlo hasta que me la tiró y uno de los compañeros que venía detrás me la alcanzó. Eran unas botas de vaquero que me habían regalado en Bayamo. Había que ver la cara de aquel hombre parado en medio de la multitud con la bota en la mano, era como para morir de la risa, también era cómico verme con una sola bota. Aquello fue lo más grande de la vida, la gritería que formé.

Cuando pasamos por donde está la fábrica de cerveza del Cotorro, también había mucha gente y nos tiraron fotos. A mí alguien me tiró un girasol y se me enganchó en el pecho y con él entré a La Habana. Por ahí hay una foto donde estoy en el tanque con el girasol en el pecho, porque también nos tiraron muchas flores. Lo de La Habana fue apoteósico. La gente quería tocarnos para ver si éramos de verdad. Nos decían: «Regálame una balita», porque muchas teníamos medallitas y crucifijos y yo los regalé todos porque querían algún recuerdo.

En varias ocasiones vimos a Fidel que se bajaba y hablaba con la gente. Nos daba miedo que le pasara algo, porque se le tiraban arriba y uno no sabía dónde podía surgir un enemigo porque quedaban muchos sueltos por ahí, pero Fidel es así, se metía entre la gente cuando llegábamos a algún lugar.<sup>238</sup>

En la Caravana de la Libertad, las Marianas fueron testigos en cada pueblo y ciudad por donde avanzaban, de las multitudes gigantescas que dieron su emocionante saludo a Fidel, que calificó aquel inolvidable acontecimiento de «un baño de multitudes, un baño de pueblo».

<sup>238</sup> Ídem.

Sobre la llegada de las Marianas aquel 8 de enero a La Habana, el Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, en uno de sus libros, describió:

No hay mástil de bandera que no tenga los colores de la patria. Todo vestido de nuevo, la multitud y los sentimientos. Las Marianas, que tomaron el nombre de la insigne madre de los Maceo, defensoras de la libertad con el fusil, son saludadas con amor, ternura y admiración. Oímos las sirenas y el pitar de los barcos; y por los altoparlantes la voz de un locutor enardecido exclamando: «¡Ahí viene! ¡Ya se acerca!». Y los gritos de: «¡Viva!». «¡Viva Fidel!». «¡Viva la Revolución!».<sup>239</sup>

Bañadas de multitud, las Marianas celebraron el triunfo repartido entre cada combatiente. Las heroicas guerrilleras, dispuestas como siempre, conocían que vendrían nuevas batallas para consolidar la Revolución.

<sup>239</sup> Juan Almeida Bosque: Ob. cit., p. 369.



*Hoy están multiplicadas  
en millones de mujeres  
cumplidoras de deberes  
en las metas más osadas.  
Como madres, federadas,  
médicas, educadoras,  
científicas, creadoras,  
campesinas, deportistas.  
Fuerza internacionalista  
batallón de invictas flores.<sup>240</sup>*

<sup>240</sup> Poema del Héroe de la República de Cuba, Antonio Guerrero Rodríguez, dedicado a las Marianas desde la cárcel.



## *Marianas en Revolución*

Sin sacudir de sus uniformes verde olivo la pólvora de la guerra, después de escuchar el histórico discurso del Comandante en Jefe Fidel Castro, el 8 de enero de 1959, en la otrora Ciudad Militar Columbia, en el que expresó proféticas palabras: «(...) la tiranía ha sido derrocada. La alegría es inmensa. Y sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañamos creyendo que en lo adelante todo será fácil; quizás en lo adelante todo sea más difícil»,<sup>241</sup> las integrantes del pelotón femenino Mariana Grajales, se trasladaron para el campamento de Managua, donde se concentraron otras féminas de probados méritos, que actuaron en los diferentes frentes de combate apoyando a los rebeldes.

### *La Compañía Mariana Grajales*

Todas comenzaron a recibir un amplio entrenamiento ante los nuevos retos, que comprendió asignaturas militares y culturales. La compañía, a la que llamaron Mariana Grajales, estuvo comandada por Isabel Rielo y desarrolló disímiles misiones, de las que

<sup>241</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso en Ciudad Libertad, el 8 de enero de 1959, en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959>

hoy se sienten orgullosas y han dejado para los más jóvenes sus testimonios que avalan la humildad y entrega a cuanta tarea la Revolución les entregó.

### «Salvar a un niño es hacer patria»

En la amplia entrevista que Lilia Rielo le concediera al autor, refiriéndose a los días de felicidad después del Primero de Enero, contó:

Sucedió algo cómico y curioso: en aquella trayectoria de nosotras hasta La Habana, hubo también compañeras que conocieron a los rebeldes en el camino, se buscaban un uniforme verde olivo y se incorporaban a la caravana. Eran las menos, porque en realidad se conocía a quiénes habían escalado la Sierra para luchar.

Cuando se conformó la compañía comandada por Isabel, con mujeres de la Sierra, todas decían que eran Marianas. Eran muy valiosas, pero en realidad las Marianas somos las trece integrantes del pelotón inicial que Fidel fundó en La Plata.

En Managua había muchas barracas porque era un campamento del Ejército; los comedores estaban muy bien organizados. Durante unos días laboré en el control de estos llevando las estadísticas en la parte administrativa. Por allí visitaba mucho el médico Piti Fajardo y en una conversación le comuniqué que algunas compañeras no hacíamos nada, aunque Isabel si tenía mucho contenido de trabajo. También le planteamos aquella situación a Augusto Martínez Sánchez.<sup>242</sup> Para entonces, ya había ideas relacionadas con la atención a las víctimas de la guerra en la antigua provincia de Oriente.

<sup>242</sup> Augusto Martínez Sánchez (1923-2013). Comandante del Ejército Rebelde. Tras el triunfo revolucionario ocupó el cargo de ministro de Defensa. Luego se desempeñó como ministro del Trabajo hasta 1964. Cumplió varias misiones en África.

Sobre la misión que les encomendara el máximo líder, Lilia Rielo relató:

A Pedro Aguilera, *Aguilerita*, quien fue uno de los asaltantes del cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo, y trabajaba con Almeida en Managua, le orientaron que nos acreditara a Teté y a mí con un carnecito, donde se señaló la labor que íbamos a realizar en la zona oriental. A Teté le dieron un auto tipo convertible y a todas estas sin saber manejar, hizo un poquito para allá y para acá y arrancamos.

Me ubicaron en la parte de Holguín que abarcaba Las Tunas, Puerto Padre, los Mayarí, Cueto y Antilla. Era un área amplia donde debía detectar a las víctimas de la guerra, para ver qué atención se les podía brindar. Nos «canturrearon» que no había ningún tipo de presupuesto, teníamos que inventar. Fue pasando el tiempo y ya teníamos la idea de qué hacer y cómo.

Esta tarea reafirmó la concepción humanista que desde un principio tuvieron Fidel y sus compañeros de lucha. Satisfecha de haber vivido esa experiencia, Lilia siguió:

¿Y con qué dinero?, pues estaban los centrales Delicias, Chaparra, y los adinerados de Holguín; yo salía con una latica a la calle y detenía los carros. En los días de cobro en los centrales, me trepaba encima de una mesa y hablaba como un cao utilizando el lema: «Salvar a un niño es hacer patria». Con los dineritos que nos daban los trabajadores de los centrales ayudamos a muchos, incluyendo a los que dormían en las calles, en su mayoría, hijos de prostitutas. Había uno muy pequeñito que yo no sabía adónde lo iba a meter, le decíamos «el comandante», porque le pusimos un uniforme y unos grados igual que Fidel, pero no había quién le pusiera zapatos. Con unos cinco añitos apenas sabía hablar.

Una vez, el jefe de la Revolución fue a Holguín y el chiquito se paró frente a él, le dio por la barriga y le dijo: «¡Caballo!»,

así era como el pueblo se refería a Fidel, por todo lo grande que había hecho.

De cómo muchos de estos niños llegaron a La Habana y fueron conducidos en su vida, Lilia recordó:

La mayoría, procedentes de la Sierra, Celia los acogió y fueron primero alojados en la casa de Cojímar, que Fidel utilizó durante un tiempo. Allí comenzaron a recibir atención médica y educación. Cuando creció el número de niños, los trasladaron para lo que se llamó granja infantil Sierra-Cojímar, una escuela con aulas, dormitorios y demás facilidades.

Uno de los más mayorcitos llamado Raúl le decía al más chiquito refiriéndose a mí: «Fíjate a ver cómo tú te portas, porque ella es la hija del comandante». Así me decía, se refería al comandante Suñol, porque nos veía en su casa allá en Holguín. El más chiquito se me perdía, se enganchaba con cualquier rebelde en un carro y una vez fue a dar a Gibara.

De esta etapa Lilia tiene infinidad de anécdotas que dicen mucho de su sensibilidad humana y entrega para que los pequeños desprotegidos tuvieran un futuro seguro.

Yo contraí matrimonio con Omar Iser Mojena, un combatiente de nuestra tropa que fue el padre de mis hijos y parece que el chiquito lo vio por allá conversando con una muchacha y le dijo: «Prepárate, yo te conozco a ti, tú eres el novio de la hija del comandante y se lo voy a decir, que estás aquí con una mujer». Él se quiso morir.

Era un grupo de ocho niños. Unas familias de Holguín acogieron a algunos y se encargaron de alimentarlos, vestirlos y educarlos. Había una niña de nueve años y se la llevé a mi mamá y cada vez que yo la visitaba me decía: «Yo me quiero ir contigo, porque tú eres mi mamá».

Los guardias de Batista habían asesinado a sus padres y quedó aquella masa de niños en el medio de un monte por allá por Mir, en las estribaciones de la Sierra. Aquello era tan intrincado que no sabían lo que era un autobús y nunca

habían visto una muñeca. Vestían como tal a una tusa de maíz o un pomo. Aquella niña se crió con mis hijos, estudió en el Instituto Técnico Militar Ingeniería de Comunicaciones. Se casó y tuvo dos hijos, es lamentable que falleciera a los cincuenta y cuatro años.

### Ante el dolor, la patria no distingue

En cada acción acometida con los afectados por la guerra y la pobreza, estaba la ética de la Revolución triunfante, de que nadie podía quedar desamparado. Se creó el departamento de Asistencia a las Víctimas de la Guerra y sus Familiares, con la consigna: «Ante el dolor, la patria no distingue». Se atendían a todos los familiares tanto de los combatientes como de los batistianos.

Teté Puebla, quien desde el inicio se encargó de esta labor humana y solidaria, en una entrevista, expresó:

El 4 de febrero regresé a Oriente para prestar atención a las víctimas de la guerra.

Fidel me dio la tarea de atender tanto a los familiares de los combatientes del Ejército Rebelde y la clandestinidad, como también a los soldados de la tiranía; a los hijos, madres y viudas de los guardias que habían muerto y de otros que estaban presos por sus crímenes y abusos.

Cuando me planteó lo de los familiares de los guardias le dije: «¿Por qué?». Solo me respondió: «Esta es una Revolución». De momento no lo entendí.

A la semana de estar en Oriente llegué a la casa de uno que habían fusilado. Los hijos se me abrazaron, al igual que los niños de los rebeldes. Hoy una gran mayoría son profesionales.

Fidel y Celia siempre mostraron una gran preocupación por todas las víctimas de la guerra, sin importar en qué bando estuvieran. Los hijos no tenían las culpas de los errores de sus padres. Un caso de esos fue el de Eutimio Guerra.<sup>243</sup> Sus

<sup>243</sup> Campesino de la Sierra Maestra y práctico del Ejército Rebelde. Un tribunal revolucionario lo sancionó y ajustició por traición.

cuatro hijos, al igual que su viuda, fueron atendidos por la Revolución. La familia está plenamente incorporada al proceso. La propia madre les explicó la grave traición cometida por su padre.

A muchos de esos muchachos los tengo como mis propios hijos. Me dicen «Mami vieja».<sup>244</sup>

En una intervención ante las cámaras de la Televisión Cubana, la reconocida general Teté, sobre otros pormenores de la tarea encomendada.

¿Qué significa ocuparse de las víctimas de la guerra? La guerra nos unió con un cariño entre hermanos, hacia los campesinos. Ya desde el 58 allá en la Sierra se abrieron escuelas y hospitales. Cuando después del Primero de Enero me dieron diez días de permiso para ver a mi familia, al regresar, Juan Almeida me llevó a ver al Comandante. Apenas me vio, dijo: «Yo quiero que tú te vayas para Oriente a atender a las víctimas de la guerra. Puedes hacerlo aquí, pero tú sabes que en Oriente es donde hay más víctimas». Le preguntó a Celia que cuánto dinero tenía y ella le respondió que mil setecientos. Él le dijo: «Dale setecientos a Teté y que vaya para Oriente».

Salí el 2 de febrero del 59, y ya el 4 estaba haciendo la primera cooperativa en mi pueblo. Me dijo que con aquellos setecientos pesos tenía que atender a los familiares de los soldados de Batista y masferreristas que también fueron afectados, a los campesinos que les quemaron las casas y a los familiares de los rebeldes muertos en combate.

Se ayudó a los familiares de los presos con largas condenas por cometer crímenes, alentados por el régimen de Batista, quien se había llevado todo el dinero del país.

En el cumplimiento de esta misión encomendada por el Comandante, recogimos a todas esas personas que las habían sacado de sus trabajos al quitarles las tierras. También el Ejército Rebelde les reconstruyó las casas que había que-

<sup>244</sup> Luis Báez: Ob. cit.



mado el ejército de Batista, se hicieron hogares infantiles y escuelas para los huérfanos. Ya después se tramitaron pensiones.

Tengo muchos hijos que no parí, porque cuando atendí a las víctimas de la guerra, recogí a muchos niños de la Sierra y de distintos lugares que habían perdido a sus padres. Otros habían perdido a la mamá o al papá y eran muy pobres y los bequé. Se pegaron a mí y los traje para La Habana en el año 1964. Ya yo dirigía las escuelas atendidas por las FAR donde se becaron ese tipo de niños afectados. Las mamás de ellos fueron muriendo en Oriente y yo los acogí como mis hijos.<sup>245</sup>

Los recuerdos hacen que Teté regrese a esos primeros años de la Revolución, donde están presentes muchos de los pequeños que ella ayudó y les dio todo el amor posible. De una de aquellas pequeñas que acunó, cumpliendo una promesa hecha a su padre, dijo:

Una de esas muchachas se llama Eugenia Palomares, que su papá [Cecilio Pastor Palomares López] murió el 20 de agosto del año 57. Él era de la vanguardia de Fidel.

En una ocasión allá en la Sierra, yo tenía una fiebre muy grande y no había tomado nada y el papá de Eugenia me brindó un poquito de leche. Me dijo que si moría en combate que cuidara a su hija. Ella nació en el año 1957. Durante aquella labor de atención en la Sierra se la envié a Celia para La Habana y la adoptó como hija también. Ella no tiene más familia, la considero mi hija.

Llegué a Maffó y me dijeron que había una niña que se alimentaba de la teta de una puerca. Dije: «¿Cómo es posible?», fui a verla. Habían matado a su mamá y vi a la niña acostadita con la puerca. La recogí y la llevé al médico. Me quedaban 50 pesos y el médico me cobró 25 por la consulta.<sup>246</sup>

<sup>245</sup> Comparecencia de Delsa Esther Puebla Viltres, en la Mesa Redonda de la Televisión Cubana, 6 de marzo de 2015.

<sup>246</sup> Ídem.

## Nuevas misiones

En el campamento de Managua Ada Bella se desempeñó como la segunda de Isabel Rielo en la dirección de las combatientes. Luego contrajo matrimonio y junto a su esposo la ubicaron en Pinar del Río, en las zonas de Consolación del Sur, Guanés y San Diego, donde desarrolló una destacada labor en la captación de mujeres para fundar las milicias femeninas. Durante esta etapa, además, incorporada a un destacamento de compañeros que habían bajado de la Sierra Maestra, trabajó en un plan de siembra de eucaliptos.

A su regreso a La Habana, en 1964, laboró en unidades militares como jefa de archivo y llegó a dirigir una sastrería militar. Tres años más tarde, siendo inspectora de aduana en el aeropuerto de Rancho Boyeros descubrió varias violaciones, cuando señoras de la burguesía que se marchaban hacia el exterior, escondían en su cuerpo dinero y prendas de manera ilegal, así como otros hechos de visitantes desde el exterior con las intenciones de realizar provocaciones en contra de la Revolución naciente.

Se mantuvo en las FAR hasta el año 1972 y desde esta fecha hasta 1979 cumplió diferentes tareas partidistas en la antigua provincia de Oriente, como miembro del Comité Provincial del Partido. Delegada del grupo de desarrollo de las comunidades en la región de Bayamo, atendió a los integrantes del Ejército Rebelde y a las madres de los mártires. Organizó la preparación de las campesinas, a quienes se les impartieron seminarios sobre diversos temas: convivencia social, cuidado de la salud, la incorporación de las jóvenes a los grupos de teatro en los nuevos pueblos construidos por la Revolución, técnicas de papel maché,<sup>247</sup> entre otras actividades de asistencia social.

De regreso a La Habana se desempeñó en la Comisión de Revisión y Control del Comité Central del PCC, que dirigía el comandante Juan Almeida y en 1980 como administradora de la

<sup>247</sup> Técnica artesanal antigua originaria de China, India y Persia. Su denominación proviene de la expresión francesa *papier maché* (papel machacado). Sus únicos ingredientes son: papel, agua y pegamento.

Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (Ospaal), en el tiempo en que Melba Hernández atendía la secretaría general. Se jubiló siendo trabajadora en servicios administrativos en Cubase (Cuba al Servicio del Exterior).

De lo que fue su vida posterior a 1959, Ada Bella recuerda instantes de intenso quehacer y responsabilidad, siempre vinculada con Celia al igual que sus compañeras del pelotón fundador, y comentó: «En cualquier lugar del país donde nos encontráramos, Celia nos invitaba a participar en distintos eventos políticos, y cuando estaba presente Fidel, buscaba un momento para que él nos saludara. Recuerdo cuando el Comandante nos dedicó a las Marianas su libro *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*».

¡Y me compré dos muñecas!

Norma Ferrer permaneció poco tiempo en Managua. Por órdenes del comandante Juan Almeida se incorporó a un grupo dirigido por Luis Orlando Rodríguez en el Ministerio de Gobernación.

En una entrevista, sobre sus primeros encuentros con una gran ciudad que no conocía, relató:

Yo me fui de allí con una periodista. El comandante [Juan Almeida] le dijo que me llevaran al Ministerio de Gobernación con un papel para Luis Orlando Rodríguez. Los periodistas y los fotógrafos llegaron en un auto negro. Entonces cuando llegué, Luis Orlando me dio dinero para ir para las tiendas.

Yo iba con mi uniforme viejito verde olivo. Ahora ustedes pensarán: «¿Qué se compró ella, ropa, zapatos?», todo el mundo hizo eso. Yo fui y eché a caminar por las tiendas con una compañera llamada Mercy (...) y cuando llegué a la calle Monte y me paré, dijo ella: «Pero escoge las blusas. ¿Qué es lo que te vas a comprar, los bloomers, los ajustadores?», y yo seguía caminando, caminando y le dije: «Mercy, cuando yo encuentre una cosa que quiero comprar y quiero

tener... que yo nunca la he tenido». Llegué a una juguetería, ¡y me compré dos muñecas!, porque yo me pasaba la vida esperando que los Reyes Magos me trajeran una muñeca. Me compré una muñeca blanca y una muñeca negra. Y con esas muñecas ese día me encontraron estos periodistas y me llevaron allí a Carlos III, al periódico *Revolución*, me retrataron y salió la foto en una revista en Venezuela, conmigo y con esas muñecas.<sup>248</sup>

## Retorno a la Sierra Maestra

Isabel Rielo, al frente de la compañía Mariana Grajales, y Olga Guevara como segunda al mando, regresaron a la legendaria Sierra Maestra en una misión social que les encomendó Comandante en Jefe. Orosia Soto, Flor Pérez, Rita García, Eva Rodríguez y Juana Peña, se fueron con ellas, porque las demás integrantes del pelotón fundador ya se encontraban en otras tareas. Todas trasladaron a la zona oriental de la Isla la alegría de poder responder a un nuevo llamado de la patria.

Isabel y sus compañeras debían realizar un censo relacionado con la Reforma Agraria, apoyar a los maestros voluntarios, entregar bienes a los campesinos serranos y captar y trasladar a los niños que estudiarían en la Ciudad Escolar del Caney de las Mercedes, obra proyectada desde antes de la victoria, y en las que trabajarían en las labores de construcción, junto a un amplio contingente del Ejército Rebelde y, posteriormente, en la organización del proceso docente.

Mientras se edificaba el centro, Isabel inició la matrícula de los niños de la Sierra, aunque también montó ladrillos. Después, junto a su labor de dirección, con la responsabilidad del cuidado de la alimentación, la indumentaria y la salud de los alumnos, ejerció como maestra.

Los pequeños, a pesar de su procedencia campesina y que en su mayoría llegaron al Caney de las Mercedes desde los lugares

<sup>248</sup> Entrevista realizada a Norma Ferrer el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816-caja 42, OAHRC.

más intrincados de la Sierra Maestra, asimilaron con rapidez las lecciones de sus maestros.

En el libro *En marcha con Fidel, 1960*, se puede leer:

El mes anterior, más exactamente el 20 de diciembre de 1959, en una de las visitas realizadas a la Sierra Maestra, Fidel había sostenido una entrevista con la capitana Isabel Rielo Rodríguez, del pelotón Mariana Grajales, tan destacado en la Guerra de Liberación Nacional en las montañas.

«Isabel, tenemos que traer [a] los primeros muchachos de la Sierra para que comiencen a estudiar en la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos. Tráelos tú personalmente», —le dijo.

Y hacia allá salió Isabel con varias de sus compañeras para conversar con los padres de los futuros alumnos. En general, los campesinos siempre quisieron que sus hijos estudiaran, pero a algunos tuvieron que convencerlos. Días después, Isabel regresó con los primeros cincuenta muchachos a la Ciudad Escolar, que entonces se construía al pie de la cordillera.

La excelencia de la prosa de Onelio Jorge Cardoso describe el viaje de la compañera con sus muchachos: «como cabaillitos del diablo zumbando en el aire y corriendo delante». Antes del amanecer, los niños serranos vieron las luces de la Ciudad Escolar. Uno de los muchachos al contemplar aquel espectáculo, jamás observado por él, preguntó: «¿Por qué las estrellas están tan bajitas esta noche?».

Durante la visita a la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos a Fidel le llama poderosamente la atención cómo los mismos niños escriben sus textos, editados con sus propias impresas de mano. Un niño le explica: «Los alumnos nos reunimos con nuestro maestro. Él nos lleva a la granja y, cuando regresamos, discutimos entre todos lo que hemos visto y entonces, el maestro dice que escribamos eso, con las letras de imprenta. Así aprendemos a escribir».

Fidel le pide a un niño de las cercanías de Minas de Frío, que lea lo que ha escrito y el escolar, de rostro aindiado le complace: «El domingo fui con unos compañeritos al ingenio. Cuando llegamos nos dieron a tomar guarapo y nos enseñaron todas las maquinarias. ¡Qué linda se veía el azúcar!».

Otro niño le muestra a Fidel su composición: «Yo vivo en Moa: el río grande pasa cerca de mi casa. Todos los domingos yo iba a pescar camarones. Cuando hace frío, los camarones salen de sus cuevas y se pueden pescar sin dificultad».

Y otro niño: «Cuando yo vivía en la Sierra Maestra sufrí mucho; mi casa era un bohío muy pobre. Yo tenía que ayudar a mi papá a hacer carbón y a sembrar maíz. Pero cuando más sufrí fue cuando la guerra porque los soldados de la tiranía perseguían a los campesinos. Un día estábamos trabajando en el campo. Mi papá araba y yo sembraba. De pronto llegaron unos soldados, llamaron a mi papá y se lo llevaron. Yo me quedé solo en el campo, llorando. Como diez días faltó mi papá de casa. Volvió golpeado y maltratado que daba lástima. Pero mi papá vive aún. A otros se los llevaron y no volvieron más».

El Comandante en Jefe se conmueve al escuchar las primeras composiciones de aquellos escolares de la Sierra Maestra. Por último escucha a un niño que muestra un fino sentido del humor: «Mi abuelo tiene una vaca. La vaca se llama Patricia y es muy mansa. Un día tuvo un ternerito. Mi abuelo fue a ordeñarla y ¡zas! Le tiró una patada. Mi abuelo salió corriendo y el pobre, se metió en un avispero. Aún no se puede hablar de la vaca delante de mi abuelo».<sup>249</sup>

Durante aquella etapa, las integrantes de la compañía Mariana Grajales, también fueron convocadas a otras obras, como la fundación de las organizaciones de base de la FMC y movilizaciones a las zafras azucareras. Esta vez tampoco se amilnaron

<sup>249</sup> Antonio Núñez Jiménez: *En marcha con Fidel, 1960*, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 2da. edición, 2003, pp. 30-31.

al cargar de nuevo pesadas mochilas en largas caminatas loma arriba, loma abajo, con el fusil a cuestas, batallando de nuevo contra el mal tiempo, las crecidas de los ríos y el follaje agreste de la Sierra.

## Un emblemático sitio

Orosia Soto fue una de las que desfiló aquel 26 de julio, por ello llega a su memoria la inolvidable fecha.

Aparte del amplio entrenamiento, allí en Managua nos preparamos para marchar en el desfile del 26 de julio de 1959, cuando Camilo Cienfuegos encabezó la gran caballería, que partió desde Yaguajay y llegó el 25 a La Habana para participar en la celebración.

Por la mañana del 26, desfilamos con las demás tropas en el Paseo del Prado. Por la tarde recibimos una gran emoción pues el Comandante volvió a ocupar su cargo como primer ministro del Gobierno Revolucionario.<sup>250</sup>

Esta vez, la tribuna fue en la terraza de la Biblioteca Nacional y durante varios minutos se produjeron grandes ovaciones donde brillaban los machetes campesinos y se agitaban los sombreros al aire, en una inmensa concentración de pueblo, en lo que es hoy la Plaza de la Revolución.

De la labor que iniciaron en las diferentes zonas de la Sierra para cumplir las orientaciones de Fidel y del Estado, Orosia continuó:

Ya en plena Sierra Maestra me correspondió realizar un censo desde El Caney hasta El Hombrito. Citamos a los campesinos en Santo Domingo para repartirles ropas. Todo el trayecto era a pie, con la mochila y el fusil. Realicé la

<sup>250</sup> El 13 de julio Fidel Castro renunció a su cargo de primer ministro por las demoras injustificadas del presidente Manuel Urrutia Lleó en firmar leyes de beneficio social, aprobadas por el Consejo de Ministro, y la negativa de rebajar su salario, heredado del tirano Fulgencio Batista; pero, lo más importante, por su labor divisionista que retrasaba la marcha revolucionaria.

mayoría de los recorridos por la Sierra con Olguita Guevara y Nelcy Gutiérrez Pacheco.<sup>251</sup>

En el censo se preguntaba qué cantidad de ganado y tierras tenían, cuántos vivían en la casa. Además, comenzamos la captación de los niños que estudiarían en El Caney de las Mercedes. Nos encontramos cosas muy curiosas, un campesino tenía tres mujeres y las tres vivían juntas y se llevaban muy bien.

Después varios grupos de compañeras salimos a buscar a los alumnos por las cuevas del Turquino, Agua al Revés, El Hombrito, Pueblo Nuevo, la Jeringa, Camaroncito y otros territorios. Para los campesinos resultábamos confiables porque, independiente de lo que se había hecho para explicarles cómo funcionaría la Ciudad Escolar, ya nos conocían de la guerra. En nuestras mochilas llevábamos la comida que le haríamos a los niños en los lugares en que íbamos a acampar con ellos, porque los recorridos eran largos.

En Pueblo Nuevo, a la orilla de un río, armamos el campamento y preparamos comida, que era una alimentación ligera: arroz con sardina o salchichas. De ahí seguimos caminando hasta que llegamos a El Caney. El apoyo docente que hacíamos era de veladoras. Durante toda esa etapa estábamos albergadas en un campamento en Las Mercedes, un emblemático sitio.<sup>252</sup>

Cuando ya estaba funcionando la Ciudad Escolar me enviaron para la enfermería del centro teniendo en cuenta que tenía conocimientos desde la Sierra. Siempre los médicos nos ayudaban a dominar las técnicas de enfermería. Durante esa etapa recibimos la visita de varios de nuestros dirigen-

<sup>251</sup> Nació en Palma Soriana. Con quince años, en abril de 1958, se incorporó a la columna de Guillermo García Frías, segundo jefe del Tercer Frente Mario Muñoz. Fue mensajera y trasladó de armas.

<sup>252</sup> Lugar donde se desarrolló la batalla de Las Mercedes en agosto de 1958 y acampó varios días la Columna no. 8 Ciro Redondo comandada por el Che, para precisar los detalles de la invasión a occidente.



tes, entre ellos: Fidel, Raúl, Almeida y Che. Cuando Che desayunaba con nosotros le gustaba la ensalada, y el café bien amargo. Allí teníamos un huerto donde se cultivaban la mayoría de las verduras que se consumían.

En un encuentro con otras combatientes del Ejército Rebelde: Elsa Montero Maldonado, Carmen Alfonso González, Teresa Ruiz Méndez, Bertha María Arnau y Nelcy Gutiérrez Pacheco, quienes también integraron la compañía femenina Mariana Grajales, compartieron algunas de sus vivencias, que aparecen a continuación.

### Me fui para la Sierra

Elsa Montero Maldonado, es natural de Palma Soriano, donde se incorporó a una célula del Movimiento Revolucionario 26 de Julio y participó, entre otras misiones, en el traslado de mensajes y mercancías hacia la Sierra Maestra. Como secretaria del comandante Juan Almeida en los días iniciales de la Revolución, ayudó a la organización de la compañía Mariana Grajales en el campamento de Managua. Luego permaneció tres meses en Las Mercedes, durante el reacomodamiento de las muchachas que hicieron vibrar otra vez el lomerío, al emprender la nueva misión que les había encomendado el Comandante Fidel. En esa tarea la acompañó otra combatiente, Teresa Marticorena. No olvida cómo se incorporó al Tercer Frente.

En el mes de marzo (1958) en Palma detuvieron a varios compañeros del Movimiento, entre ellos una compañera con la que yo tenía mucha vinculación, Alivia Ruz. A ella la andaban buscando, la detuvieron a principios de abril y unos amigos de la familia le dijeron a mi mamá que a mí también me andaban localizando. Mi mamá, muy preocupada, me montó en una ruta 80 con maleta y todo para La Habana con una amiga de ella, esposa de un guardia. En Contramaestre yo me bajé y dije: «Esta es la mía», y me fui para la Sierra,

dejé la maleta y dejé todo. Ella estaba pensando que yo estaba aquí en La Habana en la casa de un hermano mío por parte de padre.<sup>253</sup>

## Del Escambray a la Sierra Maestra

Teresa Ruiz Méndez es natural de Cárdenas, donde se destacó en las luchas del movimiento estudiantil. Cuando se sintió perseguida por los esbirros de Batista, subió al Escambray y se unió al Directorio Revolucionario, que combatía en aquellas montañas. Bajo el mando del médico Humberto Castelló,<sup>254</sup> apoyó en las labores de enfermería.

De la hermosa misión que cumplieron las Marianas en la Sierra, después del Primero de Enero, recordó:

Después de salir del campamento de Managua, el 24 de septiembre de 1959 llegamos a Las Mercedes donde se iba a construir la Ciudad Escolar. Lo que vimos allí fue una planicie deshabitada, unos hierbazales que se perdían de vista, y el hecho de topar con la imponente Sierra Maestra del otro lado, le daba al lugar una vista única, un paisaje acogedor. Era el Día de Las Mercedes, y cerca en el pueblecito del mismo nombre, que está más adelante había una movida fiesta bajo un fuerte aguacero, nos dirigimos hacia allá y en el trayecto pasamos el río Jibacoa. El campamento se formó en aquel lugar con casas de campaña, tan pequeñas que había que dormir encogidas porque se nos salían los pies. En aquel pequeño espacio, guardamos todo lo que llevábamos con nosotras: la mochila, la hamaca, incluyendo el fusil.

<sup>253</sup> Resumen de la entrevista realizada por Enrique Núñez Rodríguez, Manolo Rodríguez y Flavio Torres a Elsa Montero el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816, caja 42, OAHRC.

<sup>254</sup> Humberto Castelló Aldanás (1923-2001). Se vinculó a la expedición de Cayo Confites para derrocar al dictador dominicano Leónidas Trujillo. Combatió en el Escambray junto al Directorio Revolucionario. Comandante del Ejército Rebelde y luego de 1959 cumplió diversas funciones en el Servicio Exterior.

Tendimos las hamacas directo en la tierra. Lina Mengano me acompañaba en la casita de campaña.

Por la madrugada creció el río, a toda carrera desarmamos las casas de campaña y nos ubicamos a más altura. Las crecidas de los ríos de la Sierra son muy rápidas. Recuerdo que había una charca grande donde nos bañábamos, primero bajábamos un farallón que tenía un paso natural. En la Sierra Maestra todo se hacía en el río: bañarse, incluso la alimentación y lavar.

Con el paso de los días las condiciones cambiaron, porque la permanencia en este lugar fue un poco extensa. De lo que sucedió, Teresa continuó:

Después se mejoró el campamento con la construcción de unas barracas de madera. Dormíamos en literas y se crearon otras condiciones necesarias: baños, comedor, almacén y una cisterna para el agua potable.

El censo que desarrollamos cumplió sus objetivos, que era tener una idea completa del estado de las casas, las tierras, si eran de su propiedad o aparceros. Incluía los animales de cría. También entrevistábamos a las familias terratenientes. Algunos nos recibían con celos y nos ocultaban bienes y datos hasta que la verdad se abrió paso.

Nos ubicaron en parejas por toda la Sierra Maestra. Me acompañó Carmelina Córdova, caminábamos con la mochila al hombro y una carabina San Cristóbal. Un día equivocamos el rumbo, como los ríos curvean tanto, a veces no divisábamos los pasos del cauce y ya estábamos en otra región.

Ya casi al anochecer vimos una lucecita y antes tuvimos que cruzar un inmenso marabuzal, todavía conservo en una pierna la marca de una espina. Cuando llegamos era una casa que se estaba cayendo, solo vimos a la mujer y a su esposo. Al menos había cuatro horcones fuertes en el portal donde nos permitieron acomodar las hamacas. Por la mañana nos dijeron que tenían hijos, pero que estaban en casa de la abuela y no conocían la fecha de nacimiento de ellos. Por

fin de unas rendijas de la maltrecha pared extrajeron unos papелitos donde estaban las fechas de nacimiento; ellos no sabían leer.

Siempre llevábamos algunas raciones de alimento en la mochila y la hamaca. Allí te dicen: «La otra casita está allí», como aquello de «al cantío de un gallo», aunque había que caminar de verdad para llegar. A veces la supuesta cercanía era porque se divisa de loma a loma, pero mientras se baja y se sube...

Éramos confiadas; nos movíamos de noche o de día por aquellos intrincados caminos, a pesar de toda la propaganda desde el exterior en contra de las nobles acciones que emprendía el Gobierno Revolucionario en beneficio del pueblo; además, comenzaban a proliferar las bandas contrarrevolucionarias. Posteriormente, cuando concluyó la primera unidad de la Ciudad Escolar, fuimos de nuevo por la Sierra, esta vez a buscar a los niños serranos.<sup>255</sup>

## La primera gran obra educativa

Carmen Alfonso González, oriunda de Palma Soriano, desde los quince años se vinculó al Movimiento Revolucionario y subió a la Sierra como ayudante de Enfermería en el Tercer Frente Mario Muñoz Monroy. Cumplió otras actividades de apoyo a los rebeldes.

Relacionado con la misión social que desempeñó en la Sierra Maestra junto a las Marianas, expuso:

Un día, si mal no recuerdo, 25 de septiembre, allá en el campamento de Las Mercedes, Isabel Rielo, jefa de la compañía, nos levantó a las tres de la mañana. Tomamos un chocolate caliente y con la mochila y el fusil al hombro cruzamos el río. No sabíamos el destino de la marcha, caminando y caminando llegamos al Caney de las Mercedes. Antes, observamos varias guaguas, pero no veíamos a sus ocupantes. De pronto comenzaron a salir muchos combatientes vestidos

<sup>255</sup> Entrevista del autor con Teresa Ruiz Méndez, el 20 de enero de 2015.

de verde olivo. En sus rostros se palpaba el cansancio y hasta la necesidad de alimentarse. Con unas latas de sardinas, salchichas y galletas que portábamos, los alimentamos. Así recibimos a una numerosa tropa de la columna del Che y de otras columnas, comandada por el entonces capitán Rogelio Acevedo González, que tenían la misión de continuar la construcción de la Ciudad Escolar, iniciada el 4 de septiembre. Fue la primera gran obra educacional construida por la Revolución, con el mérito de que fue el Ejército Rebelde quien la ejecutó, y nosotras, las integrantes de la compañía femenina Mariana Grajales, las primeras mujeres constructoras en Revolución.

Esta es una labor que requiere de gran esfuerzo físico, sin embargo, los deseos de cumplir la tarea y de que los niños serranos aprendieran las primeras letras y se prepararan para un futuro, no fue impedimento para las compañeras.

Carmen fija su vista en el pasado y como si lo estuviera viviendo, continuó:

Los trabajos en la construcción de la Ciudad Escolar eran fuertes, trasladábamos el cemento desde Yara encima de la cama de un camión. Llegábamos, se abrían las puertas de los vagones de un tren y llenábamos el camión, cargando los sacos en los hombros; individual o entre dos compañeras, como el cemento venía encerrado estaba hirviendo.

Después montarnos encima de aquellos sacos y de nuevo a descargar en la Ciudad Escolar. Encima de una bamba nos subíamos a pintar las construcciones. Para hacer los cimientos de las primeras unidades, dimos bastante pico y pala, manipulamos carretillas cargando piedras o arena, en fin, todo lo que lleva una construcción.

También recordamos la presencia de Fidel el 26 de Julio de 1959, cuando se inauguró la primera unidad docente. Ese día desfilaron junto a nosotros los primeros maestros voluntarios que llegaron a la Sierra. Traslamos a aquellos muchachos, que nunca habían subido lomas, a los lugares de

las montañas donde acamparían para desarrollar su labor docente, fue un recorrido bajo fuertes aguaceros y la crecida de los ríos.

De aquel día, en que Fidel compartió con ellos y reconoció el esfuerzo de todos, le llegan a Carmen momentos que jamás olvidó.

En aquel discurso, ante la gloriosa cordillera, el Comandante en Jefe, expresó: «Antes no había las compañeras del batallón Mariana Grajales recorriendo la Sierra para recoger niños, antes no era el soldado que llegaba a construir la casa; antes era el esbirro que iba a quemar la casa».<sup>256</sup>

Para nosotras fue también inolvidable la participación en el primer trabajo voluntario en Cuba, por iniciativa del comandante Ernesto *Che* Guevara, que se efectuó el 22 de noviembre de 1959, precisamente allí donde se construía la Ciudad Escolar. La trascendencia de aquel momento es que junto a nosotras estuvo el Guerrillero Heroico, quien con su ejemplo, a partir de entonces, impulsó estas jornadas en todo el país.<sup>257</sup>

## Supimos cumplir

Nelcy Gutiérrez Pacheco, destacada combatiente del Tercer Frente, sobre su permanencia en la compañía Mariana Grajales, precisó:

Recuerdo la ayuda tan necesaria que nos prestaron Isabel Rielo y Olguita Guevara, que tenían más instrucción que nosotras. Nos orientaron además sobre las actividades sociales que debíamos desarrollar en la Sierra Maestra. Me

<sup>256</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso en conmemoración del VII Aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos M. de Céspedes, en Las Mercedes, el 26 de julio de 1960, en <http://www.cuba.cu>gobierno>discursos>1960>

<sup>257</sup> Entrevista del autor a Carmen Alfonso González, el 20 de enero de 2015. Falleció el 9 de febrero de 2016.

desenvolví en aquella tarea por las montañas cercanas al Cobre.

En una oportunidad llegué a la casa de un campesino cuando estábamos captando a los niños para la Ciudad Escolar y me manifestó: «A mis hijos no me los quita nadie», influenciado por la propaganda negativa que se hacía desde el exterior, de que les quitarían la patria potestad. Le dije que la Revolución les daría educación y un título para ayudarlos a ellos como padres en el mañana. Al final entendió aquel noble propósito.<sup>258</sup>

### Misión en las montañas

Bertha María Arnau, nació en el central Borgita, hoy Paquito Rosales, donde se involucró desde temprana edad al Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

De cómo formó parte de la compañía Mariana Grajales, narró:

En los primeros días del Triunfo, el papá de Isabel Rielo visitó mi casa acompañado de Fela Manteca, una colaboradora de la lucha revolucionaria y me comunicó que su hija estaba interesada en que algunas de las muchachas que habían pertenecido al Movimiento clandestino allá en la zona de Dos Caminos, se incorporaran en Managua al grupo de mujeres combatientes que estaban allí concentradas. Mis padres estuvieron de acuerdo y así un buen día me vi en la zona de Maffo, monte adentro, encima de un caballo que no sabía conducir, realizando en la serranía aquella tarea social. Por cierto, cuando al regreso me encontraba algo perdida, dejaba solo al animal, que me trasladaba por su cuenta a la casa de Bartolo, que así se llamaba el campesino que me dio cobija en los días de labor en la Sierra.

Recuerdo que cuando crecía el río Mogote que corre por allí, había que pasarlo por medio de una silla amarrada a

<sup>258</sup> Entrevista del autor a Nelcy Gutiérrez, el 4 de febrero de 2015. Falleció el 20 de agosto de 2019.

un cable que alaba un caballo de cada lado según el destino del cruce. Pero así, con todas aquellas vicisitudes supimos cumplir la misión en las montañas.<sup>259</sup>

### ***La Revolución continuó***

A cada nueva tarea de la Revolución, las Marianas siempre respondieron presente, acompañadas por el ímpetu de la Sierra. Los siguientes testimonios son una muestra de la voluntad y el compromiso con la patria.

#### **Girón me estremeció**

Cuando Norma Ferrer conoció que se había producido el ataque por playa Girón, se trasladó hacia la Fortaleza de la Cabaña, habló con Pedro Miret y este accedió a que lo acompañara junto a su secretaria Ana Ortega.

Durante una entrevista, sobre su presencia en la zona donde se decidía la continuidad de la Revolución y donde además cumplió diecisiete años el 19 de abril de 1961, el mismo día de la victoria, narró interesantes anécdotas:

Después de un viaje desesperante por las ansias de llegar, nos encontramos en Jagüey Grande. Nuestro carro se detuvo para dar paso a la caravana de artilleros, presurosos también para enfrentar al enemigo. Jamás olvidaré esos rostros, eran muy jóvenes, algunos casi niños, pero tenían una serenidad muy grande, desbordaban satisfacción por tener la oportunidad de defender la patria.

Yo conocía la cruzada de la guerra. Vi morir hombres con todo y su valor, aunque Girón me estremeció. Aquellos niños héroes se grabaron para siempre en mi corazón. A su paso solo una idea me atormentó: ¿Cuándo regresarán?

En el central Covadonga mi tarea fue atender la planta telefónica y la recepción de los télex, pero gracias a la actitud

<sup>259</sup> Entrevista del autor a Bertha María Arnau, el 3 de febrero de 2015.



de la telefonista de allí, que estaba renuente a marcharse, logré moverme en la zona y ayudar en otras cosas.

Tantos ejemplos de coraje y patriotismo pude observar. Las federadas de los alrededores se concentraron en la labor de garantizar la comida para nuestros hombres en el frente. Prepararon unas fogatas con leña y en tanques de 55 galones cocinaban día y noche. Aquel lugar parecía un infierno por el calor que despedía la candelada y ellas no parecían enterarse. Calladas, laboriosas, mientras el bombardeo no cesaba de escucharse pensando quizás en sus hijos o en sus maridos, hombres de la zona que fueron de los primeros en combatir al invasor.

Los artilleros eran muy jóvenes. No sabían los manejos de los cañones y les golpeaban en la rodilla. Hay compañeros que tienen fracturadas las rodillas porque no sabían que esa arma al tirar repulsa para atrás. Aprendieron a manejarlos en Girón. Esa es la verdad, porque esos cañones estaban acabados de llegar de la Unión Soviética. Cuando todos disparaban en forma unísona y uniforme todo era rojo; aparte, yo nunca había visto tirar esos cañones. Aquello fue muy grande para mí y para el Ejército Rebelde.

Los días en que milicianos y pueblo en general defendían su Revolución Socialista, las muestras de heroísmo se multiplicaron, y Norma, que sintió el privilegio de ser partícipe de tan inmensa gesta, prosiguió:

Llegamos allá a Covadonga. Anita y yo nos sentimos tan cansadas que me acuerdo que nos trajeron un plato de arroz con bistec y plátanos maduros fritos, que no sé de donde los sacaron, pero no los pudimos comer porque el cansancio nos venció. El cansancio y el sueño podían más que el hambre. Estaban Fidel, Faustino, Almeida, todo el mundo reunido allí en Covadonga y después lo único que había eran naranjas y yo me fui a la cocina, hice jugo de naranja y cogí una bandeja grande con un montón de vasos y cuando llegó el jugo de naranja recuerdo que Faustino Pérez

me dijo: «Contra, la verdad que mereces un premio». Figúrate todo el mundo estaba con sed.

Al otro día cuando ya todo se termina que se entregan los mercenarios y todos llegan allí a la playa, y llega Osvaldo Dorticós<sup>260</sup> y Carlos Rafael Rodríguez<sup>261</sup> (...) llegó Almeida.

Los mercenarios estaban situados al lado de las taquillas de allí de la playa. Dice Almeida: «Que no pase nadie más que los periodistas», entonces yo, como traía los anteojos de Pedro, que eran grandes, y un montón de papeles debajo del brazo, que eran de Pedro [Miret], de todo el mundo, cogí y entré con mi cara muy dura. Me acuerdo que Pupo<sup>262</sup> estaba en la puerta, entré y Almeida iba caminando y yo iba detrás y me mira: «¿Qué tú haces aquí?», «yo soy periodista» —le respondí. Dijo: «No cambias».<sup>263</sup>

Norma Ferrer, la adolescente que encontró su razón de vivir en los organismos del Estado y se jubiló en el Ministerio de la Construcción. Falleció el 19 de junio de 2018.

## Celia me mandó a buscar

Juana Peña, relacionado con su trayectoria laboral, luego de regresar de El Caney de las Mercedes, recordó:

<sup>260</sup> Osvaldo Dorticós Torrado (1919-1983). Se destacó en las luchas estudiantiles y fue coordinador del Movimiento Revolucionario en Cienfuegos, su ciudad natal. Fue presidente de la República de Cuba desde 1959 hasta 1976. El 23 de junio de 1983 se privó de la vida, en momentos en que presentaba un gran deterioro de su salud.

<sup>261</sup> Carlos Rafael Rodríguez Rodríguez (1913-1997). Político, economista y revolucionario cubano. Durante muchos años fue dirigente del PCC.

<sup>262</sup> Pedro Orlando Pupo Peña. Integró el primer refuerzo enviado a la Sierra por Frank País en marzo de 1957. Miembro de la Columna no. 1 del Primer Frente y posteriormente de la Columna no. 6 del Segundo Frente.

<sup>263</sup> Resumen de la entrevista realizada por Enrique Núñez Rodríguez, Manolo Rodríguez y Flavio Torres a la compañera Norma Ferrer, sobre la participación de los jóvenes en la lucha en la Sierra Maestra, el 11 de noviembre de 1989, archivo 1095-1816-caja 42, OAHRC.

Después de cumplir la tarea asignada en la Sierra Maestra, el Comandante en Jefe nos mandó a buscar a La Habana, nos albergaron en el hotel Plaza y comencé a trabajar en el Plan Campesinas no. 2, donde Lucy Villegas<sup>264</sup> era la responsable.

Fidel mandó a sacar a las familias de los alzados contrarrevolucionarios de toda esa zona del Escambray y se agruparon por un tiempo en Miramar, en muchas de las residencias que había dejado la gusanera que se fue para Miami. A nosotras nos hicieron responsable de esos grupos.

Mi experiencia personal: me enviaron para una de esas casas en calle 44. Ahí me trajeron treinta mujeres, esposas de los bandidos. Allí se les daba buena comida, buena ropa, buenos zapatos. En un libro se anotaban todas las incidencias. Si ellos querían visitar algún lugar o ver un familiar, en La Habana, no podían ir solos. Los niños tenían círculo infantil, escuela y salían a pasear. El Comandante lo hacía para salvar a esas personas y que comprendieran las buenas intenciones de la Revolución.

Son muchas las anécdotas que Juana Peña vivió en aquel tiempo, cuando el Estado y Fidel confiaron en ella y otras compañeras, una vez más. Tareas muy distintas a las de la Sierra, pero con un valor humanista tremendo.

Había una señora que tenía preso a su marido en Isla de Pinos, que era muy desafecta a la Revolución y cuando pasaba un avión expresaba: «¡Ojalá empiecen a tirar bombas!», yo le decía: «Señora, si tiran vienen para arriba de usted también». Otros estaban un poco confundidos, incluso, había una casa en que las mujeres se podían encontrar con sus esposos, los

<sup>264</sup> Lucila Villegas Oria, *Lucy*. Al triunfo de la Revolución, con la orientación de Celia participó en varios proyectos. Administró una granja agropecuaria y el Plan Campesinas no. 2. Fue la primera directora del Parque Lenin y dirigió el Museo Nacional de Bellas Artes.

traían de las prisiones dado el caso. A dichas familias se les asignaron casas en Sandino, Pinar del Río y en Matanzas. Éramos militares, aunque trabajábamos de civil. Después laboré en el hospital Luis Díaz Soto (Naval) en limpieza y luego en el Carlos J. Finlay, en la lavandería. Presté servicios en el Ministerio del Interior (Minint) por tres años hasta que Celia me mandó a buscar para trabajar en el Consejo de Estado. Orosia fue también para allá. Ahí permanecí durante diecinueve años, hasta que me peritaron por problemas de salud.

En una oportunidad Fidel nos invitó al Consejo de Estado y cuando entramos nos comenzó a saludar, hacía años que no nos veía. Era tanto el nerviosismo, que no sé lo que él me preguntó, fue una emoción tan grande que me quedé como pasmada.

### Fiel hasta su último aliento

Eva Rodríguez Palma, de regreso a La Habana, laboró de igual forma en el Plan Campesinas no. 2 y en la atención a las jóvenes que se incorporaron a las escuelas Ana Betancourt.<sup>265</sup>

En la historia de Cuba jamás había acontecido algo igual. Catorce mil jóvenes procedentes de las sierras: Maestra, Cristal, Escambray y de los más inhóspitos rincones del país, llegaron a la capital para aprender Corte y Costura. Eran muy humildes, con edades que fluctuaban entre catorce y veinte años. Muchas de ellas fueron alfabetizadas y otras elevaron sus conocimientos de enseñanza primaria en dos o tres grados. Se les dio atención médica y estomatológica y mejoraron su salud y aspecto físico. La mayoría calzaba zapatos por primera vez, y veían el mar con ojos de asombro. Todavía, asustadizas, fueron pasando por la peluquería para

<sup>265</sup> Creadas en La Habana, dedicadas a la enseñanza de Corte y Costura, una de las tareas más importantes que desempeñó la mujer campesina promovida por el Gobierno Revolucionario. El 5 de junio de 1961 el Comandante en Jefe anunció, durante una reunión del Ministerio de Trabajo, la compra de catorce mil máquinas de coser para estas muchachas, que ellas o sus familias conservan como un preciado tesoro, regalo del propio Fidel.

arreglarse el cabello y las uñas y hasta aprendieron a caminar y sentarse correctamente. «Eran cosas que nunca se nos ocurrieron que fuera necesario aprender», contó una de las alumnas que en grupo de miles le declararon la guerra al atraso y la incultura.

Tras cumplir varias funciones en distintas unidades militares, Eva se licenció de las FAR en el año 1971 y teniendo en cuenta que ya desde la Sierra Maestra tenía conocimientos de Corte y Costura, desarrolló dicha actividad hasta 1981 en talleres de este tipo. Demostró durante su vida guerrillera arrojo y valentía, como en la batalla de Guisa, fue fiel hasta su último aliento a la causa de Fidel. Eva Rodríguez falleció el 26 de marzo de 1983.

### Como una semilla

Rita García, otra de aquellas mujeres de la Sierra, en 1963 regresó a La Habana desde el campamento de Las Mercedes y comenzó a administrar una casa habilitada por Celia, en Miramar, donde en la actualidad se encuentra la embajada de Vietnam, en Ave. 5ta. y calle 18. Allí albergaban a los campesinos de la Sierra Maestra que necesitaban atención médica en los distintos hospitales de la capital. Aquel lugar pronto recibió el nombre informal de hotel Campesino.

En esa etapa dedicó parte del tiempo a estudiar, después desarrolló una ardua labor en distintas unidades militares, hasta que Celia la designó para trabajar en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, desde 1972 hasta 1987, donde recibió un reconocimiento del Comandante Fidel por sus doce años ininterrumpidos de servicios en dicha institución.

Rita García falleció el 30 de octubre de 2008 y por voluntad propia, sus cenizas fueron esparcidas en la loma de Arroyón, en las estribaciones de la Sierra Maestra, como una semilla depositada en la tierra que fue testigo de su batallar guerrillero.

### Ascendida a sargento

Posterior a la llegada a la capital de la Isla con la Caravana de la Libertad, a Angelina Antolín la ubicaron en el estado mayor de

la Marina de Guerra Revolucionaria, en el área de las comunicaciones hasta el año 1965 y fue ascendida a sargento. Antes, fue en busca de sus tres hijos a la Sierra Maestra. En un inicio, su esposo Miguel Ángel comenzó a laborar en la base aérea de San Antonio de los Baños y allí le acondicionaron una de las barracas como vivienda familiar. Ella fue testigo del bombardeo aéreo por aviones B-26 de fabricación norteamericana, el 15 de abril de 1961, preludio a la invasión por playa Girón y así lo comentó:

Eran las seis de la mañana. En esa etapa, mi esposo estaba al frente de unos tanques de guerra concentrados en Cojímar y esperaba que yo terminara de vestirme para dejarme en mi centro de trabajo. Un piloto de guerra de nombre Alberto Fernández estaba enamorado de nuestra hija y ese día se encontraba de guardia en la base. Sentí un ruido de un avión y expresé: «Ay, que temprano está Alberto volando, seguro aprovecha para que la muchachita sienta el ruido de su avión».

De momento se produjeron unos vuelos rasantes y escuchamos las metrallas contra las instalaciones de la base. Corrí hacia mis muchachos y, muy preocupada, les dije: «No se preocupen, acuéstense debajo de la cama». Nosotros nos marchamos a ocupar nuestros puestos de combate. La metralla dañó parte del techo de aquel lugar. Sentimos como la artillería se batía con aquellos aparatos. Luego, desde mi trabajo me comuniqué con la torre de control de la base y para alegría supe que nuestros hijos estaban ilesos.

Angelina continuó prestando servicios en distintas unidades de las FAR, incluyendo su labor destacada en la zafra azucarera de 1970. Por designación de Celia Sánchez la ubicaron en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, en el procesamiento de archivos, desde el año 1973 hasta su licenciamiento en 1990. De esta manera, también apoyó a Celia, quien fue guardiana de la memoria histórica de la Revolución, al salvar y conservar muchos documentos de la epopeya guerrillera de la Sierra Maestra.

Después tuvo algunos encuentros con el general de ejército Raúl Castro, quien siempre se mostró muy atento y cariñoso con ellas, que lo conocieron junto a Vilma en los días de combates en Maffo, cuando Celia les dijo: «Vengan, que Raúl y Vilma quieren conocer a las mujeres que Fidel tiene peleando».

Participó en distintos eventos del Partido Comunista de Cuba y de la Federación de Mujeres Cubanas. Fue fundadora de Milicias de Tropas Territoriales y de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana. Obtuvo varias medallas y condecoraciones. Para ella, siempre fue un orgullo narrar a las presentes generaciones sus vivencias sobre la obra comandada por Fidel. Falleció el 17 de agosto de 2019 a la edad de noventa y tres años.

### Varias condecoraciones

Flor Pérez se destacó en las obras sociales en que participó mientras permaneció en el campamento de Las Mercedes. Regresó a Yara y al contraer matrimonio fue a vivir a Vuelta del Caño, cerca de Manzanillo. En el año 1970, a través de Olga Guevara, se trasladó para La Habana donde comenzó a laborar en el taller Diseño Verano, especializado en Corte y Costura, talabartería y otros objetos artesanales, creado por Celia Sánchez, quien además se ocupó de que estudiara.

Por sus extraordinarios servicios prestados a la Revolución, al igual que las demás integrantes del pelotón de las Marianas, recibió varias condecoraciones y reconocimientos. Falleció el 29 de mayo de 2013.

### Solo del trabajo

Orosia Soto comenzó a laborar en el hospital militar Carlos J. Finlay en 1961, donde ejerció como técnica en Farmacia y en la preparación del instrumental para las intervenciones quirúrgicas. Continuó vinculada a otras tareas como movilizaciones, desfiles y una labor destacada dentro de las organizaciones políticas y de masas.

Diez años después se desmovilizó de las FAR y en 1972 comenzó a trabajar en el Consejo de Estado, designada por Celia en la

clínica de esa instancia en el área de esterilización, y otras actividades hasta su jubilación en el año 1997.

Narró emocionada su elección como delegada al Primer Congreso del PCC en 1975, junto a las demás integrantes del pelotón Mariana Grajales.

Refiriéndose a su condición de jubilada, emocionada expresó: «Pero solo del trabajo en una institución, porque la Revolución siempre ha podido contar conmigo».

## Olguita de los campos

Olga Guevara, *Olguita*, como la llamaban familiarmente sus compañeros de insurrección, quedó al frente del grupo de muchachas acampadas en Las Mercedes, cuando Isabel Rielo retornó a cumplir otras tareas en la capital.

Al concluir su labor en la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, empezó a dirigir un plan especial de atención a los campesinos de la Sierra Maestra, orientado por Fidel. De cómo recibió la misión, dejó escrito:

En una oportunidad Fidel le comunicó a Celia: «Mira, Olga es la que puede dirigir el combinado avícola que va a hacerse en Cuba». No le contesté nada a Fidel, le dije después a Celia: «Me gusta más el trabajo de las montañas, la vida es tan dura para aquellos campesinos». Celia me dijo: «Te envidio». Viene Fidel y me dice: «¿Te quedas o te vas?», le dije: «Prefiero el trabajo de la Sierra».

Junto a las diferentes acciones que se ejecutaron en apoyo a los habitantes de la serranía, el Comandante me dio la tarea de organizar la salida de las montañas de ocho mil jóvenes para un plan de becas en la capital, dirigido por Celia Sánchez en la Escuela Ana Betancourt, para capacitarlas en Corte y Costura. Hasta el 5 de enero de 1963 ya habían bajado de las lomas a superarse unas diez mil muchachas.

En un recorrido por la Sierra Maestra, ocasión en que escalieron el Turquino, Olguita le propuso a Fidel la creación del primer



internado de montaña, él aceptó y le comunicó que lo apadrinaría personalmente.

De la noble idea, convertida en realidad, Olga Guevara precisó:

El internado se inauguró en Sevilla Arriba. Comenzó su primer curso en enero de 1964 con doscientos internos y ochenta y seis seminternados. Creamos un autoconsumo para el centro escolar que comprendía la siembra de un amplio terreno y una cochiguera, que se materializó con el apoyo voluntario de los organismos políticos y de masas de la localidad. Después se construyeron más internados de esta característica en las montañas orientales por el departamento de construcción de la JUCEI.<sup>266</sup>

En el año 1963 enfrentamos el desastre del ciclón Flora. Fallecieron muchas personas en el desastre, algunos niños quedaron huérfanos y necesitaron una atención especial, aparte de la cantidad de caseríos que hubo que reconstruir.

En la etapa de la Lucha Contra Bandidos, que se extendió hasta el año 1965, en algunas ocasiones colaboré con las FAR y el Ministerio del Interior. Ejemplos: cuando el ataque a Pilón,<sup>267</sup> los alzados de Sitio de Piedra,<sup>268</sup> de la Loma del Perú<sup>269</sup> y cuando se arrestó la banda de Mamacusa (Alfredo Espinosa), capturado en la Sierra Maestra el 11 de junio de 1964.

Durante la atención a los campesinos de la Sierra cumplí otras tantas tareas en las montañas, y en esos andares por la serranía, llegué a subir veinte veces el pico Turquino.

<sup>266</sup> Junta Central de Ejecución e Inspección.

<sup>267</sup> En la madrugada del 13 de mayo de 1964, mercenarios de origen cubano, a sueldo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), dispararon proyectiles incendiarios desde una embarcación contra el ingenio y el poblado de Pilón.

<sup>268</sup> En este lugar, por la zona de Pilón, fue capturado el bandido Bruno Acuña Núñez, quien estaba escondido en la finca de Domingo González Nader. Dicho operativo concluyó el 6 de diciembre de 1964.

<sup>269</sup> Gallón del Perú. En este sitio, en abril de 1961 fueron capturados por la zona de Santo Domingo, Sierra Maestra, los implicados en un alzamiento encabezado por Alberto Muller Quintana. Fueron entrenados en Estados Unidos e infiltrados por Tarará.

Olga Guevara falleció en Santiago de Cuba el 5 de octubre de 1986. Sus restos descansan en el cementerio de Sevilla Arriba. Inés María Toledo, una de las admiradoras del prestigio y conducta de Olga manifestó: «Aquí en su pueblecito natal, los vecinos la recordamos con mucha admiración y respeto. Por su amor al lomerío la llamamos “Olguita de los campos”».

## La capitana de las Marianas

Isabel Rielo cumplió con creces, después del triunfo revolucionario, la noble misión encomendada por Fidel al frente de la compañía Mariana Grajales. Tuvo como gran testigo a la gloriosa cordillera, al organizar el montaje de la base material e ideológica de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos.

Lilia Rielo, al hablar de su hermana y compañera de lucha, lo hace con un orgullo que no puede ni quiere disimular y de aquellos días tan trascendentales, rememoró:

Mientras Teté y yo estábamos enfrascadas en la ayuda a las víctimas de guerra, en los primeros momentos de la organización de aquel proceso, me pasé unos días con mi hermana en Las Mercedes y subí también un poco de lomas.

Fidel la invitó cuando firmó la Ley de Reforma Agraria, el 17 de mayo de 1959, y cuando se realizó, en noviembre de 1965, en la cima del Turquino la primera graduación de médicos preparados por la Revolución.

Más adelante, Olga Guevara quedó al frente de las compañeras en El Caney, y mi hermana fue nombrada directora de la Escuela de Milicias Lidia Doce. Esa escuela era una policromía de mujeres por lo que hubo que realizar un fuerte trabajo de educación e instrucción.

Dicho centro radicó en la antigua Casa de Maternidad y Beneficencia, cerca de lo que es hoy el majestuoso hospital Hermanos Ameijeiras. Luego se trasladó para un edificio colindante con el restaurante Río Cristal.

El 13 de noviembre 1960, se presentaron trescientas jóvenes, entre dieciocho y treinta años, para una selección y el 20 de noviembre se fundó el centro. A las alumnas de esta escuela, tradicionalmente se les identifica como Batallón de las Lidia Doce.

Con la mochila / sobre la espalda / en pie de lucha yo estaba allí... Así dice un fragmento del himno que las identificaba.

Antes, en julio de 1960, un grupo de milicianas procedentes de la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas, realizó como prueba tres subidas al pico Turquino y algunas de ellas, con posterioridad, apoyaron como instructoras a Isabel.

En el libro *De azul y verde olivo*, se menciona:

Las pruebas a que fueron sometidas estas jóvenes rebasaron los límites de sus fuerzas; se fortalecían no obstante al recordar el ejemplo del sacrificio realizado antes allí por el Ejército Rebelde, donde también estuvieron enroladas varias mujeres en el pelotón Mariana Grajales, junto al estímulo que recibían a través de las misivas familiares, todo lo que les permitía vencer los duros obstáculos.

(...)

En la tarde del primero de enero de 1961, el Comandante en Jefe visita sorpresivamente el Batallón de las Lidia Doce. Llevaba puesta la boina verde olivo y comunica que esta iba a formar parte del uniforme de cada integrante de la agrupación, el cual vestirían al día siguiente en el desfile de la Plaza de la Revolución. Explicó que había mandado a confeccionar un bonito uniforme. La chaqueta era como la de las Mariana Grajales.<sup>270</sup>

Muy emocionada, Lilia, refiriéndose a su hermana, explicó:

En esa etapa volvió a matricular en la Universidad de La Habana y con gran dedicación como era costumbre en ella, terminó las dos carreras con mucho sacrificio. Se graduó de

<sup>270</sup> Hermes Pérez Caso: *De azul y verde olivo*, Editora Política, La Habana, 2011, pp. 20 y 44.

doctora en Farmacia el 4 de enero de 1962 y de Perito Químico Azucarero, el 18 de marzo de 1967.

Después comenzó a ejercer su carrera como farmacéutica en el hospital militar Carlos J. Finlay y en los años ochenta como administradora en el hospital Hermanos Ameijeiras, donde se ocupó de muchas acciones relacionadas con la logística. Desde que estaban adaptando el edificio para hospital, el Comandante la envió para que trabajara allí junto a Efigenio Ameijeiras.

Formó parte del comité provincial de la FMC en la provincia habanera desde 1974. Fue elegida delegada al Primer Congreso del Partido, delegada del Poder Popular de la circunscripción no. 56 desde su fundación, en el municipio de Playa. Cuando ya no podía caminar, la llevaban en un sillón de ruedas y así dirigía las asambleas. Fue jefa de la comisión de Salud del comité ejecutivo del Poder Popular, de dicho municipio, entre otras tantas tareas.

El Comandante Fidel, en un momento de su vida, la envió a dirigir planes agrarios junto a un grupo de mujeres, entre ellas Teté Puebla, Lucy Villegas y Conchita Fernández,<sup>271</sup> para demostrar que las mujeres podían dirigir labores fuertes, incluso, mejor que los hombres.

Isabel fue designada para la siembra de los campos de cítricos que existen antes de llegar a Matanzas. Allí se cultivaban diferentes especies de naranjas y limones, se realizaban injertos y se mutaban.

Con posterioridad al Primero de Enero, siempre, como en los días de la guerrilla, se mantuvo la estrecha relación que tenían las Rielo desde niñas.

A Lilia, sobre la vida personal de ambas, en la conversación con el autor, le viene a la memoria la siguiente anécdota:

Por ejemplo, hacíamos tratos, como trabajábamos en distintas cosas nos veíamos los fines de semana y nos teníamos que enfrentar a las tareas domésticas como todo el mundo.

<sup>271</sup> Fue secretaria de Fernando Ortiz, de Eduardo Chibás y del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Falleció en enero de 1998.

Nuestros hijos, por las tantas ocupaciones, se criaron en círculos pilotos y después en las becas, donde solo salían los fines de semana, lo que me recriminan todavía.

Isabel me decía: «Un mes completo los fines de semana tú puedes ir para mi casa, que yo soy la que voy a hacer la comida. Te tiras en el sofá y descansas y yo soy la que lo hago todo. El próximo mes te toca a ti».

El problema es que cuando empezamos, muy habilidosa, fue la que vino para acá con los muchachos. Recuerdo que me trajo un cactus, que se da por secciones y por la noche hecha unas flores muy grandes que cierran al amanecer. Ese fue el regalo, que me duró muchos años.

Yo estoicamente cumplí mi mes. Sus hijos eran muy intranquilos y jugaban con lo que no se jugaba, lo mismo desarrollaban un radio que hacían cualquier locura. Cuando me tocó a mí descansar un mes, buscó un motivo para entonces «disgustarse» y decirme: «Estoy peleada contigo». ¡Vaya comicidad!

Isabel siempre le dedicó mucha atención a su superación. Tenía un piano en su casa y recibía clases y después de la victoria de enero del 1959 hizo un curso de inglés superior. A varias personas les llamaba la atención cómo era capaz de expresarse tan bien, sin coger ningún papel. Se comunicaba en cualquier lugar sin ningún tipo de inhibición. Muchos no sabían que era una profesional, que nunca se cansó de estudiar y siempre buscó la manera de instruirse más.

De este aspecto, su hermana contó:

En una oportunidad me encontraba con Fidel en Pinar del Río y me dio la noticia de que Isabel iría junto a Vilma a un congreso de mujeres a Chile. «¿Tú sabes que Isabel va con una delegación a Chile?», casi sin pensarlo le respondí: «Tendrá que comprarse de todo Comandante, porque Isabel no tiene ni un creyón de labios por despreocupada». Me contestó: «Despreocupada no, ocupada. Ella se ocupa de las cosas que realmente tiene que ocuparse. Eso de tener un creyón o no tenerlo, son banalidades».

Mi hermana alcanzó los grados de coronela y recibió varias medallas y condecoraciones. Su trascendental hoja de servicios descolló en la Orden Combatiente de la Guerra de Liberación de Segundo Grado, otorgada por acuerdo del Consejo de Estado e impuesta por el general de división Abelardo Colomé Ibarra, con la presencia de Vilma Espín e integrantes del pelotón de las Marianas.

Entre agosto de 1985 y julio de 1986, Isabel Rielo fue designada a trabajar en un hospital que Fidel donó a Vietnam del Sur. Activa y entusiasta como siempre fue a cumplir la misión internacionalista. A su regreso, después de su desempeño exitoso, fue sometida a un chequeo médico y el resultado no fue satisfactorio. La sostenían su deseo de continuar la obra de la Revolución y la fortaleza espiritual, pero ya la enfermedad avanzaba. La chiquilla intranquila, la capitana de las Marianas, la mujer alegre que tantas veces enfrentó las balas enemigas, se fue alejando poco a poco de la vida.

Ya en los meses finales de su fructífera existencia, estaba allí otra vez reunida con sus muchachas, las Marianas, celebrando el 30 aniversario de la constitución del pelotón.

La tarde del 4 de septiembre de 1988, acompañada de otras dos heroínas: Vilma Espín y la vietnamita Nguyen Thi Dinh, Isabel, ante las muchachas del Primer Regimiento Femenino de Artillería, que celebraban las tres décadas de vida del pelotón de las bravas Marianas, les decía: «Lo que más nos llena de orgullo es saber que el relevo está asegurado y preparado».

Todas callaron con mucho respeto y admiración, pero en sus pechos tomaba fuerzas el honor de conocer que las Marianas y su legendaria capitana no hicieron quedar mal a Fidel. De heroínas, así se forjó la patria nueva.

De manera muy sentida Lilia Rielo expresó:

Hasta el último momento me mantuve cerca de mi hermana Isabel. Lamentablemente falleció el 9 de abril de 1989 a los sesenta y tres años. Rogelio Acevedo despidió el duelo ante una multitudinaria presencia. Consagró toda su vida a trabajar por la Revolución, que es la causa de Fidel.

## Dos mujeres especiales

Lilia Iser Rielo, hija de Omar y Lilia, de los momentos emotivos sobre sus reiterados encuentros con su tía Isabel, narró:

Lo que recuerdo de mi tía es que siempre andaba con un pañuelo en la cabeza tipo rusa, en botas y unas zayas largas. Era como si siguiera con las botas de la Sierra. A pesar de ser una mujer tan exigente, era extremadamente sensible, siempre trataba a uno con mucho amor y cariño. Regañaba a mamá, porque no nos dejaba hacer lo que ella dejaba hacer a sus hijos. Por ejemplo, si sus hijos querían bañarse en el aguacero ella salía con ellos también a bañarse. Nosotras queríamos ir muy seguido a la casa de tía Isabel y todo lo que hacíamos allí ella lo veía bien: mudábamos los cuartos para el medio de la sala, hacíamos allí una casita...

En la escuela al campo, que por problemas de trabajo casi mi mamá nunca iba a verme, ella se aparecía en un yipi con una cazuela que contenía arroz y potaje. Decir en Güirra de Melena que yo era sobrina de Isabel era algo grande. En aquella zona también se ocupó de buscar soluciones a muchos casos sociales, relacionados con la limitación de viviendas o restricciones económicas.

Dos mujeres especiales con las que tuve oportunidad de compartir como familia han sido mi tía Isabel y Celia, quien por su sencillez siempre andaba en alpargatas y era también para nosotros como una tía. Mujeres fuera de época, por la manera de ver la vida y conducirse ante ella.<sup>272</sup>

### Me mudé veintidós veces

Cuando Lilia Rielo concluyó su labor de atención a las víctimas de la guerra, comenzó a trabajar en un programa que otorgaba créditos fraccionarios a los campesinos institucionalizados por el gobierno.

<sup>272</sup> Entrevista del autor a Lilia Iser Rielo, el 14 de octubre de 2014.

A los campesinos que no tenían grandes extensiones de tierra se les daban fracciones de dinero con un cálculo, de acuerdo a lo que iban a sembrar. En esa actividad laboré en mi pueblito, en Holguín, Florida y Camagüey. También en el Baracoa de Oriente, donde fui guardia.

Me encargaba de los alimentos que había que mandar a los diferentes sectores militares. Me mudé veintidós veces en distintos lugares: en La Habana en varias ocasiones y después en otros como Pinar del Río. Trabajé en una etapa con el Comandante, quien me designó a un equipo de investigaciones económicas y más adelante me dio algunas tareas que debía desarrollar en las universidades del país. También presté servicios en el Instituto Nacional de Reforma Agraria, y en varios organismos estatales, pero siempre vestida de guardia y recibía mi salario por las FAR. A partir del año 1973, durante veinte años, presté servicios en el Ministerio del Interior.

Recuerdo los tiempos en que junto a Celia matriculamos la Licenciatura en Ciencias Sociales en la Escuela Superior del Partido Níco López. Era el año 1976 y cuando yo no podía asistir porque una niña se enfermaba, ella me copiaba los textos de las clases y me entregaba las anotaciones con la letrica de molde que tenía ella. Todavía guardo aquellos apuntes. Eran momentos que demostraban que ella nunca perdió el trato afable con sus compañeros de ideales.

## Una heroína general

Teté Puebla fue nombrada en marzo de 1969 directora del Plan Ganadero Guaicamar, en Jaruco. Sobre esa gran tarea, comentó:

Tenía que enseñarles a aquellos campesinos cuál era la verdadera Revolución. Allí fundamos el partido, seleccionamos campesinos y los llevamos al área histórica de Girón y hasta Tropicana. Se activaron catorce escuelas que estaban cerradas porque los campesinos no querían ir. Cuando Fidel



me llevó allí ellos decían que con mujeres no trabajaban, pero al mes ya estaban trabajando.

El Comandante visitaba todas las semanas todos los planes para ver cuántos campesinos se habían incorporado. Tuvi- mos que hacer dos seminternados más. Fidel envió guaguas porque era muy distante y se les llevaba la alimentación todos los días. Los campesinos estuvieron una etapa con los niños en las escuelas, nos ayudaban, ya después deja- ron que las mujeres también se incorporaran al trabajo. Al principio decían que la mujer no podía trabajar ni tampoco los esposos las dejaban incorporarse a la FMC. También se activó la Federación y la compañera Vilma estuvo al tan- to de esta actividad, era como una labor de conquista para la causa de la Revolución. Celia nos visitaba, Fidel decía que los campesinos de la Sierra lucharon al lado nuestro, pero los de aquí de La Habana no lo conocían, por eso designó a ocho compañeras a dirigir planes agrícolas.<sup>273</sup>

En la larga hoja de servicios de Teté Puebla después del triunfo de la Revolución, se pueden mencionar: en agosto de 1964 fue trasladada a La Habana y le asignaron la responsabilidad de las granjas infantiles, las escuelas que se crearon fundamentalmen- te para huérfanos de guerra. Luego responsable de Seguridad Social en el Ejército Occidental; trabajó en una unidad especial para asistir a los familiares de los voluntarios internacionalistas y fungió como jefa de la sección militar del partido en La Haba- na. En 1985 fue nombrada directora de Atención a combatientes, familiares de internacionalistas y mártires de la Revolución en la provincia de La Habana y a partir de 2015, vicepresidenta de la dirección nacional de la Asociación de Combatientes de la Revo- lución Cubana.

El 24 de julio de 1976, Teté fue convocada a una actividad en el Estado Mayor General de las FAR, junto a Raúl Castro Mercader y Luis Alfonso Zayas.

<sup>273</sup> Comparecencia de Teté Puebla en la Mesa Redonda de la Televisión Cuba- na, 6 de marzo de 2015.

De ese día inolvidable y de una alegría inmensa, recordó:

Allí se encontraban Raúl, Almeida, Ulises y Polo. El Ministro de las FAR nos preguntó si sabíamos el origen de la citación, dijimos que no. Nos informó que los tres seríamos ascendidos a general de brigada por el Comandante en Jefe. Fuimos para Palacio (...) Fidel me colocó los grados en el hombro izquierdo y Raúl en el derecho, resultó muy emocionante.

Toda mi vida la he dedicado a la Revolución, si volviera a nacer haría lo mismo, es un compromiso y un extraordinario honor ser la primera cubana que ostenta tan alto grado militar. No defraudaré a mi pueblo.<sup>274</sup>

Su dedicación permanente y «la consagración de su ejemplar existencia a la digna causa del pueblo, desde las filas del Ejército Rebelde primero y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que la ha convertido en legendario símbolo de nuestras heroicas mujeres de siempre», como enunciaba su orden de ascenso firmada por el Comandante en Jefe.

El 1.º de diciembre de 2001, por acuerdo del Consejo de Estado le fue conferido a la general Delsa Esther Puebla Viltres, el Título Honorífico de Heroína de la República de Cuba y la Orden Playa Girón, ambos entregados también por el Comandante en Jefe.

Como Teté Puebla expresó en una entrevista: «Los hombres que estuvieron en las montañas ya están mayores. Aunque todo es como si estuviéramos nuevamente en la Sierra Maestra».<sup>275</sup>

### ***Delegada de El Zarzal***

Edemis Tamayo al bajar de la Sierra se incorporó primero al Ministerio de la Agricultura, donde laboró en el departamento de Arena y Sal y luego en el de Industrias. En 1962 regresó a Bayamo y comenzó a trabajar en el policlínico Bartolomé Masó, del reparto

<sup>274</sup> Luis Báez: Ob. cit.

<sup>275</sup> Ídem.

Río Yara del poblado Bartolomé Masó, reinaugurado en 2006 porque se le agregó un piso superior para otros servicios.

Cuando se institucionalizaron los poderes populares, desarrolló una meritoria labor como la primera delegada de la circunscripción no. 10 de El Zarzal, su lugar de nacimiento. También atendió a las madres de los mártires en la provincia de Granma. Con posterioridad, se desempeñó como delegada de la Asamblea Provincial del Poder Popular hasta su jubilación. Como ella relató en una entrevista:

Ese fue el legado más grande de las Marianas, haber sido en la Sierra la demostración de un sueño que luego se realizó. Con la Revolución el pequeño pelotón se multiplicó en millones de mujeres que comenzaron a hacer de todo, y se destacaron. Si fuimos capaces de empuñar un fusil y combatir, ¿qué otra cosa habrá que no pueda hacer la mujer de esta Isla?

Cuba hoy es reflejo de aquel pensamiento fundador, y de cierta forma, las Marianas nos sentimos responsables.<sup>276</sup>

La Gallega reside en la ciudad de Bayamo y no se ha desvinculado de su labor como promotora de la obra de la Revolución.

### La Gallega habla de Celia, la primera guerrillera

Las vidas de las Marianas y de Celia Sánchez Manduley en la Sierra y en la etapa revolucionaria no se pueden separar, porque estuvieron unidas por principios, voluntades y sentimientos, como seres humanos extraordinarios.

Celia no formó parte física del pelotón femenino por sus responsabilidades; pero fue parte activa del grupo de intrépidas muchachas que dejando atrás sus ilusiones juveniles, sacrificaron todo por un ideal, que se fortaleció cada día.

<sup>276</sup> Gilberto Reyes Rodríguez: «Mujeres de armas tomar», periódico *Trabajadores*, 2 de septiembre de 2013.

Por esta razón y por su trascendencia, aparece en las siguientes páginas un resumen de una larga entrevista realizada por Pedro Álvarez Tabío a la Gallega, acerca de la primera guerrillera de la Sierra y donde se puede apreciar también la trayectoria de Edemis Tamayo, quien por su sencillez de mujer de la montaña, quizás no hubiese contado sobre sus experiencias personales.

**Tabío:** Yo creo que tú debes comenzar por la forma en que tú conociste a Celia, cuando la viste por primera vez, si tenías antes alguna noticia o referencia de ella. Qué es lo que tú sabías de ella.

**Edemis:** Yo la había visto ya. Yo estaba alzada en Las Vegas y por referencia conocía que existía Celia en la Sierra. En varias ocasiones la había visto pasar pero no había conversado con ella. Conversamos por primera vez cuando el combate del Jigüe.

Cuando Camilo y Lara bajaron para el llano, me dijeron: «Allá arriba hay esto», entonces les dije: «No, yo voy a esperar con calma, la gente sabe que yo estoy aquí». Efectivamente, el Comandante me mandó a buscar y en la Comandancia, pues, ya viene esa relación directa con Celia. Nosotras hacíamos la guardia, estábamos con ella en esa época y después nunca se olvidó de nosotras. Ella tenía siempre esa cosa de que uno se sintiera bien en medio de la rudeza de la guerra y todo, y que fuéramos mujeres, limpiecitas, arregladitas, aunque no fuera una vida normal porque era la guerra, pero dentro de las posibilidades a ella le gustaba que uno fuera muy femenina. En todo nos ayudó mucho, en la guerra y en la paz.

(...)

Me alcé en 1958 y ya ella llevaba bastante tiempo en la Sierra y en la lucha ella tenía una experiencia muy grande. Esa experiencia nos ayudó mucho por lo menos a las que como yo estuvimos prácticamente un año o 10 meses alzadas. Nos daba muchos consejos.

**Tabío:** Ahí hay un aspecto sobre el que realmente nosotros muy pocas veces hemos entrado a hablar de eso. Es decir cómo era la vida de ustedes allí. Las mujeres tenían toda una serie de situaciones, que era más difícil la vida de las

mujeres en un medio como ese. Esa sensibilidad que ella siempre tenía con la situación de todos los combatientes, me imagino que en el caso de ustedes era todavía más.

**Edemis:** De Celia tengo muchas cosas personales más que contar. De la paz te puedo decir que son más todavía porque bueno estábamos en la guerra, ella tenía todas esas preocupaciones lógicas con nosotras, con el pelotón y con todo el mundo, pero después que se acabó la guerra cada una de nosotras cogió un camino. Unas nos licenciarnos, otras quedamos en el Ejército Rebelde pero había que ver la preocupación de ella por cada una de nosotras: donde está, qué hace, cómo vive. A mí me sucedió ese caso. Por ejemplo, yo vine para Oriente, tenía situaciones acá con mi familia. Vine, pero apenas ella se enteraba que yo tenía una situación me mandaba a buscar y me sentaba en su casa. A ver, dime cómo es esto, por qué estás así. Una preocupación como si verdaderamente uno fuera su hija. Me enteré de... Le digo: «Mira yo estoy bien». Y ella: «Que tú no estás bien porque ya yo me enteré de esto que es así...». Incluso ella se preocupó hasta de mis hijos. Cómo los estás criando, que si iban a la escuela, cómo viven, tienen cama, tienen colchón. Que si no habían ido nunca a La Habana, al zoológico...

Cuando la muerte del Che yo estaba ese día en su casa. Precisamente ella me había mandado a buscar porque se enteró que yo tenía una situación personal. Y la dejé sola porque en definitiva fue un momento terrible.

Ella quería conocer a los muchachos y en el año 1974 traje a La Habana a los cuatro. Les hizo muchísimos regalos. Se preocupó porque fueran a la playa. En medio de todo trabajo, responsabilidades y preocupaciones, ella tenía tiempo incluso para acordarse de los hijos de un combatiente. Ahí es donde se ve la sensibilidad de las personas. Como mis hijos estaban en el campo, ella decía que a los muchachos desde chiquitos hay que enseñarles esto o lo otro. La complacé, ella se puso muy contenta cuando los vio. Conversó con ellos.

Te podría contar muchas cosas de ella (...) Tengo una vivencia muy específica: Cuando yo me casé, dejé de trabajar. El papá de mis hijos no quería que yo trabajara. Vivíamos en el campo

y vivíamos muy mal, entonces ella no sé con quién se enteró y me mandó a buscar. Llegamos a La Habana por la noche, al otro día fuimos a la oficina de Pacheco.<sup>277</sup> Yo no sabía que ella estaba allí, estaba adentro y preguntó que quién había llegado, le comunicaron quién era y salió. Saludó y me miró un poquito, pero ella era muy discreta, parece que me vio en una situación que ni me parecía a mí, y llamó a un compañero que se llama Cuco, quien trabajaba como sastre en el taller de modas creado por Celia... A una gente que trabajaba con ella le dijo: «Aquí está la Gallega, llévatela».

En definitiva yo no sabía para lo que era, pero me fui con Cuco. Me llevaron a una casa, me vistieron, me arreglaron. Yo tengo una foto en mi casa de cómo quedé ese día. Como a los cuatro o cinco días de estar en La Habana, con todos esos arreglos hechos, ella me mandó a buscar y me dijo: «¿Ya te viste?», le dije a ella: «Ah sí, sí, ni yo me conozco». Yo era muy jaranera con ella: «Ay Celia, ya me vi y no parezco que soy yo», entonces me dijo: «Fíjate, yo no te dije nada cuando llegaste, pero cuando usted se vaya ahora de aquí, usted empieza trabajar y Gallega, yo no quiero saber que yo vuelva a verte jamás en la vida ni ahora, ni después que yo muera, en las condiciones en que yo te he visto cuando viniste ahora aquí a La Habana: No quiero, fíjate, saber que yo te vuelva a ver de nuevo a ti así sin trabajar, sin ropa, sin esto».

No me había separado de la Revolución porque yo trabajaba con la Federación más o menos en el campo, hacía trabajos voluntarios, pero rehíce mi vida, comencé a trabajar inmediatamente cuando regresé a Oriente y volví a ser otra persona. Después vino la captación para el Partido, bueno me lo gané. Tú sabes que para ser militante hay que ganarse la condición, pero bueno, y creo que para mi idea, que hasta en eso ella influyó.

<sup>277</sup> René Pacheco Silva, combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Terminó la guerra en el Tercer Frente con el grado de capitán. Luego del triunfo revolucionario trabajó con Celia y fue director de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

A lo mejor yo hubiera seguido como estaba, criando muchachos allí y «con cutara», como decíamos nosotros aquí, sin ir a una peluquería, sin nada y quizás no hubiera cambiado tanto como cambié. Desde ese momento, mi vida comenzó de nuevo. Yo sentí que empecé algo nuevo en la vida, porque bueno, ya estaba incorporada al trabajo. Cambió totalmente mi situación, tanto económica como social.

**Tabío:** Se hubiera quedado vegetando así en esa situación y no se hubiera desarrollado.

**Edemis:** Ella se estaba ocupando de alguien que no vivía en La Habana, yo vivía aquí en El Zarzal, y mandar específicamente a una persona: «Ve a buscar a fulana y tráemela».

**Tabío:** Se mantenía tan al tanto, tuviera tan presente a los compañeros combatientes, de los campesinos que colaboraron en la Sierra.

**Edemis:** Porque ella tenía una serie de gentes que le informaban, pero no era por gusto, es que ella se preocupaba por enterarse, no porque las cosas le caían así automáticamente. Incluso cuando tú ibas con ella te preguntaba: «¿Y fulana, qué está haciendo fulana?», y entonces yo me imagino que en medio de una conversación alguien le contó de mí.

Después yo volví otra vez a su casa (...) Ella me dijo: «Vas a almorzar conmigo». Le respondí que sí me quedaría a almorzar. Entonces la forma de ella almorzar era así, con el plato en una mano y el teléfono en la otra. No es posible que un ser humano resista eso. Cuando yo salí de allí yo dije: «No puede ser, no puede ser, porque vaya, no puede resistir tanto». Entonces me puse a pensar: «Yo la conocía personalmente, pero bueno, allí te daba una idea a ti, te hacía una imagen de cómo era esa persona que en medio de todo eso podía acordarse de alguien en particular, de su capacidad de pensar, de razonar, de querer resolver el problema de la gente». Para mí esa es una anécdota muy personal pero a mí no se me olvidará jamás en la vida, porque fue una cosa que me hizo empezar de nuevo la vida. Y por ahí empecé y me gané la militancia del Partido, empecé enseguida en el Poder

Popular. Soy miembro de su comité ejecutivo, en la provincia (Granma), soy delegada de la asamblea provincial y todas esas cosas. Eso partió de un consejo, de un llamado que ella me hizo a mí personal. En aquella época, antes de la división político-administrativa no había casi fuentes de trabajo. Me dijo que en lo que apareciera allí me pusiera a trabajar.

**Tabío:** Tienes alguna vivencia durante la guerra o después de cómo era ella para llamarle la atención a alguien, regañarla o discutir con alguna persona. ¿Ella utilizaba alguna forma, era dura, como manejaba las situaciones?

**Edemis:** Ella era dura en el sentido de que te decía la verdad, pero te lo decía en una forma que por muchas cosas que te estuviera diciendo no te parecían duras. Ella te estaba diciendo la verdad y tú no te dabas cuenta que te estaba diciendo una barbaridad por las palabras que utilizaba o por la forma. Ella tenía una forma muy dulce de llamar la atención. Era enérgica, pero te lo decía con dulzura. Yo nunca me vi en la situación esa de que me llamara la atención, pero bueno lo vi en otros compañeros, con dulzura, muy discreta. Delante de la gente no te decía nada.

Cuando vine a La Habana en aquella ocasión nadie se enteró de nada de lo que hablamos, de lo que ella me dijo. Y no te decía a ti: «Yo le dije esto a fulano o lo otro».

De la sencillez y modestia de Celia hay muchas cosas que quiero decir. Todas las muchachitas y yo tenemos muchas anécdotas de una oportunidad que nos reunieron a todas en La Habana, cuando vino la vicecomandante de las fuerzas de liberación de Vietnam. Celia en persona escogió los vestidos de cada una de nosotras para recibir a la dirigente vietnamita en el aeropuerto.

Estuvo al tanto hasta del peinado que se ajustaba a cada una de nosotras. Yo recuerdo que Celia traía un pantalón que había picado. A ella le gustaba mucho picar los pantalones por la rodilla. Yo tengo una foto a colores en mi casa con ella ese día. Estábamos todas nosotras muy elegantes. Tú sabes que ella no era muy amiga de las fotos. No quería



aparecer en primer plano en los distintos eventos. Dice ella: «Bueno, si quieren que yo me haga una foto, yo no voy a salir con estas canillas así». Andaba con unas alpargatas y una blusita blanca bordada y sencillita, entonces yo me agaché y creo que también Eva para taparle las piernas, que pareciera una foto normal.

Salimos de allí vestidas muy elegantes para Palacio, para la recepción oficial. Ella se encargó de prepararnos, era como si fuera una madre que tiene dos o tres hijas que van a salir y entonces las está arreglando, para que las hijas sean las que salgan porque son las muchachas y ella se quedó allí con su bermudita y sus alpargaticas encantada de la vida. Ese día se veía bien, se sentía feliz. En las fotos que yo tengo se ve risueña. Las conservo como una reliquia muy grande.

(...)

La influencia de ella valió mucho cuando varios compañeros se oponían a que se armara a las mujeres. Celia era el alma y la esperanza de la Sierra. La esperanza de la gente era verla a ella, hablar con ella porque solamente con su presencia ya uno se sentía bien, aunque no todo se pudiera resolver. Y las personas se iban contentas y ella se sentía bien. Se preocupó hasta de las flores que se sembraron en la Comandancia de La Plata para que el campamento tuviera otra vida. Donde ella estaba, siempre había belleza. Hasta los cesticos para los papeles se mantenían allí en La Plata, aunque fuera de manera rústica. Siempre al tanto de todo: de la cocina, del que llega, del que va, del campesino, del combatiente, de los enfermos. Cuando estábamos de guardia allí veíamos el entra y sale de la gente, porque la Comandancia era un entra y sale de gente. Claro, no se podía dejar pasar a todo el mundo, pero por otro lado ella no concebía que alguien fuera a plantearle una situación y ella no atenderlo. Nos buscábamos problemitas porque no dejábamos pasar a alguien y ella decía que sí, porque no se sabía cuál era la situación. ¿Y si es por un enfermo?, nos decía ella.

La última vez que vi a Celia fue en el año 1978, cuando la entrega de la medalla XX Aniversario del Granma. Estuvimos

unos días en el hotel Mar Azul. A los compañeros les causaba admiración porque ella iba solita en su carro y se aparecía allí de vez en cuando. Después el Comandante estuvo con nosotros en un encuentro en la Academia de las FAR. Ahí conversamos mucho con Celia. Hay una anécdota, porque tú sabes que cuando está presente el Comandante todo el mundo quiere hablar con él. Se formó un grupo grande de campesinos alrededor de él. Entonces ella me dice a mí y a Manzanillito:<sup>278</sup> «Ven acá, para que se acuerden de cuando ustedes eran escolta del Comandante, ayúdenme aquí». Fíjate tú, no era para apartar a la gente si no para que no se le encimaran tanto.

Había una cosa también ese día, le iba diciendo el nombre de cada campesino que se acercaba al Comandante. Ella previó todo eso para que no fuera a pensar el campesino que ya el Comandante no se acordaba de él. Además, él que hacía [veinte] años que no lo veía, imagínate tú. Y que eran tanta gente. Ella tuvo ese detalle para que las personas no fueran a sentirse mal. Después Manzanillito y yo comentábamos. Él me dice: «Gallega, tú te fijaste en una cosa, como ella le decía al Comandante con cada uno, “este es fulano, ahí está fulanito”». Además a ella sí no se le olvidaba el nombre de nadie. Esto es para que te hagas una idea hasta donde llegaba su delicadeza.

Cuando la muerte de Celia yo le dije a una señora mentirosa y todo, porque yo estaba en una casa aquí en Bayamo arreglándome las manos y llega la señora de la casa y le dice a la muchacha que estaba arreglándome las manos: «Oye, ¿tú sabes quién acaba de morirse?, Celia Sánchez». Hago así, me paré porque ellas no sabían mis relaciones, ni que yo era combatiente ni nada de eso, y le dije que regaban bolas, porque fue una cosa tan grande así que yo sentí... que cómo aquella mujer iba a decir eso. No es para que pensara que fuera eterna, porque un ser humano tiene que morir un

<sup>278</sup> Israel Prendes Núñez. Se destacó en la lucha clandestina en Manzanillo. Combatiente del Ejército Rebelde de la Columna no. 1 del Primer Frente.

día como nos vamos a morir todos, pero yo no me había hecho la idea de la muerte de Celia, además nunca pensé que Celia se fuera a morir primero que yo.

(...)

Fui para mi oficina, llegué llorando y me preguntan qué me pasa y respondo: «Una vieja ahí dice que Celia se murió y eso son mentiras». Pusimos la radio y estaban dando la noticia del fallecimiento de Celia. Inmediatamente le dije al chofer: «Llévame para mi casa». Me quisieron dar algún calmante y no lo acepté. No era dolor de cabeza, pero sentía algo así que no podía sostenerme, y me fui para mi casa en El Zarzal. Rápidamente cuando llegué los vecinos fueron a verme porque ellos sabían todas las atenciones que ella había tenido conmigo. Y el cariño que yo sentía por ella.

No vine a La Habana, pero ese día me lo pasé viendo lo que sucedía en el velorio hasta el último momento en que ya se sepultó. Ni me daba hambre, era una sensación de vacío, hasta que no la pusieron allá en la Plaza, que se vio que era verdad no concebí que Celia había fallecido. Queda su ejemplo para todos nosotros, porque fue un ejemplo de espíritu, de sacrificio y de modestia.<sup>279</sup>

### ***Hemos interpretado el sentir de la Revolución***

En una entrevista en el año 1983, Isabel Rielo, la capitana incansable, refirió:

Nos hemos superado en la medida de las posibilidades. Es decir, que en mayor o menos escala, todas, de procedencia campesina, unas con más posibilidades otras con menos, hemos interpretado el sentir de la Revolución. Estamos seguras de que la Revolución se ha consolidado por el esfuerzo masivo, el heroísmo, el sacrificio del que ha participado la mujer

<sup>279</sup> Entrevista realizada por Pedro Álvarez Tabío a Edemis Tamayo, *la Gallega*, sobre Celia Sánchez Manduley, el 31 de agosto de 1984, Fondo: Grabaciones, OAHRC.

revolucionaria, realizando actividades clandestinas, siendo combatiente, internacionalista, trabajadora honesta, defensora de la Revolución a través de las fuerzas armadas, las Milicias de Tropas Territoriales...<sup>280</sup>

Aquellas trece osadas muchachas, junto a la flor mariposa que engalana el arroyo de la serranía y a todo un paisaje agreste, devinieron verdaderas guerrilleras. Afrontaron con temeridad y arrojo las balas enemigas, y acuñaron un precedente de humanismo e inclusión, que hace de la Revolución Cubana una obra única.

Entrever cada pasaje y vivencia contados por sus protagonistas, casi hasta sentir en la carne el ardor del combate, es un regalo comprometedor para los cubanos de hoy. En los recuerdos y relatos de nuestras Marianas inmensas, se palpan las empinadas montañas, la población humilde, los sueños que movieron a una generación con extraordinario sentido del momento histórico y hasta se escuchan las órdenes, en medio de los disparos, del siempre invicto Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Las Marianas siguen haciendo Revolución. Su ejemplo es encarnado en el accionar diario de cada mujer cubana que enfrenta la vida y lucha por sus sueños, sin temer a obstáculos.

En el oriente cubano, el contorno de la Sierra Maestra se asoma al Caribe. El viento remueve allí las palmeras y los grandes helechos, donde otrora se tornaron reveses en victorias. Cada firme, que como un baluarte reta a las nubes y se vuelve azul con la distancia, guarda un recuerdo sonoro y una huella de coraje. En esos vientos ya no retumban disparos y voces de furia y combate. El arrojo de nuestras Marianas en las luchas de liberación nacional, determinaron también que allí, como en toda Cuba, se respire hoy soberanía. Su carácter fraguó nuestra independencia, la que tanta sangre costó y por la que habrá que librar nuevas y complejas batallas.

<sup>280</sup> Silvia Bota y Adelina Vázquez: «La razón para vivir», art. cit. , p. 9.

## *Anexos*

### ***Anexo 1. Pelotón femenino Mariana Grajales***

Jefa: Isabel Luisa Rielo Rodríguez

Segunda jefa: Delsa Esther Puebla Viltres, *Teté*

Ada Bella Acosta Pompa

Ángela Antolín Escalona, *Angelina*

Edemis Tamayo Núñez, *la Gallega*

Eva Rodríguez Palma

Flor Celeste Pérez Chávez

Juana Bautista Peña Peña

Lilia Rielo Rodríguez

Norma Rosa Ferrer Benítez

Olga Esther Guevara Pérez

Orosia Soto Sardina

Rita García Reyes

**Anexo 2. Integrantes del pelotón Mariana Grajales  
que recibieron su bautismo de fuego en el combate  
de Cerro Pelado**

Isabel Luisa Rielo Rodríguez  
Delsa Esther Puebla Viltres, *Teté*  
Lilia Rielo Rodríguez  
Edemis Tamayo Núñez, *la Gallega*  
Orosia Soto Sardina  
Flor Celeste Pérez Chávez  
Eva Rodríguez Palma  
Rita García Reyes  
Juana Bautista Peña Peña  
Norma Rosa Ferrer Benítez

No participaron

Olga Guevara Pérez (en misión en Santiago de Cuba)  
Ángela Antolín Escalona, *Angelina* (por orden de Celia había ido  
a visitar a sus hijos)  
Ada Bella Acosta Pompa (en el Tercer Frente Mario Muñoz  
Monroy).

## Fotografías



Jóvenes combatientes, en su mayoría integrantes del pelotón femenino Mariana Grajales, se entrenan en La Plata. De izquierda a derecha: Ada Bella Acosta, Angelina Antolín, María Guayanes (sentada), combatiente no identificada (con gorra, de pie), Olga Guevara (con fusil), María Tamayo, Rita García, Flor Pérez, Juana Peña y Eva Rodríguez Palma; al fondo, combatiente no identificada. Septiembre de 1958.



Desde la izquierda: Juana Peña, Angelina Antolín, Eva Rodríguez y Olga Guevara, junto a otras combatientes no visibles, en una práctica militar. La Plata, Sierra Maestra, octubre de 1958.





Angelina Antolín, Norma Ferrer, María Tamayo, Olga Guevara y Eva Rodríguez Palma, en las afueras del taller de Corte y Costura. La Plata, 1958.



Ada Bella Acosta en el taller de Corte y Costura, 1958.



Olga Guevara Pérez en los días que se fundó el pelotón de las Marianas. Sierra Maestra, 1958.



Ada Bella Acosta mientras cumplía la guardia personal del Comandante en Jefe. La Plata, septiembre de 1958.



Desde la izquierda: Paco Cabrera, Dolores Fera, Edemis Tamayo, Teté Puebla, Fidel Castro, Isabel Rielo, Celia Sánchez, Lilia Rielo y Eddy Suñol. Primera escuadra del pelotón de las Marianas, antes de salir de La Plata hacia Holguín, junto a la tropa de Eddy Suñol. Octubre de 1958.



De pie, Angelina Antolín, Ada Bella Acosta y Rita García. Hipólito Prieto, *el Gago*, y Eva Rodríguez, al terminar la batalla de Guisa. Noviembre de 1958.



Angelina Antolín (izquierda), Leopoldo Cintra Frías, Ada Bella Acosta y Rita García, al finalizar la batalla de Guisa. Diciembre de 1958.



Teté Puebla, las hermanas Isabel y Lilia Rielo, y Lola Feria, con guerrilleros del Cuarteto Frente Simón Bolívar. Gibara. 1958.



Isabel Rielo, Teté Puebla, Delio Gómez Ochoa, jefe del Cuarto Frente Simón Bolívar, y otros combatientes del Ejército Rebelde, cuando realizaban operaciones combativas al norte de Holguín. Diciembre de 1958.





Olga Guevara con el comandante Guillermo García durante la toma de Palma Soriano. Diciembre de 1958.



Fidel, en una de las paradas de la Caravana de la Libertad, le habla al pueblo de Bayamo. A la derecha Lilia Rielo. 2 de enero de 1959.



Teté Puebla, Eloísa Ballester y Lilia Rielo durante la entrada a La Habana en la Caravana de la Libertad. 8 de enero de 1959.



De izquierda a derecha: Teté Puebla, Eloísa Ballester, Angelina Antolín y Juana Rebollar (detrás) en la Caravana de la Libertad. 8 de enero de 1959.



Olga Guevara, Ada Bella Acosta, Isabel Rielo, Teté Puebla y Lilia Rielo.  
Campamento de Managua, 1959.



Ada Bella Acosta y el comandante Reynaldo Mora Pérez. Campamento de Managua, 1959.



En el campamento de Managua mientras esperan un entrenamiento con fusil, (arriba) Angelina Antolín, Aracelys Acosta Pompa, Rita García y Ada Bella Acosta Pompa. Con sombreros, en otro momento, Aracelys Acosta, Olga Guevara y Ada Bella Acosta. 1959.





Desde la izquierda: Carmen Alfonso, Lina Mengana, Flor Pérez Chávez, Paula Díaz, Arelis Virelles, *la Bayamesa*; Esperanza Ruz y Josefina Alfaro, integrantes de la compañía Mariana Grajales. Campamento de Managua, 1959.



De pie: tres combatientes no identificados, y las hermanas Ada y Aracelys Acosta Pompa. Sentados: Paula Méndez, Yolanda Botello y su hermano Armando. Bayamo, 1959.





De izquierda a derecha, de pie: Pedro Pablo Llaguno, Rafael Pérez Aguilera, Angelina Antolín Escalona, Rita García Reyes, Aracelys Acosta Pompa, Adis Llama, María Despaigne, Eva Rodríguez, Santiago Castañeda y Ada Bella Acosta Pompa. Sentados: Aida María Pérez, Humberto Fernández, Dr. Bernabé Ordaz, María Teresa Marticorena, Olga Guevara, Rolando Fernández y Ángel García Guzmán, durante una sesión del Club de Leones. Organizada por el Dr. Ordaz, dedicada a los combatientes de la Revolución en La Habana, 1959.



Isabel Rielo, frente de una compañía de mujeres durante las prácticas para el desfile por el 26 de Julio de 1959.



Bloque de mujeres combatientes desfilan por el Paseo del Prado. En primer plano a la derecha, Ada Bella Acosta. La Habana, 26 de julio de 1959.



La capitana Isabel Rielo Rodríguez en Ciudad Escolar Libertad, otrora campamento militar de Columbia. La Habana, 1959.



La capitana Isabel Riello, sexta desde la derecha, con un grupo de compañeras. Las Mercedes, 1959.



Integrantes de la compañía femenina Mariana Grajales en misión social en la Sierra Maestra. Las Mercedes, 1960.



Flor Pérez Chávez y Olga Guevara Pérez en un matutino en el campamento de Las Mercedes, 1960.



Combatientes femeninas junto a profesores, constructores y alumnos de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, 1960.



Camilitos, alumnos de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, 1960.



Juana Peña y Teresa Ruiz, en una práctica de tiro. Las Mercedes, 1960.



Desde la izquierda: Luz Nerina Pacheco Ferrer, Bertha María Arnau, Josefina Barata Reyes, Juana Miriam Rivera Jai, Aleida Cala y una maestra no identificada, en el huerto del campamento de Las Mercedes, 1960.



Integrantes de la Escuela de Milicias Lidia Doce en un entrenamiento. Diciembre de 1960.



Olga Guevara en un encuentro con miembros del Ejército Rebelde. Caney de las Mercedes, 1961.





En primer plano: Armando Acosta y Olga Guevara, junto a otros compañeros, mientras cumplían la indicación de Fidel de atender un plan especial de apoyo a los campesinos serranos. Sierra Maestra, 1964.



Sentadas: Aleida March, Haydée Santamaría, Olga Guevara y Celia Sánchez. La niña es Aleida, hija del Che. Acto donde Fidel Castro anunció el fin del bandidismo en las provincias centrales. Santa Clara, 26 de julio de 1965.



El Comandante en Jefe Fidel e Isabel Rielo. Aparecen a la izquierda René Rodríguez Cruz, Alberto González Ferrer, Oscar Duyos Durrutí (con boina) y Luis de la Cruz Chie, en ocasión del ascenso al pico Turquino de los graduados en Medicina. Noviembre de 1965.



Fidel y las Marianas acompañan a una delegación de la República Socialista de Vietnam, representada por la heroína Nguyen Thi Dinh. Recepción en el Consejo de Estado, La Habana, 1967.



Desde la izquierda: Eva Rodríguez Palma, Angelina Antolín, Rita García, Isabel Rielo, Dolores Fera, Norma Ferrer, Lilia Rielo, Celia Sánchez, Teté Puebla y Olga Guevara, mientras intercambiaban vivencias sobre la campaña en la Sierra Maestra. Sede del periódico *Granma*, 22 de agosto de 1967.



Celia Sánchez e integrantes del pelotón Mariana Grajales, celebran la fundación de la Federación de Mujeres Cubanas en el Instituto Técnico Militar José Martí (ITM). La Habana, 24 de agosto de 1967.



Gonzalo Camejo, Celia Sánchez, Angelina Antolín y el cineasta Tomás Gutiérrez Alea, Titón; detrás: Aeropagito D. Montero Zayas, Ada Bella Acosta, Israel Prendes Núñez, Manzanillito; el comandante Filiberto Olivera Moya, una compañera no identificada y Otto Hernández, frente a la tumba de Braulio Curuneaux, mientras estudian la locación para la filmación de un documental. Guisa, 1973.



Tumbas de Braulio Curuneaux, Guillermo González Polanco y el soldado desconocido, en la Loma del Martillo. Desde esta altura combatió la escuadra de las Marianas en la batalla de Guisa, 1958. Foto del autor.





Integrantes del pelotón Mariana Grajales, delegadas al Primer Congreso del PCC, junto a Vilma Espín y la delegación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) al magno evento, 1975.



Celia Sánchez impone a Rita García la medalla XX Aniversario de las FAR, en el Palacio de la Revolución, 1977.



Las trece integrantes del pelotón femenino Mariana Grajales, celebran el 25 aniversario de su fundación. Desde la izquierda, de pie: Rita García, Flor Pérez, Olga Guevara, Isabel Rielo, Edemis Tamayo y Ada Bella Acosta. Sentadas: Norma Ferrer, Juana Peña, Teté Puebla, Lilia Rielo, Orosia Soto, Eva Rodríguez Palma y Angelina Antolín. La Plata, 1993.



Las Marianas junto al legendario Quinteto Rebelde, agrupación campesina de músicos empíricos que, al llamado del Comandante en Jefe, utilizó sus canciones en forma de parodias como arma de combate. Sierra Maestra, septiembre de 1983.



Gonzalo Camejo, Angelina Antolín y Rita García, combatientes de Guisa, en un recordatorio por los veinticinco años de aquella batalla. Noviembre de 1983.



Encuentro de Teté Puebla con el Comandante en Jefe al regreso de un recorrido por la celebración del 25 aniversario de la Caravana de la Libertad. 8 de enero de 1984.



El Comandante en Jefe Fidel Castro entrega a Rita García un reconocimiento, por sus doce años de trabajo ininterrumpido en la Oficina de Asuntos Históricos, en ocasión del 20 aniversario de su creación por Celia Sánchez Manduley. 4 de mayo de 1984.



Desde la izquierda: Rita García Reyes, Elsa Castro Mestre, Nidia Sarrabia Hernández, Angelina Antolín Escalona, Miriam Manduley Llopiz, Micaela Riera y María Antonia Figueroa Araújo, en la Oficina de Asuntos Históricos, 1984.



Isabel Rielo en un encuentro con Conchita Fernández, Lucy Villegas junto a otros dos compañeros no identificados, después de recibir una condecoración por su destacada labor internacionalista en la República Socialista de Vietnam entre agosto de 1985 y julio de 1986.





Rita García en la Comandancia de La Plata. Septiembre de 1987.



Isabel Riello, a la derecha de Vilma Espín, luego de recibir la Orden Combatiente de la Guerra de Liberación de Segundo Grado, otorgada por el Consejo de Estado. Asistieron integrantes del pelotón Mariana Grajales. 23 de agosto de 1988.



Encuentro con Fidel en el 35 aniversario de la fundación del pelotón. Desde la izquierda: Lilia Riello, Rita García, Juana Peña, Orosia Soto, Flor Pérez, Teté Puebla, Norma Ferrer y Angelina Antolín. Septiembre de 1993



Juana Peña, Angelina Antolín, Ada Bella Acosta, Orosia Soto, Vilma Espín, Teté Puebla, Flor Pérez y Rita García, en un encuentro por los treinta y cinco años de la fundación por Fidel del pelotón femenino Mariana Grajales. Consejo de Estado, 1993.



Encuentro con Raúl Castro en el 35 aniversario de la fundación del pelotón Mariana Grajales. Lilia Rielo, Teté Puebla, Orosia Soto, Juana Peña, Rita García, Ada Bella Acosta, Angelina Antolín y Flor Pérez. Consejo de Estado, 1993.



Angelina Antolín recibe un reconocimiento de manos de Vilma Espín, otra mujer excepcional que dedicó su preciosa vida a la Revolución. Oficina de Asuntos Históricos, 1993.



Fidel condecora a la general de brigada Delsa Esther Puebla Viltres como Heroína de la República de Cuba. A su lado, Vilma Espín, merecedora también del título honorífico. Consejo de Estado, 1.º de noviembre de 2001.



La dirección nacional de los Comités de Defensa de la Revolución rinde homenaje a la general de brigada Teté Puebla y a heroína del Moncada Melba Hernández, al entregarles el Premio del Barrio. Palacio de la Revolución, 2005. Foto: Ángel González Villegas, *Juventud Rebelde*.



Desde la izquierda: Juana Peña, Flor Pérez, Ada Bella Acosta, Angelina Antolín, Orosia Soto, Edemis Tamayo, Teté Puebla y Lilia Rielo al conmemorarse los cincuenta años de la creación del pelotón femenino por Fidel. Bayamo, 2008.



Flor Pérez, combatiente de la batalla de Guisa, deposita flores en la tumba de Braulio Curuneaux al cumplirse cincuenta años de aquella decisiva batalla. Loma del Martillo, 2008.





En primer plano: Angelina Antolín, Teté Puebla y Ada Bella Acosta, junto al Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, y otras compañeras.



Las Marianas reciben el homenaje de las FAR, dentro de un programa de actividades dedicado a los doscientos años del natalicio de la madre de los Maceo. Unidad de Tropas de Prevención, La Habana, 9 de julio de 2015.



El general de división Ramón Pardo Guerra, jefe del Estado Mayor Nacional de la Defensa Civil, junto a oficiales y trabajadores civiles dan la bienvenida a una representación de las Marianas, en una actividad de recordación a la Madre de la Patria. Sentadas, desde la izquierda: Juana Peña Peña, Teresa Amarelle Boué, Lilia Rielo Rodríguez, la general de brigada Teté Puebla, Ángela Antolín Escalona, Ada Bella Acosta, Edemis Tamayo Núñez y Orosia Soto Sardina. Unidad de Tropas de Prevención, La Habana, 9 de julio de 2015.



Orosia Soto Sardina, Ada Bella Acosta, Ángela Antolín Escalona, Edemis Tamayo Núñez, Lilia Rielo Rodríguez, la general de brigada Delsa Esther Puebla Viltres y Juana Peña Peña, rinden tributo a la heroína Vilma Espín Guillois. Junto a ellas, el general de división Ramón Pardo Guerra y Teresa Amarelle Boué. Unidad de Tropas de Prevención, La Habana, 9 de julio de 2015.

## Otras fuentes consultadas

- ABREU CARDET, JOSÉ: «De la Sierra Maestra al llano: Recorrido del pelotón 3», [http://www. Radiojuvenil.icrt.cu](http://www.Radiojuvenil.icrt.cu), 24 de agosto de 2009.
- ARTURO, HÉCTOR: «Un bastión para la victoria», revista *Verde Olivo*, no. 2, abril de 2013.
- BELL LARA, JOSÉ y otros: *Combatientes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014.
- CASO PÉREZ, HERMES: *De azul y verde olivo*, Editora Política, La Habana, 2011.
- CASTILLO BERNAL, ANDRÉS: *Cuando esta guerra se acabe... (De las montañas al llano)*, Editorial de Ciencias Sociales, Habana, 2000.
- CASTRO RUZ, FIDEL: Discurso en Santiago de Cuba, 2 de enero de 1959, en <http://www.cuba.cu>gobierno>discursos>1959>
- \_\_\_\_\_ : Discurso en conmemoración del VII Aniversario del 26 de Julio, en Las Mercedes, 26 de julio de 1960, en <http://www.cuba.cu>gobierno>discursos>1960>

- \_\_\_\_\_: Informe Central al I, II y III Congreso del Partido Comunista de Cuba, Editora Política, La Habana, 1990.
- DÁVILA RODRÍGUEZ, ROLANDO: *Lucharemos hasta el final. Cronología 1958*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2015.
- ESCOBAR, FROILÁN y FÉLIX GUERRA: *Che Sierra adentro*, Editora Política, La Habana, 1988.
- ESPÍN GUILLOIS, VILMA: Intervención en el acto por el 40 aniversario de la constitución del pelotón femenino Mariana Grajales, Bartolomé Masó, 1998.
- FRANCO, JOSÉ L.: *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- LOTTI, ALINA M.: Entrevista a Teté Puebla en *Tribuna de La Habana*, 8 de marzo de 1987.
- REYES RODRÍGUEZ, DILVERT: «Mujeres de armas tomar», periódico *Granma*, 4 de septiembre del 2013.
- SOTO VALDESPINO, JUAN JOSÉ: *Guisa: estrategia y coraje*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2013.

## *Datos del autor*



Norberto Escalona Rodríguez (Camagüey, 1955). Estudió en la Escuela Superior Político Militar de Lvov en la antigua Unión Soviética. Licenciado en Ciencias Pedagógicas y profesor de Ciencias Sociales. Se destacó como oficial para el Trabajo Cultural Masivo en las FAR. Laboró como especialista de Medios Audiovisuales en el Instituto Cubano de Radio y Televisión y coordinador del sitio web Portal de la Televisión Cubana. Miembro de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba y de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana. Ha publicado: *Quinteto Rebelde* (2013). En coautoría, *Mariana Grajales Cuello, 200 años en la historia y la memoria*, (2015) *Marianas nobleza y coraje*, (2018) y *Almeida paradigma de firmeza* (2019), así como artículos para diferentes medios de prensa.



La Oficina de Asuntos Históricos de la República de Cuba, creada por Celia Sánchez Manduley en mayo de 1964, salvaguarda un valioso patrimonio de originales correspondientes al periodo insurreccional 1952-1958 entre los que cuentan documentos y objetos personales y colectivos, grabaciones, fotografías, prensa clandestina y publicaciones periódicas.

Igualmente, conserva los manuscritos conocidos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra, así como otros fondos documentales de protagonistas de nuestra historia revolucionaria.

La institución desarrolla investigaciones sobre la última etapa de la guerra de liberación y los primeros años de la Revolución en el poder; brinda servicios de biblioteca, fototeca, hemeroteca y de consulta de documentos; ofrece asesoramiento sobre temas de historia e información a distancia.

Su editorial, también fundada por Celia y que ahora lleva su nombre, publica libros sobre la obra de Fidel Castro Ruz, la lucha revolucionaria y sus protagonistas. Cuenta con la revista *Cinco Palmas*, de frecuencia anual, y el boletín *Revolución*, publicación electrónica mensual.

Nuestro colectivo coge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionados con el fondo parimonial que conservamos.